

SANTA TERESA

LOUIS BERTRAND

DE LA ACADEMIA FRANCESA

SANTA TERESA

TRADUCCION DE
EMILIO DUGI



«EDICIONES MERCURIO», MADRID

MCMXXVII

ES PROPIEDAD

Talleres ESPASA-CALPE, S. A., Ríos Rosas, 24.—MADRID

R. 192140

SANTA TERESA

Hay un momento extraño y superior de la especie humana... De 1500 a 1700 España es tal vez el país más curioso del mundo...

(Taine, *Corresp.*, t. I., p. 74.)

El año pasado, en Nuestra Señora, un predicador, de pronto célebre, atraía a la multitud hablándole de la presente inquietud humana. La emocionaba poniendo ante sus ojos las razones secretas de ese eterno anhelo de las almas, anhelo más punzante a la hora presente, en que el viejo refugio de nuestra civilización parece amenazado por toda suerte de barbaries, añadiendo esta ruina mil horrores desconocidos al horror habitual y permanente de nuestra congoja y de nuestra soledad, en medio de un mundo que nos ignora. Al término de estos razonamientos, el orador mostraba la pequeña esperanza que nos queda, el imperceptible rayo de luz que se filtra a través de la cerrada puerta del misterio. Y, bajo las altas bóvedas conquistadas por las tinieblas, se percibía, en la penumbra, en el púlpito, la blanca silueta del sacerdote, que se arrodillaba, que se golpeaba el pecho y que mul-

tiplicaba sus gestos patéticos, afirmando la existencia de esa pequeña luz, reflejo lejano de un invisible fuego. Y recuerdo que en ese momento, entre las filas de los oyentes que se apretaban entre las gruesas columnas de Nuestra Señora, parecía correr un involuntario estremecimiento y por un instante detenerse las respiraciones.

Una tarde, a la salida, arrastrado por la ola de la multitud que se apretaba en el atrio, me volví hacia mi vecino más próximo. Se detuvo la mirada en un hombre de mi edad, cuyos ojos estaban clavados en los míos. No fué más que un relámpago, un segundo de brusco contacto espiritual. Aquellos ojos, llenos de interrogante tristeza, contrastaban con el rictus escéptico y desdeñoso de sus labios. Yo leí claramente en ellos: "¿Es que verosímilmente lo que dice ese sacerdote es posible? ¿Es que usted cree eso, usted que, como yo, parece un hombre serio? Sí, yo quisiera creer en esa pequeña luz; pero ¿no es verdad que eso es absurdo?" Un reflujo de la multitud nos separó. Ya en la acera, traté de encontrar aquel rostro atormentado. No me fué posible. Había desaparecido en la confusión de tantos rostros, envueltos en la sombra creciente del crepúsculo. Turbado por la apelación angustiosa de aquella duda, permanecí largo rato meditabundo en el atrio, ante la gran puerta de la basílica, abierta de par en par y dejando ver en las profundidades de la vasta nave el retablo del altar mayor y las luces de los cirios alrededor de la imagen milagrosa de Nuestra Señora. Fuera, bajo la blanca sábana de las lámparas eléctricas, el asfalto de la acera lucía como un espejo sin fin, donde se reflejaba de alto abajo la colosal silueta de la vieja basílica. En la cal-

zada, los automóviles pasaban veloces, los timbres de los tranvías no cesaban en su tintineo ensordecedor. Pero, no obstante aquel desfilarse victorioso de la materia y de las fuerzas sin alma, sentí que poco a poco mi turbación se disipaba al contemplar aquellas luces apacibles que se destacaban allá dentro, en el fondo de las tinieblas, y sobre todo aquella multitud, que, en oleadas, iba saliendo por las puertas de la basílica y que me parecía mostrar como una adhesión muda.

El recuerdo de aquella tarde me ha perseguido varias veces mientras que leía las ardientes confesiones de Santa Teresa. Después, avanzando más en la lectura, me he dicho: he aquí la respuesta al hombre desconocido de Nuestra Señora. Si, fuera de la fe, hay una respuesta posible a una pregunta semejante, se encuentra en estas páginas geniales de la carmelita de Avila. Jamás tales afirmaciones han sido hechas por una boca humana con tal acento de razón, de agudo análisis, con espíritu crítico tan riguroso y, sobre todo, con tan sosegada seguridad. Nadie ha aportado un testimonio semejante en favor de lo sobrenatural, y nadie ha rodeado ese testimonio de claridad parecida. Ahora bien, lo sobrenatural es la gran cuestión, que domina a todas las otras. Y, además, ¿es que hay algo de más interesante en el mundo? Se ha hecho toda una literatura sobre la persona de Jesucristo, haciendo abstracción de lo sobrenatural. No acierto a comprender el interés excepcional que se atribuye a los estudios de este género. Si Jesucristo no es el Hijo de Dios, no me interesa mucho más que cualquier taumaturgo de quien el mundo ha olvidado la historia. Del mismo

modo, si Teresa de Avila no ha tenido realmente a Cristo en sus brazos, desciende ante mis ojos a la categoría de una enferma de hospital. Renuncio a seguir en estas divagaciones y sus mudanzas de beata escrupulosa...

Por el contrario, si la existencia de un orden sobrenatural es posible—¿y quién puede afirmar lo contrario?—, la duda se instala en nuestro espíritu; esa duda que Pascal ha expresado con algunas frases inmortales. Tenemos el puñal al pecho; es necesario contestar. En tanto que la duda subsiste no se puede dormir, sobre todo cuando el tiempo apremia, cuando quién sabe si mañana tendremos “la tierra sobre el rostro”, según dice el propio Pascal... Entonces, si esta monja aporta una respuesta digna de examen a la cuestión suprema, es de importancia suma el escucharla. Hace falta seguirla, hace falta dejarlo todo por eso, y cuando se tiene una pluma, empuñarla y comenzar el manuscrito. ¿Qué otro sujeto podrá tener delante un sujeto parecido? Del mismo modo que lo sobrenatural es la cuestión de las cuestiones, el caso insigne y singular de Teresa de Avila es uno de los más extraordinarios temas de meditación que pueden proponerse al pensamiento, como el análisis y el retrato de tal alma es una de las más grandes empresas que se pueden ofrecer al arte de un escritor.

* * *

Se dice todo esto en un raptó de entusiasmo. Y después, pasado el primer movimiento de exaltación, vuelto a sí mismo, se descubre la propia insuficiencia, la indignidad ante una obra como

esa. Es toda necesidad hacerlo, considerándose en cierto modo predestinado por determinadas cualidades del alma. No importa que no podamos abordar la figura de Santa Teresa. Todas las elegancias intelectuales, todos los refinamientos sentimentales y aun los más bellos dones del espíritu no son nada, si de nacimiento no se posee una cierta comunicación con criaturas de esencia, también rara. Yo creo firmemente que es necesario proceder de vieja cepa católica, tener varias generaciones de antepasados que pensaron y sintieron en católico, probándolo en su cuerpo y en su corazón, en grado tan íntimo, que comprendan las ansias y las alegrías de una Santa Teresa, figurándose allá muy lejos un parecido tipo de santidad. Con ella, toda una educación, toda una preparación especiales son indispensables. Los senderos de la mística son muy escabrosos y bordean los peores precipicios. Conviene tener el pie seguro para decidirse. Pero para contradecir a los que poseen el conocimiento y la familiaridad—para refutar o criticar a los escritores místicos—hay que estar armados, en consecuencia: no solamente de una ciencia particular que es indispensable, con dotes de penetración, de flexibilidad, de sutileza extraordinarias, sino con mucho de buen sentido, de método y de disciplina. Santa Teresa sorprende tal vez más por su ponderación y su sabiduría, su sumisión a la regla y la desconfianza de sí misma, que por sus audacias y prodigiosas intuiciones.

De ahí, en materia de historia religiosa, la superioridad de un Renan sobre los corrientes jornaleros de la erudición y de la ciencia llamada positiva. Renan tiene su fuerza en su linaje bre-

tón y católico, y sobre todo en su educación clerical. Y digamos de pasada: uno de los espectáculos más divertidos, y al mismo tiempo más lamentable, es ver a ciertas manos groseras tocando las almas de los santos. Después de tantas malaventuras lastimeras, ya se habrán dado cuenta de que la santidad no es un resorte de la ciencia. Ni es ciencia positiva de la que se cuenta y se mide. Es decir, que no se puede contar ni medir el alma de los santos, y desde luego ningún alma.

Ciertos médicos, sobre todo, se han cubierto de ridículo extraviándose en esos dominios, donde no tenían nada que hacer. Todas las retumbantes teorías sobre la neurosis, la hipnosis o el histerismo han terminado por ser abandonadas por no responder a nada real. Actualmente, en la Salpêtrière os dicen categóricamente que el histerismo es una invención de Charcot. Pero lo que hay de más grave en los hombres con pretensiones científicas, es la falta de espíritu crítico, la ignorancia, que les hace tomar a cada paso puras hipótesis por realidades demostradas, haciéndoles juguete de miserables impostores—y también la falta de tacto, que les hace confundir, por ejemplo, el caso de los poseídos de Loudun con el caso de una Santa Teresa o el de una Santa Catalina de Sena. Así ciertos exégetas, lógicos, intrépidos y llenos de ciencia, alguna vez de sutileza, que se equivocan groseramente y que dotados de algún gusto literario les sirve para dorar la dificultad. Y así toda la literatura médica que se ha escrito sobre Santa Teresa—con la pretensión de convertir sus estados místicos en casos patológicos—están al margen de la cuestión, sin contar que esa literatu-

ra repugna por su estupidez y la vulgaridad de pensamiento. ¡Que esos médicos dejen a Santa Teresa tranquila; es bastante con que sus colegas de ayer se encargaran de matarla cuando la Santa se hallaba en este mundo!...

Pero toda la buena voluntad, la preparación y el método posibles, con la más grande humildad ante el objeto, son todavía poco para el escritor que trate de Santa Teresa. Hay imposibilidades que derivan del propio sujeto. Si lo sobrenatural no es absolutamente incognoscible, las nociones especiales que se recogen son, por definición, incomunicables. A menudo la santa nos deja desorientados sobre el umbral del misterio—ante esplendores con que ella sola es iluminada, ante alegrías de que ella sola goza—. Rechaza, desde luego, todos los juicios que podamos formar sobre estos estados místicos. Se contenta con decirnos que es necesario haberlos probado para hablar con autoridad. Y así nos excluye de las realidades en que vive. No podemos hacer sociedad con ella, a lo menos en el plan habitual de su vida interior... Mauricio Barrès, que se sintió tentado también por la gran figura de Santa Teresa, nos habla en alguna parte de un matemático insigne que en el mundo entero no pudo tratar de ciertos problemas más que con dos o tres espíritus de su especie. Lo mismo sucede con Santa Teresa. Buscó durante toda su vida, no sólo en los confesonarios de Avila, sino en España entera, almas gemelas capaces de comprenderla. Largo tiempo ha sufrido de su anhelo—de sentirse un caso único, una especie de monstruo espiritual.

Admitamos, pues, que hace falta ser otro santo para hablar de manera conveniente de esta Santa. Podemos tener ambiciones menos elevadas, y, prescindiendo de querer aprender nada de los doctos, de los teólogos o de los especialistas en hagiografía, nos limitaremos a acercar Teresa de Avila al público profano que la ignora, subrayando la importancia, la gran significación histórica y filosófica de esta figura.

Si quedamos sobrecogidos ante la gran mística que fué esta mujer, podemos desviar nuestra atención hacia aspectos más humanos, más vulgares de su carácter. Se puede, en fin, reconstituir la vida de la santa indirectamente por los hechos marginales de su historia. Reconozco que, al principio, antes de entregarme completamente a este genio de fuego, era lo secundario y lo accesorio lo que más me atraía.

Desde luego—lo confieso también con toda sencillez—, el hecho de que mi glorioso patrono, el apóstol de Nueva Granada, San Luis Bertrand, entonces maestro de novicios en la residencia de los dominicos de Valencia, escriba a la carmelita de Avila una de esas cartas que parecen señalar un destino—ese hecho me ha conmovido como si personalmente me importara. Me he sentido, de ese modo, interesado por la reforma de la santa. Y después, en el camino que conduce a las moradas teresianas, de pronto encuentro una gran figura africana, para mí desde mucho tiempo muy querida: San Agustín. Se puede decir que la autobiografía escrita por Santa Teresa ha salido de las *Confesiones*. Este libro ha ejercido sobre lo que ella llama su “conversión” una influencia decisiva. Son dos naturalezas gemelas. El éxtasis de Ostia me con-

duce insensiblemente al milagro del corazón, transverberado por la flecha de oro de un serafín.

Y considero, además, otra porción de cosas en esta extraordinaria aventura de Teresa de Avila—una porción de rasgos de carácter o de circunstancias por las cuales yo podré estudiar mejor que por su santidad. ¿No es ella un tipo español de los más completos que ha destacado la historia? ¿No es también de justicia declarar que Teresa es la gran española, del mismo modo que San Agustín es el gran africano? Y por ser ella la gran española ha llevado al grado más alto el realismo de su raza: el espíritu que dió al mundo los grandes inventores y los grandes intuitivos—artistas, sabios, metafísicos o místicos. La característica esencial de estos espíritus es que llegan hasta el objeto que se proponen, en lugar de detenerse a mitad del camino; que parten de las realidades más humildes, para alcanzar las más trascendentales, las que se escapan al contraste de los sentidos y de la razón discursiva. En el orden literario, un Dante, y en un grado inferior un Balzac, pueden ser un ejemplo de esta clase de espíritus. Pero Santa Teresa los sobrepasa a todos; es la rama más alta de esta genealogía intelectual.

Agreguemos que su existencia se confunde con uno de los momentos a la vez más espléndidos y más trágicos de la humanidad. Como Taine hace notar, la España de ese tiempo es, no sólo un país divertido y pintoresco para la fantasía del artista, sino que juega un papel de primera línea. Teresa, en su convento de Avila, ha podido asistir a un singular combate de la civilización, duelo en que su país era el elegido

de Dios. Dos veces la España de Carlos V y de Felipe II ha salvado la civilización occidental: la primera, derrotando al Islam en la batalla de Lepanto; la segunda, impidiendo a la Alemania protestante matar el espíritu del Renacimiento italiano y dirigiendo la contra-reforma católica. En el mismo momento, por el descubrimiento de América, que fué una cosa de inaudita audacia, una aventura maravillosa como la mayor locura de las novelas caballerescas, España preparó al viejo mundo un supremo refugio para las catástrofes finales, abriendo de par en par al pensamiento y a la actividad contemporáneos, horizontes inmensos e insospechados. Los hermanos de Santa Teresa, no lo olvidemos, fueron casi todos de los *americanos*. Se les concibe muy bien fundando monasterios en Lima o Quito, o evangelizando los indios de las pampas y de las cordilleras.

* * *

Este ambiente de mi personaje me seduce en extremo; hay en estas épocas privilegiadas de la historia algo brillante que excita en alto grado la imaginación, y, al mismo tiempo, grandes perspectivas que solicitan todas las curiosidades del espíritu. Pero, a medida que yo penetro en la intimidad de la obra teresiana, esos resplandores históricos se eclipsan a mis ojos. La perspectiva ha cambiado por completo. Un mundo desconocido y más fascinador que todos los espectáculos de la historia se me revela: el alma mística con sus abismos y sus regiones misteriosas. Una psicología nueva, salida por entero del catolicismo, me descubre sus altas moradas y sus galerías subterráneas.

Durante siglos, las almas religiosas, atormentadas y divididas en sí mismas por toda clase de luchas interiores, libradas entre las angustias de la duda y las voluptuosidades del éxtasis, han estado sometidas a la propia y constante vigilancia, con el miedo horrible de caer en la herejía o de dejarse engañar por el Espíritu de la mentira. Han puesto en su examen una sinceridad, una buena fe jamás igualadas: se trata de su vida y de su salud, de lo más íntimo y lo más esencial de su ser y no de un juego intelectual, una investigación puramente especulativa de sabio o de *dilettanti*. Y esas observaciones, continuadas por generaciones de místicos y de ascetas, están capitalizadas en una copiosa literatura, por completo ignorada del gran público. El P. Henri Bremond ha hecho una exploración en sólo algunas provincias francesas, y de su viaje ha recogido algunos volúmenes llenos de preciosos hallazgos. Hay allí verdaderos yacimientos psicológicos, por debajo de la psicología tradicional de nuestros escritores profanos; tesoros inexplotados, que sólo han servido hasta aquí para la edificación o delectación de las almas piadosas y que podrían enriquecer y renovar géneros literarios amenazados de agotamiento. Los místicos, en la observación, han profundizado mucho más que nuestros dramaturgos y novelistas de mayor sutileza; aquéllos han descubierto regiones del alma infrecuentadas por nuestros modernos psiquiatras; han anotado movimientos, reacciones, luz interior, de coloraciones y matices, que escaparon a los profesionales del análisis sentimental, a la razón de las gentes de laboratorio y a sus groseros medios de investigación. Santa Teresa, que se reía

mucho de las tonterías de su tiempo, seguramente reiría también ahora de las pretensiones de nuestra psico-física y de nuestro psico-análisis. Para hacer pronto justicia, bastará poner en una balanza los nimios resultados, los descubrimientos minúsculos y desde luego siempre refutables de estos miopes experimentadores, y en el otro platillo, la riqueza, la profusión sorprendente de documentos psicológicos—documentos aprobados y contrastados cien veces por generaciones de jueces suspicaces y severos—que nos han transmitido los escritores místicos.

Sobre todo, los místicos nos colocan sobre un plano al que nosotros no hemos podido lograr acceso, que sólo hemos entrevisto en determinados minutos, muy raros, de nuestra existencia, después de un gran choque, después de una crisis física o moral, en la que hemos zozobrado, o bien en el abatimiento y la confusión de los remordimientos, en ciertos sobresaltos nocturnos, minutos de angustia en los que se creyó morir, minutos de hiperlucidez extraordinaria, durante la cual nos vimos a nosotros mismos, en una desnudez que nos era desconocida y nuestro espíritu se baña en una luz que nos hace estimar como ilusión la realidad habitual. Nos sentimos trasladados sobre la haz de otro mundo. Ahora bien; el místico nos trae noticias de ese otro mundo—y ellas son como de un viajero verídico, como de un testigo ocular. Y después satisface las necesidades irreductibles que trabajan la humanidad desde los más lejanos orígenes; necesidad no sólo de comprender, sino de *tocar* una realidad cierta, necesidad de amar esa realidad, no deleznable, que no puede ser otra que la realidad suprema—necesidad de

amor y necesidad de sufrir por lo que se ama: la ascésia es vieja como el mundo.

Por haber encontrado todo esto en las confesiones autógrafas de Teresa de Avila, me he acercado a ella con un sentimiento en el que no entra solamente la veneración. Esta carmelita, mortificada hasta el ~~en~~riquilamiento, posee un encanto humano al que es necesario ceder, por poco que se le sienta. Cuando se vive cerca de los santos, en rango tan ínfimo como se quiera, se da uno cuenta bien pronto de que son las más amables de las criaturas. Es ésta una de las santas más sonriente y alegre que se han visto. Ninguna compañía más reconfortante, más alentadora sobre todo. Pero su gran superioridad entre los místicos—superioridad que, a mi juicio, sólo comparte con Santa Catalina de Sena—, consiste en que de pronto nos lanza a lo sobrenatural. Nos habla concretamente de una realidad experimentada. Los otros disertan, teorizan sobre la unión mística. Ella nos proporciona el sentimiento, y en ocasiones la intuición. Parece que no hay intermediario entre el lector y las elevadas realidades de que habla la Santa. Nos pone en su presencia y creemos ver por nuestros ojos lo que los suyos vieron. En verdad que no ha habido nadie que hable de cosas tan inaccesibles con parecido acento de verdad. Se siente que está en comunicación con ellas, que su voz nos llega, fresca y pura, de los lugares mismos en que su alma se enajena, y lo que hay de sorprendente es la lucidez que conserva su espíritu al describir estados semejantes. Aun en los pasajes más difíciles, allí donde toca lo indecible del misterio, aparece como un ser de elevada y firme razón. No hay miedo de que ni por

un minuto avance en la divagación o en la locura. De un extremo a otro es el tono del experimentador: ella cuenta, describe, sus experiencias místicas. Analiza sus estados de alma con una claridad, con una precisión, con una abundancia de detalles, y sobre todo con un método crítico, que no se encuentra en ningún psiquiatra. No conozco observaciones de clínica más prudentes y positivas que las suyas. Es un caso verdaderamente único. Entonces, si es así, si Teresa de Avila es la más extraordinaria y segura mensajera de lo sobrenatural que jamás se conoció, es esto sobre todo lo demás lo que importa considerar en ella. El resto no merece más que una atención secundaria. Para la mejor inteligencia y gozo de quienes la ignoran, es preciso hacerles conocer esta criatura extraordinaria. En tiempos como los actuales, en que el mundo parece que siente un innoble placer en tornar a la barbarie, y—éste es el peligro mayor—cuando la noción de lo sobrenatural se halla a punto de desaparecer, importa más que nunca colocar ante los ojos de las multitudes esta altísima luz y también esta pureza. Bueno es meditar acerca de la virgen de Avila y sobre la eminente dignidad de este estado de elección, en una época en la cual, en el orden psicológico, pretenden explicarlo todo por el instinto sexual y acaban por no explicar nada.

* * *

He aquí mi sujeto: Teresa de Avila, mensajera de lo sobrenatural.

No tengo la necia pretensión de descubrirla; es más, severamente me dice mi conciencia todo

lo que me falta para esta tarea. Me excusa, sin embargo, el que me dirijo a ignorantes como yo, tratando de hacerles participar de mi admiración y de mi confianza en ese admirable guía espiritual. No me cansaré de repetirlo: los eruditos, los historiadores, los teólogos, no tienen nada que aprender en estas páginas. Les parecerán, de seguro, demasiado falibles e insuficientes. Ya sé que se ha escrito mucho sobre Santa Teresa, y recientemente todavía, gruesos volúmenes de la Sorbona. Su bibliografía ocupa bibliotecas enteras. Mi tarea es la de aprovechar todo eso en la medida que sea útil a mi deseo.

Mas yo escribo para aquellos que no conocen a Santa Teresa: para quienes no quieren saber de discusiones de textos y de datos, de fichas y de aparatos críticos. Es a la Santa, por ella misma, a quien quieren conocer. Trato de darles satisfacción—de hacerles oír esa voz, mezclada lo menos posible con la mía. Después del Evangelio, ¿existe una revelación semejante? Aparte los libros santos, ¿el mundo ha oído jamás parecida afirmación de lo sobrenatural? Esta afirmación quisiera que llegase hasta los que no creen. Es un hecho fuera de lo normal, que se impone a la reflexión: he aquí una buena mujer—*una mujercita*, como se llama ella misma—que, frente a los que niegan la presencia real de Jesucristo y ante la persistencia de las negaciones más radicales del racionalismo, ha osado pronunciar estas palabras sorprendentes: *No sólo creo en El como debo, sino que le he visto! He besado sus pies y le he tenido en mis brazos como la Virgen de la Quinta Angustia!*

Otros, sin duda, antes y después de ella, osa-

ron decir lo mismo, pero nadie aportó jamás, en apoyo de su testimonio, pruebas tan decisivas.

¿Qué vale el testimonio de Teresa de Avila? Lo que se puede contestar a esta pregunta es lo que yo intentaré examinar aquí. No escribo una biografía, una vida de la Santa. Ella la ha escrito de modo que debe desalentar a todos sus biógrafos. Yo no hablaré de su vida, del medio ambiente, de su tiempo, de las consecuencias de su acción más que en la medida necesaria para que mejor se comprenda el valor de su testimonio.

¡Dejémosla que cuente y que se explique ante nosotros! Y si al escucharla vemos cómo se dibuja, poco a poco, ante nuestros ojos, una extraordinaria figura humana, será que los santos son seres tan completos, dotados de una vida tan prodigiosa, que no acertó a crearlos semejantes la imaginación del novelista o del dramaturgo más genial.

PRIMERA PARTE

LA VOCACIÓN

"... en esto me daba el Señor gracia, en dar contento a donde quiera que estuviese, y así era muy querida;..."

(Vida de Santa Teresa. Cap. II.)

I

AVILA DE LOS SANTOS

Si hay un país en el mundo que en nada se parezca a Santa Teresa, es Avila, su ciudad natal.

He aquí un rotundo mentís a las teorías del siglo pasado sobre la influencia del medio. Negación parcial, según lo vamos a ver, y negación total, si se toman al pie de la letra y con un criterio absoluto y estrecho esas teorías. En todo caso, la figura por nosotros evocada, mediante la lectura de los escritos de la Santa, no corresponde apenas al aspecto de su país de origen. Ella misma parece darse cuenta de esto. Hablando de las persecuciones que ha sufrido, en determinados momentos, de parte de sus paisanos, escribe en una de sus cartas: "Mi patria me ha tratado de tal modo que nadie creería que he nacido allí." En realidad, no hubo un desacuerdo fundamental entre Teresa y las gentes de Avila. No fué más que un desacuerdo pasajero. Pero el carácter de la ciudad apenas concuerda con la idea que tenemos de la Santa. Su paisaje interior, si se me permite la frase, es muy diferente del paisaje de Avila.

La fisonomía de esta pequeña ciudad belicosa,

con algo de austero y de triste, es un poco fúnebre y, si hace falta decirlo también, un poco mezquina. Salvo la catedral y los tres bellos conventos de Santo Tomás, edificados por los Reyes Católicos en los días del mayor esplendor dominicano, los demás edificios no tienen nada que atraiga. Las iglesias de San Pedro, San Vicente y San Andrés, que ofrecen algunos particulares curiosos, parecen hechas, sobre todo, para regocijo de arqueólogos. En cuanto a la catedral, sobrecoge un poco por su severo perfil de fortaleza, de ornamentación escasa y ruda. Su interior, con sus pesadas arcadas romanas de piedra roja, que a veces se aligeran volviendo a lo gótico, es un interior de santuario desprovisto de suavidad y de alegría. Los viejos palacios de la aristocracia local son grandes cubos de piedra, formados con bloques, alguna vez almenados, y sin otra decoración que enormes blasones en relieve sobre las fachadas desnudas y perforadas por estrechas aberturas: pequeñas ventanas defendidas con rejas conventuales, duro caparazón de albañilería que, por sus rugosidades y asperezas, parece rechazar todo lo que llega del exterior. Si por casualidad cruzamos el umbral, nos detendremos de pronto ante la tristeza sepulcral del vestíbulo, con groseros bancos de piedra, adosados al muro, para los lacayos y gentes de cuadra, y la gran escalera sepultada bajo el polvo y las telas de araña. Aquí y allá, empotrados en la pared, hacheros de hierro forjado para alumbrar el recinto. Rusticidad y rudeza militar. Se piensa en el cuartel, en la granja, en el corral. Se extraña uno de no ver correr allí a las gallinas. Pero seguramente las hubo en otro tiempo.

Con esto, estrechas calles que terminan en una cintura de murallas, en las que abren nueve puertas, y sobre las que se alzan, según nos dicen, ochenta y seis torres. Esta vestidura de piedra contribuye todavía más a la impresión lapidescente que se experimenta paseando por Avila. Todo esto da un carácter particular a la ciudad. Pero es macizo y duro a los ojos, sin ninguna de las bellezas arquitecturales que realzan las murallas de Aiguesmortes o de la ciudad de Carcasona. Se desea evadirse de este asfixiante cinturón de piedra. Y es necesario declarar que las salidas al campo son admirables, sobre todo por la puerta de Santa Teresa, por la del Mariscal, que por el lado opuesto de la muralla es casi simétrica a la primera. Esta, al sur de la muralla, sobre un gran paisaje, un poco desnudo, un poco frío, pero seguramente muy bello. En la terraza del Rastro, donde han hecho un pequeño paseo de escasas umbrías, delante de las viejas murallas, a dos pasos de la plazoleta donde se eleva la casa de la santa, se goza de un horizonte espléndido. Sin duda es éste el que dió a la futura fundadora de tanto convento, el gusto por las vistas bellas y también por las aguas corrientes, pues este árido país está regado por un verdadero río. La mirada alcanza desde la terraza un barrio polvoriento, algunas construcciones de bastante buen estilo, el Hospital general, San Nicolás, Santiago. Después, el río que serpentea en el fondo del valle, el río Adaja, cruzado por un puente de abolengo romano y bordeado de pequeños árboles finos como pinceles; y en la lejanía, detrás de las ondulaciones del terreno, de tonos ásperos y chocantes, líneas de montañas de una transparencia opali-

na, casi africana: la sierra de Malagón, la de Avila, y más hacia el Sur, la negra sierra de Gredos. Este paisaje tiene, ciertamente, grandeza. Mirando hacia el Norte, la vista se recrea también a ciertas horas: por la mañana y al atardecer. Cuando llega la noche, en el momento del crepúsculo, el vano de la puerta del Mariscal parece abrirse en pleno cielo. Es un arco luminoso que se recorta sobre un fondo de oro y azul. Se franquea esta puerta del paraíso y hay que detenerse al borde de un talud roñoso, donde apenas crece la hierba, que rumian cabras y corderos, y que se hunde con pendiente casi abrupta hacia el valle. Allí se eleva todavía el campanario de Santa María de la Encarnación, el primer convento de Santa Teresa. En primavera, son bellas y límpidas las tardes. De cuando en cuando suena el tintineo de la esquila de un carnero. La campiña parece recogerse por la salutación angélica que tocan las campanas de todas las iglesias de la ciudad. La vista contempla hasta el último límite del horizonte, grises ondulaciones, severos desfiladeros erizados de grandes masas pétreas—toda la región montañosa, convulsa y atormentada, que aprisiona la atención del viajero hasta las inmediaciones de El Escorial.

Muy poco hay en todo esto que recuerde la dulzura y la alegría teresianas. Si se quiere absolutamente buscar analogías entre algunos paisajes españoles y determinadas cualidades del genio y del estilo de Santa Teresa, será necesario ir más lejos. Puede ser en la fértil llanura andaluza, con sus mieses y sus inmensas extensiones abrasadas por el sol, mientras que los montes se coronan de nieve, que lo tomemos

como un símbolo de la manera teresiana, al menos en las efusiones místicas de la carmelita abulense o en sus plegarias o elevaciones, que tienen algo de ropaje y de la ligereza oratoria, con el extremado calor de su acento. Pero su estilo habitual me evocará muy pronto el paisaje toledano.

Sus antepasados de la línea paterna eran, probablemente, originarios de Toledo. Su bisabuelo se llamaba Alonso Sánchez de Toledo, y la Santa quería mucho a esta ciudad, en la que pasó grandes temporadas, por no decir que allí residió. El clima le convenía, lo encontraba admirable: menos frío que el de Avila y menos caluroso que el de Sevilla. En una de sus cartas alaba la hermosa vista del jardín de su convento. Su celda le place porque tiene una ventana a este jardín. Se lamentó muchas veces de la esterilidad de la campiña que rodea al convento de Avila y de la dificultad para su avituallamiento; y cuando se regala con los membrillos y confituras de Toledo, los celebra grandemente. Había, según parece, una cierta afinidad entre este país y determinados aspectos de su alma y de su espíritu.

Por eso, cuando yo leo algunas de sus frases, sin apresto, nerviosas, elegantes, en sus rápidas discusiones familiares, esas frases expresivas que no dicen más que lo que deben decir, que colorean aquí y allá un polvo de emoción, un menudo detalle realista—cuando sueño con ese estilo que siente todo escritor de raza y que imprime una distinción patricia—, vuelvo la vista al noble país que se abarca con la vista desde el estrecho paseo que baja desde las murallas al salir de Zocodover. La vista se extiende sobre el barrio de Antequeruela y sobre los bellos moti-

vos arquitectónicos del Hospital de San Juan Bautista, con su cúpula de plumizas éscamas. Alrededor, tierras de un rojo desvanecido, en las que destaca el verde pálido. Y en medio de estos colores amortiguados, los blancos luminosos, los sienas de la tierra y los grises ardientes de las casas, bajo las cortinas de tela del matiz de fresa machacada. En las plazas, los ladrillos rosados, los rojos antiguos, los trazos de minio que subrayan las hiladas de un viejo tapial. Los muros de Toledo son de una belleza especial. Un pequeño asno detenido ante una muralla toledana, hecha de guijarros de punta o de morrillos encuadrados por ladrillos; esta mancha gris destacando sobre la gran superficie deslumbradora, jaspeada de oro y de rosa, es un cuadro digno de un gran pincel. Por encima de estos colores vivos, un poco amortiguados por el sol, la cúpula oriental de San Juan Bautista. Detrás, los últimos planos montañosos de la vega, espacios desolados y desnudos, sin otro accidente que la cinta blanca de un camino, que asciende entre la depresión de dos colinas y que se pierde en la línea del cielo.

Nada de extraordinario en una vista como ésta, de líneas bellas, de tonos *raros*, tan raros que yo no he encontrado en ninguna parte nada que se asemeje, nada que sea tan sutilmente armonioso. Para caracterizar este conjunto me hace falta emplear una palabra empleada anteriormente para el estilo de Santa Teresa: la distinción—distinción un poco altiva, porque descorazona al imitador. Pureza, ligereza, elegancia severa, gran intensidad de luz: he aquí lo que nos sorprende en el paisaje. Aquí habita una raza elegida, ocupada en nobles pensamien-

tos. Parece que en estos lugares no pueden nacer más que monjes, ascetas, amadores, pintores y poetas.

Confesémoslo: esta concordancia entre el paisaje de Toledo—un aspecto del paisaje toledano, al menos—y el estilo y la manera de Santa Teresa, apenas es otra cosa que una impresión o un juego literario. Lo que sí es cierto es que la reformadora del Carmelo, la monja viajera, no pudo ser insensible a la belleza de ese espectáculo, y lo que es todavía más cierto es que la ciudad natal ha influido muy poco en su genio—me refiero al aspecto exterior del país, a la representación material de Avila. Otra cosa sucede tratándose del medio moral abulense: los parientes, los amigos, cuanto rodeaba a la Santa, ejerció sobre ella una incontestable y profunda influencia. En primer lugar, su familia: su padre, su madre, sus hermanos, sus hermanas.

La sociedad española del siglo XVI tuvo mucho de particular y también de particularista. Condiciones que no han desaparecido. Subsiste más de un rasgo igual, fácilmente discernible, en el español contemporáneo. Esos hidalgüelos de pueblo, esos aventureros salidos de baja extracción, que el hambre sacó de sus hogares lanzándolos a la conquista del vasto mundo, son, en primer término, fundamentalmente religiosos, católicos intransigentes, a quienes la fe, exasperada por la vecindad del Islam, parece haber dado un carácter feroz e intratable. Son hombres rudos, habituados a vivir rudamente, y compaginando muy bien ciertas elegancias fastuosas, camino de muy reales refinamientos, con la rusticidad o la grosería de una vida miserable—soldados de nacimiento, tienen las cualida-

des y los vicios de los soldados de aquel tiempo: pillo, sanguinario, inhumano, desde luego cruel. Si vive en su tierra, en su palomar o en su casa solariega, es el provinciano encerrado en la tradición y en sus viejas costumbres; lleno de buen sentido y de espíritu práctico, sabe defender su conveniencia y redactar un contrato embrollado y justiciable en la ocasión, y, en fin de cuentas, concilia todo esto con sus hábitos de piedad y frecuentemente con una sólida devoción, que llega hasta el ascetismo y el misticismo.

El español de aquella época me parece verlo en un retrato del Greco que se conserva en el Museo del Prado. Representa a un joven hidalgo de una treintena de años, vestido con distinción refinada y severa. Ningún adorno, ningún aditamento, ningún color destaca: un jubón de terciopelo negro, una gorguera y los vuelillos de fina tela de Holanda; una imperceptible cadena de oro, de la que pende un medallón; una espada crucial, con la empuñadura cincelada como un trozo de marfil, que representa, tanto como una obra de arte un símbolo religioso, y que en el cuadro tiene la misma importancia que el rostro del retratado. Es un rostro alargado, con bigotes y barba en punta, con ojos grandes, que, a la verdad, no parecen muy inteligentes, pero sí embargados por la meditación y bajo el peso de un santo temor. Una mano, bella, blanca, de dedos afilados, se extiende sobre el pecho del joven caballero, mientras que los ojos, profundos y vagos, parecen decir: "Este corazón es para Dios, a quien yo he entregado mi fe. Yo soy católico y castellano, y por este doble título pertenezco a la primera aristocracia del mundo. ¡Temed a Dios y pareceos a mí, si podéis!..."

Estoy persuadido de que el padre de Santa Teresa tenía más de un rasgo común con este austero y elegante caballero. Su hija nos lo representa como un hombre de bien, insistiendo casi únicamente en sus virtudes familiares, su devoción ardiente, su vida ejemplar, su bondad de alma. Nada de la brutalidad soldadesca, ni de la crueldad de un Pizarro o de un Cortés. Este hijo de la guerrera Avila, probablemente nunca fué militar. "Mi padre—escribe la Santa en su autobiografía—era un hombre de mucha caridad con los pobres, compasivo con los enfermos y también con los criados; por eso nunca se resolvió a tener esclavos, por los que sentía una gran piedad. Un esclavo de uno de sus hermanos estuvo una vez en casa y lo trataba como a sus propios hijos. No podía verlo sufrir, apiadándose de él por verlo privado de libertad..." Esta ternura de corazón, estos sentimientos humanitarios se reproducen más tarde en su hija; sobre todo la piedad exaltada. Alonso Sánchez de Cepeda murió como un santo, después de haber edificado a Teresa, ya religiosa, y aun de haberla superado en la práctica de la oración. En su lecho de muerte se lamentaba de no haberse hecho fraile y de una de las órdenes más severas. Toda esta familia tenía la vocación del claustro. Tampoco este perfecto cristiano admitía frivolidad alguna. La joven Teresa, tal como se presenta a nosotros, probablemente sufriría. En la casa familiar no se conocía otra distracción que la lectura. El piadoso hidalgo no se consentía ni consentía a los demás otros libros que los espirituales, *los buenos libros*, como los llamaba Teresa, con expresión de reconocimiento. Toda su vida fué ella fiel a los buenos libros. Le

debía esto a su padre, como también lo que de más sólido y serio había en sus cualidades.

El hidalgo abulense no poseía, a lo que parece, ni la alegría ni la amenidad de su hija, ninguna de sus gracias regocijadas. Su carácter evoca el recuerdo de las bellas rejas de hierro forjado que se ven a la entrada del coro y de la capilla mayor en las iglesias españolas. Rígidamente, les basta con estar hechas de un metal magnífico; no necesitan de ningún ornamento.

Alonso Sánchez de Cepeda fué un verdadero patriarca, pues dejó una sucesión de doce hijos. Es necesario decir también que se casó dos veces. Su primera mujer, llamada Catalina del Peso, le dió una hija y dos hijos. La segunda, Beatriz de Ahumada, que tenía quince años cuando se casó, dió al mundo nueve hijos, entre ellos la futura Santa Teresa. Fué una de esas criaturas, dulces y resignadas, que no hacen otra cosa que cruzar por la vida. Murió a los treinta y tres años, y su existencia apenas fué otra cosa que una prolongada enfermedad. Modesta, sin relieve, desapareció sin ruido, como había vivido. Su hija nos dice que era muy bella. Ignorante de su belleza, se vestía como las viejas. Tal vez sin las severidades de la disciplina conyugal se hubiera dejado arrastrar a debilidades de sentimiento. Leía a escondidas novelas caballescacas. Todo esto explica en Teresa, con el don literario, lo que hay de indulgente, de fácil, de encantador en su carácter, lo mismo que en sus escritos.

No obstante, Beatriz de Ahumada era piadosa, de una piedad que hoy excitaría la admiración; piadosa como su marido y como sus hijos, tanto los varones como las hembras: "Nos-

otros éramos—dice Teresa—tres hermanas y nueve hermanos.” De los dos hermanos del primer matrimonio, no sabemos gran cosa, sino que uno de ellos, Juan Vázquez de Cepeda, fué militar. La hermana María de Cepeda, después de la muerte de la segunda mujer de Alonso de Cepeda, sirvió de madre a Teresa, la más pequeña. Es probable que, una vez viuda, entrara en el convento de la Encarnación, donde se retiró para acabar allí devotamente sus días. En cuanto a los hermanos del segundo matrimonio, fueron también la mayor parte devotos personajes.

Seis de entre ellos, cuando menos, marcharon a las Indias, en busca de fortuna. La época heroica de los conquistadores había pasado ya cuando ellos se embarcaron para América. No obstante, la conquista no estaba terminada. Era necesario, todavía, guerrear de firme, si se quería progresar o simplemente sostenerse. El hermano preferido de Teresa, Rodrigo de Cepeda, murió peleando en el Río de la Plata, y su hermana le consideró como un verdadero mártir, puesto que había dado su vida por el triunfo de la fe. Agustín, uno de los hermanos menores, tomó parte, según nos dicen, en diecisiete batallas sostenidas contra los peruanos. Tendremos una idea falsa de estos *americanos*, vistos a través de las frases, un tanto convencionales, de la biografía de su hermana.

Debían ser rudos y terribles mocetones para que pudieran hacerse temer como sus compañeros de aventuras, quienes no tenían escrúpulo de tiranizar y, en ocasiones, de torturar al indígena. Las exacciones y las crueldades de los gobernadores y de los colonos españoles eran tales, que la Iglesia tuvo que intervenir para proteger a

los indios. Los obispos negaban los sacramentos a los funcionarios y a los soldados que maltrataban a los vencidos. Estas atrocidades sublevaron de tal modo, y según parece, el espíritu de San Luis Bertrard, que, después de algunos años de apostolado, desesperado de conseguir la enmienda de tales bandidos, abandonó Nueva Granada y se volvió, desalentado, a España.

Sin embargo, no tenemos ninguna prueba positiva para afirmar que los hermanos de Santa Teresa fueran de tan malvadas gentes. Todo lo que sabemos de cierto es que obtuvieron en América concesiones de tierras y de gobiernos, y que algunos hicieron fortuna. Uno de ellos, Lorenzo de Cepeda, volvió a Sevilla enriquecido; lo que le permitió comprar una finca en los alrededores de Avila y sostener las fundaciones de su hermana, la monja carmelita. En suma, si se piensa en la honradez fundadora de éste, en su piedad sincera y exaltada, hay motivos para creer que todos los hermanos de Cepeda se parecerían más o menos, y que serían excepciones entre los feroces conquistadores del Nuevo Mundo. Casi todos, por lo menos, tuvieron un fin edificante. Lorenzo, retirado en su granja de La Serna, ensayó el imitar la vida ascética de Teresa. Ella misma le obligó a moderar el rigor de sus penitencias. Murió en estado de gracia. El hermano joven, Agustín, murió también como un santo, en Lima. La madre Teresa de Jesús, que le había precedido en el sepulcro, se le apareció en el momento en que Agustín iba a expirar, y fué la hermana quien presentó al hermano ante el trono de Dios.

Tal fué el fervor religioso de la casa donde nació la futura Santa. ¿Para el nacimiento de

un alma predestinada puede imaginarse un invernadero más cálido que éste? Su ciudad natal es otro invernadero de devoción. El Avila de aquellos tiempos pudiera considerarse como un vasto convento. No eran solamente los palacios de las viejas familias, con sus ventanas enrejadas y ferozmente cerradas, sino la abundancia de monasterios y de iglesias. Dos órdenes famosas ejercían allí un verdadero magisterio moral: los dominicos y los padres de la Compañía de Jesús; los primeros, en su poderoso y rico monasterio de Santo Tomás, pasajera residencia de los Reyes Católicos, que la enriquecieron y embellecieron, haciendo construir una magnífica capilla; y los jesuítas, en su colegio naciente de San Gil, rodeado entonces de un gran prestigio de novedad, de ciencia y santidad.

El clero secular, por su parte, era no solamente una potencia con la que había que contar, sino un cuerpo respetado por sus luces y sus virtudes. Numerosos laicos podían rivalizar en eso con los clérigos. Entre éstos se cita muy particularmente al clérigo abulense, el maestro Gaspar Daza, que había fundado una Asociación de eclesiásticos, consagrados al estudio y a las buenas obras, y que parece se ocupaban también de la dirección espiritual. Entre los laicos, un hidalgo, llamado Francisco de Salcedo, tenía por entonces una gran fama de piedad y de ciencia teológica. Durante veinte años siguió los cursos profesionales con los dominicos de Santo Tomás. Más tarde, después de la muerte de su mujer, profesó en la Orden y se consagró por entero al servicio de Dios y al cuidado de las almas. Estos dos personajes estuvieron en relación con la reformadora del Carmelo, y puede decirse que

durante toda su vida ejercieron sobre ella una real influencia, nada más que con su ejemplo. Francisco de Salcedo, en particular, fué para Teresa un verdadero amigo, un confidente, que, sin embargo, la asustaba un poco por el carácter sombrío de su fe. En cuanto al maestro Gaspar Daza, después de un disentimiento pasajero, acabó por darle toda su confianza y escribió de él un magnífico elogio.

Todo este pequeño mundo abulense, clérigos y laicos, se observaban severa y celosamente, con algo de ese espíritu malicioso y murmurador de las ciudades pequeñas. El menor extravío de conducta se exageraba hasta el escándalo. La menor sospecha de herejía o cualquiera singularidad de vida o de doctrina, era suficiente para poner los espíritus en ebullición. De aquí puede juzgarse el efecto que un medio religioso tan exaltado podía producir en un alma predispuesta desde su nacimiento a la piedad más grande y a las supremas emociones de la mística. La joven Teresa, como los otros niños de su edad, apenas ha visto alrededor de ella otra cosa que conventos, hospicios, procesiones; ni oído más que el sonar de las campanas, los oficios y los sermones de las innumerables iglesias. La gracia de Dios hizo de ella una Santa; pero las almas de los santos son, en general, preparadas por una larga ascendencia cristiana y por el trabajo secreto de mil influencias providenciales. Se puede decir que una familia, una ciudad, una raza entera han colaborado en la santidad de Santa Teresa. Ha venido a ser en la actualidad una gloria nacional española. Avila y España pueden tomar una parte muy merecida en esta gloria que ellas contribuyeron a crear.

II

LOS DOS NIÑOS QUE QUISIERON GANAR EL PARAÍSO

Teresa de Ahumada (1) vino al mundo el 28 de marzo del año de gracia 1515.

Sus padres, don Alonso Sánchez de Cepeda, que, siguiendo el uso de los cabezas de familia, debía llevar cuidadosamente su libro de notas, consignó de su mano este acontecimiento en las líneas siguientes: "El miércoles veintiocho del mes de marzo del año 1515 ha nacido Teresa, mi hija, a las cinco de la mañana; podrá ser media hora más pronto o más tarde, pero en todo caso el miércoles al salir el Sol.

"Su padrino fué Vela Núñez, y su madrina, doña María del Aguila, hija de Francisco de Pajares."

Es de notar que Santa Teresa, involuntariamente sin duda, se rejuvenece en un día. La santa guardaba en su breviario una hoja suelta, donde había anotado el día que creía era el de su nacimiento: "miércoles, fiesta de San Bertoldo, de la orden del Carmelo, el 29 de marzo de 1515, a las cinco horas de la mañana, nació Teresa, la pecadora."

Notemos también que el nombre de la Santa se escribe en español: *Teresa*, sin *h*. Ella misma escribe siempre así su nombre y así es, por otra parte, la habitual ortografía española. Por el contrario, la habitual ortografía francesa, conforme a la etimología griega, admite la *Th*: Thé-

(1) Las hijas del segundo matrimonio tomaron el apellido de su madre, Beatriz de Ahumada.

rèse. Es necesario insistir sobre este menudo detalle ortográfico, porque él ha ocasionado, no hace mucho tiempo, verdaderas tempestades. La *Th* pasó entonces por galicana; la simple *T* por ultramontana; de aquí la batalla entre los partidarios de las dos ortografías. El reverendo padre Bouig, de la Compañía de Jesús, habiendo en su traducción de las obras de la Santa adoptado la forma española, *Teresa*, fué agriamente tratado por un Abate Postel, afirmando que el nombre castellano de *Teresa* no era de origen exclusivamente español, como lo pretendía el P. Ribera, el primer biógrafo de la gran carmelita, porque era un derivado del griego; que la primera Santa Teresa o Therasia fué la propia mujer de San Paulino de Nole; y, por último, que la ortografía corriente en los escritores del siglo XVII estaba conforme con la etimología griega. Introducir otra es trastornar todas las reglas de la gramática francesa.

No hay, en efecto, ninguna razón para cambiar nuestros hábitos ortográficos y abandonar una forma a la que están acostumbrados nuestros ojos franceses para adoptar la española o la italiana. Para nosotros la cuestión es de las más secundarias. Pero en el caso de tener que escoger, preferimos quedar siendo tradicionalistas y franceses.

Mas conviene fijarse un poco en este acta de nacimiento, complacientemente redactada por una mano paternal. El buen Alonso de Cepeda parece conceder una cierta importancia a la precisión de la hora en que vino al mundo la niña predestinada. ¿Fué a las cinco de la mañana? ¿Fué más pronto o más tarde? Lo importante es que fué de día. El padre ha querido dejar

bien establecido que su hija no es una hija de las tinieblas. En suma, no es un hecho indiferente que este espíritu vidente, que siente tal horror por todo lo que se asemeja a la noche, que esta alma clara y gozosa, que no quiere ocupar su pensamiento con el infierno, que este genio luminoso, en fin, haya nacido con la aurora... Otro detalle solicita nuestra atención: el padrino de Teresa es un Vela Núñez, Francisco Vela Núñez, el padre de don Blasco Vela Núñez, un futuro virrey del Perú; dos conquistadores que arrastraron tras de sí, a América, a cinco hermanos de la Santa. Así, desde la cuna fué tocada por el soplo de las aventuras heroicas. Como los varones de su raza y de su familia, sólo desea partir. Lo lleva en la sangre. No es de los que echan raíces en un pobre lugarejo. Siente la necesidad de vastos horizontes. Veremos también cómo sufre, porque su sexo y su estado le impiden tomar parte en las grandes luchas del siglo. En lo que le es posible a una monja de clausura, Teresa se agita y viaja, extendiendo cuanto le es posible su apostolado. Sus enemigos le reprochan esta constante inquietud. El propio Nuncio la calificará de "mujercilla agitada y correntona". Pero esto nada significa para quien es hermana de los descubridores y conquistadores, que algunos sometieron a España continentes enteros.

He aquí este alma ardiente venida al mundo en la triste y fría ciudad de Avila. Nació en una vieja casa, enclavada entre las iglesias de Santo Domingo de Silos y Santa Escolástica, esta última hoy desaparecida. A su alrededor no vió más que personas piadosas, ni oyó contar más que historias edificantes. El padre leía a sus hijos o les hacía leer vidas de santos. En este me-

dio favorable su espíritu se expansionó bien pronto. Desde los primeros años, su vocación habla de un modo claro y terminante. Sus primeros pasos en la infancia denuncian lo que ella será más tarde y en sus primeros gestos espontáneos ya se advierte a la carmelita reformadora y a la gran contemplativa. Nada pinta mejor su carácter y su destino próximo que esta calaverada infantil, que la Santa en su biografía inmortaliza: "Yo tenía—dice—un hermano próximamente de mi edad (sería, probablemente, su hermano Rodrigo, cuatro años mayor que ella), y nos juntábamos para leer vidas de santos. Era éste el que yo amaba más, aunque sentía grande amor por todos los otros y ellos por mí. Como yo veía los martirios que los santos sufrían por Dios, me pareció que ellos compraban a buen precio el ir a gozar de Dios y me vino el deseo de morir como ellos; no por el amor que yo sentía por El, sino por gozar pronto de los bienes que habíamos leído había en el cielo. Y me puse con este mi hermano a examinar qué medio había para conseguirlo. Decidimos ir a tierra de moros, pidiendo por el amor de Dios, para que allí nos cortaran la cabeza... La que nos exaltaba más de nuestras lecturas es aquella de que el castigo como la gloria eran para siempre. Y no nos cansábamos de hablar largamente de esto, y nos complacía repetir: "¡Para siempre, siempre, siempre!"... ¡Qué perspectiva fascinadora! Y, en efecto, pusieron el proyecto en ejecución; salieron de la casa paterna, pasaron el puente sobre el Adaja, para seguir, allá lejos, hacia las altas montañas que cierran el horizonte y que, por lo tanto, parecen inaccesibles. Fueron detenidos por uno de sus

tíos paternos, don Francisco de Cepeda, y reintegrados al hogar, donde su madre les reprendió duramente por la escapada. Rodrigo, el mayor, para excusarse, declaró que "había sido la pequeña quien le había arrastrado y le había hecho emprender el camino". Teresa se muestra ya por entero con los movimientos apasionados y a menudo tiránicos de su corazón. Esta gran amadora nunca amó a medias: "Era él a quien yo amaba más, aunque yo sentía amor por todos los otros, y ellos por mí". Y también en el deseo de partir se advierte el instinto apostólico que la sugestionó desde sus primeras lecturas. Y el gusto por la pobreza evangélica que desencadenó tantas cóleras contra su reforma: "Pedir una limosna por el amor de Dios". En seguida, y por encima de todo, el buen realismo español, ese espíritu práctico y positivo que, en edad tan tierna, le hace ver el martirio como un negocio ventajoso. Y declara ingenuamente que no es por amor de Dios por lo que ella consiente en que le corten la cabeza, sino por gozar, a buena cuenta, de las felicidades celestes—felicidades, por añadidura, eternas: "¡Por siempre, siempre, siempre!" ¿Cómo vacilar en sacrificarse, cuando la recompensa es tan pronta y tan bella? Después la autoridad que ella adquiere inmediatamente sobre las almas. Poco importa la edad, calidad y el rango de los que la escuchan. La obedecerán, como Rodrigo, su hermano mayor. Les aconseja, les dirige, les muestra el camino, como mostró a su hermano el camino que había que seguir para llegar a tierra de moros—y esto, sin vacilar, con una clara visión de los medios. Esta mística es una gran mujer de acción.

Su primera veleidad heroica se frustró. Pero es porfiada. Se obstina en el buen éxito y busca otros caminos que la conduzcan a su objeto. "Viendo, dice la Santa, que era imposible ir adonde nos mataran por Dios, nos decidimos a ser ermitaños, y en un jardín que había cerca de nuestra casa comenzamos a hacer como podíamos las ermitas, amontonando piedras que luego se derrumbaban y así no encontramos remedio para nuestro deseo."

Entonces se pone a jugar a las religiosas con otras niñas de su edad. "Me gustaba—dice—hacer conventos, y me parece que deseaba ser monja menos vivamente que las otras cosas que llevo dichas..."

Funda monasterios, pero a falta de cosa mejor, porque no puede ser mártir o vivir la vida eremítica, en el desierto y la soledad. Al mismo tiempo da limosna a los pobres y su madre le enseña varias devociones, especialmente, la del rosario, a la que Teresa es muy afecta. Desde muy niña, Teresa profesó un culto filial a Nuestra Señora. Ella misma cuenta que al morir su madre, doña Beatriz (la huérfana tenía entonces alrededor de los doce años), se arrodilló llorando a los pies de una imagen de la Virgen, suplicándole que en lo sucesivo fuese su madre... La futura carmelita vió en este transporte de confianza, en el bello gesto infantil, tan afectuoso y tan tierno, el indicio manifiesto de su vocación carmelitana. Al sentirse abandonada, su primer impulso fué arrojarle en los brazos de la Virgen, protectora del Carmelo.

En realidad es su destino, que se adivina en los primeros pasos de esta niña. En ella se revela inmediatamente el fondo de su ser. Confiesa

ingenuamente lo que desea, lo que ama y a lo que va a consagrar su existencia. Quisiera ser feliz, pero feliz para siempre, con una felicidad sin límite y sin fin; y a falta del martirio, no ve otro medio para realizar su propósito que la regla monástica. La beatitud, por el claustro, es el objeto de su vida. Pero se añade una multitud de otras vocaciones todavía inconscientes. Se advierte que empiezan a dibujarse en esta época. Visiblemente en este período de la edad angélica, Dios señala sus designios. Teresa va a rebelarse contra la voluntad que la conduce. Por debilidad o por ligereza se esforzará en huir de su destino. Se apartará de su verdadero camino, pero volverá a él. De bueno o de mal grado, acabará por ir por los caminos por donde quiere Dios que vaya... ¿Pero irá más lejos que en la época en que, cogida de la mano de Rodrigo, quiso marchar a países bárbaros, decidida a poner su cabeza sobre el tajo, para ganar la palma del martirio? De todo corazón, esta niña ha hecho el sacrificio de su vida. Ha codiciado la felicidad suprema, comprendiendo que fuera de esto nada hay que valga la pena. Desde este momento ha sentido la perfección a la que jamás podrá llegar: inmolarsé por completo para conseguir la unión con el supremo Bien. Así se puede decir que todo se le da al alma humana en su origen. Nació ésta con un destino, con todas sus potencias y todas sus facultades dispuestas y, además, recibe desde el momento de nacer la luz necesaria para seguir el camino. Pero el estado de gracia bautismal no dura mucho tiempo. Muy rápidamente la luz se oscurece, el gran impulso hacia el camino que asciende se

enfría o se detiene. El alma se busca y no se encuentra.

De este modo, durante varios años, vamos a seguir a Teresa por el camino que desciende.

III

LA MUCHACHA DEL VESTIDO COLOR DE NARANJA

Recordad el pasaje de la *Vita Nuova*, en que el Dante, contando la primera emoción de su encuentro con la que él llama, "la dama de su pensamiento", la presenta, en realidad, a la admiración y a la veneración de los siglos y del universo entero: "Ella había vivido ya bastante en este mundo, porque, en este espacio de tiempo, el cielo estrellado se fué corriendo hacia el Oriente la duodécima parte de un grado; de tal suerte, que se me apareció en el comienzo de su noveno año, y cuando yo cumplía el mío. Se me apareció vestida de una túnica de color rojo, imponente y modesta y la manera como su cintura retenía sus vestidos era apropiada a su extrema juventud. Digo la verdad: en este momento, el espíritu de vida que reside en el lugar más recóndito del corazón comenzó a temblar con tanta fuerza que la palpitación se hizo sensible hasta en las pequeñas venas".

Este estremecimiento de amor y de admiración uno no lo siente, a decir verdad, desde el primer encuentro con el ser predestinado. Por eso, el inconcebible esplendor que rodea desde sus primeros años al niño prometido de la gloria, este oscuro brillo, tan bello por ser invis-

ble, algunas almas lo presienten y entre ellas, las más humildes. Y, entonces, como consecuencia, cuando el milagro es patente para todos, las almas escogidas recuerdan pequeñas cosas, pequeñas circunstancias, que misteriosamente las llamaban sin que ellas comprendieran bien su significado y que, en adelante, les parecen alusiones proféticas de los milagros realizados. Y es así, como en las palabras magníficas del Dante, saludando la aparición de su Beatriz, transfigurada hasta convertirse para él en el símbolo de la sagrada Teología, yo encuentro una gran semejanza con estos ingenuos conceptos de una anciana religiosa del convento de la Encarnación, recordando la primera vez que ella vió a la Madre Teresa de Jesús. "Yo recuerdo—dice—que la Santa Madre, estando todavía en el siglo venía con frecuencia a visitar este convento, y una particularidad; que llevaba un vestido de color de naranja con galones de terciopelo negro." Y la religiosa que nos transmite este recuerdo de su antigua compañera, lo comenta así: "Esto no es más que una bagatela, pero que ayuda a mi devoción".

¿Qué deducimos de esto? ¿Cómo el recuerdo de este "vestido de color de naranja" puede ayudar a la devoción de la carmelita? Sin duda, como Dante, evocando el vestido rojo de Beatriz niña, veía en este color brillante, todavía realzado con aplicaciones de estofas oscuras, un símbolo que presagiaba la gloria futura de la Santa.

Para nosotros, en esas páginas hay, sobre todo, un detalle externo, una imagen muy española, que nos permitirá acabar nuestra composición de lugar, antes de meditar sobre la extraordinaria aventura de Santa Teresa.

Esta criatura, que fué objeto de tan prodigioso favor, quisiéramos representarla tal como fué, cuando ella vivía la vida de su mundo, no solamente con sus costumbres de joven patricia de Avila y su vestido de color de naranja con galón de terciopelo negro, sino con los rasgos exactos y las particularidades de su cuerpo y de su rostro. No es esto tarea fácil. Los retratos que nos han quedado de la Santa no son muy numerosos. Y aun los que pasan por auténticos, están considerados copias con variantes, de un solo retrato. Este es, según parece, un lienzo, bastante mediano, ejecutado por un pintor de ocasión, un hermano laico, perteneciente a la orden de los Carmelitas, y que se llamaba Juan de la Miseria. Según la tradición, la Santa no quedó muy satisfecha de este trabajo, y así se lo dijo al autor: "Dios os perdone, hermano Juan, el haberme hecho tan fea". Esta efigie se encuentra actualmente en el convento de las Carmelitas de Sevilla. Pero también es dudosa. El verdadero original de Juan de la Miseria se encuentra en Buenos Aires. Sea lo que quiera, hay un cierto número de retratos de la Santa—reputados como auténticos, es decir, contemporáneos de la Santa y tomados del natural—que se muestran a los visitantes en diferentes conventos carmelitas españoles, especialmente en Salamanca y Valladolid. Todos representan a una persona que ha entrado en la madurez y en cuyo rostro se señalan las inclemencias de la edad; de modo, que de la muchacha brillante y adulada que fué Teresa de Avila, no queda más que el recuerdo. Pero todos confirman, en suma, el retrato literario que nos ha trazado de ella su primer biógrafo, el padre Francisco de Ribe-

ra. Era hermosa. Ella lo sabía, y hasta en su vejez, nunca opuso dificultad en convenir en ello y en recordarlo. Un día dijo a uno de sus confesores: "Sabed, padre mío, que me felicito de tres cosas en particular: se dice de mí que soy una santa, que tengo gracia y que soy hermosa. Creo dos de estas cosas; me imagino que tengo gracia y que soy hermosa, lo que indica bastante vanidad por mi parte"...

A pesar de la restricción modesta, multitud de testimonios concordantes nos permiten juzgar que esta muchacha, tan admirada y convencida de su mérito, no se hacía ilusiones. En un determinado momento, en su primera juventud, debió ser muy bonita, como lo son frecuentemente las muchachas españolas, entre los diez y quince años. Pero, sin duda, bien pronto su rostro adquirió una plenitud y una regularidad clásicas, y entonces fué más hermosa que bonita. Esto es lo que parece afirmar el padre Ribera: "Era de muy buena estatura, y en su mocedad, hermosa; y aun después de vieja parecía harto bien; el cuerpo abultado y muy blanco; el rostro redondo y lleno, de muy buen tamaño y proporción; la color blanca y encarnada, y cuando estaba en oración se le encendía, y se ponía hermosísima, todo él limpio y apacible; el cabello negro y crespo; y frente ancha, igual y hermosa; las cejas de un color rubio que tiraba algo a negro, grandes y algo gruesas, no muy en arco, sino algo llenas; los ojos, negros y redondos, y un poco papujados (que así los llaman), y no sé cómo mejor declararme: no muy grandes, pero muy bien puestos, vivos y graciosos, que, en riéndose, se reían todos y mostraban alegría, y, por otra parte, muy graves cuando ella quería

mostrar en el rostro gravedad; la nariz pequeña y no muy levantada de en medio; tenía la punta redonda y un poco inclinada para abajo; las ventanas de ella arqueadas y pequeñas; la boca ni grande ni pequeña; el labio de arriba, delgado y derecho; el de abajo, grueso y un poco caído, de muy buena gracia y color; los dientes, muy buenos; la barba, bien hecha; las orejas, ni chicas ni grandes; la garganta ancha y no alta, sino antes metida un poco; las manos pequeñas y muy lindas. En la cara tenía tres lunares pequeños, al lado izquierdo, que la daban mucha gracia; uno más abajo de la mitad de la nariz; otro, entre la nariz y la boca, y el tercero debajo de la boca". Y, en efecto, estos tres lunares aparecen en la mayor parte de los retratos de la Santa.

El religioso a quien debemos tan preciosos detalles, toma la honesta precaución de advertirnos: "Estas particularidades he yo sabido de personas que más despacio que yo se pusieron a mirarlas".

Y concluye: "Toda junta parecía muy bien y de muy buen aire en el andar; y era tan amable y apacible, que a todas las personas que la miraban comúnmente aplacía mucho."

Lo que, sobre todo, llama la atención en estas líneas y de ellas se desprende, es el retrato de una persona perfectamente sana y perfectamente equilibrada. Evocan la idea de una criatura robusta y gozosa, bella y sana, de humor siempre igual y de rostro sonriente. Es necesario insistir sobre estos rasgos, porque ellos constituyen un poderoso argumento contra los que han querido considerar a Santa Teresa como una histerica. Y, por otra parte, llama la atención que

con esta constitución vigorosa, con todos estos signos habituales de salud, haya sido, en suma, una constante enferma. Esas enfermedades misteriosas de las cuales los médicos confesaban no saber nada, son más inexplicables.

He aquí lo que de ella queda: el recuerdo de una bella y buena criatura. Pero ha dejado otros vestigios materiales de su tránsito por el mundo. En primer lugar, su desgraciado cuerpo, venerado como el de una Santa, desde que ella exhaló el postrer suspiro, su pobre cuerpo despedazado y disperso a través de todo el catolicismo que se disputa sus reliquias. En la capilla del convento de Alba de Tormes, donde ella murió, se puede ver, debajo del altar mayor, el sarcófago de mármol que contiene sus despojos. Se extraña uno de lo exiguo de esta tumba, que no es otra cosa que un gran relicario: porque, en efecto, no contiene más que una parte del cuerpo de la Santa, ávidamente mutilado por la piedad de los fieles. En esta misma capilla de Alba de Tormes os muestran, aparte, el corazón y un brazo de la doctora, encerrados en una torre de plata, colocada a la derecha del altar mayor. Confieso mi estupor ante estos venerables despojos. El corazón, sobre todo, el corazón donde vió la señal de la Transverberación milagrosa, causa una penosa sorpresa. Delante de este pobre despojo humano, un trozo de carne conservado en un tubo de cristal, en una especie de ostensorio, constelado de pedrería, el espíritu y la imaginación se abruma bajo la enormidad del prodigio, por el contraste de la enormidad de éste con la miseria de la pobre carne que fué visitada. Se apartan los ojos de esas cenizas: nos arrodillamos y las adoramos.

En otros sitios se conservan algunos recuerdos de la Santa menos fúnebres; objetos que le pertenecieron y que revelan su sensibilidad y sus gustos, y alrededor de los cuales podemos soñar con piadoso fervor. Se encuentran esparcidos, pero, sobre todo, en los monasterios españoles. En Avila, en la iglesia de las Carmelitas, construída sobre el emplazamiento de la casa natalicia, se pueden ver, entre otras reliquias, el bastón y el rosario de Santa Teresa—el bastón en el que se apoyaba la anciana carmelita reumática, y el rosario, pulimentadas por sus dedos las cuentas de madera grosera. En la misma ciudad, en el convento de San José, la primera fundación de la reformadora, se guardan un tamboril y una flauta, con los que se acompañaba para cantar los villancicos de Nochebuena. En Valladolid hay una muñeca de madera, que, según la tradición, la Madre Teresa regaló, para distraerla, a una joven novicia melancólica o enferma. Las religiosas han vestido esta muñeca de raso azul claro, cubierto de pechinas, con una cruz y un bordón. Han hecho una especie de Niño Jesús vestido de peregrino, y le llaman, en efecto, el *Peregrinito*. Las dos reliquias más emocionantes que yo he podido ver, porque ellas evocan el recuerdo de la Santa, sin materializarlo, han sido: en San José, de Salamanca, una minúscula ampolla de cristal, conteniendo una gota de su sangre, y en San José, de Avila, un pañuelo manchado de sangre. Este pañuelo tiene algo de novelesco que, pronto, mueve a la imaginación. En aquella época, en que la sangría estaba considerada como una elegancia, los jóvenes señores castellanos compraban a peso de oro a las doncellas de sus amadas, para obtener

un pañuelo manchado con la sangre de éstas. Por esa razón, cuando se trata de una santa, este pañuelo se convierte en una reliquia infinitamente preciosa.

Pero esto son pequeñas devociones. Como escribió fray Luis de León a las hijas espirituales de Santa Teresa, la mejor y más fiel imagen que ha quedado de ella está en las fundaciones, en sus escritos, en que ha puesto toda su alma, toda su gracia y todo su corazón.

Se puede decir que su personalidad moral está allí, siempre viva y para siempre.

Por de pronto, su encanto no ha cesado de obrar sobre nosotros, ese encanto de la Madre Teresa de Jesús, que sus contemporáneos unánimemente reconocen. Felicidad que le ha valido ser tratada como el niño mimado de su padre, de sus hermanos y hermanas, y, más tarde, de sus superiores y compañeras en el convento de la Encarnación. La atracción por ella ejercida sobre todos, era obra no sólo de su gracia y gentileza, sino de su precoz inteligencia. Muy pronto da de ella signos inequívocos. Se muestra curiosa de todas las manifestaciones del espíritu y apasionada por la lectura. Aprovechando el gusto de su madre por las novelas caballerescas, se dedica con su hermano Rodrigo a devorar libros de esta clase. Se muestra insaciable hasta tal punto, según ella misma nos dice, que quiere también componer una novela. Y, con la colaboración de su hermano mayor, se puso a escribirla. Es más que probable que también esta vez, como cuando su fuga a tierra de moros, Teresa fuera la instigadora del proyecto y la inspiradora de la elucubración infantil. Era ella quien tuvo la idea, quien señaló el camino,

quien dirigía y quien mandaba. Supuesto el artificio de esta literatura, se explica el gusto muy vivo que la muchacha sentía por ella y el placer que le proporcionaba: sus aventuras novelescas, su idealismo exaltado, conmovían ciertamente la parte superficial de su sensibilidad. Pero su inteligencia, eminentemente realista, no se inclinaba hacia las abstracciones. Más tarde, no tendrá ella, en ningún grado, el genio metafísico, en el sentido propiamente filosófico de la palabra. Nada de intelectual, ni de ideológico. Quiere tocar, ver, sentir y no abstraerse y racionar. De aquí la solidez de sus observaciones, su buen sentido, su ponderación, su espíritu práctico, que desciende hasta los más pequeños detalles de la vida material. Pero es necesario apresurarse a recordar y no tener el temor de repetirlo, que el realismo teresiano va hasta el término de las realidades y que, partiendo de las más humildes y sensibles, llega hasta las trascendentales y sobrenaturales.

Que no se diga que su memoria o su imaginación la engañan; que toma por realidades los puros fantasmas nacidos de su cerebro. Ella misma se duele de la debilidad de su memoria, como de la incapacidad de su imaginación. Se puede asegurar que se juzga sin contemplaciones. Declara que por más esfuerzos que ha hecho tiene tan poca imaginación que no ha conseguido jamás representarse "la Santa Humanidad de Nuestro Señor". Las "Composiciones de lugar", recomendadas a las almas piadosas en los *Ejercicios*, de San Ignacio, no eran su fuerte. Parece, al menos, que si ella tenía la gran imaginación de los inventores, de los constructores o de los videntes, carecía de esa forma inferior de

la imaginación que se encarga de reproducir el detalle pintoresco de lo sensible, la que se ha convenido en llamar, por otra parte, muy impropriamente, "imaginación de artista". Su estilo no se embaraza con metáforas literarias; es tan directo y cerca de las cosas, cuanto es posible. Cuando se sirve de una imagen o de una comparación, esta imagen o esta comparación no tiene ningún valor literario. Es solamente alegórica y, la mayor parte de las veces, convencional y torpe, sin ninguna pretensión de elegancias.

Esta mujer tiene el espíritu positivo y está dotada de un alma entusiasta y vigorosa, de una sensibilidad, a la vez, fina y vibrante. Las cosas pequeñas la conmueven, la divierten y cuando las cuenta, saca los más bellos efectos. Siente el amor de todo lo que brilla: las pedrerías, las telas suntuosas, la luz, todos los esplendores. Ama los relicarios y los cálices bien cincelados, los cuadros y las estatuas. Hace pintar al fresco sus ermitas y los muros de sus conventos: ella misma vigila e inspira las pinturas. La campiña, las flores, las aguas corrientes, un bello jardín, un hermoso paisaje, la extasían. Señala, al pasar, el orden arquitectónico de un castillo o de un palacio, y le entusiasman la magnificencia de una galería principesca y los tesoros artísticos que allí se exponen. Amiga de todas las cosas bellas, es capaz de crearlas a su alrededor. Se alaba la habilidad de sus manos. Admiran sus trabajos de aguja, sus bordados y sus tapicerías. Y ella misma tiene un punto de sensualidad: ama los perfumes y los refinamientos del aseo personal, de que estuvo tocada en otro tiempo.

Esta sensibilidad vibrante oculta, sobre todo, una gran necesidad de amar y de ser dichosa.

Como San Agustín estudiando a Cartago, le basta con oír hablar de amor. Así se explica su capricho por las novelas caballerescas. ¡Qué digo! Se emociona a la sola palabra amor, que para ella no será nunca más que el amor puro. Más adelante, al dirigir a sus hijas las supremas recomendaciones, les dirá: "Que uno de Vuestros ejercicios, durante toda la vida, sea hacer muchos actos de amor, para que ellos inflamen y enternezcan el alma"... Se entiende bien que se trata del amor divino, del amor al prójimo, de actos de caridad; pero su alma ardiente quiere que se mezclen la pasión y la ternura.

En el fondo de este alma palpita una voluntad enérgica, que no necesita más que encontrar un obstáculo para trocarse en heroica.

Jamás conoció el miedo. Jamás retrocedió ante nada, ni aun ante la Inquisición. En muchos de sus escritos, afirma su valor invencible, un valor—dice ella—que llega hasta la dureza.

Es posible que esta dureza estuviera pronta a ablandarse. Había en Teresa una profunda humanidad, en el sentido más noble de la palabra, una real dulzura; pero tan viril, que sentía horror por las sensiblerías enfermizas, las falsas lágrimas y las comedias sentimentales y místicas. Para curar a una religiosa enferma de melancolía y abismada en visiones fantásticas, le escribió prosaicamente a la superiora del convento: "Hacedla comer carne".

Así es esta virgen ruda y valerosa, alma caballerisca, hija de hidalgo, consciente de la nobleza de su sangre, que se sabe emparentada con las primeras familias castellanas y que cuenta un rey de León entre sus ascendientes. También profesa en el más alto grado el culto al

honor: de ello nos dará bien pronto una prueba sorprendente. Trata en un pie de igualdad a los más grandes personajes. Y, sin embargo, esta patricia tan amante de su raza, no tiene ningún prejuicio nobiliario. Ella misma nos cuenta que en Toledo, personas de calidad y el propio administrador de la diócesis, le dieron quejas por haber concedido el honor de la supultura en una capilla de un convento, con el título de fundador, a un simple comerciante nombrado Alfonso Ramírez, que en otro tiempo había sido el primer bienhechor de la comunidad.

“Pero esto—dice ella—no me hizo gran impresión, porque gracias a Dios, yo siempre he estimado más la virtud que la nobleza.” Sus excelentes maneras, su temperamento apacible, y, cuando fué religiosa, su humildad cristiana. Los testigos de su vida nos cuentan que siendo abadesa se entregaba con alegría a las más modestas faenas. Hacía su semana de cocina, tan fácilmente como ejecutaba sus bordados maravillosos. Y Julián de Avila, el limosnero de San José, nos asegura que era excelente.

Se allana a todo, condescendiente en extremo. Prestamente lo acepta todo, con tal de llegar a sus fines. Porque lo que domina en ella es la voluntad: todo debe ceder a su deseo. “Cuando yo deseo una cosa—escribe—es mi naturaleza la que la desea con ardor.”

¿Cómo extrañarse de que un carácter tan franco, una personalidad tan ricamente dotada, se afirme tan rápidamente? Esta niña debe muy pronto pasear sobre el mundo su mirada, tan ávida como curiosa. No tardó nada en dejarse fascinar por él y ella misma se acusa, tal vez con excesiva contrición:

“Comencé a traer galas, y a desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabello y olores, y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas, por ser muy curiosa. No tenía mala intención, porque no quisiera yo que nadie ofendiera a Dios por mí...”

La declaración es del todo sincera. Y es bien cierto que Teresa creía ser una honesta señorita, como no lo es menos que todo debió suceder en la época en que ella leía tan apasionadamente las novelas caballerescas. Teresa se había vuelto coqueta. Debió de comenzar a serlo viviendo su madre. La opinión actual más autorizada es, la de que la adolescente contaba cerca de catorce años cuando doña Beatriz murió.

Pero las muchachas españolas son muy precoces. Es muy posible que desde la edad de doce años Teresa sintiera ya el deseo de agradar. Las frecuentes lecturas sentimentales la trastornaron. Y, sin embargo, la muchacha coqueta y apasionada, guardaba en el fondo de su corazón el sentimiento de su destino, cuidadosa de no descaecer para ser digna del solo Amado que ella había escogido.

Sin duda de esta época de su vida es una anécdota contada por doña María Pinel, religiosa de la Encarnación, y a quien se la había relatado la hermana mayor de Teresa, María de Cepeda, que le sirvió de madre cuando la niña quedó huérfana. Una noche que las dos muchachas regresaban de maitines, sin duda a través de las estrechas y oscuras calles de Avila, de pronto, en medio de las tinieblas, Teresa exclamó:

—¡Oh, hermana, si supieras qué caballerizo nos acompaña, te sorprenderías!

—¿Quién? — replicó la hermana sorprendida.

—Nuestro Señor Jesucristo, llevando su cruz.
¿Fantasía de muchacha de imaginación piadosa, remordimiento o presentimiento? No me atrevo a decidir. Estas no tenían nada de común con las visiones con que ella sería favorecida más tarde. Pero ya veía a Aquél a quien tanto había de amar. Se siente obsesa, en medio de sus frivolidades y en lo más fuerte de sus disipaciones. Por lo tanto, es la nota mundana la que domina en esta extraña exclamación, en ese grito lanzado en plenas tinieblas; piensa siempre en Jesucristo; pero la que entonces se deleita leyendo las aventuras de Amadís, se lo representa bajo rasgos caballerescos: es el escudero, el caballero sirviente que acompaña a su dama, ¡un caballero sirviente que lleva una cruz!... ¿Es posible traducir una idea más piadosa y dramática bajo una forma más jovial y, si se puede decir, más galante? Toda la España del siglo XVI está en ese grito.

Estas galanterías no duraron largo tiempo y no traspasaron jamás los límites permitidos. Sin embargo, la Santa sufrió más tarde tales remordimientos, se acusó en términos tan vehementes, comparándose a los mayores pecadores y hasta a una Magdalena arrepentida, que uno se pregunta en primer lugar, con inquietud, si la joven huérfana habrá cometido una grave imprudencia. Basta leer la confesión de sus pretendidos crímenes para quedar plenamente tranquilo.

He aquí a lo que se reducen los desbordamientos de esta gran pecadora. Para no hablar más de las lecturas profanas, que ella deplora con amargura, se trata de relaciones frívolas, que *hubieran podido* convertirse en dañosas. Teresa tenía primos, probablemente los hijos de su tío

don Francisco de Cepeda, que habitaba una casa contigua a la de su padre. Los dos inmuebles, según parece, se comunicaban por una puerta interior. Y así, los primos estaban constantemente con sus primas. A causa del parentesco y, sobre todo, de la proximidad de las dos casas, era muy difícil no recibirlos. Entonces Teresa—ella no lo oculta—se distraía mucho con ellos: “Eran —dice—próximamente de mi edad, apenas algún año más. Estábamos continuamente juntos. Me querían mucho y en todas las cosas que les daba contento, los sustentaba plática y oía sucesos de sus aficiones y niñerías, no nada buenas; y lo que peor fué mostrarse el alma a lo que fué la causa de todo su mal...”

¿A qué mal se refiere? Es imposible percibir sombras en esas confesiones cándidas y confusas. Nos habla de una amiga, de una parienta —probablemente se trata también de una prima—, a quien su padre y su hermana mayor no veían con buenos ojos. No se la podía poner en la puerta. Y, por lo tanto, Teresa nos dice que las conversaciones y el ejemplo de esta muchacha le hicieron mucho daño. Nos habla también de las criadas de su casa, siempre prontas a hacerle toda clase de malos servicios: “el interés —dice— las cegaba, *como a mí la afección*”. ¿Afección por quién? ¿Por cuál de sus primos? Conocemos el nombre de cuatro de estos muchachos. Se llaman Pedro, Francisco, Diego y Vicente. ¿Es Pedro, Francisco, Diego o Vicente quien ha logrado turbar el corazón de la adolescente y obtener de ella una *afección* recíproca, según la casta expresión de la Santa? Siempre que la inclinación no haya ido más lejos. Sin duda ella exagera el daño.

Pero si hubo daño, lo que la salvó, según ella, fué el temor de Dios y el sentimiento de la honra. "Este tuvo fuerza para no la perder del todo; ni parece por ninguna cosa del mundo en esto me podía mudar, ni había amor de persona dél, que a esto me hiciese rendir.."

... *¡Ningún amor, de los que desaparecen!*

Está claro, pues lo confiesa, que correspondió, en efecto, al amor de su primo. Podemos fiar en la palabra de esta fiera castellana: su honra ha salido intacta de esta pasioncilla juvenil... ¡He aquí el provecho de los grandes conceptos!

Ya hemos visto que el honor jamás estuvo en entredicho en esta inocente aventura. Cualquiera que fuese la conducta de Teresa, el giro que tomaban las relaciones con su primo, debieron inspirar inquietudes a su padre. ¿Qué debió suceder en la conciencia de este anciano, entregado a todos los escrúpulos de una devoción meticulosa? Lo cierto es que tuvo miedo y que resolvió que su hija ingresara inmediatamente en un convento. Seguramente un poco tarde. Tenía la muchacha dieciséis años cumplidos y la maledicencia podía cebarse en esta brusca determinación de un padre de familia. Se dió por pretexto que la hija mayor, María de Cepeda, había contraído matrimonio y que, decentemente, la pequeña, falta de la vigilancia maternal, no podía quedar sola en la casa.

Teresa, a los diecisiete años de edad, entró como pensionista en el convento de Santa María de Gracia.

IV

LA PENSIONISTA DE LAS AGUSTINAS

El convento de Santa María de Gracia existe todavía. Es una vieja y sombría construcción, situada fuera de las murallas y como adherida a los flancos pétreos de la acrópolis abulense. Todavía conserva un soberbio aspecto bajo el peso de los siglos. La lonja de columnas que precede a la capilla se abre sobre un hermoso panorama, tal vez el más bello de Avila. Domina el valle y el río y a lo lejos se alcanza la línea ondulante y atormentada de las sierras castellanas. Al salir de las estrechas callejuelas de Avila se goza una sensación de amplitud y de libertad.

Pero el interior, juzgando al menos por la iglesia, parece una verdadera prisión. En un rincón obscuro, a la derecha del coro, os muestran el confesonario de la Santa. Es una especie de ventanillo de *in pace*, abierto en una ruda construcción de gruesos muros. Es húmedo, frío y, sobre todo, obscuro, con negruras de pozo o de subterráneo. Se estremece uno al pensar en los terrores que asaltarían a la pobrecilla en este lugar de tinieblas, que, seguramente, se habría de ofrecer como un vestíbulo del infierno. En aquella época, en la mayor parte de los conventos de Avila los confesonarios, los locutorios, especialmente, tenían algo de siniestros.

En el siglo XVI, como todavía en la actualidad, el convento estaba habitado por religiosas agustinas de clausura. Pero con las novicias admitían pensionistas laicas, pertenecientes, por lo

general, a la aristocracia del país. Era, en aquella época, al mismo tiempo que convento, una pensión, una especie de casa de vigilancia para las muchachas nobles y no un centro de educación, en el sentido corriente de la palabra.

Teresa no tenía ya edad para instruirse. Había cumplido los dieciséis años, y es de creer que en la casa paterna aprendiera todo lo que una señorita bien educada, de aquel tiempo, podía saber. Así la habían metido en las Agustinas solamente para ser guardada. Hubo una transición, un cambio, que la muchacha debió sentir vivamente. Comprendió que su padre y su hermana mayor se deshacían de ella, y como su conciencia no estaba tranquila, ni su corazón sin dudas, cayó en una crisis de desolación. Ocho días de desesperarse y de lágrimas. Tanto lloró, que estuvo a punto de enfermar. Nos cuenta que se sentía cansada de la vida de disipación que había llevado y que sólo aspiraba al reposo. Lloraba, al considerarse una gran pecadora y temblaba ante la idea de que su padre sospechara sus inocentes amores con el primo. Se creía perdida, perdida su reputación, en primer lugar; y después, para siempre, a los ojos de Dios. Para comprender la intensidad de este dolor es necesario pensar, no sólo en la extrema susceptibilidad de conciencia de las almas escogidas, sino en la tierna sensibilidad de una naturaleza virginal y novelesca. El menor desfallecimiento toma los caracteres de un desastre. La sola idea del pecado es una mancha indeleble.

En aquella tremenda angustia no vió más que un remedio, que era el de confesar su crimen. Arrodillada a los pies del limosnero del convento se lo confiesa todo. Y el sacerdote, juzgando rec-

tamente lo que ocurre en aquella pobre alma, la tranquiliza. Le dice que no ve más que pecados veniales en todo aquello que la atormentan, y que, en definitiva, todo será para mejor, si ha de conducirla a un honesto matrimonio.

Es la respuesta del buen sentido y de la sabiduría práctica. Pero se ha equivocado de dirección. Teresa, un poco sorprendida, no comprende más que una cosa de la plática de su confesor: que debe calmarse y que no es tan criminal como de sí misma había pensado. En cuanto al matrimonio, no siente ninguna inclinación hacia ese estado. Ella misma nos dice que lo ponía en duda. Y, sin embargo, debió acoger la idea como las otras muchachas que la rodeaban: era una formalidad que tarde o temprano debía cumplir, pero que no le producía ningún entusiasmo. Si hubiera amado seriamente a su primo, el matrimonio con él debía presentársele como una perspectiva encantadora. Por su educación, la educación que recibían las jóvenes españolas de entonces, aquella intriga galante no podía tener otro desenlace. El hecho es que si pensaba en ello era con repugnancia; por lo que es necesario convenir que aquella pasioncilla no había echado raíces. Un entretenimiento juvenil, por mimetismo sentimental: la necesidad maquinal de hacer como las demás. Y, sin duda también, el primer ímpetu de un corazón que ignora todavía su verdadero camino.

Tan verdad es esto, que si realmente hubiese amado al que sin duda se llamaba ya su novio, hubiera aprovechado la indulgencia del confesor para continuar sus relaciones con el primo, relaciones tanto más apasionadas cuanto que tenían que ser clandestinas. Teresa estaba enfer-

ma en el convento. El novio no podía corresponder con ella más que por medio de cartas y de recados. Y él bien que lo intentó. Para un enamorado no hay rejas ni cerraduras. Debió recibir Teresa esas misivas o recados, porque de ellos hace referencia. Pero todos quedaron sin contestación. "Como no había lugar—dice bastante rudamente—, presto se acabó." Y la nueva pensionista quedó tranquila.

Lo que la intranquilizó durante los ocho primeros días fué el temor de que su padre sospechase alguna cosa. Pero éste nada había dicho. Libre de esta gran preocupación, su confesor tranquilizó su conciencia.

A esta primera semana de angustia y de perturbación sucedió un período de calma y de flojedad de espíritu. Se encontraba mejor entre las Agustinas que en la casa paterna. Y se comprende, si se recuerda que en casa de su padre vivía en la compañía ruidosa de sus nueve hermanos y de su hermana más pequeña. Para ella, que tuvo desde su primera infancia el gusto por la soledad, esta promiscuidad continuada debía ser un verdadero suplicio. En el convento, al menos, podía aislarse y recogerse, viviendo en la paz conventual, que para ella comenzaba a tener atractivos. Gozaba, además, de las simpatías que inspiraba a religiosas y pensionistas. Sentía el poderío del encanto que ejercía sobre las otras, y, como en casa de su padre, en las Agustinas era la niña mimada. Hablando precisamente de su estancia en Nuestra Señora de Gracia, escribe: "En esto me daba el Señor gracia, en dar contento adonde quiera que estuviese, y así era muy querida."

No tarda en conseguir el afecto de una reli-

giosa que vigilaba el dormitorio de las pensionistas, conquistada, sin duda, por las maneras amables y joviales de la muchacha. De pronto quiso devolverle el bien recibido, y como a los ojos de la monja el más grande de los bienes no podía ser otro que la salvación del alma de Teresa, ésta emprendió el camino. Fué ella, sin duda, la primera que habló del claustro, del que más adelante había de ser una de sus glorias. La Madre Teresa de Jesús, reconocida a tal beneficio, nos ha conservado, con el recuerdo, el nombre de su piadosa iniciadora: se llamaba María Briceño. Y a propósito de ella la Santa ha escrito estas hermosas palabras: "Comenzó a poner en mi pensamiento deseo de las cosas eternas."

¿No son éstas muy grandes palabras para una muchacha de diecisiete años, ocupada hasta entonces en futilidades y vanas bachillerías, con sus primos y sus amiguitas? No será ocioso señalar aquí uno de los errores psicológicos de que se acusa a quienes relatan su infancia y su primera juventud. Se les reprocha que atribuyan a la niña preocupaciones, ideas y sentimientos que suelen tenerse, creen ellos, sino mucho más tarde. De donde resulta que el gran "deseo de cosas eternas" la niña Teresa lo tuvo, podría decirse que desde la cuna.

Recordemos el gesto infantil de que ella guarda memoria: Quiso huir a tierra de moros para ganar el cielo—afrontar el martirio para obtener un goce sin fin—. ¿Puede imaginarse más violento apetito de cosas eternas? Este gran deseo lo perdió en la efervescencia de la pubertad. Y he aquí que una voz amiga la pone en la ruta de su verdadero destino. La naturaleza se

rebela en la joven española, que parece prometida a otras alegrías que las del claustro. A la hermana vigilante le ha declarado Teresa su horror del convento. Se siente lo más alejada posible... y, sin embargo, debía recordar sus primeros juegos en el jardín de la casa paterna; cuando se divertía con su hermano Rodrigo, construyendo ermitas, o con las amiguitas de la vecindad, jugando a las religiosas. ¿No es esto el indicio de una vocación? Seguramente que este recuerdo no dejaría de turbarla en la ociosidad forzosa del convento.

Fácilmente se adivina la conversación que debieron sostener entonces María Briceño y la nueva pensionista. La religiosa hace notar que Teresa, después de haber sufrido un acceso pasajero de desesperación, parecía aclimatarse en Nuestra Señora de Gracia y aun sentirse complacida por ello. Entonces le dijo:

—Puesto que os encontráis bien aquí, ¿por qué no os quedáis para siempre?

Y Teresa le contestó que no podría nunca plejarse a la vida austera de las Agustinas. Admiraba las virtudes de aquellas santas mujeres, las envidiaba; pero se consideraba incapaz de imitarlas. Al verlas en la capilla, en plena oración, con el rostro inundado de lágrimas y con tal expresión de beatitud en su mirada, quedaba aborta y vagamente humillada viendo su estado. Luego dijo así a María Briceño:

—Yo quisiera llorar también; pero tengo el corazón tan seco, que podría leer del principio al fin la Pasión sin derramar ni una lágrima. Y esto me produce un gran dolor...

La hermana del dormitorio le manifestó que las gracias vienen cuando menos se las espera.

Así, en ella había decidido su vocación una sentencia del Evangelio que leyó por casualidad: "Muchos son los llamados, pero pocos los elegidos." Después le dijo con qué premio recompensa el Señor a los que, dóciles, acuden a su llamamiento.

Estas conversaciones acabaron de trastornar el alma conturbada de Teresa. Alguien la indujo dulcemente a reanudar un tema, abandonado durante sus años de disipación. De nuevo, la cuestión de la felicidad—de la felicidad sin fin—se presentó ante sus ojos. ¿Esta felicidad que disfrutaban algunos—"muchos son los llamados, pero pocos los elegidos"—a ella le faltaba, y le faltaba por su culpa? ¿El camino para conseguirla no estaba en el convento? ¿Se iba a apartar de ese camino? ¿Por qué?... Por vanos placeres bien pronto seguidos de la condenación eterna. Era necesario escoger: el cielo o el infierno... ¡El infierno!... Todo su ser se estremecía con este pensamiento. No podía acostumbrarse a esa idea. Experimentó siempre una gran repulsión a meditar sobre el infierno. ¡Y no obstante, es la ley... y asimismo la ley del amor! Nadie mejor que Dante ha expresado esto, con las terribles palabras escritas sobre el dintel de la puerta que conduce a la ciudad del dolor: "La justicia anima al Muy Alto que la ha hecho. Yo soy la obra de la Omnipotencia y del primer Amor. Antes de mí no hubo nada creado y yo duro eternamente. Vosotros que llegáis, abandonad toda esperanza." Sin duda, Teresa tuvo allí sueños espantosos, cuando, en la iglesia de las Agustinas, se arrodilló ante la siniestra ventanilla del confesonario, la puertecilla estrecha abierta en la áspera construcción, espesa y

aplastante, como un muro de mazmorra. La necesidad de salvarse se le imponía con una fuerza dominadora. Debía abandonar la vida del mundo para marchar hacia la verdadera vida: el claustro era el único refugio. Pero su pobre corazón de muchacha amante y amada protestaba contra esta tremenda solución. ¡No! ¡Ella no sería nunca religiosa!... Y si era absolutamente preciso, que se le permitiera escoger una Orden menos severa que esta de las Agustinas—en la que la regla no fuera de las más rudas—que se la dejara, por ejemplo, entrar en el convento de la Encarnación, donde las religiosas podían ir y venir, salir a su gusto, recibir a sus padres y a sus amigos. Justamente tenía allí una amiga de su edad, que ya había tomado el velo y se llamaba Juana Suárez. Se querían mucho. Juana la ayudaría a soportar los primeros rigores de la vida monástica y la consolaría en sus tribulaciones. Además, el convento de la Encarnación tenía en aquella época un prestigio de elegancia al que no podía permanecer insensible la educanda de las Agustinas. Era, sin duda, la Encarnación el punto de cita del mundo elegante de Avila.

¿Teresa haría como su amiga, Juana Suárez? ¿Entraría también en la Encarnación?... ¡Determinación difícil de tomar! Ante ella, estremeada, retrocedía. Y notemos que en este drama de conciencia que, verosímilmente, debió durar varios meses, Teresa no hace partícipe de él a nadie, ni a María Briceño, ni a su confesor. Ni se dice que alguien tratara de pesar sobre su conciencia, que fuese adoctrinada por las religiosas, por un confesor fanático o por su familia, que surgió la turbación en su espíritu por

el terror al infierno. Todo el trabajo psicológico que anteriormente tratamos de resumir se cumple espontáneamente en el alma de la muchacha. Nadie interviene; nadie la obliga; sólo Aquél ante quien nada resiste y con el cual Teresa ha contraído compromisos contra los que lucha desesperadamente. Si hubiera sido de otro modo la educanda de las Agustinas, con su sinceridad bien probada, nos lo hubiera dicho. Pero si nos referimos a sus confesiones, es necesario convenir que María Briceño no ejerció sobre ella más influencia que la de su ejemplo y las conversaciones piadosas. Todo el drama desgarrador lo conocieron Teresa y Dios. Leyendo con calma el *Libro de su vida*, tengo miedo de haber exagerado al juzgar dramático el conflicto. Las páginas tranquilas de Teresa no dan la impresión, al menos por el momento, de una tragedia de alma. Nos dice que se limitó a pedir a las religiosas que rogaran a Dios para que El se dignara esclarecer el estado en que podría servirle mejor. Pero esto mismo ¿no es el indicio de una conciencia angustiada? En fin, después que Teresa estuvo cerca de dieciocho meses en el convento de las Agustinas cayó enferma de gravedad, y es más que probable, dados su particular temperamento y su sensibilidad hiperaguda, que esta enfermedad, en la que ella misma ve una intervención providencial, fuese la consecuencia no solamente de la idea de profesar, que surge por primera vez, sino de la crisis moral en que se debatía desde su entrada en Nuestra Señora de Gracia...

¿Qué fué, en suma, esta enfermedad, que parece haber puesto en peligro su vida y que inspiró tan vivas inquietudes a la familia, que ya no se

pensó en que volviera a las Agustinas? La Santa, que en su autobiografía se extiende de buen grado en el relato de sus enfermedades físicas, no nos dice absolutamente nada. Y será muy importante saberlo. ¿Es una enfermedad ordinaria o es una de esas misteriosas crisis, de carácter tan complejo, que ella ha de sufrir más tarde y que parecen consecuencias de un gran choque moral? Se ve lo interesante de la cuestión. Sea lo que quiera, el peligro de muerte en que se encontró no parece haber modificado sus sentimientos. Como era en Nuestra Señora de Gracia, así va a seguir todavía durante bastante tiempo.

Sin duda, la idea de tomar el velo la atormentó siempre; pero la indecisión persiste. El proyecto heroico se siente contrarrestado por otros atractivos siempre poderosos. Se puede afirmar que en el momento la obsesión del claustro ha disminuído y que vuelve la afición al mundo. Lo que es natural, tratándose de una convaleciente.

Se la envió para restablecerse al campo, en la casa de su hermana mayor—la que le había servido de madre—, María de Cepeda, casada con D. Martín Guzmán y Barrientos. Los esposos vivían en un pequeño pueblo, llamado Castellanos de la Cañada, en el límite de la provincia de Avila con la de Salamanca. Al regreso, Teresa se detuvo en casa de uno de sus tíos, Pedro de Cepeda, que hacía vida muy retirada en Hortigosa, pueblecillo a algunas leguas de Avila. Como todos los miembros de la familia, Pedro de Cepeda era un hombre profundamente religioso y de gran piedad. Viudo, acabó por profesar en una Orden religiosa, y la Santa nos asegura que su muerte fué la de un elegido, que ya gozaba

de Dios. Sus conversaciones sólo trataban de Dios, y de la vanidad del mundo. ¿Cómo escuchaba la convaleciente estas piadosas pláticas? Es probable que le gustaran medianamente, si es cierto, como ella nos lo ha dicho, que en aquella ocasión no sentía gran inclinación por los libros piadosos. Su tío le pidió que le leyera, y debe advertirse que este devoto personaje, como el padre de Teresa, sólo leía libros espirituales. "Y aunque no era amiga de ellos—dice la Santa—, mostraba que sí, porque en esto de dar contento a otros he tenido extremo, aunque a mí me hiciese pesar."

Sin embargo, a pesar de esta disposición privada, las palabras de su tío y las buenas lecturas hicieron una gran impresión sobre su espíritu. Recogió, a pesar suyo, estas religiosas influencias, verdaderas semillas de conversión, que no tardaron mucho tiempo en germinar. ¿Cuánto tiempo estuvo en casa de su hermana y su cuñado? ¿Qué vida hizo en Castellanos de la Cañada? ¿Tuvo allí encuentros y amistades que también influyeran en sus sentimientos y en su determinación final? La imaginación puede correr a carrera abierta por esta época de la vida de Teresa, inventando las más novelescas aventuras. La verdad es que esta penitente, que no tiene miedo de confesar sus faltas, no ha hecho ni la sombra de una alusión a nada que se parezca a aventura. Es más que probable que su existencia en Castellanos de la Cañada estuviese por completo desprovista de sucesos sensacionales y que la convaleciente distribuyera su tiempo entre los cuidados caseros y los ejercicios de devoción. Sin duda, hizo lo mismo al regresar a la casa paterna, en la que permaneció todavía

más de cuatro años. Y esta vez parecía complacida de su misión. Tenía dieciocho años y debía ocupar, a su vez, al lado de su hermana más pequeña, Juana de Ahumada, el lugar que cerca de ella ocupara años antes la hermana mayor. Los mayores, los muchachos, iban abandonando sucesivamente el viejo hogar, para alistarse al servicio de algún capitán o embarcarse para las Indias. En la casa no quedaban con el padre más que los hermanos y hermanas pequeños. Teresa, con las dotes de mando y de organización que había en ella, tomó la dirección de la casa. Parecía en estos tiempos que se había aquietado, si bien hay que pensar que el viejo Alonso de Cepeda deseaba retenerla a su lado el mayor tiempo posible..., mientras llegaba el día de casarla. Varios partidos le fueron, sin duda, propuestos por los parientes y amigos de la familia, comenzando por su propio padre. No parece que Teresa detuviera su pensamiento en la idea del matrimonio. Importa señalar el hecho de que, salida del convento, ha pasado cuatro años en la casa de su padre, como verdadera señora y dueña; por su belleza y nacimiento ha debido ser más solicitada que cualquiera otra, y, sin embargo, no se ha casado... ni ha pensado en ello: por modo distinto, ella nos había dicho que le dolería que hubieran contrariado su corazón y forzado sus inclinaciones. Nada parecido. Un completo mentís a los que pretendían que la verdadera vocación de Teresa era el matrimonio y que la castidad forzosa produjo sus éxtasis y visiones. A este propósito podemos recordar a otra carmelita célebre, a madame Acarie; luego, la bienaventurada María de la Encarnación, que no solamente se casó y tuvo varios hijos, sino que

tuvo éxtasis antes del matrimonio, durante éste y después.

Teresa ha manifestado, por el contrario, su deseo de no casarse, porque su padre, como ella también nos lo dice, tiene la esperanza de retenerla a su lado hasta su muerte. Según las ideas de aquel tiempo, una hija, que no fuera una jovencita, no podía hacer otra cosa que dedicarse al cuidado de sus padres viejos o enfermos o entrar en un convento. Acababan por tomar este último camino.

Tenía mucho trabajo. Parecía hecha para este papel de dueña de casa, en el que se complacía, porque, además, amaba a sus hermanos, y en cuanto a su padre, se puede decir que sentía por él veneración. Todo la retenía en su hogar. Su destino de hija mayor parecía trazado: casará a sus hermanos y hermanas; cuidará a su anciano padre hasta que exhale su último aliento, y después ella acabará sus días como señora pensionista en cualquier beaterio: en el convento de la Encarnación, por ejemplo, donde se tolera una cierta vida mundana.

Y, sin embargo, nada de esto hizo. Tomó otro camino para que había sido llamada hacía tiempo, siquiera el llamamiento lo sintiera de un modo confuso. El recuerdo de las conversaciones con María Briceño y con su tío Pedro, las lecturas piadosas de Hortigosa, continuaban obsesionando y perturbando lo profundo de su alma. Entonces se sintió que volvía a sí misma, que había encontrado su alma de niña. Nos lo dice con estas palabras: "Comprendí la verdad de lo que había entrevisto cuando era niña: ¡la pequeñez de todo y la vanidad del mundo!" Después, el miedo de condenarse comenzó a ator-

mentarla. Asegurar inmediatamente su salvación; se le aparecía, más que nunca, como una necesidad obsesionante. Sólo el claustro podía salvarla. ¡Pero qué angustias para determinarse a entrar!

Fué una vedadera batalla—es la palabra que ella emplea—, una batalla que duró tres meses, que le produjo fiebre y grandes síncope. Sentía el deseo de ser religiosa, porque a sus ojos era el único camino de su salvación. En el mismo momento leía las cartas de San Jerónimo sobre las excelencias de la virginidad y de la vida monástica, y estas cartas acababan de perturbarla. Todos sus pensamientos la llevaban hacia esta resolución extrema, pero no se sentía con fuerzas para tomarla. Le faltaba el gran resorte: el amor de Dios. Ella misma lo declara en dos ocasiones. Y, por otra parte, su desprecio del mundo, su desasimiento de todas las afecciones terrenas, no eran más que ideas teóricas que apenas viven en su cabeza. No cesa de repetir: que adora a su padre, que ama a sus hermanos y a la casa paterna. Son realidades muy dulces, a las que está fuertemente adherida. ¿Tendrá alguna vez el valor de romper estas ligaduras? ¿Sería esto razonable? ¿No tiene mucho bien que hacer permaneciendo en el siglo? Fuera de sus ideas religiosas, no hay nada que la atraiga al claustro. El convento lo conoce, gracias a Dios. Había visto en las Agustinas lo que es la vida monástica, y apartaba el pensamiento con terror... Y, sin embargo, a pesar de su corazón, a pesar de todo, se encamina hacia el claustro. La vida se le ofrece con multitud de goces, cuyo precio sabe, y ésta es la renuncia que ha escogido. Si la vocación es un llamamiento de Dios,

jamás hubo una vocación más imperiosa ni más cruel que ésta. Se decidió, por fin, a confesarlo a su padre. "Me determiné—dice—a decírselo a mi padre, que casi era como tomar el hábito; porque era tan pundonorosa, que me parece no tornara atrás de ninguna manera habiéndolo dicho una vez." El padre acogió el proyecto del modo que es de suponer. A pesar de las instancias de los allegados y de los amigos interesados por Teresa en su determinación, se mostró inquebrantable en la negativa. Todo lo que de él se pudo conseguir fué que su hija se hiciera religiosa, si era ése su gusto, pero después de su muerte; hasta entonces permanecería en la casa.

Teresa escuchó la decisión paterna con el respeto debido, pero sintiendo que, de obedecer, estaba perdida para siempre. Desconfiaba de su debilidad, de su corazón sobre todo, al que tan caras costumbres retenían en el mundo. Sólo por la fuerza se podrían romper aquellas ataduras. "... si el Señor no me ayudara—escribe ella—, no bastaran mis consideraciones para ir adelante; aquí me dió ánimo contra mí; de manera que lo puse por obra." Tiene ese valor. Persuade a uno de sus hermanos, llamado Antonio, para que se haga religioso como ella—uno, en los Dominicos de Santo Tomás, y la otra, en las Carmelitas de la Encarnación. Y así, una buena mañana, evadidos de la casa paterna como dos fugitivos, fueron a llamar en la puerta de ambos conventos.

Este gesto decisivo, el más solemne de la vida de Santa Teresa, tuvo su precursor algunos años antes, cuando con su otro hermano, Rodrigo, partió para tierra de moros, a fin de ganar la pal-

ma del martirio. Esta vez también es la partida por la misma razón: para estar segura de que no le falte la felicidad; una felicidad que, como los dos niños repetían, enajenados, debía durar "siempre, siempre, siempre..."



SEGUNDA PARTE

EL DIFÍCIL CAMINO DE PERFECCIÓN

“Pasaba una vida trabajosísima, porque en la oración entendía más mis faltas. Por una parte me llamaba Dios, por otra yo seguía a el mundo... Parece que quería concertar estos dos contrarios, tan enemigo uno de otro, como es vida espiritual, y contentos, y gustos y pasatiempos sensuales.”

(*Vida de Santa Teresa. Cap. VII.*)

ЛОН
ЛОН
ЛОН

сон
сон

I

EN EL CONVENTO DE LA ENCARNACIÓN

Este convento estaba en la primera edad, y puede decirse que muy a la moda, cuando Teresa, acompañada de su hermano Antonio, llegó, postulante, a tirar de la campana de la hermana tornera.

Lo mismo que el convento de Nuestra Señora de Gracia, existe todavía el de la Encarnación, y es seguramente el lugar más célebre y más visitado de Avila.

En una bella coloración meridional, el vasto conjunto de edificios, dominado por los campaniles de la iglesia, se extiende fuera de los muros, al occidente de la ciudad, en una depresión del terreno que tiene aspecto de valle y está surcada por corrientes de agua. Algunos árboles, algunos macizos de verdura no muy espléndidos, aquí y allá, son como oasis en la árida desnudez del suelo. Según parece, tras los muros del convento las religiosas tienen jardines bastante grandes y agradables. Pero la gran ventaja y el principal atractivo de la Encarnación es que, desde el umbral del monasterio, se goza de una hermosa vista, dominando la ciudad. Siguiendo la inclinación de su acrópolis rocosa, entre las

almenas de las murallas y las buhardas de las torres, baja tumultuosamente, hasta su lecho de la ribera, el frígido Adaja. De este lado, el perfil de Avila no tiene la masa rojiza de su catedral, que aparece como puramente romana, cuadrada, sólida, rechoncha, sin ninguna fioritura gótica ni morisca. Es un fiero perfil de ciudad, y el lugar desde donde se la contempla, uno de los más sanos de los alrededores.

El monasterio, construído en el siglo XVI, tuvo como principio un beaterio, fundado en 1479 por una señora llamada doña Elvira González de Medina. El breve pontificio que autorizó la fundación, permitía a las beatas agregarse, como tercera orden, a las dominicas o a las carmelitas. Optaron por la Orden del Carmelo. Es el momento en que los Reyes Católicos expulsaron de España a los judíos; entonces se pudieron hacer magníficas especulaciones sobre los inmuebles que, al marcharse, abandonaron estos desgraciados. Así, el obispo de Avila confiscó un terreno perteneciente a los judíos desterrados y que separaba de una sinagoga el oratorio de las beatas. La sinagoga fué transformada en capilla y unida al oratorio. El conjunto formó el beaterio de Elvira de Medina. Insisto en estos detalles, porque ellos ayudan a comprender en qué atmósfera de catolicismo, belicoso y triunfante, nació y se desarrolló Santa Teresa. Judío o musulmán, el enemigo estaba vencido; pero por todas partes se tropezaba con sus vestigios. Y los vestigios fastuosos de su dominación recordaban qué poderoso esfuerzo se había hecho para vencerlo.

Más tarde, una de estas beatas, habiendo tenido diferencias con la superiora del beaterio, se retiró a Alba de Tormes. Después de muerta la

superiora, fué elegida en su lugar por las beatas de Avila. Esta devota de carácter tan guerrero, se llamaba doña Beatriz Higuera. Tuvo la idea—y la ambición—de fundar un verdadero convento de Carmelitas, y después de haber planteado un pleito a sus padres para obligarles a pagarle el dote, con el dinero de éste, compró en las afueras de Avila un terreno que había sido antiguamente un osario judío. Así, sobre aquel suelo impregnado de cenizas heréticas, hizo construir el monasterio de la Encarnación.

Los comienzos fueron penosos y de los más modestos. Fué necesaria la ayuda pecuniaria del hijo del primer duque de Alba, don Gutierre de Toledo, el cual asignó al futuro convento algunos censos que poseía en la diócesis de Avila. Se debieron emplear para la construcción los materiales más modestos. Los muros de clausura eran, según nos han dicho, un simple tapial. Una cubierta de tejas, sin bóveda, abrigaba las construcciones conventuales, la iglesia y el coro. Sin embargo, tal era el deseo de las religiosas de hallarse en su casa, que ocuparon lo más pronto posible el improvisado monasterio. Por una coincidencia, que señalan los historiógrafos del Carmelo, la primera misa se dijo el mismo día del bautismo de la Santa, el 4 de abril de 1516; de modo que el convento tenía la misma edad que Teresa, veinte años, cuando ésta ingresó. Por de pronto, allí se debía vivir miserablemente. Tenían lo indispensable para comer. En invierno—y sabido cuán rigurosos son los inviernos en Avila—nevaba en el coro y en la iglesia. La nieve caía sobre los breviarios de las religiosas. En verano, el calor era sofocante. El sol penetraba por todas partes en las habitacio-

nes mal concluidas. En las celdas, cerradas ventanas y postigos, había claridad bastante para leer; la luz entraba por los intersticios de las tejas. Es de suponer que esta instalación sumaría mejoraría poco a poco, porque a Santa Teresa le complacía mucho su celda—según ella misma nos asegura—, porque la encontró muy cómoda.

De todos modos, el monasterio de la Encarnación, como todas las novedades, gozaba entonces de un gran prestigio en Avila. Lo aumentaba, sin duda, el prestigio muy antiguo de la Orden del Carmelo. También las postulantes eran muy numerosas. En la época en que Teresa ingresó en el convento, se contaban ciento ochenta religiosas, de las cuales se deberán descontar, seguramente, un cierto número de legas y de pensionistas de la tercera orden. Constituía así una población monástica de las más importantes, una verdadera colmena femenina, en la que el fervor no se empleaba solamente en materias de devoción. El locutorio se abría a muchas mundanas y a muchas mundanidades, y se puede decir que allí se daba cita la mitad de la ciudad. Al entrar la joven Teresa de Ahumada, se quedaba con un pie en el siglo...

He aquí, pues, a la postulante en contra de su corazón y de su cuerpo. Para infundirse valor se había hecho acompañar de su hermano más joven, Antonio. Con su poder de persuasión, con el don de proselitismo que tuvo siempre, previamente adoctrinado, le decidió a hacerse también religioso, como si haciéndolo sola corriera el peligro de desfallecer. Necesitaba del apoyo del ejemplo. Antonio se propuso ser dominico; pero los padres de Santo Tomás, que mantenían rela-

ciones de amistad con Alfonso de Cepeda, no quisieron recibir al muchacho sin la autorización paterna. Y lo mismo le sucedió a Teresa en la Encarnación. Se apercibió un poco tarde que no es muy fácil entrar en un convento, del mismo modo que ella sabría más tarde, y a sus expensas, que no es ni fácil ni agradable ser una Santa, mundanamente hablando. Las religiosas de la Encarnación tampoco querían enemistarse con Alfonso de Cepeda, recibiendo a su hija en el convento. Por otra parte, estaban muy pobres y no era buen negocio alimentar una boca más. Ellas pedían una dote, y Teresa no era rica. De esto nacieron tergiversaciones, que duraron algún tiempo, y que conviene recoger, aunque sólo sea como respuesta a las alegaciones tendenciosas de quienes representaban a Teresa como a una desgraciada víctima encerrada en el claustro a pesar suyo, o empujada hacia la vida religiosa por confesores y consejeros, que abusaron de su confianza. En realidad, se multiplicaron los obstáculos para impedirle entrar en el convento. Y más que probable que se la dejara en el umbral durante mucho tiempo. Los historiadores del Carmelo nos dicen que el hábito no se lo dieron en seguida. Lo que sí parece cierto es que las dilaciones duraron alrededor de dos meses y medio, como podrá verse más adelante. Alfonso de Cepeda no se dejó convencer tan rápidamente como se cree, y antes de dar su consentimiento probó bien la vocación de su hija.

Felizmente, ésta tenía inteligencias en la plaza: por de pronto, su amiga Juana Suárez, que en aquella época había tomado el hábito de carmelita, y también una vieja parienta, de la que Teresa nos hablará en su biografía. Por otra

parte, si nosotros nos referimos al acta de dotación, publicada por el moderno editor de Santa Teresa, comprobaremos que la abadesa del convento era "la Reverenda Madre doña Francisca del Aguila"—probablemente, hermana o parienta de su madrina, doña María del Aguila—, y que, en fin, una de las religiosas presentes en la firma del contrato se llamaba Francisca Briceño, sin duda parienta ella también de aquella María Briceño vigilante de las pensionistas en las Agustinas, y que, como se sabe, había ejercido sobre la muchacha una piadosa influencia. Es de suponer, por otra parte, que a las Agustinas no había de molestarles el ingreso de una muchacha perteneciente a una de las primeras familias de Avila y que ofrecía tan brillantes esperanzas.

Por último, después de resistencias y discusiones, se rindió y firmó ante notario el acta de dotación. Es muy larga, con numerosas cláusulas, y un documento más para demostrar que la entrada en el convento de Teresa de Ahumada estuvo erizada de dificultades, y lo complicado del reglamento. He aquí las primeras líneas del documento, grandemente sugestivo, porque evoca ante nuestros ojos la escena del contrato:

"En el nombre de Dios. Amén. Sabed todos los que el presente instrumento público vieren, cómo en el monasterio de Nuestra Señora Santa María de la Encarnación, fuera de los muros de la noble ciudad de Avila, de la Orden del Carmelo, a los treinta y un días del mes de octubre, del año del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo mil quinientos treinta y seis; hallándose presentes las reverendísimas señoras prio-

ra y religiosas de dicho monasterio, reunidas en capítulo, en el locutorio de dicho monasterio, detrás de sus rejas y sonando la campana según es uso y costumbre; hallándose presente con las dichas señoras religiosas, detrás de las rejas del locutorio, la señora doña Teresa de Ahumada, hija de los señores don Alfonso Sánchez de Cepeda y doña Beatriz de Ahumada, su mujer, actualmente difunta (que el Señor la tenga en la Gloria). Y hallándose también presente en dicho locutorio, fuera de las rejas, del lado exterior, el dicho Alfonso Sánchez de Cepeda, en presencia de mí, notario público, y de los testigos que firman...”

Después de esto, en los diferentes artículos del contrato, el padre de Teresa se compromete a suministrar, para la alimentación y sustento de su hija, como renta, veinticinco medidas de pan, mitad de cebada y mitad de trigo—renta que comenzará a partir del día en que la dicha doña Teresa haga su profesión—, o, en defecto del pan, una suma de 200 ducados de oro, que son 75.000 maravedís, a escoger por el dicho Alfonso Sánchez. El día de Nuestra Señora de Agosto del año 1537, el dicho Alfonso Sánchez entregará a las religiosas la renta de las veinticinco medidas de pan, mitad de cebada y mitad de trigo, para la alimentación de la dicha doña Teresa durante el año de su noviciado. Por otra cláusula, se compromete a suministrar una cama provista de una colcha, fundas de almohada, dos mantas, una de algodón y otra de lana; seis trapos, seis fundas de almohada, dos jergones y otros accesorios, más un catre de tijera. Además, para su vestido, dos hábitos, uno de buen

pañó y otro ordinario; tres vestidos, uno de paño y otro de tela de Palencia; dos mantos, uno de paño y el otro de estameña; una zalea, cofias, camisas, zapatos y los libros de que se sirven las religiosas. Mientras tanto, por la entrada de su hija en el convento, Alfonso Sánchez de Cepeda debía ofrecer una colación a toda la comunidad, con velas de cera. Para el día de la toma de hábito, costeará una colación y una comida, y a cada religiosa, una cofia, según es costumbre... Señalemos esta fecha del 15 de agosto fijada para el pago de las veinticinco medidas del "pan de renta", las que representan el importe de la alimentación de la postulante durante el año de su noviciado. Teresa llegó al monasterio, fugada de la casa materna, el día de la Asunción de 1536, y como su toma de hábito no fué hasta el día 2 de noviembre del mismo año, se pasaron cerca de tres meses antes de que el padre de la muchacha diera su consentimiento y que todas las formalidades para la admisión estuvieran cumplidas. Esta fecha del 15 de agosto para la entrada de Teresa en el convento es significativa. Desde su infancia había manifestado una devoción particular a Nuestra Señora. Es muy probable que escogiese el día de la fiesta de la Virgen para ofrendarle su juventud y el sacrificio de su corazón. Pero no será mucho insistir en las dilaciones y en las dificultades de todas clases que se le opusieron a esta heroica resolución, tanto por parte de la familia como por parte de las carmelitas.

Como consecuencia, las compañeras y las hijas espirituales de la Santa han meditado largamente sobre todas las circunstancias de su entrada en la Encarnación. Aprecian una multitud

de señales simbólicas o de intenciones providenciales: por de pronto, el hecho de que de un antiguo osario judío haya surgido esta gran luz mística, que dió al catolicismo declinante tal esplendor. Para estas almas piadosas allí había una especie de encadenamiento y de misteriosa filiación, que recordaba la unión, a la vez histórica y doctrinal, entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Una de estas carmelitas, María Pínel de Monroy, estima que hay algo de providencial en el hecho de que el monasterio de la Encarnación contara tan gran número de religiosas en la época de Teresa, y dice: "Dios había reunido allí como un vivero de almas, con el fin de que la Santa pudiera, en este gran número, escoger las mejores colaboradoras de su reforma." Lo que hay de cierto es que el convento, a pesar de las críticas, algunas veces severas y, es necesario creerlo, justificadas, que Teresa hizo contra él, fué para ella el verdadero hogar de su vida espiritual; es allí donde durante muchos años se entregó a la oración, preparándose para las prodigiosas gracias de que ha hablado el mundo.

Sea como quiera, ha llegado a conseguir su propósito. Se encuentra, al fin, en el Carmelo, y con el consentimiento de su padre. Ha pagado su dote y ha vestido el sayal de sus futuras compañeras. Todo está en regla, todo está previsto, hasta el más pequeño detalle. En lo sucesivo, su vida va a deslizarse en un orden inflexible, desde el noviciado hasta la profesión y desde la profesión a la tumba. Entre Teresa y el mundo se ha levantado una barrera, que todavía, según su opinión, no es del todo infranqueable. Pero este supremo esfuerzo la ha extenuado. El terrible

combate contra ella misma. Ha entrado en el convento como quien marcha al suplicio. Las expresiones de que ella se sirve para pintar las angustias de este gran destrozo, son de las más violentas. Llega a escribir que, después de aquello, nada hay que pueda producirle espanto, nada que no se sienta con valor para vencerlo... Y muy pronto, después de haber escrito aquella declaración, casi desesperada, añade esta otra desconcertante: "En tomando el hábito, luego me dió el Señor a entender cómo favorece a los que se hacen fuerza para servirle, lo cual nadie entendía de mí, sino grandísima voluntad. A la hora me dió un tan gran contento de tener aquel estado, que nunca me faltó hasta hoy; y mudó Dios la sequedad que tenía mi alma en grandísima ternura..."

Y advierte al mismo tiempo que nadie, entonces, sospechó lo que pasaba en ella. ¿Qué pasó? ¿Qué drama interior se ocultaba tras de estas confesiones, en apariencia contradictorias?...

II

LAS AMARGURAS DEL PRINCIPIO Y UNA GRAVE ENFERMEDAD

Si se reflexiona, se comprende bien la especie de satisfacción experimentada por Teresa al tomar el hábito de religiosa. Esta satisfacción ya la había gustado, sin duda, desde que franqueó el umbral del convento: era el sentimiento de gozo de una victoria sobre sí misma, sentimiento al que se mezclaba tal vez un poco de vana-

gloria, que ella expresa en su biografía, atribuyendo a Dios todo el mérito.

Es, pues, feliz por esta determinación, que tanto le ha costado, luego de haber chocado con obstáculos que, ciertamente, tenía previstos, pero que no creyó que fueran tan difíciles y de tan larga duración para vencerlos. Los intuitivos y los pasionales se impacientan por encontrar los hombres y las cosas hostiles a sus deseos o a la realización de sus ideas. A veces sufren cruelmente... En fin, cuando todo estuvo arreglado con su padre, sus hermanos, su familia, el convento—y no hacemos más que indicar las cuestiones de interés, algo complicadas, que promovió para Teresa de Ahumada su entrada en religión—, es natural que ella sintiese como la alegría de la liberación. Era todavía una muchacha: veintiún años. Un poco de infantilismo es perdonable a esa edad. Después de haber jugado muchas veces a la religiosa, lo era ya. Vestía el hábito glorioso del Carmelo: un hábito de “hermoso paño”—según estaba estipulado en el acta de su equipo—y que, sin duda, le sentaba tan bien como el vestido de color de naranja, con galones de terciopelo negro, que sus compañeras recordaban. Nuevas ocupaciones se repartirían el tiempo de la jornada: los mil delicados quehaceres de la vida conventual. Se dió con arrobamiento, con verdadero goce interior, a cumplir las funciones de su ministerio. Teresa nos dice que estaba lo más atenta que le era posible al cumplimiento de obligación, cuidadosa y entusiasmada por todo lo que se refería a cosas de la religión. Los más pesados trabajos no los excusó jamás. Ponía en ellos el mayor celo y humildad. Barría en las horas que otro tiempo

dedicó a la pereza o a las diversiones. Estos primeros pasos de ascetismo y renunciamiento le parecieron fáciles, deliciosos. Gustaba una alegría nueva, una alegría diferente de la que había sentido a su entrada en la Encarnación y al tomar el hábito. Se extrañaba, y aun se asustaba un poco, al ignorar de dónde procedía aquella alegría, que le parecía desproporcionada a la causa. Eran los principios de la gracia, de la que iba a ser colmada y de la que entonces sólo tenía un sentimiento confuso.

Este período de calma y de modesta felicidad fué verosímilmente de muy corta duración. Muy pronto grandes confusiones la trastornaron y torturaron. Estas confusiones—conviene en ello insistir—eran de orden puramente moral. Se censuraba sus excesos de celo. Fué reprendida por sus superiores y sin duda criticada por sus compañeras, y ella declara que aquello lo soportó con dolor. Eterno conflicto de las almas superiores y originales con las naturalezas mediocres y rutinarias. Aquéllas van derechas a Dios, a la verdad y a la vida. Estas otras se esfuerzan penosamente en lograr el porvenir por los métodos y las disciplinas, y hay siempre en ellas una tendencia a acusar a las primeras de orgullo y de error. Es verdad que la vía directa es de las más peligrosas y que es muy difícil, sobre todo en los comienzos, distinguir lo presuntuoso y lo tocado de herejía de lo ortodoxo y de lo santo. Puede ser que al sentirse contradicha y censurada por sus compañeras, Teresa quisiera refugiarse en la soledad. Un alma elegida sólo encuentra en Dios alegría y verdadera conversación. Sería falso decir que Teresa huía de sus compañeras: tenía caridad cristiana, y ésta no le consentía

mostrar resentimiento ni alejarse. Y no olvidemos tampoco que todavía amaba al mundo, que tenía el gusto de las amistades particulares, de las que nunca llegó a prescindir por completo. Sin embargo, se aislaba lo que podía en la plegaria y en la meditación, retirándose materialmente a su oratorio a una de las ermitas del jardín, y allí, frente a sí misma, lloraba por su indignidad y por las faltas cuya gravedad exageraba. Las demás monjas, viendo sus lágrimas, se imaginaban que echaba de menos el siglo, y no auguraban nada bueno de esta novicia de carácter extravagante, que no hacía como ellas, que ponía algo de personal en la observancia de la regla común. Teresa, susceptible, se preocupaba de hacer muy bien todas las cosas, y en su fuero interno esperaba la aprobación, que no siempre se le concedía. Así, sentíase lastimada en su amor propio, como en su innato instinto de independencia, siquiera el sufrimiento tuviera causas más profundas, de las que ya comenzaba a darse cuenta.

Tratemos de ver, examinando sus propias confesiones, qué es lo que turbaba tan hondamente el alma de esta muchacha tan ávida de felicidad.

Cierto que el amor humano no tomaba parte en sus angustias. No pensaba en las relaciones frívolas de otro tiempo, en sus peligrosas amigas, ni en sus primos, que cuando ella estaba en Nuestra Señora de Gracia trataban de hacerle llegar mensajes galantes; ni la menor alusión a todo esto hay en las páginas que la Santa dedica a este período de su vida. Conociéndola, podemos dar un absoluto crédito a cuanto dice. ¡Oh no! Nada del mundo echa de menos, y si llora es por razones de un orden más elevado

que las que pueden suponer las que la rodean. Se descubre que en este momento de su vida—cuando había dado el paso hacia el claustro y aun podía volverse atrás—sólo una idea la domina. Es el aplastamiento por la idea terrible que le arranca lágrimas: *todo es nada*. El mundo es una vanidad, si no es una ilusión. La verdadera felicidad no se consigue más que por la negación del mundo. Teresa está sedienta de felicidad. E importa insistir sobre esto: ha entrado en el convento para apagar esta sed de felicidad... Mas para negar al mundo y, por de pronto, separarse de él, hace falta estar sostenida por una gran certidumbre y por un gran amor: puesto que existe otro, realidad única, y la única digna de ser amada. Sin duda, Teresa aspira con toda su alma a la felicidad eterna; pero no conoce todavía el amor de Dios. Lo declara con toda humildad: “aun no tenía, a mi parecer, amor a Dios, como después que comencé a tener oración me parecía a mí le he tenido; sino una luz de parecerme todo de poca estima lo que se acaba, y de mucho precio los bienes que se pueden ganar con ello, pues son eternos.” Así, como ella no amaba bastante a Dios, esos “bienes eternos” apenas eran un frío concepto que sólo hablaba a su razón. Estaba sin saber, sin luz, sin calor ni atracción. Por el contrario, ¡qué poder de seducción en los bienes que pasan, en los goces físicos!... Y bajo estas palabras que la carmelita emplea con toda la inocencia de su corazón, librémonos de ver otra cosa que las satisfacciones lícitas: ama a su padre, a sus hermanos, a sus amigos, sobre todo aquellos con quienes pudo tener entretenimientos espirituales. Se complacía en este género de

conversaciones, en las que brillaba fácilmente y aceptaba de buen grado el ser admirada por ello. Pero, en el fondo, todas estas afecciones, todas estas satisfacciones del amor propio, ¡son vanas! Teresa se siente oprimida por la verdad cruel e ineluctable de la idea que la obsesiona, la idea que domina la vida ascética, y que a través de las más dolorosas pruebas conduce al renunciamiento y a la santidad. Ha entrevisto el revés de la tela en que está pintada la futil imagen de este mundo. En este mundo futil e inconsistente, la verdadera y sola sabiduría consiste en negarlo: remontar la pendiente de la caída original, imitar la Redención. El Cristo encarnado bajó hasta nosotros para retornar a su Padre. ¡La Encarnación! ¡Misterio insondable! Llegar a sacudir el yugo agobiante de la carne, vencer la corriente de la caída, luchar contra la potencia desconocida y formidable que precipita el alma humana en el abismo de los sentidos y la muerte de la materia, levantar el peso de siglos de condenación que nos aplastan, erguirse contra la propia carne, contra miradas de seres arrastrados por el torrente de la lucha, contra la humanidad entera y contra el universo entero, ¡qué empresa que produce vértigos y qué agonía para quien se siente marcado con el signo de la santidad! ¡Romper el sortilegio y la esclavitud del alma encarnada!... Justamente, cuando Teresa afronta por la primera vez este tremendo misterio, es religiosa en el monasterio de la Encarnación, sobre el emplazamiento del antiguo osario judío y en un lugar todavía penetrado por las influencias carnales de la sinagoga. ¡Sorprendente motivo de meditación para la novicia del Carmelo! No tenemos la pre-

tensión de entrar en el secreto de su pensamiento ni de precisar el tema. Lo que es cierto, incontestable, es el horror hacia el mundo de esta muchacha, que apenas lo conocía; horror combatido, hace falta decirlo, por la persistencia en ella de determinadas amistades, de ciertos gustos, que a nosotros nos parecerán pecados veniales, pero que, cuando menos, son contrarios a la perfección.

No será excesivo recalcar este sentimiento, que parece haber dominado y orientado, desde este momento, toda la vida espiritual de Teresa: el horror al mundo. Lo tenía, por decirlo así, de nacimiento—recordemos su fuga infantil en busca del martirio y de la felicidad celeste—, y es en ella uno de los primeros y más evidentes signos de la santidad. Al común de los hombres les hace falta, para llegar a un sentimiento análogo, no solamente el espectáculo de la ignominia y de la crueldad fundamental de la criatura, de la estupidez y de la brutalidad del universo mecánico, más una experiencia personal, dolorosa y mil veces repetida, de todos los desencantos y de todos los engaños. Aun después de esta experiencia, apenas comprendemos la razón del asceta, cuando está justificada una negación total. De tal modo somos arrastrados por el torrente de la caída, que necesitamos hacer un gran esfuerzo contra nosotros mismos para colocar bajo nuestros ojos ese “revés de la tela”, que es habitualmente el motivo de contemplación y de meditación para el hombre de renunciamento: la corrupción congénita de la falta, el mal dentro y fuera de nosotros:

¡Ah, Señor!, dadme la fuerza y el valor de contemplar mi corazón y mi cuerpo sin disgusto!...

Todos nuestros esfuerzos, nuestras acciones y nuestros pensamientos son inmediatamente falseados y depravados por esta malicia original. No hay un acto de virtud, una idea elevada y noble, que no suscite inmediatamente su caricatura satánica. La máscara deforme del Malo se dibuja a través de las apariencias más fascinantes, las más plácidas y tranquilizadoras. Esta omnipresencia del Malo se desenvuelve triunfalmente en las épocas llanamente materialistas, como la nuestra, en la que el culto de un universo sin alma y de una razón sin contrapeso, reintegra la pretendida civilización a todas las depravaciones del instinto y a todas las atrocidades de la barbarie: decadencia infernal, tanto más espantosa cuanto que la blandura de las almas parece impedir la esperanza de todo remedio... Al lado de este drama inmanente de la condenación, la perpetua estafa de "los placeres ligeros", que dicen ayudan a soportar la vida. El sentimiento de la inconsciencia, de la necesidad, del engaño voluntario en estos placeres, son innegables. La ilusión del recuerdo o del deseo que nos hacen creer en fantasmas de belleza o de felicidad, siempre fuera de nosotros, nos aprisiona. La podredumbre, el olor fétido, el sabor salobre mezclados en todos nuestros goces. Nuestras menores alegrías, en seguida corrompidas o marchitas... Para reanimar en nosotros esas desconsoladoras sensaciones, nos vemos obligados a violentarnos. De tal suerte, la plena conciencia es rara en nuestros espíritus. A veces el sentimiento es tan cruel, que atenaza dolorosamente nuestras almas y hasta nuestras carnes. Para levantar la cabeza por encima del torrente que nos arrastra hacia el abismo, es ne-

cesario una violencia penosa, que no podemos soportar largo tiempo.

La joven postulante de la Encarnación no tuvo necesidad de inflingirse esa violencia, ni de hacer las experiencias amargas que conducen a ese desasimio. Desde sus comienzos, por una gracia especial, estaba instruida del engaño del mundo. Fué como los labios que se apartan del beso antes de gustar su contenido. Tuvo en seguida el presentimiento del alma elegida, que adivina la decepción y la catástrofe final en que se precipita aquí abjo.

Entonces, si esto es así, ¿no es mejor acabar lo más pronto posible con esa ilusión perniciosa? ¡De un salto lanzarse hacia la felicidad! ¿Pero por qué medios? ¿El martirio? ¿El claustro? El martirio no es siempre posible, mientras que el claustro en todo momento se halla abierto a las voluntades intrépidas... ¿Pero qué dilaciones se oponen a las impacencias de la caridad y del sacrificio? ¡Qué minucias, qué rutinas de devoción, sin hablar de la incomprensión, muy frecuente, de la pequeñez de alma de los superiores o de los directores espirituales! En fin, es uno de esos conventos donde uno no se siente bastante defendido contra el mundo, porque la regla, que no se observa con rigor, es demasiado muelle. Y el convento de la Encarnación parece estar en ese caso. Teresa no podía impedirlo y se daba cuenta de las tolerancias importunas, que la afligían y en ciertos momentos la desesperaban. A tal extremo, que llegó a envidiar a una de sus compañeras, una pobre religiosa que se moría de una enfermedad horrible y repugnante. Atacada, probablemente, de una peritonitis tuberculosa, su vientre estaba lleno de pús-

tulas, y por una de ellas arrojaba las materias fecales. Las otras monjas, espantadas, se apartaban con horror de tal espectáculo. Teresa, por el contrario, se lo impuso, a pesar de la repulsión que le inspiraba. Envidiaba la paciencia de la moribunda y le pedía a Dios le enviase la misma enfermedad, que la hiciera sufrir y morir del mismo modo, con el fin de abreviar el tiempo de prueba, marchando por el camino más breve a la felicidad...

Después de estas perturbaciones y de estas angustias, Teresa profesó. Tal vez este estado de perturbación se prolongara después de haber tomado el velo, y es muy verosímil que entonces dudase, si no de las excelencias de la vida monástica, al menos de la posibilidad de poder realizar su propósito en una clausura tan relajada como la del convento de la Encarnación. Algunas palabras de ligera censura que se le escapan al hablar del monasterio, nos autorizan a pensar que, ya en esta época, comienza a ver sus defectos. ¿Pronunció Teresa los votos eternos sin una completa confianza en la regla con la que había de cumplirlos? Parece lógico que no conociera la relajación hasta lo último, y por eso llegó hasta el final. Su profesión, como estaba convenido, fué un año después de haber tomado el hábito, el 3 de noviembre de 1537: ésta es, al menos, la fecha admitida por las más recientes biografías de la Santa. Debió sufrir cruelmente al adoptar esta resolución suprema. Una lucha interior, tan penosa como la de hacía un año para decidirse a entrar en el convento. Mucho tiempo después recordaba todavía Teresa sus miedos terribles. Aludiendo a las repugnancias que tuvo que vencer para someterse a la obe-

diencia absoluta de su director espiritual, el padre Gracián, añade: "Nunca, ni aun para mi profesión, sufrí tal combate." Como en Nuestra Señora de Gracia, estas perturbaciones interiores quebrantaron su salud. A las causas morales se unieron otras de carácter físico. La Santa nos dice que el cambio de vida y de alimentación contribuyeron a esta alteración, cada día más inquietante, de su salud. Padecía de mal de corazón y de síncope que espantaban a los que estaban presentes. Las religiosas, ante tales síntomas, decían que Teresa jamás podría soportar el régimen del convento. Y como la veían llorar frecuentemente, entendían que la nueva profesada echaba de menos el mundo. Bien pronto las crisis se multiplicaron con caracteres tan alarmantes, que la abadesa envió la enferma a casa de su padre. Advertimos que este hecho no interrumpe la calidad de religiosa de Teresa. La regla de la Encarnación, en la que la clausura no era absoluta, admitía estas salidas. La enferma podía volver al convento cuando estuviese curada.

Los médicos consultados por Alfonso de Cepeda no supieron diagnosticar la enfermedad de su hija: en verdad que se trataba de un mal particular. Acabaron por abandonarla, convencidos de que no tenía remedio. Entonces, a la desesperada, se resolvió dirigirse a una empírica, una mujer que tenía fama de curar esta clase de enfermedades, como otras muchas. ¿Era una campesina, mitad curandera, mitad bruja? Se puede imaginar lo que se quiera. Lo único que sabemos es que esta mujer habitaba en Becedas un caserío situado en plena montaña, a unas quince leguas de Avila. Se convino que el trata-

miento comenzaría en el verano del año siguiente. Estaban entonces en los comienzos del invierno.

De este hecho se puede deducir que la gravedad de Teresa no debía ser extrema, puesto que podía esperar para ponerse en cura. Es de suponer que si ésta se aplazó hasta el verano, sería porque durante los meses de invierno el acceso a Becedas habría de ofrecer serias dificultades por el mal estado de los caminos. Puede ser también que la cura se hiciera con determinadas aguas medicinales, y la estación de estas aguas fuera en verano, según costumbre muy extendida. Sea como quiera, la joven carmelita, que sufría probablemente de desequilibrio nervioso, se detuvo en la mitad del camino a Becedas, pasando el invierno en casa de su hermana, en Castellanos de la Cañada. Su amiga, Juana Suárez, que la había precedido en la Encarnación, la acompañó durante el viaje, permaneciendo a su lado mientras su permanencia en el campo.

Como el año anterior, las dos jóvenes viajeras se detuvieron en Hortigosa, en la casa del viejo Pedro de Cepeda, el tío de Teresa. Este, que se disponía a entrar en un convento, se entregaba, más que nunca, a prácticas de devoción y a lecturas de suprema espiritualidad. Puso en manos de su sobrina un libro, que determinó en ella una verdadera revolución interior, ejerciendo una decisiva influencia en la orientación definitiva de su nueva vida. Este libro era el *Tercer Abecedario*, de Fray Francisco de Osuna, religioso franciscano, que en una serie de tratados místicos se propuso exponer el desenvolvimiento y codificar las reglas de la vida espiritual. Fra-

ses como la que aquí se copian debieron ser para Teresa una verdadera revelación: "Es posible obtener, sin gran dificultad, en esta vida mortal, la comunicación de Dios inmortal más estrecha y más amante entre el alma y Dios que entre dos ángeles, estando ellos tan altos." Júzguese del efecto de esta promesa en el alma angustiada de una múchacha de veinte años. Se había mostrado ante sus ojos el camino de la felicidad, con tanta vehemencia y durante largo tiempo deseado.

Sabía que debía amar a Dios y se esforzaba en conseguirlo. Pero el amor que se dirige a un ser lejano e inaccesible, el amor que no se une con su objeto, es una pálida imagen del amor verdadero. ¡Y he aquí que una voz amiga y digna de confianza revela a Teresa que esta unión es posible en este bajo mundo!... ¡Qué delirio! No vivió más que para él. Se puede tener por seguro que desde aquel momento se dedicó con todo su corazón a la conquista de este Amor, que es la única Realidad, como es el único Bien. Desde este instante, Teresa desea la posesión del Amado. La desea ávidamente, intantáneamente, como el hombre que, muerto de sed, busca el agua que le salvará. ¡Beber este agua pronto, muy pronto, pues de lo contrario muero! Esta sed abrasadora no será en el caso de Teresa una frívola metáfora devota. A fuerza de proclamar esa sed, acabará por llevar a los labios y después a las venas la avidez torturante, y por lo mismo plena de delicias y de presentimientos. Se alista, en este camino de perfección, al término del cual se halla la suprema alegría. Algo sabe de la vida interior, y por eso, aunque confusamente, espera que será sometida a pruebas. Sin

duda, para no descorazonarla en sus primeros pasos, su guía franciscana le asegura que el camino emprendido no es muy difícil. Es posible que ella lo crea en esos primeros momentos de deslumbramiento, en la entrada de la vía luminosa. Y, como sucede a los novicios en la vida devota, recibe gracias que la animan. Y nos dice que tiene ya "el don de lágrimas". Recordemos que desde su estancia en Nuestra Señora de Gracia se lo pedía al Señor. En la Encarnación, durante el año de su noviciado, hizo ejercicios de meditación afectiva, llegando a obtener este bienaventurado don, de cuya falta se había lamentado amargamente. "Porque era tan recio mi corazón en este caso, que si leyere toda la Pasión, no llorara una lágrima." Al presente llora al meditar en los misterios dolorosos; pero estas piadosas lágrimas no son únicamente de piedad o de ternura, sino también de entusiasmo y de exaltación. Llega a un extremo que una frase, una palabra, pronunciada de improviso y haciendo referencia a un misterio o una sublimidad de la Fe, produce en su alma tal emoción que la transporta, que excede a su habitual manera de sentir, desfalleciendo su carne, anegando en lágrimas sus ojos. Hay una desproporción tan considerable entre la causa fortuita que ha provocado la emoción y la emoción misma, que el fenómeno hay que considerarlo como un don de la gracia.

Porque Teresa, en esta época, durante su permanencia en el campo, en Hortigosa, en casa de su tío, o en Castellanos de la Cañada, residiendo con su hermana y su cuñado, fué objeto de superiores gracias. Ayudada solamente por el *Tercer Abecedario*, se eleva muchas veces hasta la

oración de recogimiento y de quietud, y en ocasiones a la de unión, aunque no entendía ni lo uno ni lo otro y lo mucho que era de estimar el preciado valor de las gracias que recibía. Son entonces los estados nuevos y extraordinarios que duran poco tiempo—el de un Avemaría, nos dice la Santa—. Sólo conoce una cosa: que gusta de grandes elogios y que recibe un gran beneficio moral. Se fortifica, en particular, en el renunciamiento, hasta el punto de parecerle—son sus propias palabras—“que traía el mundo debajo de los pies”.

Esta alma juvenil se hacía ilusiones. Estaba todavía muy lejos de su objeto. Para llegar a desasirse un poco del mundo habrá de sufrir una terrible enfermedad; la prueba hasta la evidencia de que Teresa no ha sido hecha para la vida de aquí abajo. Esta enfermedad providencial no tardará en declararse: Teresa verá acogida favorablemente la petición hecha al Señor de que la concediera una enfermedad y muerte iguales a las de aquella religiosa de la Encarnación, que puso espanto en toda la comunidad. Mas por el momento sólo conoce la dulzura de las gracias. No acierta a comprender qué es lo que le sucede. Nota, sí, la falta de un director espiritual. Necesita de un guía, de un confesor experimentado y sabio, capaz de alumbrar y de comprender un alma extraordinaria como la suya. Durante muchos años lo buscará inútilmente. Y, sin embargo, en el calor de su deseo y en su extrema ignorancia de todo se imagina haberlo descubierto—haber encontrado ese guía único—y precisamente en Becedas, donde ha de seguir un tratamiento medicinal durante el verano.

Aquí surge un suceso, a la verdad un poco —al menos para los que comprenden mal las amistades místicas y en particular las de Santa Teresa—episódico, que se presta a todas las insinuaciones y que puede ser interpretado (como ya lo ha sido) del modo más pérfido. Basta para ello con tergiversar ligeramente los textos, con “inducirlos dulcemente”, como decía Renan, o dar las cosas como hechas, en pleno contrasentido. Para precisar determinados pasajes de la autobiografía de la Santa hace falta prescindir de traducciones. Sólo el texto original, leído y releído cien veces, a la luz del espíritu teresiano, puede permitirnos comprender o entrever los resortes psicológicos de una confesión como ésta, a la vez tan pudorosa y tan sincera y en la que el lector no corre el riesgo de ser engañado. Los refinamientos de sinceridad y las extremadas delicadezas de una humildad y de una conciencia nunca satisfechas lo impiden.

He aquí los hechos brutalmente expuestos. Al llegar a Becedas, Teresa hizo conocimiento con un sacerdote de poca cultura (verdadero defecto a sus ojos, pues siempre prefirió a los doctos), pero inteligente y adornado, al parecer, de otras buenas cualidades. Confesó con este sacerdote, y, encantada de su inteligencia, con lo rápida que ella era para el entusiasmo, creyó, por fin, haber encontrado el director espiritual que desde hacía mucho tiempo venía buscando. El confesor, sorprendido por la pureza de alma de esta hija de confesión, se sintió conquistado, y muy pronto fué su admiración para aquella religiosa tan joven y, sin embargo, tan perfecta. La admiración, por consiguiente, no tardó en convertirse en una sincera amistad, a la que Teresa co-

rrespondía generosamente. Se creía obligada en su deseo de complacer, en su temor de causar a otra persona la menor pena. Nos lo dijo Teresa en otra ocasión, cuando nos hablaba del primo que la pretendía, antes de tomar el hábito en el convento de la Encarnación, y nos lo dice ahora, refiriéndose a este sacerdote. A partir de este momento hubo entre ellos frecuentes y largos coloquios.

Estas conversaciones versaban acerca de Dios y sobre temas espirituales. Teresa se abandonaba a estas pláticas con tanta mayor seguridad, cuanto que había comenzado por declarar a su nuevo amigo que por nada del mundo consentía en cometer un pecado mortal. El confesor le afirmó lo mismo. Desde entonces creyeron poder amarse castamente en Dios. Teresa no hace de esto un secreto. Nos lo dice expresamente; *porque le quería mucho*, pero con amor que sólo buscaba el bien de su alma. El clérigo, que estaba muy lejos de tal virtud, acabó por declarar su propia indignidad: desde hacía siete años que vivía amancebado con una mujer del país, con gran escándalo de las gentes. “Y con esto—añade la Santa—decía misa.” Tal declaración le inspiró horror, aumentando su afección por el desgraciado, porque “vi—dice—que el pobre no tenía tanta culpa”. Conocía su buen natural y sus intenciones virtuosas: era aquella malvada criatura quien con sus intrigas y sus maleficios lo había hecho todo. Teresa se apasionó por salvar el alma del clérigo, quien, por complacerla, le entregó una figurilla de cobre, que aquella mujer le obligaba a llevar pendiente del cuello como un amuleto. Teresa la arrojó al río. “Quitado esto—dice ella—comenzó, como quien despierta

de un gran sueño, a irse acordando de todo lo que había hecho en aquellos años, y, espantándose de sí, doliéndose de su perdición, vino a comenzar a aborrecerla." Rompió su concubinato, cambió completamente de vida. Un año después murió. Este es el episodio, que, en suma, podría titularse: Historia de una conversión. Esto no es difícil con un espíritu que no esté prevenido para ver otra cosa. Los *freudistas* se apresuraron a encontrar una manifestación típica de sexualidad contrariada, del mismo modo que Charcot y su escuela, en los tiempos en que se daba valor a sus teorías, hubiesen visto un fenómeno calificado de histerismo...

La teología enseña que nuestras pasiones no son ni buenas ni malas. Todo depende del fin consciente y voluntario que ellas se proponen. Es el fin quien imprime carácter al acto pasional. No hay otra diferencia que el fin perseguido; pero esta diferencia es un abismo entre unas y otras. Es, pues, cierto que Teresa, cualesquiera que fuesen las raíces oscuras de su afección, se proponía un fin, que es la negación absoluta del acto carnal.

Y no es menos cierto que, reflexionando después sobre esta aventura, y es posible que desde el primer momento, sintiese Teresa grandes remordimientos. ¿Qué había hecho digno de reprehensión?

Desde luego, es indiscutible que de una y otra parte no sucedió nada que no fuese perfectamente inocente. La carmelita estaba bien vigilada. Su padre, su hermana, su amiga Juana Suárez la habían acompañada a Becedas. Por otra parte, estaba enferma, siguiendo un tratamiento cotidiano, y que, por lo que hemos podido

juzgar, no tenía nada de agradable. Por último, lo que vale más que todo esto: Teresa se hallaba defendida contra su debilidad por su voluntad de no pecar, y nosotros sabemos lo que significan la voluntad y el sentimiento del honor en esta hija de hidalgo... Desgraciadamente, ella no podía decir lo mismo de los sentimientos de su amigo, "porque aquella afición grande que me tenía nunca entendí ser mala, aunque pudiera ser con más punidad..." Y poco después añade: "Mas también hubo ocasiones para que, si no se tuviera muy delante a Dios, hubiera ofensas tuyas más graves."

Se inquieta hondamente la conciencia de Teresa: ha sido para otro la ocasión de pecar. Involuntariamente, sin duda. No ha puesto la menor coquetería para ser admirada de este pobre clérigo de aldea, que nunca, hasta ahora, encontró una penitente de tal calidad, sobre todo tan hábil y tan brillante en sus raciocinios. ¿No había experimentado un secreto goce al sentir su ascendiente y el poder de su encanto sobre un alma de varón? Ciertamente. Había gustado de esta especie de delectación, un poco turbia y equívoca y siempre un poco extraño el hecho de que una joven religiosa se ocupe apasionadamente en esta obscura historia de amor, complicada de hechicería... Había querido sinceramente salvar un alma y lo había conseguido. Pero Teresa no ignora que el fin no justifica los medios y que había ido demasiado lejos en su amistad espiritual con aquel clérigo. Será esa, durante mucho tiempo, su gran imperfección; el no saber defenderse contra los movimientos de su corazón y los escrúpulos de la amistad. Ahora tiene conciencia de que ha recibido de Dios un alma

que le pertenece toda entera: ¡la suya! La lectura del *Tercer Abecedario*, sus ejercicios de piedad en Castellanos de la Cañada, han comenzado en ella la obra de renunciación total: cada día se siente más apartada del mundo y de las criaturas. Quiere trabajar en armonía con la inspiración de lo alto, y he aquí que desde su llegada a Becedas, el demonio, como ella dice, trabaja en “descomponer su alma”.

¿Tuvo conciencia en el momento mismo de esta descomposición espiritual, de esta perturbación, producidas por el excesivo amor de las criaturas? Por sus palabras se advierte un cariño, que pudo ser dañoso para un alma angélica como la suya, aunque seguramente exceptuada de todo mal. Lo que hay de cierto es que su estado de salud no hizo más que empeorar. El tratamiento bárbaro a que la sometió la curandera de Becedas la puso en tal estado que su padre decidió trasladarla rápidamente a Avila. ¿Los remordimientos por aquellas relaciones con el clérigo, tan exaltadas y al mismo tiempo tan puras, contribuyeron a exasperar su enfermedad nerviosa? ¿Unido esto a la estúpida medicación de la curandera, la acabó de abatir? Sea lo que quiera, cuando Teresa regresó al hogar paterno, la enfermedad había hecho aterradores progresos.

Consultados una vez más los médicos, la desahucieron. Estaba condenada a morir.

III

LA ENFERMEDAD ES EL ESTADO NATURAL DEL
CRISTIANO

Se puede decir que Santa Teresa fué durante toda su vida una enferma o, con más exactitud, un ser visitado constantemente por el dolor. Hasta en la proximidad de sus últimos días sus escritos están llenos de alusiones al mal estado de su salud. Sin gran confianza en los médicos, sigue, sin embargo, sus prescripciones. Se cuida ella misma, se medicina frecuentemente. Tomaba píldoras, medicamentos y toda clase de pequeños remedios: bolas de goma aromatizada para el reuma, agua de azahar para los dolores de cabeza. De improviso y frecuentemente sufría hemorragias largas y abundantes. ¿Cómo conciliar estos hechos con las aserciones de sus biógrafos, especialmente del padre Ribera, que nos la representa como una criatura sana y de temperamento robusto? No hay que olvidar el retrato que ha trazado este padre: la tez de lirio y de rosa, la corpulencia, el rostro redondo y lleno, la expresión sonriente, la alegría que parece emanar de todo su ser. Había en esta mujer un vigor físico real que le permitía afrontar las mayores fatigas y resistir las peores enfermedades. Los últimos años de su vida los pasó viajando. ¡Y qué viajes! ¡Por qué caminos y en qué medios primitivos de locomoción, en qué deplorables condiciones de higiene! Y, no obstante, triunfó de todo.

De donde se saca la conclusión que su natura-

leza era fundamentalmente robusta; sometida esta fuerte constitución a crisis terribles y a sufrimientos casi continuados, de carácter complejo y misterioso. Lo que parece dominar en su estado son fenómenos nerviosos que repercuten en el corazón, sobre el estómago y las entrañas. Estas perturbaciones son consecuencia de crisis morales, y más tarde concomitantes con éxtasis, arrobamientos y visiones. Aparecerán en ocasiones diversas como el rescate de las gracias sorprendentes que el Señor le concede. Anotemos, por último, que la enfermedad más grave que sufrió la Santa, hasta el extremo de ponerla a las puertas de la muerte, precedió más de veinte años a sus grandes estados místicos. Estaba curada desde hacía mucho tiempo cuando ella conoció esos estados; de manera, que no se puede, razonablemente, atribuirlo a singulares fenómenos patológicos. Importa insistir en esto, porque los psiquiatras que pretenden explicar científicamente el caso de Santa Teresa, con su habitual falta de método y de espíritu crítico, lo embarullan todo, colocando todos los hechos en el mismo plano y prescindiendo de las fechas: para ellos Santa Teresa era simplemente una enferma, una enferma atacada de perturbaciones nerviosas, lo que explica sus estados místicos. Repitamos, pues, que ella estaba curada hacía tiempo, cuando tuvo sus visiones; que las perturbaciones físicas—entonces muy pasajeras y seguidas de reacciones saludables—que acompañaron esas visiones, pareciendo más bien la consecuencia que la causa, y que, por último, todas las enfermedades graves que sufrió en su juventud fueron muy verosímilmente provocadas por violentas crisis morales, sobre las que



la misma Santa ha hecho ver la importancia y la influencia profunda que ejercieron sobre su vida interior y su destino futuro.

Antes de la gran sacudida de Becedas había tenido dos ataques muy serios: el primero en el convento de las Agustinas, después de su vida disipada y de la intriga inocente con su primo, en el desarrollo de su conciencia, conmovida por la vocación religiosa. El segundo, en el convento de la Encarnación durante el año del noviciado, en las luchas íntimas y en las angustias del alma, que hemos tratado de describir. Hasta entonces sólo nos habla apenas de vértigos y de mal de corazón, tan extraños y tan violentos los ataques que preocupan a las personas que la rodean. Nos habla también de otros males, que no acierta a explicar. Pero con todo esto hacía la vida común. Tal vez no se ocupara en los cuidados de la casa, en la de su padre o en la de su hermana; pero leía, hablaba y discutía con su director o su amiga Juana Suárez. Viajaba, probablemente a caballo o en mula, lo que indica una gran resistencia. En una palabra: tenía enfermedades, pero no se hallaba en un estado crítico.

En Becedas se agravó. Su enfermedad no tardó en empeorar, seguramente exasperada por el tratamiento absurdo de la curandera, que había prometido darle la salud. ¿Fué Teresa sometida a masajes torpes y torturantes? ¿Se le hizo ingerir en cantidad excesiva aguas medicinales que estaban contraindicadas? Todo lo que nosotros sabemos de este régimen curativo es que durante un mes se le administró un purgante diario. Se puede juzgar de su fortaleza después de semejante régimen: "A los dos me-

ses—nos dice—, a poder de medicinas, me tenía casi acabada la vida; y el rigor del mal de corazón, de que me fuí a curar, era mucho más recio, que algunas veces me parecía con dientes agudos me asían de él, tanto, que se temió era rabia. Con la falta grande de virtud (porque ninguna cosa podía comer, si no era bebida de gran hastío, calentura muy continua y tan gastada, porque casi un mes me habían dado una purga cada día) estaba tan abrasada, que se me comenzaron a encoger los niervos con dolores tan incomportables, que día ni noche ningún sosiego podía tener, y una tristeza muy profunda.”

Fué entonces cuando su padre, desesperado, decidió volverla a Avila, donde los médicos, después de verla, sin comprender la enfermedad, declararon que la enferma no tenía remedio. Solamente, y como siempre, por el honor de la profesión, dieron un diagnóstico: Teresa se moría de consunción.

Pero no se murió. A pesar de sus atroces sufrimientos, continuó viviendo en las barbas de los médicos. Así durante tres largos meses, hasta la Asunción del año 1537. Sin duda, los dolores le dejaron algún respiro, puesto que pudo meditar sobre algunos pasajes de la historia de Job, que había leído en otro tiempo, en las *Morales de San Gregorio*. Debía tener el espíritu lo bastante libre para orar mucho vocalmente y para continuar la oración.

El día de la Asunción, cuando ella se preparaba a confesar y a hacer una confesión detallada, según tenía por costumbre a menudo, una crisis epileptiforme (según creen los médicos de ahora) le acometió de pronto. Durante cuatro días estuvo por completo privada de sentido y

con las apariencias de la muerte; de tal modo, que en la Encarnación se dispuso cavarán su fosa y los cirios estuvieran alumbrando a su cabecera. Ella misma nos cuenta, con el sentido tan vivo del detalle característico y pintoresco que tuvo toda su vida, que, cuando recobró el sentido, advirtió sobre los párpados algunas gotas de cera caídas de los cirios funerarios. Sin la presencia—y también la presencia de espíritu—de su padre, que sabía tomar el pulso mejor que los médicos, la enterrarán viva. La fosa estaba pronta; una delegación de las Carmelitas, venida del convento, reclamaba el cuerpo. El desgraciado padre debió, después de varias réplicas, oponerse a esta precipitación bárbara. Para colmo de desdichas, el hermano de Santa Teresa, Lorenzo de Cepeda, que la velaba, durante una de las cuatro noches del desvanecimiento, se durmió, no enterándose que la mecha de uno de los cirios consumido había prendido fuego a las cortinas y a las almohadas de la cama. El humo le despertó a tiempo para que se pudiera apagar el comienzo del incendio. De otro modo, la *muerta* hubiera estado muerta de veras y por un espantoso suplicio...

Teresa resucitó; pero en un estado lamentable... Nos lo cuenta con estas palabras:

“Quedé de estos cuatro días de parajismo de manera que sólo el Señor puede saber los incomportables tormentos que sentía en mí. La lengua, hecha pedazos de mordida; la garganta, de no haber pasado nada y de la gran flaqueza, que me ahogaba, que aun el agua no podía pasar. Toda me parecía estaba descoyuntada, con grandísimo desatino en la cabeza; toda encogida, hecha un ovillo, porque en esto paró el tormento

de aquellos días, sin poderme menear ni brazo ni pie, ni mano, ni cabeza, más que si estuviera muerta, si no me meneaban; sólo un dedo me parece que podía menear de la mano derecha. Pues llegar a mí no había cómo; porque todo estaba tan lastimado que no lo podía sufrir. En una sábana, una de un cabo y otro, me meneaban; esto fué hasta Pascua florida."

Así fueron ocho largos meses de convalecencia, durante los cuales sufrió, con algunos intervalos, intolerables torturas. Tenía fiebre y una pertinaz inapetencia. Cuando se sintió un poco mejor, quiso volver al convento. Pero no se podía soñar en que tan pronto volviese a la vida conventual. Durante mucho tiempo tuvo que permanecer en su casa.

Así fué esta enfermedad terrible, la más grave de cuantas tuvo que sufrir. Por lo que podemos apreciar de la descripción que la Santa nos ha hecho, se trata de un caso singular, con manifestaciones muy complejas, que pueden parecerse a fenómenos morbosos análogos, pero no absolutamente idénticos y que no son menos raros. Los médicos actuales pueden soslayar la cuestión: no saben más del caso de Santa Teresa, de lo que sabían sus formidables compañeros del siglo XVI. Establecer un diagnóstico sobre textos—y textos, sin duda, muy precisos, pero desprovistos de todo carácter científico—como los que llevamos citados, es entregarse a un ejercicio puramente literario. Unos nos hablan de histeria y de neuropatía, expresiones vagas, que sólo sirven para enmascarar una ignorancia real, como la jerga pedante de los médicos de Molière: los vapores, las influencias malignas desprendidas de la rata, o del panta-

no del páncreas..., una burla, en verdad. Los otros afirman que Teresa sufre una gastritis sobreaguda, o de "una clorosis grave, complicada con una intoxicación medicinal", y también de fiebres palúdicas. Todo esto es muy posible, pero cada una de estas enfermedades no son más que un aspecto de un estado patológico—nosotros no sabríamos tampoco decirlo—muy complejo y muy raro. Admitamos que ella ha tenido la gastritis, la clorosis, la intoxicación medicinal y hasta, en una ocasión, la fiebre palúdica; pero, al mismo tiempo, ha tenido males de corazón, tan violentos, que espantaban; contracciones nerviosas que convertían su cuerpo en un ovillo; parálisis, ataques epileptiformes o catalépticos...

Si; es fácil oponer a este caso casos análogos, ¿pero con demostración de que sean igualmente complejos? Esta enfermedad tiene algo de singular, de anormal y, verosímelmente, continuará siendo inexplicable, porque procede especialmente de causas morales. Todos los accesos que Teresa ha sufrido han sido precedidos, si no determinados, por violentos estados psicológicos. Por mi parte, me inclino a ver, sobre todo en esta última crisis hiperaguda, una especie de *mal sagrado*, que sirvió a Teresa de preparación y de introducción a la vida de superior espiritualidad que iba a llevar más tarde. Ella misma lo juzga así. Considera la enfermedad en que estuvo en trance de morir, como una prueba providencial destinada a desasirla completamente de las cosas del mundo. Recordemos que había solicitado del Señor que la permitiera morir como aquella religiosa, atacada de peritonitis, de llagas horribles, que martirizaban su cuerpo. Es

cierto que esta enfermedad crucificante—basta recordar sus propias confesiones para comprobar que el adverbio no es exagerado—le reveló la importancia capital del dolor en el ascetismo, su papel sin par como medio de purificación y de liberación espiritual: en esta época adivinó, sin duda, que sentía una voluptuosidad suprema en el sufrimiento, libremente aceptado para un fin trascendental.

Y, hablando humanamente, no es menos cierto que de esta terrible prueba física su sensibilidad salió extraordinariamente afinada. Por esto se pueden explicar sus visiones y sus éxtasis. Pero no será más que una parte de la explicación; lo esencial tiene las raíces en lo sobrenatural. Podemos perfectamente admitir que la sensibilidad de un místico y de un vidente deben tener una agudeza, una delicadeza y una justeza de que las almas ordinarias están privadas.

Y, por lo tanto, las visiones, las *grandes gracias* con que Teresa fué favorecida, no comenzaron hasta mucho más tarde, como si esta alma elegida quisiera mostrarnos que, para merecer esas gracias, los sufrimientos materiales de la enfermedad no son bastantes, y que es necesaria todavía una larga preparación para todas las prácticas del ascetismo y el ejercicio de las virtudes, adquirida penosamente. Añadamos, por otra parte, que nunca estuvo completamente curada y que el resto de su vida no fué más que una larga cadena de sufrimientos, con algunos cortos intervalos de remisión.

Cuando de nuevo ingresó en la Encarnación, todavía estuvo ocho meses en un estado de debilidad extrema. Medio paralítica, tullidos todos sus miembros, cuando comenzó, no a andar, sino

a trasladarse de un punto a otro, sosteniéndose sobre las manos, dió gracias a Dios. Poco a poco, volvió a vivir una vida absolutamente normal; pero su estómago, siempre débil, continuaba devolviendo los alimentos. No podía tomarlos más que por la tarde y alguna vez por la noche, y tenía necesidad, antes de acostarse, de devolver los alimentos, para lo cual se hurgaba con una pluma en la garganta hasta provocar el vómito. De otro modo, sufría de tal manera del estómago, que no podía dormir. Este vómito cotidiano llegó a convertirse en una especie de función natural. Además de esto, siguieron el mal de corazón, las fiebres y un resto de parálisis. Fué hasta el momento en que Teresa entró resueltamente en las vías místicas. Las gracias de unión; los éxtasis y los arrobamientos fueron para ella el comienzo de la curación. Sin duda, nunca volvió a tener completa salud, pero, a partir de esta época, tuvo toda la salud compatible con un organismo sometido a tales estados de alma. En realidad, cuando la Santa cesa de sufrir en su cuerpo, es porque lo tiene endurecido por mayores dolores espirituales.

Así, nadie habrá realizado mejor, más completamente que Teresa de Avila, esta idea pascaliana de que "la enfermedad es el estado natural del cristiano". Esencialmente, el cristiano es un inadaptado, en su alma como en su cuerpo. La verdadera vida cristiana es la negación de la vida mortal. Más que el alma, el cuerpo, naturalmente el bien tratado, no debe adaptarse ni acomodarse a las exigencias ni a los goces de la vida aquí abajo. El cuerpo de un santo es un organismo particular, formado y preparado para fines misteriosos... Teresa lo sabía.

Sabía que ella no era más del mundo por la carne que por el espíritu. Su pensamiento favorito, "o sufrir o morir", ha engendrado el de Pascal. Morir, es la liberación. Sufrir, es hacerse capaz de merecerla.

IV

LA ADAPTACIÓN A LA VIDA MONÁSTICA

Teresa ha vuelto a la Encarnación. Su pobre cuerpo está extenuado, como aniquilado. Su cabeza está vacía. Se siente incapaz de ordenar sus ideas, conforme al ideal que se había fijado antes de entrar en el convento. Todo lo que ahora puede hacer es sufrir, resistir, con todas sus fuerzas físicas y con toda la constancia de su alma, los atroces dolores de la enfermedad, que la deja algunos intervalos de respiro, pero que no la abandona. Siguen las fiebres, el mal de corazón, los vómitos, y las tres cuartas partes de su cuerpo las tiene paralizadas. En tan triste estado tan sólo puede rogar que le permita aprovechar aquellos dolores para el bien de su alma. Llega a complacerse en ellos, gusta la voluptuosidad de los sufrimientos, como medio de purificación y como ofrenda de amor: por allí une sus sufrimientos a los del Amado... ¡Que éste le conceda la gracia de sufrir por El!...

La gracia suprema sería la muerte. Adivina que no debe morir de este mal. Es necesario curarse, para sufrir más valerosamente, y para lograr el objeto tras el cual se ha encerrado en

el convento: la felicidad—la felicidad que debe durar siempre—y el amor, que es la causa. La unión con Dios, la oración, que, por grados, a El conduce, es su aspiración: “Paréceme era toda mi ansia de sanar; por estar a solas en oración...”

Como los verdaderos ascetas, tenía necesidad física de soledad y de silencio. En la enfermería, entre las otras enfermas, con el ruido de las conversaciones, las idas y venidas, era imposible recogerse y practicar las reglas del ascetismo, que había aprendido en el *Tercer Abecedario*. La enfermería debió ser para Teresa un purgatorio, un purgatorio en el que sólo ansió recobrar la libertad. Con todas las enfermedades que la abrumbaban, ¿cuándo lo podría abandonar? Los médicos no sabían otra cosa que sangrarla y declararla incurable. Siendo su causa desesperada, “abandonada de los médicos de la tierra”, resuelve dirigirse a los del cielo. Hace decir misas, recurre a devociones y a plegarias, “cosas muy aprobadas”, es decir, razonables y ortodoxas, pues se declara enemiga de devociones supersticiosas, a que las mujeres son particularmente aficionadas. Cura, por fin, después de tres largos años de sufrimientos, y proclama que su curación la debe a la intervención del gran santo, a quien se ha dirigido, proclamándole su director y aun su consejero: San José.

Durante todo el tiempo de esta convalecencia interminable, Teresa edificó el convento con su piedad. Confesaba frecuentemente, y hasta en los más pequeños detalles daba ejemplo de una escrupulosa caridad. Jamás murmuró de nadie, y su fama de caritativa y discreta salió fuera de la clausura. Tenía como única distrac-

ción la lectura de lo que ella llama "los buenos libros".

Santa Teresa amó mucho la lectura. Nos habla con acento de gratitud de "los buenos libros", esos amigos sinceros que sólo nos hacen bien, dando a nuestro espíritu y a nuestro corazón el alimento de que están necesitados. No es menester que estos libros sean muy numerosos. Si uno de ellos se preocupa realmente del bien del alma y de su curación es bastante: los demás son inútiles. Pudo encontrar su alimento en la *Imitación de Cristo* y en las *Confesiones de San Agustín*. Aunque amaba mucho la lectura, la Santa no leyó más que un pequeño número de libros, pero despacio y con amor, extrayendo de ellos la substancia espiritual que contienen. En medio de sus piadosas ocupaciones, sentía un gran temor de ofender a Dios, no por un sentimiento servil de terror, sino por una constante preocupación de no disgustar al Amado. Su corazón se destrozaba—son sus palabras—al pensar que correspondía tan mal a aquel amor...

Después, una vez curada, contrariamente a lo que ella misma esperaba, no aprovechaba la salud para ganar en el camino de la perfección. Su piedad es la misma exteriormente, pero nada gana en virtud. Toma gusto a la vida, una vida que la parecía completamente nueva, y que en un convento de disciplina un poco relajada proporcionaba una porción de inocentes satisfacciones, sin hablar de otras facilidades que podían ser dañosas. Para mejor comprender la disposición de Teresa en ese momento de su vida, hace falta representarse a la convaleciente, que ha pasado muchos meses, mejor dicho, años, entre médicos y medicinas, encerrada en una enfer-

mería y con el temor de permanecer allí el resto de su vida. De pronto, la enferma puede vivir como todo el mundo. Puede ser una verdadera religiosa, cumplir todos sus deberes, practicar los ejercicios de su condición, tomar parte en las distracciones que la regla tolera. Celosa de todo lo que pertenece al culto, asidua al coro, también concurre al locutorio. Las conversaciones, las relaciones mundanas, las amistades particulares, le proporcionan muy agradables ratos. De tal modo se entrega a estas distracciones, que se podría creer transportada a los años de disipación de su adolescencia, antes de entrar en el pensionado de las Agustinas. Este gusto por las *distracciones* fué tan lejos que llegó a abandonar la oración. Hace falta conocer la extremada delicadeza de su conciencia para explicarse los remordimientos de Teresa, los reproches con que se aniquila: ha sido lo hecho una verdadera traición. Renunció al comercio íntimo con el Amado, con el Amigo de todos sus instantes. Ya no se juzga digna de El. Pero en esta falsa humildad ve Teresa una asechanza del demonio, que, con toda clase de insinuaciones sofisticas, trata de separarla de Dios.

Desde este momento, a pesar de las circunstancias que la excusaban, sentíase indignada por lo que ella llamaba su traición. Su espíritu conturbado. Y, sin embargo, nadie, comenzando por su confesor, la creía culpable. Si no vivía absolutamente como las demás religiosas, tampoco había hecho cosa que no estuviera permitida. Sus superiores no encontraban en la conducta de Teresa más que motivos de alabanza, y ella misma nos ha dejado entender que la admiraban: "Este no me tener—dice—por tan ruin ve-

nía de que como me vían tan moza, y en tantas ocasiones, y apartarme muchas veces a soledad, a rezar y leer mucho, hablar de Dios, amiga de hacer pintar su imagen en muchas partes, y de tener oratorio, y procurar en él cosas que hiciesen devoción, no decir mal, otras cosas desta suerte, que tenían apariencia de virtud; y yo que de vana, me sabía estimar en las cosas, que en el mundo se suelen tener por estima. Con esto me daban tanta y más libertad que a las muy antiguas, y tenían gran siguridad de mí..."

Estas palabras, no muy claras, tienen un sentido que hace falta precisar. ¿Por qué motivo sentía ella *inquietudes*? ¿Cuáles son las *ocasiones* y las *libertades* de que nos habla?

Recordemos lo que era la vida de los conventos en aquella época, y, en particular, en la Encarnación. Había en éste 180 religiosas, y entre ellas un número bastante grande de muchachas, de noble nacimiento, pero pobres, que habían entrado allí ante la imposibilidad de encontrar marido y que vivían a expensas de las que aportaron dote. Esta clase de religiosas proporcionaban a la Encarnación una cierta atmósfera mundana, sin contar a las señoras seglares que se retiraban temporalmente al convento, durante sus ejercicios espirituales, haciendo de éste un punto de reunión agradable. La clausura no era severa. Las religiosas podían ir y venir, las religiosas podían devolver visitas fuera de la casa, y, desde luego, podían salir con permiso, para confesarse con sacerdotes que no eran carmelitas y muchas veces ni del clero regular. Por eso, Santa Teresa se confesó mucho tiempo con los dominicos de Santo Tomás, cuyo monasterio está situado en el otro extremo de la ciudad.

Para ir, tenía que atravesar toda Avila y dar una vuelta por los barrios inferiores y las orillas del Adaja, lo que representaba un pequeño viaje, no exento de atractivos, para una monja joven.

En el interior del convento había escogido su celda. Sabemos que disponía de dos, las cuales se comunicaban por una escalera. Una era oratorio, que adornó con mucho gusto y piedad. Había hecho pintar imágenes piadosas, especialmente las de los santos de su mayor devoción: San José, San Agustín, Santa María Magdalena, y, con preferencia, la figura de Nuestro Señor. En el jardín del convento podía disponer de las ermitas, que también se complacía en adornar y embellecer, y en donde estaba autorizada para pasar muchas horas en oración y en la lectura.

Podía, pues, pertenecerse. Había conquistado lo que anhelaba durante mucho tiempo: el derecho a la soledad. El mayor beneficio de la vida monástica. Disponía de una celda, que había alhajado a su gusto y en la que se encontraba como en su propia casa. Allí podía recibir a otras religiosas, a las pensionistas del convento, a sus parientas: primas, sobrinas y tías. Era aquéllas piadosos conciliábulos, verdaderas tertulias, en las que Teresa brillaba, no sólo por la conversación, sino por la variedad de sus talentos manuales. Hilaba, bordaba, hacía trabajos de tapicería: "El menor de sus talentos—escribe el padre Ribera—está en destacarse en el más alto grado en las labores manuales que hacen las mujeres. Ejecutaba maravillas de aguja y verdaderas obras de arte en tapicería y bordados, reproduciendo escenas históricas, que, admirándolas, movían a la más tierna devoción..."

¿Qué no daríamos por encontrar esas obras de arte que de tal modo excitaban la piedad de las religiosas? Sin duda, en estas escenas y figuras históricas, Teresa derramaba el caudal de sus emociones y de sus anhelos. Trataba de realizar con la aguja lo que más tarde consiguió con la oración. Bordaba en el cañamazo verdaderas escenas en las que Jesucristo, la Virgen y los santos eran actores y figurantes. Pero, sobre todo, sería interesante encontrar la rueca de Santa Teresa. Un cuadro que, según mis noticias, todavía no ha tentado a ningún pintor: la joven Teresa de Ahumada hilando en su celda, ante la ventana abierta sobre Avila, con sus almenadas murallas, sus torres, sus conventos y sus iglesias...

Como dice Ribera, estos bellos dones femeninos no son más que un adorno, y el menor de todos, de tan excelsa mujer. En el locutorio es donde puede apreciarse la medida de su valer. Por el encanto de su palabra y la seducción de su persona, ejerce un verdadero ascendiente sobre todo el que se le acerca. Tenía influencia sobre las almas. No solamente su conversación estaba llena de regocijo y de toda suerte de gracias, sino que, además, Teresa era poeta: componía versos, cantaba coplas, tomaba parte en toda clase de torneos del espíritu... No es de extrañar que por estas dotes fuera estimada y buscada por cuantas personas acudían frecuentemente al locutorio de la Encarnación.

Entre estas personas, Teresa tenía dos amigos, a los que había dedicado una afección ferviente, a la vez exaltada y pura. Nos habla de ellos en términos tan discretos, que es imposible adivinar si se trata de hombres o de mujeres.

Llega a reprocharse con amargura estas fervorosas amistades, en las que goza un tan vivo placer, doliéndose de guardarles mayor fidelidad que al mismo Dios. No es posible deducir qué haya de reprehensible en estas amistades, salvo cierto exceso, una especie de arrebató del corazón y de la imaginación.

A propósito de estas amistades, se espanta de su debilidad. Sólo la mano de Dios puede detenerla en la pendiente de la disipación y preservarla de peligros más graves... ¡Peligro! La palabra es demasiado fuerte. ¿Con sus habituales refinamientos de conciencia la Madre Teresa no exagera su falta? En lo que nos deja entrever de ciertas prácticas clandestinas, admitidas por otras, parece que tiene razón: "porque tomar yo libertad, ni hacer cosa sin licencia, digo por agujeros, o paredes, o de noche, nunca me parece lo pudiera acabar conmigo en monesterio hablar de esta suerte, ni lo hice, porque me tuvo el Señor de su mano. Parecíame a mí (que con advertencia, y de propósito miraba muchas cosas) que por la honra de tantas en aventura, por ser yo ruin, siendo ellas buenas, que era muy mal hecho..."

Así, pues, ella no ha cometido ninguna imprudencia. La causa de sus remordimientos no es otra—podría decirse que su carácter apasionado—que la exageración en sus amistades. Particularmente, deplora la que había consagrado a una persona, sin duda de calidad—gran señor o gran dama—y de la que le costó desprenderse los mayores trabajos.

A causa de esta persona, a causa del placer excesivo que gustaba con su trato, tuvo la Santa la primera visión. Más de veinte años después

de haber sucedido, nos cuenta este prodigio y de tal modo está habituada a favores de ese género, que habla como de la cosa más natural del mundo:

“Estando con una persona, bien al principio de conocerla, quiso el Señor darme a entender que no me convenían aquellas amistades, y avisarme, y darme luz en tan grande ceguedad. Representóseme Cristo delante con mucho vigor, dándome a entender lo que de aquello le pesaba; vile con los ojos del alma, más claramente que le pudiera ver con los del cuerpo, y quedóme tan imprimido, que ha esto más de veinte y seis años, y me parece lo tengo presente. Yo quedé muy espantada y turbada, y no quería ver más a con quien estaba. Hízome mucho no saber yo que era posible ver nada, sino era con los ojos de el cuerpo; y el demonio, que me ayudó a que lo creyese así, y hacerme entender que era imposible, y que se me había antojado, y que podía ser el demonio, y otras cosas desta suerte; puesto, que siempre me quedaba un parecerme era Dios, y que no era antojo; mas como no era a mí gusto, yo me hacía a mí mesma desmentir; y yo, como no lo osé tratar con nadie, y tornó después a hacer gran importunación, asegurándome que no era mal ver persona semejante, ni perdía honra, antes que la ganaba, torné a la misma conversación, y aun en otros tiempos a otras; porque fué muchos años los que tomaba esta recreación pestilencial, que no me parecía a mí, como estaba en ello, tan malo como era, aunque a veces claro via no era bueno; mas ninguna me hizo el destraimiento que ésta que digo, porque la tuve mucha afición. Estando otra vez con la misma persona, vimos

venir hacia nosotros (y otras personas, que estaban allí, también lo vieron), una cosa a manera de sapo grande, con mucha más ligereza que ellos suelen andar: de la parte que él vino, no puedo yo entender pudiese haber semejante sabandija en mitad del día, ni nunca la ha habido, y la operación que hizo en mí, me parece no era sin misterio; y tampoco esto se me olvidó jamás...”

He aquí dos especies de visiones bastantes diferentes de las que Teresa tuvo más tarde, y no precisamente por su naturaleza e intensidad, sino por su calidad y significación. La última es una visión real y la otra una visión *imaginaria*; es decir, que la de Cristo es una imagen interior, una pura representación del espíritu o de la imaginación (*representóseme Cristo delante*), mientras que la segunda—la del sapo—es real; el objeto pudo ser visto y aun tocado por los demás. Estas visiones son muy vivas, principalmente la de Cristo, mucho más viva—nos dice la Santa—que si la hubiera percibido por los ojos de la cara: después de muchos años, la imagen permanece con toda nitidez en su recuerdo.

Pero la vidente no está segura de la realidad de la primera ni de la significación de la segunda. Puede ser la imagen de Cristo, nada más que una ilusión suscitada por el demonio, y puede ser la aparición de ese sapo monstruoso en un rincón del locutorio, un hecho puramente fortuito y, en suma, natural. Al presente se inclina a creer otra cosa, lo contrario; pero en el momento queda llena de dudas, hasta el punto de no atreverse a hablarle a nadie del suceso, ni aun a su mismo confesor.

Sea como quiera, la impresión producida fué muy fuerte. Teresa tomó miedo y se decidió bruscamente a prescindir de una amistad que no era grata a los ojos de Dios, y que su conciencia, ya advertida, se representaba simbólicamente en la repugnante figura de un sapo. Mas como dijera a su confesor las razones de tal ruptura, el sacerdote no sólo tranquilizó la conciencia de la religiosa, sino que la aconsejó reanudara el trato con aquella persona de calidad, que, lejos de dañar su honor, pudiera ayudarle. Como Teresa deseaba vivamente continuar lo que ella llama *recreación* pestilencial, y quería mucho a la persona en cuestión, se dejó convencer: "Ninguno de mis conocimientos—dice—me distraía como esta persona, por la que sentía una extrema efeción..."

Si la turbó la doble visión, poco a poco hubo de volver a sus costumbres disipadas. Se reanudaron las entrevistas y las conversaciones con la persona amiga, acudió con más frecuencia que nunca a las reuniones del locutorio, ávida de producirse y de hacerse valer ante los visitantes. En este punto, una anciana religiosa, parienta suya, creyó deber advertirla. Teresa tomó a mal estos piadosos avisos, tachándolos de escrúpulos exagerados. Sin conseguir acallar los reproches de su conciencia, quiso vivir a su gusto, es decir, como religiosa correcta, según el mundo y según sus superiores. Se arregló una vida agradable, repartida entre los ejercicios piadosos y las distracciones mundanas, si pueden calificarse así los inocentes placeres que toleraba la regla y las costumbres de la Encarnación. Comía su "pan de renta" y vivía piadosamente. Así concurrían los años en una mediocridad nada con-

veniente, ni a su naturaleza, ni a los designios que el Señor tenía sobre ella. Teresa parecía haber olvidado la razón de su entrada en el convento; la gran felicidad, el gran amor, que era para ella la única realidad del mundo. No escuchaba las palabras fatídicas que en otro tiempo repetía con su hermano Rodrigo; estas palabras, que abrían a sus imaginaciones infantiles perspectivas infinitas y fascinadoras: “*¡Siempre, siempre, siempre!...*” ¿Puede decirse que no las oyó más?

Una anécdota, contada por una religiosa de la Encarnación, y muchas veces citada después, esclarece bastante bien los sentimientos, un poco complejos y un poco turbados, la incertidumbre de alma en que se debatía Teresa en este período de su vida, de relativa mundanidad.

El padre Ribera nos cuenta que algunos años antes de la entrada en el convento de la hija de Alfonso de Cepeda llegó al monasterio un buscador de tesoros; lo que es muy verosímil, estando la Encarnación edificado sobre un antiguo osario judío y suponiendo la credulidad popular que allí habían enterrado los fugitivos sus tesoros. El buscador de oro recorrió el recinto del convento “y descubrió, de pronto, con ojos de profeta, un tesoro incomparablemente más precioso que el que había venido a buscar con los ojos de la concupiscencia humana: porque anunció que un día habría en el monasterio una santa que se llamaría Teresa...”

La hija de Alfonso de Cepeda conocía esta profecía. Y doña María Pinel, religiosa de la Encarnación, nos cuenta que la Santa Madre tenía la costumbre de decir a otra religiosa, llamada doña Teresa de Quesada:

—Hermana mía, se dice que una Santa Teresa debe salir de esta casa. ¡Dios quiera que sea una de nosotras... y que sea yo!...

—¡Dios quiera que sea yo!—contestaba la otra.

Este tono de chanza, por no decir de ligereza, en asunto tan serio, es propio de la joven carmelita, en la ocasión el espíritu del convento, que gusta de lucirse en el locutorio ante los visitantes de calidad. De tal modo se deja ganar por la corriente de la frivolidad, que ni por un instante piensa en que pueda llegar a ser santa. Habla de ello como de una cosa agradable e imposible... Y, sin embargo. ¿Si lo fuera?... Se siente capaz de la santidad, como en otro tiempo del martirio. Se conoce y sabe que es una muchaca valerosa; tendrá valor para ser una santa: “¡Dios quiera—dijo—que sea yo!” Por el momento sabe que no lo merece... ¡Pero tomando otro camino!... No dice que no. No rechaza la palma...

En este estado de menor esfuerzo, por no decir de relajación, en que ella languidecía, según su propia frase “por los caminos bajos de la perfección”, fué sorprendida por la muerte de su padre; como le amaba mucho, un golpe terrible, que tuvo profunda repercusión en su vida interior, sin traer, no obstante, para Teresa un cambio radical de conducta.

Alfonso Sánchez de Cepeda parece que quería mucho a su hija, si bien no es menos cierto que ella correspondía a este cariño con toda la afeción exaltada que prodigaba a cuantos le daban un poco de su corazón; Teresa sentía hambre de amor. Su avidez se extraviaba en afecciones demasiado humanas, que la engañaban siempre.

Pero nunca se repetirá bastante que el fervor por ella aportado a estas amistades apasionadas era puramente espiritual; amor de alma, al que se mezclaba verdadero celo de apostolado. Así catequizó a su padre, enseñándole los métodos de la oración; y no sólo lo adoctrinó, sino que le prestaba libros de espiritualidad, sin duda los que habían servido para su propia iniciación: el *Abecedario*, de Francisco de Osuna; la *Ascensión al Monte Sión*, de Bernardino Laredo; el *Libro de oración*, de Luis de Granada, y el *Tratado de oración*, de San Pedro de Alcántara. Ya enfermo Alfonso de Cepeda, se preparó a bien morir. Frecuentemente visitaba a su hija en el convento de la Encarnación. Teresa y su padre, a través de las rejas del locutorio, sostenían ardientes coloquios, de los que Dios era el tema preferido.

Así se deslizaban las piadosas entrevistas. Y, cosa extraña, en el momento en que mostraba tan gran celo por la conquista de otras almas, Teresa abandonaba la oración por escrúpulo de humildad y también, es necesario decirlo, porque sentía su conciencia perturbada. Habiendo desertado del servicio de Dios—así, al menos, lo entendía—, buscábase substitutos. Lo mismo que a su padre, se puso a catequizar otras personas, en las que creía discernir disposiciones para la oración:

“Parecíame a mí—dice ella—que ya que yo no servía al Señor, como lo entendía, que no se perdiese lo que me había dado Su Majestad a entender, y que le sirviesen otros por mí. Digo esto para que se vea la gran ceguedad en que estaba, que me dejaba perder a mí, y procuraba ganar a otros.”

Sin embargo, su sinceridad sufría de ver que, dando el ejemplo a los otros, ella no lo pusiera en práctica. Y más intolerable, sobre todo, el pensar que engañaba a su padre, dejándole creer que también ella hacía oración. Tentada estuvo de confesarlo, si bien parecían excusarla sus enfermedades. Seguía teniendo vómitos, accesos de fiebre y extraños dolores cardíacos. De este modo debilitada, apenas si tenía fuerzas para el servicio de coro y de la capilla, y así se lo dió a entender al bueno de Alfonso de Cepeda. Mas estos subterfugios repugnaban a su rectitud. La enfermedad, pensaba Teresa, no era una causa bastante. En defecto de las fuerzas físicas, el amor y el hábito debían sostener en la oración al alma verdaderamente celosa. Su padre la creía y la compadecía. Estando él muy avanzado en las vías espirituales, no tenía necesidad de tan largas y frecuentes entrevistas con su hija; el discípulo había superado al maestro. Sus visitas a la Encarnación fueron más de tarde en tarde, para entregarse por completo a Dios.

Con este sentimiento murió, probablemente en el curso del año 1543. Nada sabemos de su enfermedad, sino que el santo varón estuvo enfermo pocos días. La carmelita, abandonando, por última vez, la clausura, volvió a su casa para cuidar al enfermo. Fué una ruda prueba. Enferma también ella, tenía que cuidar a un moribundo. Pero la angustia de la separación próxima era peor para la futura santa que los padecimientos físicos. Sintió una pena infinita. Sin embargo (no olvidemos que Teresa era una mujer valerosa), supo dominarse tan bien, que nadie pudo sospechar lo que pasaba en su interior; “pareciéndome — dice — se arrancaba mi alma

cuando vi acabar su vida, porque le quería mucho..."

Durante tres días el enfermo perdió el sentido. Pero el día de su muerte recobró el conocimiento. Murió recitando el Credo, que rezaba con su hija... ¡ Hermosa escena, de pureza y sublimidad cristianas! Con su sensibilidad vibrante, su sentido profundo de la belleza, la religiosa carmelita sufrió una conmoción profunda. A la mitad del Credo las facciones del moribundo se distendieron y se fijaron. "Quedó—escribe la Santa—como un ángel; y así me parecía a mí lo era él, a manera de decir, en alma y disposición, que la tenía muy buena..."

Un dominico, el padre Vicente Barón, que había asistido a Alfonso de Cepeda en sus últimos momentos, hubo de platicar con Teresa. Le habló del muerto como un elegido, que había marchado directamente al cielo. Y le dijo tales cosas, que la joven, sintiendo su indignidad ante un padre tan santo, resolvió tentar un nuevo esfuerzo para cambiar de vida. Tomó al religioso por confesor, revelándole el estado de su alma y, principalmente, que, por un falso escrúpulo de humildad, había abandonado la oración. El dominico la amonestó para que la reanudara.

Y, en efecto, comenzó a practicar este ejercicio espiritual; pero sin romper con sus costumbres y amistades mundanas. En realidad, no podía abandonar aquellas almas que dirigía y sobre las que conocía tener una influencia absoluta.

A través de las líneas de su confesión se descubre que su prestigio era grande y que a su alrededor despertaba la admiración. Ve el dedo de Dios, que de antemano le prepara los discipu-

los y le allana el camino para su obra reformadora. Su voluntad no se detendrá, ni menos será vacilante e incierta, siempre perpleja, entre los senderos floridos de una piedad mundana y la vía estrecha y rigurosa de la perfección. Ha pasado años en esta lucha, incapaz de decidirse; pero estima que la oración la sostiene y acabará por salvarla. También salvará las almas vacilantes como la suya, que se obstinan, a pesar de todo, en sus esfuerzos. “¡Perseverad—les dice—en la oración!... ¡Oh, Dios mío, que consientan en pasar en Vuestra Compañía dos horas cada día, y verán cómo son recompensados por Vos!...”

¿Qué servicio es ese que merece un salario tan magnífico y de qué especie de oración se trata?

Es cierto que en esta época Teresa pone toda su esperanza y las potencias todas de su alma en conseguir la unión mística. Pero la oración que ella practica entonces pertenece al primer grado de la vida espiritual y propiamente nada tiene de mística; es lo que se llama oración mental, la cual apenas es otra cosa que la pura y simple oración vocal. Consiste en meditar sobre una verdad o sobre un misterio de la fe. “Esta fué—dice la Santa—toda mi oración, y ha sido cuanto anduve en estos peligros; y aquí era mi pensar cuando podía, y muy muchas veces, algunos años, tenía más cuenta con desear se acabase la hora, que tenía por mí de estar, y escuchar cuando daba el reloj, que no en otras cosas buenas; y hartas veces no sé qué penitencia grave se me pusiera delante, que no la acometiera de mejor gana, que recogerme a tener oración. Y es cierto que era tan incomportable la fuerza

que el demonio me hacía, o mi ruin costumbre, que no fuese a la oración, y la tristeza que me daba en entrando en el oratorio, que era menester ayudarme de todo mi ánimo (que dicen no le tengo pequeño, y se ha visto que me lo dió Dios harto más que de mujer, sino que le he empleado mal) para forzarme y, en fin, me ayudaba el Señor. Y después que me había hecho esta fuerza, me hallaba con más quietud y regalo, que algunas veces me tenía deseo de rezar...”

Así Teresa experimentó la mayor dificultad para recogerse en oración, simplemente la oración mental. Fué una lucha horrible y desesperante, que duró varios años. Le era imposible fijar su atención en una idea. Entonces su genio de realidades se movía difícilmente en lo abstracto. Confiesa ella misma que era por completo inadaptada para “discurrir por el entendimiento”; es decir, para meditar. En cualquier instante su atención y su pensamiento la traicionaban. Necesitaba de un libro para sostener su meditación. “He pasado—dice—cerca de catorce años sin poder meditar, si no ha sido leyendo.”

Este estado de lucha y de esterilidad espiritual no fué un simple accidente en la vida de la Santa; fué un estado habitual que sufrió durante mucho tiempo. Cuando, cerca de la vejez, escribe las confesiones, puede decir con absoluta verdad: “En veinte y ocho años que há que comencé oración, más de los diez y ocho pasé esta batalla y contienda de tratar con Dios y con el mundo...”

Esta pretensión de conciliar Dios y el mundo es, según parece, la razón más grande de la larga espera de Teresa en el umbral de la vida mística

y, en definitiva, de su fracaso en las primeras tentativas de oración. Que ella sea incapaz de "discurrir con el entendimiento", no lo admitimos más que como una manifestación de la extremada modestia de la Santa. Pero eso no podía ser un obstáculo absoluto para su progreso en la vida espiritual. Nos ha dicho repetidas veces que Dios se complacía en suprimir las etapas y que la meditación puede ser inútil al que recibe la gracia de la quietud y de la unión. Luego la principal razón de su fracaso, a los ojos de la Santa, es que su oración es imperfecta, a causa de las disposiciones de su alma; tiene todavía en mucho al mundo y no se resuelve a romper con él.

Por lo tanto, es necesario no exagerar la *mundanidad*, de que antes se habla.

He querido conocer los locutorios en que tenían lugar las recepciones y entrevistas, por las que la Santa sintió tan grandes remordimientos.

Los que se enseñan hoy en el convento de la Encarnación, como contemporáneos de la Santa, son lugares horribles, verdaderas mazmorras penitenciarias, en las que se puede meditar sobre el infierno y las penas eternas, en todo menos en los peligros del mundo.

De todos modos, sabemos que las conversaciones de la carmelita con sus amigos de fuera versaban sobre Dios y sobre los temas más elevados. La mundanidad pudo rodear a Teresa y tentarla; de ella se preserva cuanto puede. Si muchas de las religiosas de su monasterio, tan poblado, no observaban una conducta absolutamente ejemplar, había muchas otras—y Teresa les hace justicia—que llevaban una vida santa. Pero si la de Teresa ha sido perfecta; si ella ha

adquirido y practicado en este tiempo todas las virtudes, las que dice que le faltaban, no son méritos bastantes para que reciba las gracias de la oración. La Santa nos dice muchas veces que Dios las concede al que le place, hasta a los pecadores, en medio de sus extravíos; todas las penitencias del mundo, todas las virtudes imaginables, los deseos más ardientes del alma de nada sirven; las gracias de oración, como todas las gracias, aunque podamos prepararnos, no dependen, en modo alguno, de nosotros. Para alcanzar los estados sublimes a que Teresa llegó en la segunda mitad de su vida, la voluntad humana es impotente; hace falta que *Alguien* intervenga. Y ese *Alguien* elige su hora, fuera de toda previsión.

Importa precisar todo esto y alumbrarlo con luz muy clara, para juzgar el valor de las explicaciones de los teorizantes de lo subconsciente, para quienes los estados místicos no son más que el resultado de una larga preparación y de una sugestión perseverante. Acabamos de ver, y lo veremos muchas veces, que una preparación de veinte años, la voluntad más apremiante y la avidez del milagro no han conseguido nada.

Esta esterilidad, esta sequedad de alma, la ausencia inexorable del Amado, fué el gran drama de la vida de Teresa durante sus años oscuros. No se concibe un tan largo período de mediocridad, más que como un perpetuo martirio y como una constante desesperación. Ella misma reconoce que en ese tiempo recibió muchos consuelos; pero eso fué algo peor que la zozobra trágica, que la crisis de quien cree haber tocado todos los últimos límites del sufrimiento; el hundimiento en la vida ordinaria, en el carril de

lo que Teresa llamó "el camino más bajo de la perfección". Ahora bien, mientras que la carmelita se complace en este relajamiento y se empeña en una participación imposible entre Dios y el mundo, los años pasan. Nota su huída con horror. ¡Qué tiempo perdido! (Ella lo cree al menos; más tarde se dará cuenta de que esta preparación, aunque imperfecta, no ha sido inútil.) Pero los años se deslizan en una espera sin fin. Ha cumplido treinta años, cuarenta años, y la gran felicidad, siempre esperada, no llega. El Amado, que ha podido entrever alguna vez, en un arrobamiento de todo su ser..., ¡cómo tarda!... Entonces se apodera de ella el miedo. Teme que le falte la vida, y entonces todos sus esfuerzos no habrán servido de nada. La gracia no llega. ¿Qué hacer? ¿Qué amargura! ¿Qué espantosa desilusión!... A menos que..., a menos que un acontecimiento catastrófico se produzca: la conversión, a que aspira con toda su alma.

Nos encontramos cerca de ese acontecimiento, de esa crisis suprema que va a romper los últimos lazos que unen a Teresa con el mundo. Al fin, después de tantos años de batalla, como ella dice, se va a convertir, a volver a lo serio de la vida, hacia lo que sabe ella que es la sola Verdad y lo Único digno de ser amado...

TERCERA PARTE

LA CONVERSIÓN

“Yo no quiero tengas conversación
con hombres, sino con ángeles.”

(Vida. Cap. XXIV.)

I

EL CRISTO ATADO A LA COLUMNA

La divina Humanidad de Cristo en todo el paroxismo del sufrimiento y, en particular, en la escena de la flagelación; la augusta víctima, atada por el cuello y las manos al frente de una columna; el torso desnudo, desgarrado por los latigazos, chorreando de sudor y sangre, palpitantes los costados, como si el corazón quisiera salirse del pecho; el rostro dulcísimo, los ojos inyectados y dejando escapar por los labios entreabiertos un hálito de fiebre. Esta imagen, a la vez lastimosa y cruel, es, sin duda, la que ejerce mayor influencia sobre las almas españolas, y especialmente sobre la de Santa Teresa. Es, probablemente, esta imagen la que, en el momento de su vida a que hemos llegado, le produce tan profunda conmoción, determina en ella una tan grande exaltación, que le hace cambiar el curso de su vida. A partir de este momento hace un supremo esfuerzo para apartarse de lo que llama la Santa "el camino más bajo de la perfección".

Se decide a evadirse de la prisión de mediocridad en que languidece. Ayudada por la gracia, un acto libre surge en este alma, mediatizada

por ella misma; un acto al final del cual se abre la flor de santidad. A partir de este instante solemne, marcha a grandes pasos hacia la vida heroica para la que ha sido creada.

Si se quiere comprender bien esta impresión, tan penetrante y desgarradora, es necesario recordar lo que eran en esta época la estatuaria y la pintura españolas, el mobiliario de las iglesias y conventos; lo que, por todas partes, hería la vista de Teresa, como otra realidad, dramática y sublime, superpuesta a la placidez y vulgaridad de la existencia habitual. Vivía familiarmente en medio de estas figuras, trágicas, dolientes y consoladoras. Hay motivo para suponer que es la estatuaria la que la emociona más hondamente, la estatuaria policromada de la época. Y es, en efecto, verosímil, porque esta especie de escultura está más cerca de lo real que las otras artes plásticas, se dirige al mismo tiempo a varios sentidos, y es por ello más alucinante, capaz de dar la ilusión completa de la presencia y de la vida.

En este punto la escultura española es algo verdaderamente extraordinario; tal vez la manifestación más pujante y reveladora del genio nacional. Desde la segunda mitad del siglo XV a la primera del XVII se mantiene a la misma altura. Este largo reinado manifiesta su vigor y que se alimentaba de las fuentes más íntimas del alma española. Ciertamente que no se puede comparar con el gran arte idealista de nuestros imagineros de Chartres, de Amiens o de Reims. Toma la realidad de más cerca, es realista, como España; sigue el ejemplo de todos los verdaderos y grandes realistas, de la misma Santa Teresa; parte de lo más humilde, no lo desdeña, se

detiene a menudo complacido, para llegar a lo trascendente, donde se mueve con igual facilidad; del infierno al cielo, pasando por el mundo y el hombre terrestre; son sus límites y sus dominios. Siente esta escultura una evidente predilección por la madera—la madera policromada—, porque esta materia, que puede ser esculpida más fácilmente que la piedra o el mármol, se presta mejor a todo lo que hay de violento y apasionado en el cuerpo humano, de los paroxismos de placer y de dolor, así como lo más delicado y elevado en los movimientos del alma. Parte de la realidad trivial para terminar en el éxtasis. Se puede decir que sólo se preocupa de la forma para mover las almas; es esta la estética católica en lo que tiene de más ortodoxo.

San Juan de la Cruz, que censura el culto exagerado a las imágenes, y que es en este aspecto mucho más severo que Santa Teresa, lo declara de manera terminante: "Se debe escoger con preferencia las que den una representación más sorprendente y lleven la voluntad a una devoción más fervorosa. Esta razón debe colocarse en primera línea, relegando a lugar secundario la habilidad del trabajo y el valor de la documentación." Justamente por esto, a causa del cuidado casi exclusivo de obtener esa expresión cautivadora, que enternecen o exaltan la devoción, es tan directa, tan vehemente la acción de esas imágenes sobre la sensibilidad. Realizan, por la plástica, una verdadera predicación; una predicación que usa de lo práctico para mover los espíritus a través de las almas.

Conforme a lo que conviene, el tema más usado en esta predicación plástica es Jesucristo, y en la vida Jesucristo, lo que tiene de más esen-

cial, donde se manifiesta en su misión de Redentor: su pasión; la pasión con todos los actores y figurantes, los jueces, los verdugos, las santas mujeres, los apóstoles, los soldados y el pueblo. Todos están representados por este arte español, con un realismo implacable, que llega algunas veces hasta la bestialidad. Los imagineros aciertan al agrupar estos personajes alrededor de cada episodio del sagrado drama. Cada estación en el camino de la Cruz tiene sus figuras tradicionales; formando lo que se llama un *paso*. Sobre una plataforma transportable, que conducen los portadores, ocultos bajo una tela, se alzan los actores del drama, cada uno con sus rasgos fisonómicos y sus vestidos, por los que fácilmente son reconocidos. Una serie de estos grupos en sendos *pasos* forman una larga procesión por las calles de la ciudad. Estas estatuas, de madera pintada, por su mímica parlante, por sus rostros, por los vestidos mismos, son para la multitud de espectadores tipos populares, que forman parte del cortejo. La pasión tiene así la fuerza de una escena actual; la noción de tiempo parece abolida. El misterio de la Redención se realiza ante los ojos de la multitud, con tal intensidad de expresión, con tal contagio de lo patético, que los más distraídos se sienten obligados a detenerse, a mirar y a reflexionar.

Seguramente que la intención, más o menos consciente, que inspiró este arte popular fué la de afirmar, frente a musulmanes y judíos, a la vez la necesidad y la realidad de la Redención. En un país donde el islamismo y el judaísmo habían vivido triunfantes y que contaban todavía con numerosos adeptos, que siempre podrían causar daño, la afirmación podía entenderse como un

medio de defensa y de proselitismo. La procesión de los *pasos*, a lo largo de las calles de las ciudades, esta simulación realista, tan parecida a la vida misma, no hace otra cosa que proclamar estas verdades católicas; la Redención no es una quimera, un ensueño vano de los metafísicos, es un hecho histórico, *una cosa que ha sucedido*. Conoce más, hora por hora, todos sus detalles, y aquí está la exacta reproducción. Y por otra parte este hecho histórico no lo creáis vacío de sentido. Meditad sobre él; ni el monoteísmo islámico, ni el Antiguo Testamento, son suficientes para explicar el misterio del hombre. Sin el Mediador y el Redentor, el hombre permanecería en la miseria del pecado original y siendo un enigma para sí mismo y para los otros. Sin duda que las reflexiones de este género son ajenas a la multitud. Pero lo que la sobrecoge y seduce es la vista del suplicio, la alucinación sangrienta que le impone el arte de los imagineros. Por ellos insisten, con una especie de sabia crueldad, en todas las fases y escenas de la Pasión, desde el huerto de los olivos hasta la Crucifixión. El tema más frecuente, el más amoroso y piadosamente tratado es el de Cristo en la cruz. Multitud innumerable, los crucifijos españoles son el mayor acto de fe, el más grande grito de amor que la humanidad haya lanzado jamás...

En todos los países del mundo, desde que Cristo ha muerto, se hacen por millones de millones. Por lo menos hay tantos crucifijos como cristianos viven. Cada uno tiene el suyo, que le atestigua su redención. Así mañana, es decir, el día del Juicio final, todos los crucifijos esparcidos por el Universo podrán levantarse y testi-

moniar contra la humanidad no creyente, probando que las afirmaciones y las apelaciones a la Redención, como la sangre vertida, se renovaron y se vertió profusamente... Podrían formarse bosques con los maderos de la Cruz, que cubren el planeta, del Norte al Mediodía, de Levante a Poniente. Pero ninguna nación, en toda la Cristiandad, ha sabido dar a sus crucifijos expresión tan intensa y tan aguda como la católica España. En todas partes se encuentran crucifijos admirables; desde las capillas romanas, perdidas en cualquier rincón montañoso de Cerdeña o de Cataluña, hasta las soberbias catedrales de Sevilla o de Córdoba. Se los encuentra abundantemente y no hay uno solo de estos crucifijos que, aparte su valor artístico, no tenga su individualidad de expresión en el dolor, la desesperación, la resignación o la voluptuosidad del sufrimiento, la infinita bondad, el éxtasis del amor. Uno de los más extraordinarios que conozco es el Cristo de Salamanca, superior a los crucifijos famosos de Burgos y de Valladolid.

Tal vez Santa Teresa, durante una de sus estancias en Salamanca se postrara de hinojos a sus plantas. A la izquierda de la nave mayor, en una capilla lateral, este crucifijo está suspendido encima de un altar que no ofrece particularidad alguna; un miserable cuerpo de ajusticiado en todo su horror. La madera en que está esculpido se ofrece de tal suerte, que el cuerpo esquelético, descarnado, deja ver la caja del pecho bajo la piel señalada con los serpenteos sanguinolentos de los azotes. La cabeza muerta, tronchada, cúbrela espesa mata de cabellos naturales, que penden hasta cerca de la cintura—y este aditamento, que fué cosa viva, ayuda todavía

más a la ilusión de hallarse ante un verdadero cadáver. Es necesario colocarse justamente al pie de la cruz, como una Magdalena o un San Juan, para, levantando la vista, apreciar con todos sus detalles aquella cabeza desplomada, aquel rostro de condenado a muerte. Rostro a la vez humano y divino, que expresa sobre todo el reposo—un reposo, si se puede decir, de extrema fatiga, de aniquilamiento, como después de una larga, de una muy larga etapa de sufrimiento, del que se desesperaba encontrar el término. Por fin ha llegado a la cima de su calvario, ha expirado al llegar; reposa en el sacrificio supremo, la muerte de la carne y de los sentidos, la muerte del alma misma, en lo que ésta tiene de individual, de carnal y de perecedero. No hay comentario más sorprendente en las páginas terribles de San Juan de la Cruz sobre los terrores de la noche oscura, la muerte de los sentidos y la muerte del espíritu...

Obra de arte insigne, el Cristo de Salamanca es un enérgico estimulante de la sensibilidad, del alma, del pensamiento. Pero la verdadera piedad no se cuida de obras de arte. La menor alusión al Amado conmueve el alma herida de amor. Si por un concurso de circunstancias naturales y providenciales el alma se encuentra un día, un momento, en determinadas disposiciones extraordinarias, la emoción sentida, lejos de ser pasajera, puede ser el punto inicial de una nueva vida.

Teresa se hallaba, por cierto, en disposición semejante cuando se halló en presencia de esta imagen de Cristo, que levantó en ella una tempestad de arrepentimiento. La Santa nos había dicho en qué estado de perturbación y de angus-

tia se debatía entonces. Sujeta entre Dios y el mundo, aspiraba a desprenderse de éste. Después de muchos años, casi puede decirse desde su entrada en el convento—cuando Teresa contaba dieciocho o veinte años solamente—seguía dejando para el día siguiente su conversión total. Acabó por hacer de esta inquietud, de esta lucha un estado habitual, en el que permanecía, sobresaltada, de cuando en cuando, por arrebatos bruscos de fervor y de piadosas resoluciones. Tal vez en el momento que describimos atravesara Teresa una crisis de fervor y de piadosas resoluciones. Pero ateniéndonos al texto de sus *Confesiones*, es más verosímil suponer que se hallaba entonces, como de costumbre, “fatigada de la lucha y aspirando al reposo, pero sin poder conseguirlo...” Nada de exaltación; por el contrario, una especie de depresión resignada, sin grandes esperanzas de salir de ella.

En este momento es tocada de la gracia, recibe las fuerzas que le faltan... Un hermoso día penetra en su oratorio. Parece ser que fué en su oratorio privado donde el magno suceso tuvo lugar. Ribera lo afirma expresamente, y los términos de que se sirve la Santa justifican esta interpretación... Va a entrar—y bruscamente recibe un golpe en el corazón, en su corazón tan sensible y que continuamente la tortura. Casi desfallecida, se detiene en el umbral; ¡la santa Humanidad del Señor, como Teresa la llama, está allí, en la estrecha habitación, en la celda donde ella hizo su oratorio! ¿Es un Cristo atado a la columna o un *Ecce Homo*? Poco importa. El efecto es indudable. Ha visto un hombre surgir de las tinieblas—un ajusticiado, cubierto de llagas, manando chorros de sangre y de sudor.

Ha sido depositada allí esta imagen, que ha de figurar en una procesión que se prepara en el convento. Teresa lo ignoraba. Fácilmente se puede imaginar la sorpresa...

El primer estupor es, sin duda también, la primera conmoción sufrida por Teresa al contemplar el realismo de la escultura, que tiene mucho de humano, vivo y palpitante; Cristo, sangrante y dolorido, de pronto allí, con los tormentos de su pasión. "Era de Cristo muy llagado—dice la Santa—y tan devota que, en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fué tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón parece se me partía; y arrojéme cabe él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle."

¡Cuán fácil es interpretar la anterior escena en un sentido equívoco y bajamente psicológico! Para proporcionar materia abundante a los críticos, he recogido cuantos detalles materiales he estimado que pudieran influenciar un alma que no sea la de Teresa. En cuanto a ésta, ninguno de esos detalles la hieren. En el cuerpo del ajusticiado, en esa carne ensangrentada y desnuda expuesta a sus miradas, ella no ve otra cosa que el pecado, el pecado original, la falta del hombre, la caída causa de esas llagas. Y al mismo tiempo, el *amor*, el amor que ha consentido tal suplicio, que lo ha aceptado, para rescatar a los hijos del hombre caído en el pecado. Esta imagen es para Teresa un reproche vivo dirigido a su ingratitude, y luego un pretexto para meditar sobre el misterio de la Redención. Sin duda, en aquellos minutos de arrepentimiento y de adoración profundizó

el misterio como jamás lo había hecho: el hombre precipitado por su falta en la muerte de los sentidos y de la materia, la caída sin fin y sin salvación; para contrarrestar el peso de un mundo que por sí mismo se precipita en las tinieblas, hace falta algo de mayor poder que el mundo, una parte de Dios, el mismo Hijo de Dios. La Redención es el contrapeso de la caída, que hace inclinar el platillo de la balanza y eleva hasta las alturas al mundo vencido. Por amor al hombre, Dios llega a negarse a sí mismo. Se ofrece a la muerte. Para corresponder a este amor, ¿no tendrá el hombre el valor de negarse también a sí mismo, por la penitencia, la mortificación y las otras virtudes que son la muerte del pecado?...

Teresa medita sobre estas sublimes doctrinas. ¡Se siente todavía muy lejos de la meta, del propósito hacia el que camina largo tiempo! Contempla su vida imperfecta, ve las concesiones hechas al mundo y cuanto le es, todavía, afectada. ¿Estos lazos tan fuertes no tendrá valor para romperlos? ¿Vacilará siempre en decidirse por la nueva vida? Lloro, se deshace en lágrimas. Implora de Cristo que escuche la voz de su alma; pide a todos los santos, sus habituales intercesores, que la ayuden, y en particular a Santa María Magdalena, a quien humildemente se compara...

En medio de estas agitaciones de sentimiento y tan grande perturbación de espíritu, lee las *Confesiones* de San Agustín. El libro, según nos dice, fué a sus manos por casualidad. No lo había buscado. La Santa insiste en el detalle para demostrarnos que es Dios quien la conduce... En la lectura, un día, encuentra la famosa es-

cena del jardín, el jardín de Milán, donde San Agustín, visitado por la gracia, siente que se rompen en él las supremas resistencias de las pasiones y que toda su voluntad, ya soberana, salta al llamamiento de una voz misteriosa. Es esta la propia historia de Teresa en sus días de perturbación y de lucha. Se reconoce en el hijo de Mónica, en esta alma penitente y todavía caldeada por el pecado. ¡Cómo repercutían en su corazón las palabras inflamadas del profesor de Retórica de Cartago!: “¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo?... ¡Mañana! ¿Mañana?... ¿Por qué no en seguida?... ¡En seguida! ¡Sin aguardar más!” Este lenguaje era el suyo. ¡Así pensaba Teresa! ¡Esto deseaba desde lo más profundo de su ser! Pero es cruel tener que vencerse a sí mismo: “¡Oh, qué sufre un alma—escribe la Santa—, váleme Dios, por perder la libertad, que había de tener de ser señora, y qué de tormentos padece!...”

¿Cuánto tiempo duró esta nueva *batalla*? Parece ser que fué tan corta como decisiva. Los efectos de la doble gracia con que Teresa había sido visitada no tardaron en hacerse sentir. Desde este momento comenzó a hacer más larga la oración, a querer vivir de algún modo en la intimidad de Cristo: “Comenzóme a crecer la afición de estar más tiempo con El, y a quitarme de los ojos las ocasiones, porque quitadas, luego me volvía a amar a Su Majestad...” Pero de estas *ocasiones* no puede apartarse tan pronto, ni romper con ellas toda relación: necesitara una cierta preparación. Sea como quiera, acaba de tomar una resolución heroica, y, cueste lo que cueste, esa resolución triunfará.

Podrá parecer un poco tardía. Recordemos

que en esta época Teresa cuenta cuarenta años, y que desde los dieciocho o diecinueve tiene hecho el voto de ser perfecta. A partir de aquí, ha habido tema indefinido para la glosa. Las gentes que se precian de explicarlo todo, en psicología, con buenas razones *científicas*, no se quedan cortas de argumento. Sería pueril aparentar que se esquivan sus razones, tanto más cuanto que ellas ni nos conmueven ni nos asustan. Nos hacen notar que Teresa ha cumplido cuarenta años, y que esta es la edad crítica de la mujer. La crisis de alma que sufre no será un fenómeno, como el reverso, como la consecuencia de la crisis *sexual*: he aquí la palabra ruin, que nos obliga a pedir el perdón del lector por tener que emplearla en este sitio... Lo cómico del caso es que numerosos psiquiatras afirman dogmáticamente que Teresa era *asexual*, como de Juana de Arco nos dicen que estaba exenta de la periodicidad sexual. Se les pide entonces a quienes así *dogmatizan* el fundamento científico de sus afirmaciones y los testimonios de garantía de secretos tan íntimos y casi inviolables. En estas materias sólo el testimonio de la interesada, a condición de tener la prueba de su absoluta veracidad, merece ser tomado en consideración. Pero justamente en materias de este género las santas tienen que ser mudas.

Y, después de todo, ¿qué dificultad hay en ello? Admitamos que en la raíz de estos estados hay algo de sexual o de fisiológico: Santa Teresa reconoce que, al menos en los comienzos de la vida espiritual, los movimientos afectivos que nos llevan hacia Dios no están absolutamente desprovistos de contaminación carnal. Pero lo repetiremos por última vez: el alma hu-

mana no es doble. No tiene dos maneras de demostrar el amor, ni dispone de dos lenguajes para expresarlo. Dios es amado con el mismo corazón con que se ama a sus criaturas. Se le ama con todas las potencias y sentidos: con el cuerpo y con el alma. La diferencia entre el amor humano y el amor divino está en el objeto a que uno y otro se dirigen; y este fin, o cambia radicalmente, o comparte la naturaleza de los sentimientos que él provoca. Son dos estados esencialmente incompatibles. El uno es la negación del otro. Y, por lo tanto, no es menos cierto que uno arrastra al otro, porque éste, en cierto modo, es la razón de aquél. De ahí los combates de los santos contra la carne.

Reconozcamos sin inconveniente que Santa Teresa amó de todo corazón la "Santa Humanidad" de Cristo. Pero si un solo instante un pensamiento carnal se hubiera atravesado en su amorosa contemplación, se le destruyera allí mismo.

Escuchemos cómo la Santa nos explica cómo era este amor: "Tenía—dice—tan poca habilidad para con el entendimiento representar cosas, que, si no era lo que veía, no me aprovechaba nada de mi imaginación; como hacen otras personas, que pueden hacer representaciones adonde se recogen. Yo sólo podía pensar en Cristo como hombre; mas es así, que jamás le pude representar en mí, por más que leía su hermosura, y vía imágenes, sino como quien está ciego u a oscuras, que aunque habla con alguna persona, y ve que está en ella, porque sabe cierto que está allí, digo que entiende y cree que está allí, mas no la ve. De esta manera me acaecía a mí cuando pensaba en Nuestro Señor..." Así,

pues, no hay traza de delectación morosa en esta evocación de la Santa Humanidad: ella no la ha visto ni con los ojos del cuerpo ni con los ojos de la imaginación. No es más que una idea que sirve de tema de la meditación y que, muy pronto, se transformará en el sentimiento vivo de una Presencia espiritual.

La absoluta pureza del alma de la carmelita durante toda esta crisis no ofrece ni la sombra de una duda. Nos habla en términos de tal castidad, que ni por un momento la suposición en contrario puede florecer en el espíritu del lector de buena fe. Hace falta la torpeza de algunos traductores para autorizar esas suposiciones, facilitando así armas al adversario. El texto original desmiente todas esas villanas fantasías de interpretación. Se pasan y repasan las frases encendidas y de fe, todas ellas de una sinceridad magnífica, y no se encuentra más que una naturaleza angélica extraordinaria, un verdadero milagro de pureza. Teresa nos revela, en todo su estallido fulgurante, el esplendor de la virgen. Mas para los espíritus groseros que no pueden comprender estas condiciones de elevación sobrenatural, la virginidad no es más que una forma de la impotencia. No aciertan a comprender la nobleza y elevación—la señal de los elegidos—que se dan en ciertos casos casi maravillosos, quebrantando la ley que dobla sobre la tierra los hombres y las bestias. ¡El instinto sexual! ¡Interviene no poco en Santa Teresa! Es un tormento en la crisis que nos ocupa, es el obstáculo en la conquista del Bien único, de la sola Verdad y del solo Amado. No hay cuestión, en un ser todo realidad, de fríos conceptos intelectuales, de ideas metafísicas o teológicas. Se trata

de tocar la verdad, de ponerse en contacto con ella. Nada más pálido y frío que una idea frente a la emoción o el sentimiento que nos produce la posesión de lo real. ¡Y en cuanto al corazón, es mejor adivino que la inteligencia! Para alcanzar la posesión de la Realidad única, que es el único Amor, es necesario darse todo entero a este amor, renunciando absolutamente al de las criaturas.

Atreverse a ese salto en lo desconocido, abandonando goces inmediatos y ciertos, aunque siempre incompletos y mezclados con el dolor, por una felicidad lejana y sin otra garantía que la fe. Pero aun teniendo la seguridad de no engañarse, ¡qué heroísmo supone ese extrañamiento del mundo y esa mudanza! Eso es la santidad.

Teresa comenzó a sentir en ella esa audacia. Se sintió fuerte y llena de confianza, presintiendo la gloria para la que había sido llamada. Hace falta estar animada por un poderoso presentimiento para sentirse audaz en tal medida. Así lo dice escuetamente: "Es imposible—escribe la Santa—conforme a nuestra naturaleza, a mi parecer, tener ánimo para cosas grandes, quien no entiende está favorecido de Dios; porque somos tan miserables y tan inclinados a cosas de tierra, que mal podrá aborrecer todo lo de acá de hecho con gran desasimiento, quien no entiende tiene alguna prenda de lo de allá; porque con estos dones, es adonde el Señor nos da la fortaleza, que por nuestros pecados nosotros perdimos..."

¿Mas esta ambición no está manchada por la soberbia? No, dice Teresa, en quien la humildad tiene su fundamento: "La bandera de la humildad debe ir siempre delante de nosotros, para

hacernos comprender que las fuerzas no saldrán de nosotros..." Y más adelante: "Dios solicita y ama a las almas valerosas, que son humildes y que nunca confían en sus propias fuerzas."

En estas disposiciones—con el valor de las grandes empresas—va a comenzar de nuevo, más ardientemente que nunca, la caza de la felicidad: va a intentar la *experiencia de Dios*.

¡Qué locura parece esto! ¿No está fuera de toda proporción con la debilidad humana?... Teresa se da exacta cuenta del valor de estas objeciones, y comienza por señalar, de un modo preciso, lo que el hombre puede hacer, entregado a sus propias fuerzas. Por de pronto, la oración, la plegaria vocal. Después, la oración mental, basada en la meditación. Teresa—nos lo ha dicho ya—tiene que hacer un gran esfuerzo para meditar. Para fijar su atención, un tanto inquieta y volandera, se sirve de un libro. Se recoge en su lectura y trata de meditar sobre lo que leyó: "Aprovechábame a mí también—escribe—ver campos, agua, flores: en estas cosas hallaba yo memoria del Criador, digo, que me despertaban y recogían, y servían de libro, y en mi ingratitud y pecados." Pero el tema grande de sus meditaciones es la vida y la pasión de Cristo: "Pues tornando a lo que decía, ponémonos a pensar un poco de la Pasión (digamos el de cuando estaba el Señor a la coluna), anda el entendimiento buscando las causas que allí dan a entender los dolores grandes y pena que Su Majestad ternía en aquella soledad y otras muchas cosas, que si el entendimiento es obrador, podrá sacar de aquí; o que si es letrado, es el modo de oración en que han de comenzar y de mediar y acabar todos, y muy ecelente y siguro camino,

hasta que el Señor los lleve a otras cosas sobrenaturales. Digo todos, porque hay muchas almas que aprovechan más en otras meditaciones que en la de la Sagrada Pasión. Que así como hay muchas moradas en el cielo, hay muchos caminos. Algunas personas aprovechan considerándose en el infierno, y otras en el cielo, y se afligen en pensar en el infierno; otras en la muerte; algunas, si son tiernas de corazón, se fatigan mucho de pensar siempre en la Pasión, y se regalan y aprovechan en mirar el poder y grandeza de Dios en las criaturas, y el amor que nos tuvo, que en todas las cosas se representa; y es admirable manera de proceder, no dejando muchas veces la Pasión y vida de Cristo, que es de donde nos ha venido y viene todo el bien..."

He aquí, pues, el método de Teresa en este ejercicio de la oración. Aunque trata de dar una regla general para todas las almas, la nota personal y sus preferencias prontamente se disciernen. Se adivina la falta de gusto para las consideraciones y disertaciones abstractas. No razona: ve, contempla. Goza con el espectáculo de la creación, donde encuentra al Creador. Admira los bellos paisajes, las aguas corrientes, las flores. Se aflige al meditar sobre el infierno y sobre la muerte. En general, prefiere los temas y los misterios gozosos. Como Teresa posee también "ternura de corazón", prefiere considerar a Nuestro Señor en la gloria que en los tormentos de su pasión. Cada uno puede elegir los ejercicios que le convengan para merecer las gracias de la oración. Pero sólo Dios puede darlas. Toda nuestra voluntad, nuestros esfuerzos perseverantes, continuados durante años enteros, durante una vida, no sirven de nada. Hay

almas, dice la Santa, que no pueden pasar del primer grado de oración. Tiene por causa, unas veces, la enfermedad, la debilidad física o la fatiga que causa el esfuerzo. En estos casos no deben obstinarse, pues el mal se agrava y se prolonga. Entonces se podrá conseguir más teniendo salud que por la oración: "Otras cosas hay exteriores de obras de caridad y de lición, aunque a veces aun no estará para esto: sirva entonces a el cuerpo por amor de Dios; porque otras veces muchas sirva él a el alma, y tome algunos pasatiempos, que lo sean, u irse al campo, como aconsejare el confesor; y en todo es gran cosa la experiencia, que da a entender lo que nos conviene, y en todo se sirve Dios..."

Teresa sabe que estos consejos, en lo sucesivo, no le conciernen; que puede y debe, con la ayuda de Dios, ir mucho más lejos. Camina intrépidamente, y las gracias esperadas no han de tardar. Cierto que ese gran cambio no puede ser de golpe. La transición es tan dulce, que casi es insensible, sin que Teresa se dé cuenta. Ella misma nos dijo que en los comienzos de su vida monástica, durante su segunda residencia en Castellanos de la Cañada, Dios la había favorecido con la oración de quietud y aun con la de unión, si bien durante un espacio de tiempo muy corto, el de un *Ave María*. Pero, añade, "no comprendí ni la naturaleza ni el precio de tales favores." Y más adelante hace notar que todo no es obtener gracias: "Conocer la naturaleza del don recibido es uno nuevo, y un tercero poderlo explicar." Al presente tiene ella ese don de inteligencia. Analiza con gran perspicacia lo que le sucede, e indica de la manera más delicada y sutil los estados intermedios que sepa-

ran los ordinarios de oración de los estados sobrenaturales.

En ocasiones advierte un sentimiento de presencia: "aun algunas veces leyendo, venirme a deshora un sentimiento de la presencia de Dios, que en ninguna manera podía dudar que estaba dentro de mí, u yo toda engolfada en El..." Es algo más que el ordinario sentimiento de la presencia de Dios, que toda alma piadosa puede tener recogién dose en sí misma. Teresa alcanza un grado superior: "Esto no era manera de visión, creo lo llaman mística teología: suspende el alma, de suerte que toda parecía estar fuera de sí. Ama la voluntad, la memoria me parece está casi perdida, el entendimiento no discurre, a mi parecer, mas no se pierde; mas, como digo, no obra, sino está como espantado de lo mucho que entiende; porque quiere Dios entienda, que de aquello que Su Majestad le representa ninguna cosa entiende..."

Esta visión, de un carácter particularmente intelectual, había sido precedida de un estado de singularidad afectiva; de una ternura que "en parte algo de ella me parece se puede procurar; un regalo, que ni bien es todo sensual, ni bien espiritual, todo es dado de Dios. Mas parece para esto nós podemos mucho ayudar con considerar nuestra bajeza y la ingratitud que tenemos con Dios, lo mucho que hizo por nosotros, su pasión con tan graves dolores, su vida tan afligida; en deleitarnos de ver sus obras, su grandeza, lo que nos ama, otras muchas cosas, que quien con cuidado quiere aprovechar, tropieza muchas veces en ellas, aunque no ande con mucha advertencia: si con esto hay algún amor, regálase el alma, enternécese el corazón, vienen

lágrimas...” Pero esto no son más que las primicias de favores más considerables. Después de tan largo caminar, el alma da un salto brusco en lo sobrenatural. Un día, Teresa, en una exaltación de todo su ser, recibe la clara revelación y la plena inteligencia. De pronto siente que toca algo sobrenatural, que no podía alcanzar por sí sola, por diligente que fuese, y es un sentimiento de alegría, en un sentimiento de quietud, inexpresable: “el alma ve claramente que *un solo instante de esta alegría no puede venir de aquí abajo*, y que ni riquezas, ni poder, ni honores, ni placeres, le podrían dar, siquiera el tiempo de un cerrar y abrir de ojos, un contento como éste; porque es verdadero, porque es un contentamiento que de toda evidencia nos contenta...” Lo de allá arriba es puro. Lo de aquí abajo no puede serlo nunca. Mientras que el alma goza las delicias de esta alegría desconocida y sobrenatural, “sus potencias se recogen en ella misma para mejor gozar de esa alegría; *pero ni se aniquilan ni se duermen*. La voluntad sólo está ocupada, de tal manera, que sin saber cómo ha quedado cautiva, se limita a dar su consentimiento para que Dios la haga prisionera, como quien sabe que sólo es prisionera de Aquel a quien ama... Las demás potencias ayudan a la voluntad a hacerse capaz de gozar tan gran bien”. Algunas veces, sin embargo, son rebeldes: el entendimiento y la memoria pueden agitarse y distraerse. Entonces la voluntad no debe esforzarse en reducirlas, sino permanecer unida a Dios: ¡que siga gozando de sus delicias interiores!, ¡recogiéndose como una sabia abeja! Porque si en lugar de entrar en la colmena las abejas se fueran todas, persiguiéndose unas

a otras, ¿quién haría la miel?... Aparte de que la voluntad, aun entregada a las delicias sobrenaturales, no permanece inactiva: "si vive unida a Dios, sin perder nada de su sosiego y tranquilidad, llegará poco a poco a conseguir el recogimiento del entendimiento y la memoria".

Tal es este primer grado de la vida mística, que Santa Teresa, con sus antecesoras, llama oración de quietud. Por transiciones más o menos conscientes, la Santa se encamina hacia un estado más alto, que es el de la unión. Antes de éste ha pasado por otros que parece haberla retenido particularmente, y en el cual el gozo la produjo una verdadera embriaguez; es el que la Santa llama el *sueño de las potencias*. "Ni del todo se pierden—dice la Santa—ni entienden como obran. El gusto y suavidad y deleite es más sin comparación que lo pasado; es que da el agua de la gracia a la garganta a esta alma, que no pueda ya ir adelante, ni sabe cómo, ni tornar atrás: querría gozar de grandísima gloria. Es como uno que está con la candela en la mano, que le falta poco para morir muerte que la desea. Está gozando en aquella agonía con el mayor deleite que se puede decir: no me parece que es otra cosa, sino un morir casi del todo a todas las cosas del mundo, y estar gozando de Dios. Yo no sé otros términos como lo decir, ni como lo declarar, ni entonces sabe el alma qué hacer; porque ni sabe si hable, ni si calle, ni si ría, ni si llore. Es un glorioso desatino, una celestial locura, adonde se desprende la verdadera sabiduría, y es deleitosísima manera de gozar el alma." Este gozo produce en el alma un estado de exaltación extraordinaria. Santa Teresa, aludiendo a esto, añade: "Yo sé persona

que con no ser poeta, le acaecía hacer de presto coplas muy sentidas declarando su pena bien; no hechas de su entendimiento, sino que para gozar más la gloria, que tan sabrosa pena le daba, se quejaba de ella a su Dios. Todo su cuerpo y alma quería se despadazara para mostrar el gozo, que con esta pena siente.”

Teresa, en un momento de exaltación semejante, compone su cántico inmortal:

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.

GLOSA

Aquesta divina unión,
Del amor con que yo vivo,
Hace a Dios ser mi cativo,
Y libre mi corazón:
Mas causa en mí tal pasión
Ver a Dios mi prisionero,
Que vivo porque no muero.
¡Ay! ¡Qué larga es esta vida,
Qué duros estos destierros,
Esta cárcel y estos hierros,
En que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.

.....

Nada comparable con lo que se nos ha descrito bajo el nombre de estados de hinopsis. Si hay una cierta pasividad del alma en el que ora, esta pasividad va acompañada, en primer lugar, de una consciencia hiperaguda del goce y después de una cierta actividad, que no encuentra su forma de expresión más que en composiciones poéticas de carácter extraño, con manifes-

taciones místicas deslumbrantes. El término supremo es un deseo incoercible de proselitismo y apostolado. La oración de quietud conduce a una actividad heroica, que no retrocede ante nada, ni ante el martirio. En estos momentos dice Santa Teresa: "¿Qué se le pondrá entonces de tormentos, que no le fuese sabroso pasarlo por su Señor?..."

Es así como, poco a poco, llega esta alma a la unción tan deseada. Esta gracia suprema, que no es un golpe de Estado, una especie de revelación que trastorne el alma. El don, que sólo depende de Dios, es algo imprevisto y, sin embargo, cierto para el alma predestinada. Recibe ésta con longanimidad magnífica, pero después de mucho tiempo de prometido, lo que aguardaba todos los días. Habla entonces de algo abrumador para el pensamiento humano—la unión inmediata con Dios—en un tono de tal sencillez, que parece que se trata de la cosa más simple y natural del mundo: "La unión, ya se está entendido—ha dicho esta humilde sierva del Señor—, que es, dos cosas divisas hacerse una." Mas, de pronto, el sentimiento de la enormidad de tal suceso se impone a su espíritu y lo abruma. Entonces la Santa no sabe más, en su turbación, que manifestarse en protestas de humildad y de agradecimiento. Hasta que la razón vuelve a enseñorearse de este espíritu tan fuerte y tan lúcido, y Teresa analiza con clarividencia y precisión maravillosas: "Estando así el alma buscando a Dios, siente con un deleite grandísimo y suave, casi desfallecer toda con una manera de desmayo, que le va faltando el huelgo y todas las fuerzas corporales; de manera que, si no es con mucha pena, no puede aun

menear las manos; los ojos se le cierran sin quererlos cerrar; y si los tiene abiertos, no ve casi nada; ni si lee, acierta a decir letra, ni casi atina a conocerla bien: ve que hay letra, más, como el entendimiento no ayuda, no sabe leer, aunque quiera; oye, mas no entiende lo que oye. Así que de los sentidos no se aprovecha nada, sino es para no la acabar de dejar a su placer, y ansí antes la dañan. Hablar es por demás, que no atina a formar palabra, ni hay fuerza ya que atinare para poderla pronunciar; porque toda la fuerza exterior se pierde, y se aumenta en las del alma, para mejor poder gozar de su gloria. El deleite exterior que se siente es grande, y muy conocido...”

Mientras que el cuerpo y los sentidos son de este modo aniquilados, ¿qué le sucede al alma?... Sus potencias quedan en suspenso, aunque no por completo, ni durante todo el tiempo que dura la oración. Pasan por las alternativas del ensueño al amodorramiento. Se puede decir que ni la memoria, ni el entendimiento, ni la voluntad funcionan como de ordinario. Tienen entonces estas facultades un modo de actividad incomprendible para la razón: “se suspenden de manera, que en ninguna manera (como he dicho) se entiende que obran...” Y aquí es donde no se puede sostener, como lo hacen algunos psiquiatras, que al llegar a estos extremos el sujeto cae en la inconsciencia. Los sentidos funcionan, aunque de manera anormal, puesto que ellos perciben formas y sonidos, que no pueden definir. La conciencia, lejos de estar abolida, está alumbrada por una claridad inefable. El alma *siente*. ¿Qué es lo que siente? Santa Teresa nos dice que, más tarde, obtuvo del Señor esta revelación

sobre el estado del alma en esos momentos: "Deshácese toda, hija, para ponerse más en mí; ya no es ella la que vive, sino yo; como no puede comprender lo que entiende, es no entender entendiendo." Así el alma entiende, percibe. Percibe la presencia de Dios en ella, su unión con El: "Quien hubiere llegado a arrobamiento—dice la Santa—lo entenderá bien: si no lo ha probado, parecerle ha desatino."

El Señor le dice que "el alma entiende, no entendiendo". Es decir, que ella no comprende. Y Teresa, por un exceso de sinceridad, declara: "Quien lo hubiere probado entenderá algo desto, porque no se puede decir más claro, por ser tan oscuro lo que allí pasa." Pero siente que el Señor tiene razón: que el alma se representa estar junto con Dios: "queda una certidumbre, que en ninguna manera se puede dejar de creer". Así nos conduce hasta el umbral de lo inefable. ¡Cómo puede sorprendernos que balbucee cuando trata de hacernos participar del sentimiento que la embarga!: "Es imposible—dice el más entusiasta de sus discípulos, San Juan de la Cruz—expresar con palabras las delicias inauditas que se experimentan en el divino contacto. No hay palabra que pueda explicar claramente estas cosas divinas tan sublimes que las almas santas experimentan. El solo lenguaje que les conviene, cuando se alcanza la felicidad de recibirlas, es comprenderlas por sí mismo, sentirlas, saborearlas y guardar silencio."

Pero lo inefable ¿no puede ser un puro artificio? A esto, el asceta se apresura a contestar: "Guardaos de obrar como esa multitud de ignorantes, en quienes los pensamientos, cuando se ocupan en Dios, son tan indignos de El como ale-

gados están de la verdad. Imaginan que estando El lejos y oculto, le sentirán, le comprenderán y le gustarán menos, mientras que es a la inversa como se encuentra la verdad; porque cuando menos se le comprende más cerca se le tiene. El rey Profeta lo ha dicho: "Ha establecido su retiro en las tinieblas." Y si esto es así, debemos necesariamente al aproximarnos a El sentir la impresión que causan las tinieblas en nuestros débiles ojos." Sin embargo, estas tinieblas no son más que una metáfora para expresar la impotencia de nuestra razón deslumbrada por tan extraordinaria claridad. Santa Teresa habla con insistencia de estas luces sobrenaturales que ella saca de la oración, y en particular de la oración mística, con el acrecentamiento de inteligencia y de actividad, que también obtiene. En este lento trabajo de purificación y de iluminación progresivos, que conduce a la unión—aunque, no obstante, Dios se complace a veces en conceder la gracia del modo más pronto y rápido—, no sólo son necesarias, para probar y comprender estos estados singulares y extraordinarios, una inteligencia y una sensibilidad especiales, sino también un espíritu crítico siempre despierto, para distinguir realidades y matices de una sutilidad y delicadeza desesperantes. No una vez, sino ciento, tiene la mística que examinar un hecho antes de decidirse a afirmarlo. Por eso, en las páginas de su autobiografía, cuando Santa Teresa a las gracias de la oración que ha obtenido, abandona la marcha histórica de su relato, no hay suceso extraño o nuevo que no nos cuente; toda una serie de observaciones, veinte años de experiencia mística condensados en algunos capítulos. Pero ha tenido buen cuidado

de comparar una experiencia con otra, desconfiar de tales manifestaciones, no afirmar otras más que bajo toda clase de reservas, rodeándolas de las restricciones más severas. Es un punto sobre el que jamás ha variado: el carácter sobrenatural de las gracias. Por eso cree ella poder escribir al comenzar el relato de su nueva vida: "Lo que se consigue con estos estados de oración, que acabo de exponer, es, lo puedo decir, la vida de Dios en mí."

II

LA LUCHA SUPREMA

Los lectores frívolos podrían intitular este capítulo: "¡De la incomodidad de ser una santa!" Juzgando superficialmente, es cierto que los nuevos favores obtenidos por Teresa, tuvieron su compensación en gran número de hechos desagradables. Como suele decirse, los primeros debían costarle caros. Su gran deseo de perfección excitaba la burla de quienes la rodeaban: quería, según el dicho de las demás religiosas, pasar por una santa, cuando estaba muy lejos de la perfección, tal como la conciben en los conventos. Es muy probable que en esta época le comenzaran los éxtasis. En todo caso, la práctica de la oración determinó en Teresa perturbaciones físicas, que no escapaban a sus compañeras, y de las que la Santa nos habla, sintiéndose avergonzada. Estos desvanecimientos eran estimados como remilgos vanos, tal vez como sacrílegas comedias. Por otra parte, sus confesores, a quien

ella nunca calló nada de lo que le sucedía, se asombraban de su exaltación y, sobre todo, de la desproporción que, según ellos, había entre los favores recibidos y la virtud mediocre de la penitente. Si estos favores eran ciertos, la que los recibía debía ser perfecta. Ahora bien, Teresa no lo era, y, por lo tanto, había motivos para temer que los favores fuesen imaginarios, o, lo que sería peor, artificio del demonio. Así, por todas partes, se obligaba a Teresa a la perfección, si quería que se tomasen en serio las gracias con que decía ser favorecida.

Se comprende, desde luego, que esta situación se tornaría para la Santa en un verdadero tormento. La santidad no es sólo una molestia, sino un suplicio de todos los instantes. Se sospechaba de su sinceridad, y esta sola idea era una tortura para el alma de Teresa. Y para que no se crea que yo exagero, se reproducen aquí sus palabras, en las que terminantemente se expresa: "... porque bien se puede aparejar un alma, que así primate Dios que ande en los ojos del mundo, a ser mártir del mundo; porque si ella no se quiere morir a él, el mesmo mundo los matará. No veo cierto otra cosa en él, que bien me parezca, sino no consentir falta en los buenos, que a poder de murmuraciones no las perfeccionen. Digo, que es menester más ánimo para si uno no está perfecto, llevar camino de perfección, que para ser de presto mártires. Porque la perfección no se alcanza en breve, sino es a quien el Señor quiere por particular privilegio hacerle esta merced: el mundo en viendole comenzar le quiere perfecto, y de mil leguas se entiende una falta, que por ventura en él es virtud, y quien le condena usa de aquello mesmo por vicio, y así lo juzga

en el otro. No ha de haber comer ni dormir, ni, como dicen, resolver; y mientras en más le tienen, más deben olvidar, que aunque se están en el cuerpo, por perfecta que tenga el alma, viven aun en la tierra sujetos a sus miserias, aunque más las tengan debajo de los pies: y así, como digo, es menester gran ánimo, porque la pobre alma aun no ha comenzado a andar y quierenla que vuele...”

Mas hay algo peor que excitar la desconfianza y las censuras del mundo; y es la desconfianza de sí mismo. Esta es la gran prueba que la Santa tuvo que sufrir desde que ella alcanzó las gracias de la oración. Las suposiciones de sus confesores, unidas a los escrúpulos de su propia conciencia, la sumieron en una perturbación horrible: “Yo, como en estos tiempos habían acaecido grandes ilusiones en mujeres, y engaños que las había hecho el demonio, comencé a temer, como era tan grande el deleite y suavidad que sentía, y muchas veces sin poderlo excusar; puesto que veía en mí por otra parte una grandísima siguridad, que era Dios, en especial cuando estaba en la oración; y vía que quedaba de allí muy mejorada, y con más fortaleza. Más en destrayéndome un poco, tornaba a temer...” Sabía, en efecto, por experiencia, que la acción satánica se reviste de las formas más especiosas y que sobresale en imitar y deformar la obra de Dios. No se produce una idea y provechosa, un tipo eminente de santidad, sin que la acción demoníaca no provoque inmediatamente la caricatura, de suerte que los espíritus superficiales y groseros confundan perpetuamente el original con la falsificación grotesca y maléfica. No hay pensamiento noble ni movimiento generoso que no

tienda a depravarlo, por la exageración o por una desviación insensible y pérfida. Lo que, sobre todo, parece haber atormentado más a Teresa, es que, experimentando un gran goce en la oración de quietud, la que entrañaba la suspensión momentánea del entendimiento, se la obligó, poco a poco, a abandonar la meditación; puesto que en ella gozaba de esas delicias, a no ejercitar su espíritu. ¿Pero, entonces, no puede ser esto una aña-gaza del demonio, para impedirle meditar sobre la Redención y, por consiguiente, sobre la Pasión de Cristo?...

En vista de estas inquietudes, Teresa decide cambiar de confesor. Se daba cuenta de que sus confesores habituales no comprendían de sus perturbaciones espirituales. Preciso es declarar, por adelantado, que la Santa no debía ser una penitente muy fácil. No solamente asombraba y escandalizaba a sus desdichados directores espirituales con lo extraño de sus revelaciones, sino que, además, los sometía a una gimnasia abrumadora, si trataban de seguirla en las sublimidades sutiles de pensamiento y de sentimiento, que Teresa les exponía. Les obligaba a repasar sus viejos estudios y sus autores, a consultar tratados especiales, en los que poder aclarar los casos extraordinarios de aquella hija de confesión. Ribera nos cuenta que un día, en Salamanca, el padre Baltasar Alvarez, el confesor preferido de la Santa, le mostró un rintero de libros, diciéndole: "¡Todos estos libros he tenido que leer para poder entender a la Madre Teresa de Jesús!"

Habiendo tenido sin gran provecho, al menos inmediato, un número considerable de directores de conciencia, concibió el proyecto de dirigir-

se a los religiosos de la Compañía de Jesús, que gozaban entonces todo el prestigio de la novedad. Estos padres acababan de fundar, justamente en Avila, una casa de educación, bajo el nombre de Colegio de San Gil, dirigido por los padres Juan de Padranos y Fernando Pérez del Aguila: "Sin conocer a ninguno—dice Teresa—, era muy aficionada de sólo saber el modo que llevan de vida y oración, mas no me hallaba dina de hablarles, ni fuerte para obedecerlos, que esto me hacía más temer; porque tratar con ellos, y ser lo que era, hacíaseme cosa recia." ¡Pura coquetería de humildad, si se puede decir! Porque, en el fondo, Teresa sentía el mismo espíritu que animaba a la Compañía en sus comienzos. Ella adivinaba en los hijos espirituales de Ignacio de Loyola, no precisamente a los verdaderos directores de su conciencia, sino a quienes acabarían la obra de su reforma interior, haciéndola nacer de veras a una vida nueva. Por eso, cuando Teresa recuerda sus primeras relaciones con los jesuitas, escribe, plena de reconocimiento: "Es la Compañía quien me ha educado y quien me ha dado el ser."

En el momento se sentía apartada del bien. Tal vez, siendo Teresa una pequeña celebridad local, al menos en el mundo devoto de Avila, aguardase que los padres dieran el primer paso. La razón que aduce y que parece haber sido la determinante, es la convicción de su indignidad. En esta época, comenzaba a pasar por una santa, y se veía obligada a revelar a un confesor jesuita—a uno de aquellos jóvenes religiosos, tan austeros y tan sabios—las imperfecciones de su conducta: "Porque—dice—estaba ya tan caída en cosillas de mala costumbre, que no acababa

de entender eran malas, que era menester ayuda de otros, y darme la mano para levantarme.”

La perspectiva la espanta, y con el fin de acabar con sus indecisiones, adopta un término medio. Se decide a dirigirse a un sacerdote que había en Avila, con reputación de piedad y de virtud: el padre Gaspar Daza, que tenía gran influencia por sus obras caritativas y de evangelización. Este varón rígido y algo desconfiado, suspicaz, comenzó por tratar ásperamente a aquella carmelita descontenta de sus confesores. ¿Llegó a comprenderla? Lo que hay de cierto es que, después de haberla maltratado, de haberla hecho sufrir cruelmente, vino a ser más adelante uno de sus partidarios más fervientes y uno de sus discípulos más fieles.

Teresa se dirigió a él por la intervención de un amigo común, que estaba también emparentado con la familia; un caballero abulense, a quien se conocía en la ciudad por el *Caballero Santo*, don Francisco de Salcedo, persona de eminente virtud y de vida ejemplar. Gaspar Daza, solicitado para ser el director de Teresa, rehusó en absoluto, alegando sus numerosas ocupaciones. En realidad, temía a esta penitente. No se pudo negar, sin embargo, a una entrevista con la religiosa, que ésta solicitó por mediación de don Francisco de Salcedo. El clérigo Daza, después de haberla escuchado, cayó en la misma equivocación que los confesores de la Santa. Asombrado por las gracias que ésta recibía en la oración, le supuso una virtud muy superior a la que ella tenía entonces. Le trazó un plan de vida perfecta, evitando las más ligeras ofensas a Dios. Pero, dice Teresa, “si yo había adelantado en las gracias divinas, estaba en los comienzos de las

virtudes y de la mortificación". Se le pedía mucho más de lo que ella podía dar, y, sobre todo, se exigía inmediatamente una reforma, para la que eran necesarios mucho tiempo y no pequeño esfuerzo. Este método expeditivo y un poco brutal desesperó a Teresa. En su confusión y abandono se volvió, con vaga confianza, hacia don Francisco de Salcedo, el *Caballero Santo*, tan hidalgo como hombre de bien. Consistió éste en ocuparse en ella, enseñándole poco a poco las virtudes de mortificación, que Gaspar Daza, rudo manipulador de conciencia, quería alcanzar sobre la marcha. Tuvieron en el locutorio del convento un cierto número de entrevistas, en las que Teresa experimentaba gran placer, a tal punto, que en los días en que no recibía la visita de Salcedo se sentía apesadumbrada. En su avidez de encontrar algún socorro espiritual, se asía a cuantas ramas de salud encontraba en su camino. Deseaba también tener cerca a sus amigos: fué ésta la gran preocupación de su vida. Se comprenderá bien pronto cómo y por qué. Se aficionó a D. Francisco Salcedo: "Yo le comencé a tener tan grande amor—dice—, que no había para mí mayor descanso que el día que le vía, aunque eran pocos."

Como a todos a quien Teresa abría su alma, a Francisco Salcedo le pareció también que las gracias que ella recibía no parecían acordes con una vida sino frívola, por lo menos plena de ligeras faltas. ¿No habría algún artificio del demonio? Y para aclarar este punto, la interrogaba insinuosamente sobre los fenómenos por ella sentidos en la oración. Teresa no pudo explicarlos con precisión. Dice entonces: "Mirando libros para ver si sabrían decir la oración que

tenía, hallé en uno que se llama *Subida del monte.*" En éste, escrito por el franciscano Francisco de Laredo, creyó descubrir la descripción exacta de sus estados de oración. Señaló con unas rayas aquella parte del libro y se lo entregó al piadoso Salcedo, para que éste se lo mostrara a Gaspar Daza, encargándole que estaba dispuesta a dejar la oración si los dos juzgaban necesario. A este propósito, Teresa no podía menos que deplorar el error de los confesores que suscitan inconsideradamente la turbación en el alma de sus penitentes, paralizando todos sus anhelos al mostrarles por doquiera la acción demoníaca: procedimiento inhumano especialmente con las mujeres, seres débiles y más asequibles que los demás a las peores sugestiones. Otra cosa deplorable es la indiscreción, sin duda involuntaria, pero fastidiosa en sus resultados, de los directores de conciencia. No toman las precauciones necesarias cuando entre sí discuten los estados singulares de alma que se les confía. Y así estos estados acaban por divulgarse. Santa Teresa declara que ha sufrido mucho por estas indiscreciones, así como por la falta de tacto y de espíritu timorato de sus confesores: "El Señor las ayudará como ha hecho a mí; que si no grandísimo daño me hiciera, según era temerosa y medrosa. Con el gran mal de corazón que tenía espantóme cómo no me hizo mucho mal."

Pero ni por un solo instante sospecha de la pureza de intención de esos directores torpes. Depositó su absoluta confianza en Francisco de Salcedo y en su amigo el clérigo Gaspar Daza. Estos dos hombres de bien le aconsejaron que hiciera por escrito una confesión general, remitiéndosela, en unión de aquellos pasajes del libro

que eran una descripción verdadera de cuanto ella sentía en sus estados de oración. Reunidos ambos, examinaron con cuidado dichos documentos, y, después de madura deliberación, decidieron que las pretendidas gracias con que Teresa decía era favorecida tenían origen demoníaco. Por añadidura, le aconsejaron recurriera a un religioso de la Compañía de Jesús—hombre experimentado en las vías espirituales—, sometiéndole también una confesión general de toda su vida. Según ellos, Teresa estaba en gran peligro.

Júzguese del espanto y de las angustias de la desdichada Santa después de la consulta seguida de tal respuesta. No hacía más que temblar y lamentarse, pasando los días derramando lágrimas. Refugiada en su oratorio, sus ojos leyeron en un libro estas palabras de San Pablo: "Dios es tan fiel, que nunca, a los que le amaban, consentía ser del demonio engañados." Tuvo con esto gran consuelo, pues ya se creía el blanco de constantes obsesiones satánicas; más confortada, comenzó a preparar otra vez su confesión general.

Se decidió, sin duda, de acuerdo con Francisco de Salcedo y el sacerdote Gaspar Daza, que se confesaría con un padre jesuíta del Colegio de San Gil, el padre Juan de Padranos, religioso de edad poco avanzada—dice Ribera—, pero de una vida ejemplar y de rara prudencia.

Este cambio de confesor fué un nuevo problema para Teresa. Fué la comidilla en el convento de la Encarnación. Las otras religiosas le preguntaban el porqué del cambio. Si cambiaba de confesor, ¿era porque quería cambiar de vida? ¿Se preparaba decididamente para hacerse Santa? Los comentarios y las críticas seguían en

este tren. También la pobre penitente hizo todo lo que pudo para ocultar sus conversaciones con el padre Padranos—¡un jesuíta, un religioso perteneciente a una orden que tenía tan gran reputación de ciencia y de santidad!—. Le citó secretamente en el locutorio, tratando de obtener el silencio de la portera y de la sacristana. ¡Vana precaución! Precisamente en el momento en que el padre se presentó en la puerta, una religiosa, como por casualidad, se encontraba allí. Se encargó de propalarlo por todo el convento. ¡Fué la burla de todo el monasterio! ¡No quería ser como las demás, y se escogía los confesores a su gusto!...

A pesar de todo esto, el padre Padranos fué durante algún tiempo el confesor titular de Teresa. Después de haberla escuchado en confesión y de interrogarla acerca de los favores sobrenaturales, de que ella decía ser objeto, el joven jesuíta vió claro allí donde los dos varones de edad se habían descarriado. Comprendió que los *crímenes* de que se acusaba su penitente no eran más que la expresión de una conciencia muy escrupulosa y muy sincera, tal vez excesivamente humilde. Por consiguiente, no había entre las gracias recibidas y el estado de su alma la contradicción que espantaba a los dos censores. Estas gracias le parecían efectivas; consoló a Teresa, afirmándole que venían de Dios, pero añadiéndole que su piedad estaba falta de una base sólida, que era la mortificación (sin duda de las pequeñas cosas, por la que sentía Teresa alguna repugnancia). Que se guardara, sobre todo, de abandonar la oración, como había estado a punto de hacerlo, después de las conferencias con Gaspar Daza. No obstante, en la oración mental

que le prescribía—según el método de los *Exercitia*, de San Ignacio—, cada día tomaría para motivo de la meditación un episodio de la Pasión o de los misterios de la vida de Cristo. En una palabra: que no pensara más que en “la muy Santa Humanidad de Nuestro Señor”, que había de ser para ella como el áncora de salvación. Por último, que resistiera con todas sus fuerzas, al menos hasta nuevo aviso, a los recogimientos y dulzuras espirituales.

Teresa, al escuchar estas advertencias, quedó extasiada. Le parecía, dice ella, que el Espíritu Santo hablaba por la boca del joven religioso. “¡Qué gran cosa es entender un alma!” Y, en efecto, es de lo más difícil del mundo; penetrar en el alma de otro supone, a la vez que una gran abnegación, un olvido de sí mismo y una gran inteligencia. Un verdadero director de conciencias es un ser superior, un alma de cualidades tan raras, que se explica el entusiasmo de Santa Teresa cuando ella encontró una de esas criaturas privilegiadas, así como la veneración que le demostró. Lo interesante para ella era que el padre Padranos había reconocido la señal divina en sus estados místicos. ¡Podía, pues, tener confianza! No estaba engañada por las supercherías del Malo! “... Dejóme—dice—consolada y esforzada...”

Se sentía pronta a aceptar todas las mortificaciones, pareciéndole que nada habría que ella no tuviera fuerzas para cumplir. Transcurrieron así cerca de dos meses, esforzándose en seguir las prescripciones de su confesor y resistiéndose con todas sus fuerzas a las gracias con que el Señor la obsequiaba. Esta conducta para el mundo resultaba más austera y extraña, exci-

tando la murmuración y las burlas de sus compañeras. Se resignó, aceptándolo como un nuevo género de mortificación. Resistíase con todas sus fuerzas, según lo ordenado por el confesor, a “las gracias de recogimiento y de dulzuras espirituales”, pero inútilmente, porque el Señor la colmaba de ellas, como para demostrarle que no le pertenecía, que todo estaba en la mano del Omnipotente. A pesar de todo esto, Teresa alcanza un estado de quietud en el que experimenta una voluptuosidad más que humana, delicias inauditas, que no admiten comparación con nada de este mundo, acercamiento inefable que le permite adivinar la presencia próxima del Amado: lo que ella llama “los gustos”—los gustos de Dios—, verdadera prelibación de altos estados místicos, que alcanzará muy pronto. Importa mucho insistir en este punto. Los primeros fenómenos místicos experimentados por Santa Teresa son involuntarios: quiere resistirlos con todas sus fuerzas y se producen a su pesar. No son éstos el resultado de la sugestión o del entusiasmo. Lo que ha hecho con los medios dependientes de su voluntad lo sabemos: veinte años de ejercicios estériles que la han dejado enferma y desesperada. El augusto Visitante demuestra que no viene más que cuando lo tiene a bien y después que se han dado enteramente. Teresa va a llegar muy pronto a esta perfección del sacrificio. Sea como quiera, lo que resulta de todo esto es que ni los esfuerzos perseverantes ni los estados morbosos más caracterizados pueden producir los fenómenos de que aquí se trata: es necesario una muy excepcional disposición del alma, una disposición imponderable e imprescindible que escapa a nuestros medios ordinarios de investigación.

Cuando acontecían estos hechos llega a Avila, en una corta visita, un ilustre y santo personaje: Francisco de Borja, duque de Gandía, ingresado después de una resonante conversión en la Compañía de Jesús, y al que San Ignacio había nombrado comisario general en Europa y las Indias. Venía de Yuste, donde había pasado tres días en la compañía del emperador Carlos V, retirado hacía poco al Monasterio de los Jerónimos para prepararse a bien morir. A instancias de don Francisco Salcedo y del padre Padranos, el confesor de Teresa, el que era ya San Francisco de Borja, consintió en conceder una audiencia a aquella religiosa, que comenzaba a escandalizar la ciudad, y que muy pronto iba también a ser Santa. Hay en este encuentro fortuito de estos dos personajes, igualmente ilustres, algo que reclama la atención. El hecho de que el noble jesuíta al salir de la cámara regia, donde ha departido con el Emperador, que desde el fondo de su convento hacía temblar a la cristiandad, se detenga para escuchar a la pobre religiosa calumniada, no es, sin duda, un suceso baladí. La confesión de aquel potentado que iba a morir después de haber tratado a Europa a sangre y fuego, no tenía más importancia a los ojos del siervo de Dios que al de una pobre carmelita obstinada en la obra obscura de su perfección íntima: lo que ella llama su trabajo de hormiga. Este santo jesuíta tal vez tuvo entonces el presentimiento profético del destino de Teresa. Destino más que imperial: aquella mujercita iba a realizar una obra de renovación, capaz de equilibrar la obra de salud política iniciada por el Emperador. ¡Qué digo! Iba a instituir la. En efecto; más que por los ejércitos de Carlos V y de Fe-

lipe II, el catolicismo fué, en parte, salvado y regenerado por la acción silenciosa y providencial de Teresa de Avila...

El comisario general de la Compañía de Jesús consintió en conversar con Teresa. Esta, como antes hiciera con el padre Padranos, le descubrió el estado de su alma, que San Francisco pudo estimar por completo. Como antes le había dicho su confesor, le confirmó que aquellos estados del alma "venían de Dios", invitándola a que en lo sucesivo no se resistiera a las gracias de la oración. Era el paraíso, de nuevo encontrado por Teresa. Otra vez podía gustar, con toda tranquilidad de conciencia, las delicias espirituales, que antes le habían querido mostrar como un piélago diabólico. Era un santo, un hombre de mucha ciencia y de gran virtud, quien la ponía en este camino, quien le aseguraba que los estados de oración de que le hablaba eran posibles, puesto que él mismo los experimentaba. ¡Se comprende la profunda alegría y el confortamiento por ella sentidos!

A poco de la conversación con "el Padre Francisco", como la Santa nombra a San Francisco de Borja, su confesor, el padre Padranos tiene que abandonar la ciudad. El religioso que le reemplaza no debió satisfacer a la penitente: sabido es que Teresa era muy difícil de contentar al escoger director espiritual. Entonces, desesperada, escucha los consejos de una de sus amigas, doña Guiomar de Ulloa, "viuda de mucha calidad y oración", quien le recomendó a su propio confesor, el padre Baltasar Alvarez, ministro del Colegio de San Gil.

Este la condujo con dulzura y firmeza, prescribiéndole la mortificación, para lo cual había

de renunciar a ciertas amistades, muy inocentes en sí, pero a las que era excesivamente aficionada: se puede decir que éste era habitualmente su pecado venial. La lucha, según ya lo hemos visto, duró largo tiempo. A pesar de todos sus esfuerzos, Teresa no lograba imponerse este supremo sacrificio. Su conciencia, después de sus directores, le afirmaba que aquellas amistades nada tenían de pecaminosas. Y como siempre, le daba pena aparecer como ingrata, rompiendo, sin un motivo serio, con amigos que la querían mucho. Fué entonces cuando para poner término a tales tergiversaciones el padre Baltasar Alvarez le recomendó pusiera el asunto en manos de Dios, recitando durante algunos días el *Veni Creator*, a fin de que resolviera lo que se debía hacer. Veamos lo que la Santa escribe sobre este asunto: "Habiendo estado—dice—un día mucho en oración y suplicando al Señor me ayudase a contentarlo en todo, comencé el himno, y estándole diciendo vínome un arrebatamiento tan súbito, que casi me sacó de mí, cosa que yo no pude dudar, porque fué muy conocido. Fué la primera vez que el Señor me hizo esta merced de arrobamiento. Entendí estas palabras: *Ya no quiero que tengas conversación con hombres, sino con ángeles.* A mí me hizo mucho espanto, porque el movimiento del ánima fué grande, y muy en el espíritu se me dijeron estas palabras. Ansi me hizo temor, aunque por otra parte gran consuelo, que en quitándoseme el temor (que, a mi parecer, causó la novedad) me quedó. Ello se ha cumplido bien, que nunca más yo he podido asentar en amistad ni tener consolación ni amor particular, sino a personas, que entiendo le tienen a Dios, y le procuran servir..."

Instantáneamente se sintió con fuerzas para romper lazos muy queridos; parecía que estas frialdades de Teresa habrían de reducir el afecto de la persona amiga; sucedió todo lo contrario, “pues hizo harto provecho a quien yo trataba ver en mí esta determinación”.

Esta historia de la ruptura podrá parecer a primera vista un suceso insignificante; juzgar así, demostraría conocer mal el alma de Teresa, y, en general, las de los solitarios. Teresa nos repite con insistencia que tuvo mucha pena al desprenderse de sus amistades, sobre todo de las relaciones de que aquí se trata. Su confesor, y aun ella misma, esperaban que con la ayuda de Dios habrían de conseguirlo: “Aquí me dió el Señor—dice—libertad y fuerza para ponerlo por obra.” Para comprender el doloroso combate en que la desgraciada se debatía durante largo tiempo es necesario representarse la soledad paavorosa en que su alma vivía en el convento de la Encarnación, tan copiosamente habitado. Durante los veinte años que la Santa ha vivido en medio de las numerosas compañeras, le han sido éstas indiferentes y hostiles, mientras no ha encontrado confesores que supieran dirigirla. ¡Un desierto de esterilidad, de monotonía y, ¿por qué no decirlo?, de fastidio! Por eso nos ha dicho el trabajo que le costaba al principio recogerse en oración, su impaciencia por que terminara el ejercicio, que, en apariencia, no le servía para nada, pendiente de las manecillas del reloj, hasta escuchar la hora de la libertad. Se concibe por qué las amistades más insignificantes le servirían de gran consuelo, sobre todo las amistades espirituales, con las que, de acuerdo, se prepara-

ba y exaltaba en el amor de Dios. Teresa apenas fué conocida de sus compañeras.

Ha triunfado cierta y definitivamente. Tendrá también amigos. Este alma entusiasta y desbordante de caridad no puede pasar sin ellos. Pero en adelante, mejor que amigos, serán compañeros de su exaltación, ministros de su obra, colaboradores de su apostolado. Pudo Teresa escribir un tratado sobre la amistad, tal como ella la concebía, y a la que no renunció nunca. El fundamento de esta amistad era el amor de Dios. Un amigo es un alma que la ayuda en un más grande amor a Dios. Y así, en términos ardientes, ha pintado esta caridad que se excita con el comercio de las almas: "¡Oh, Jesús mío, que hace un alma abrasada en vuestro amor! ¡Cómo la habíamos de estimar en mucho y suplicar al Señor la dejase en esta vida! Quien tiene el mismo amor tras estas almas se había de andar, si pudiese. Gran cosa era un enfermo hallar otro herido de aquel mal: mucho se consuela de ver que no es solo; mucho se ayudan a padecer y aun a merecer. Ecelentes espaldas se hacen ya gente determinada a riscar mil vidas por Dios, y desean que se les ofrezca en qué perderlas. Son como los soldados, que, por ganar el despojo y hacerse con él ricos, desean que haya guerras: tienen entendido no lo pueden ser sino por aquí; es este su oficio: el trabajar." Sufrir y amar juntos; he aquí el fondo de esta amistad mística. Al precio de los más penosos esfuerzos, Teresa ha logrado depurar esta amistad de todo elemento humano. ¿Lo ha conseguido por completo? No pocas veces le asalta el temor de haberse equivocado, de mezclar en sus afecciones sentimientos terrenos. Es necesario que el Divino

Maestro la tranquilice: "... si a un enfermo que estaba en peligro de muerte le parece le da salud un médico, que no era virtud dejárselo de agradecer y no le amar. ¿Que qué hubiera hecho si no fuera por estas personas? Que la conversación de los buenos no dañaba, mas que siempre fuesen mis palabras pesadas y santas, y que no los dejase de tratar, que antes sería provecho que daño..."

Así, pues, en lo sucesivo ninguna amistad que no fuera para el más grande amor y mayor servicio de Dios. ¡Nada de inclinaciones particulares, siempre un poco perturbadoras y dañosas! Precisa hacer tabla rasa de todo esto, arrancando de su corazón esos sentimientos vanos que no tiene inmediatamente a Dios por objeto. Darse por entero ella misma, como precio de las gracias que le han sido prodigadas, como término de sus ansias. Es éste el gran combate, después del cual no está todavía el término de sus trabajos.

III

TERESA DE AHUMADA SE CONVIERTE EN TERESA DE JESÚS

La autoridad del padre Baltasar Alvarez, que debía ser grande en Avila, no consiguió que cesaran las murmuraciones y las calumnias de que Teresa era objeto. En el convento de la Encarnación el escándalo continuaba. Las religiosas comentaban el caso singular de su compañera, a la que calificaban de extravagante y de loca. Espiaban malévolamente las manifestaciones físi-

cas de sus éxtasis, vigilando sus acciones y sus menores gestos. Las personas celosas, devotos y devotas, laicos y gentes de iglesia, confesores y teólogos la atacaban públicamente y la denunciaban. El asunto tomaba caracteres muy graves.

No solamente hablaba Teresa con sus directores espirituales de estados místicos, de los que aquéllos no tenían ni la más remota idea, sino que pretendía haber oído voces sobrenaturales: no es que las escuchara propiamente con los oídos, sino de un modo misterioso, explicado de un modo más misterioso aún. Sin duda, Teresa confió al padre Baltasar Alvarez las palabras que en pleno éxtasis escuchó cuando recitaba las primeras estrofas del *Veni Creator*: "Ya no quiero que tengas conversación con hombres, sino con ángeles." El confesor, sorprendido por tal prodigio, y, sin embargo, perplejo para admitirlo, se lo confió a varones doctos, los cuales, a su vez, divulgaron el hecho.

Este se convirtió en piedra de escándalo. Los enemigos de Teresa lo tomaron como pretexto para espiar más de cerca su conducta, interpretando en el sentido más molesto sus gestos y sus palabras. Continuaron los denunciadores, complicando el Monasterio de la Encarnación con el Colegio de Jesuítas. Se pretendió excitar al padre Alvarez contra su penitente, abandonándola.

Este religioso, que la conocía, la defendió legalmente y con firmeza, cualesquiera que fuesen sus concesiones a la pública opinión. Sin duda, consideró débil contemporizar con los contradictores y detractores de Teresa, que eran personajes de cuenta en la ciudad y en la región. Pero es necesario declarar que el confesor no se hallaba completamente seguro sobre caso tan

singular. Reconocía de buen grado que las intenciones de Teresa eran puras y su ortodoxia perfecta; creía que las gracias recibidas procedían de Dios. Y, sin embargo, ella podía estar engañada, bien por el demonio o por el propio deseo de alcanzar la unión mística. Desconfiaba, sobre todo, del extraordinario fervor de su alma, de aquella especie de exaltación lírica continuada en que la monja vivía y que más adelante le dictaba verdaderos poemas, en los que se juntaban las mayores audacias y una verdadera humildad; por último, su ansia de grandes cosas, como ella decía. Por todo esto trató de calmarla, imponiéndole toda clase de disciplinas penosas. Contrariando sus anhelos, sosteniendo la brida, le infligió duras mortificaciones, impidiéndole comulgar, porque especialmente después de la comunión es cuando Teresa se dejaba tomar por los éxtasis y arrobamientos. Le impidió recogerse en la soledad, repitiéndole muchas veces que debía defenderse de sí misma, que debía "matarse a sí misma". El padre Alvarez llevaba tan lejos esta severidad que más de una vez estuvo a punto de abandonar a su penitente. Pero Ribera nos cuenta "que ella veía claramente que era el celo más puro el que le hacía obrar de esta suerte". Teresa le profesaba gran afecto; en una ocasión le decía a Ribera, riendo y hablando de su confesión: "Este padre de mi alma, a pesar de lo duro que es para mí, yo lo quiero, sin embargo, mucho."

El hecho es que estas *voces* tenían mucho de extraordinario. A Teresa le parecieron un prodigio de tal modo inaudito, que, por de pronto, se quedó espantada. Pero la primera emoción pasó, y ante el temor de ser víctima de un enga-

ño, hizo un análisis, con su habitual firmeza, su firme buen sentido y su vigor crítico. El fenómeno se había producido varias veces, en cualquier ocasión normal para ella. La exposición teórica está comprendida en las siguientes palabras: "Esto lo tengo muy experimentado, porque me duró casi dos años el resistir, con el gran miedo que traía, y ahora lo pruebo algunas veces; mas poco me aprovecho."

Estas palabras sobrenaturales: "Son unas palabras muy formadas; mas con los oídos corporales no se oyen, sino entiéndese muy más claro que si se oyesen, y dejarla de entender aunque mucho se resista es por demás. Porque cuando acá no queremos oír, podemos tapar los oídos, u advertir otra cosa, de manera que aunque se oya no se entienda. En esta plática que hace Dios al alma no hay remedio ninguno, sino que aunque me pese, me hacen escuchar y estar el entendimiento tan entero para entender lo que Dios quiere entendamos, que no basta querer ni no querer."

Pero ¿no serán una ilusión? Estas palabras que se imponen a nuestra atención y que nos parecen extrañas, ¿no serán en realidad la voz de nuestra conciencia, un producto de nuestro espíritu?... No, dice Teresa. Sobre este punto nos hemos interrogado sinceramente. Sabemos perfectamente cuándo nos hablamos a nosotros mismos. Reconocemos perfectamente cuándo la voz es la obra de nuestro espíritu: "Si es cosa que el entendimiento fabrica, por delgado que vaya, entiende que ordena él algo y que habla." En este caso, todavía nos podemos callar, como una persona que habla puede voluntariamente guardar silencio. Cuando es Dios quien habla es

imposible que escapemos a su palabra y que no le escuchemos: "Y otra señal, más que todas, que no hace operación, porque estotra habla el Señor, es palabras y obras, y aunque las palabras no sean de devoción, sino de repreensión, a la primera dispone un alma y la habilita y enternece y da luz y regala y quieta, y si estaba con sequedad u alboroto y desasosiego de alma, como con la mano se le quita, y aun mejor, que parece quiere el Señor se entienda que es poderoso y que sus palabras son obras. Paréceme que hay la diferencia que si nosotros hablásemos u oyésemos, ni más ni menos." Así, esas palabras interiores y sobrenaturales se distinguen en que son súbitas, involuntarias, pareciéndonos por completo apenas a nosotros mismos. Por otra parte, son pronunciadas en los momentos de éxtasis, es decir, cuando las potencias todas del alma, memoria, imaginación, entendimiento y voluntad, están en suspenso; por consiguiente, cuando esas potencias no pueden producir ningún movimiento, ninguna idea. Todavía no es en el momento culminante del éxtasis cuando estas palabras se escuchan, sino en el segundo período, cuando las potencias comienzan a despertar, sin que todavía les sea posible ejecutar ni razonar: pueden percibir una palabra extraña, pero son incapaces del menor esfuerzo.

Sin embargo, como si Santa Teresa presintiera los argumentos de los modernos teorizantes de lo subconsciente, no se limita a afirmar que esas palabras no son la obra del pensamiento o de la voluntad conscientes. Ellas podrán, en efecto, dice, en este sueño de todas las potencias del alma emerger de las profundidades de lo inconsciente. Pero en lugar de ser larvas de ideas,

vagos fantasmas, sin cohesión ni consistencia, como sucede en los sueños, las revelaciones interiores tienen una claridad, una nitidez que se imponen al espíritu. Y además: "es como si lo oyésemos a una persona muy santa u letrada y de gran autoridad, que sabemos no nos ha de mentir, y aun así es baja comparación, porque traen algunas veces una majestad consigo estas palabras, que, sin acordarnos quién las dice, si son de repreensión, hacen temblar, y si son de amor, hacen deshacerse en amar. Y son cosas, como he dicho, que estaban bien lejos de la memoria, y dícense tan de presto sentencias tan grandes, que era menester mucho tiempo para haberlas de ordenar, y en ninguna manera me parece se puede entonces inorar no ser cosa fabricada de nosotros". En definitiva, la característica de estas revelaciones, aparte su condición esencial de exterioridad, es su original trascendencia. No pueden compararse a las inspiraciones del genio, porque quien las recibe las sabe exteriores a sí mismo. Y no son tampoco vagas reminiscencias de esos debilitados del propio pensamiento: tienen algo de nuevo, de joven, de acabado de nacer, que viene de lo alto o de lo profundo que deslumbra, que tiene los caracteres de la majestad, de la ciencia, de la autoridad y que también es amor, al que nada se le resiste. Otras diferencias entre las palabras sobrenaturales y las nacidas en nuestro espíritu consisten en que estas últimas desaparecen sin dejar rastro, mientras que las otras se graban tan profundamente en la memoria, que se convierten en inolvidables, produciendo en el alma efectos perdurables: una verdadera renovación interior, un celo de apostolado, un ardor

de claridad hasta entonces desconocido por los elegidos...

Sin duda que todas estas reflexiones no las hizo Santa Teresa hasta mucho más tarde. Necesitó de repetidas comparaciones y experiencias para formular estas reglas de credibilidad. Por el momento, dominada por la emoción y el espanto del prodigio, no pudo hacer otra cosa que referírsele a su confesor, el padre Baltasar Alvarez. Entendió éste que aquellos favores insignes eran una realidad y que procedían de Dios; pero, desconfiando del propio juicio, estimando que tal vez lo dictara una secreta parcialidad hacia su hija de confesión, quiso conocer la opinión de personas doctas de la ciudad. Así se hizo, y de ello escribe Teresa: "En especial, me acaeció una vez que se habían juntado muchos, a quien yo daba gran crédito, y era razón se le diese, que, aunque yo ya no trataba sino con uno, y cuando él me lo mandaba hablaba a otros, unos con otros trataban mucho de mí remedio, que me tenían mucho amor, y temían no fuese engañada: yo también traía grandísimo temor, cuando no estaba en la oración, que, estando en ella y haciéndome el Señor alguna merced, luego me aseguraba. Creo eran cinco o seis, todos muy siervos de Dios, y díjome mi confesor que todos se determinaban en que era demonio, que no comulgase tan amenudo, y que procurase distraerme, de suerte que no tuviese soledad. Yo era temerosa en extremo, como he dicho, y ayudábame el mal de corazón, que aun en una pieza sola no osaba estar de día muchas veces. Yo, como vi que tantos lo afirmaban y yo no lo podía creer, dióme grandísimo escrúpulo, pareciéndome poca humildad, porque todos eran

más de buena vida, sin comparación, que yo, y letrados, que ¿por qué no los había de creer? Forzábame lo que podía para creerlos, y pensaba en mi ruin vida, y que conforme a esto debían de decir verdad...”

Lo peor para Teresa fué la oposición de una piadosa persona, la Madre María Díaz, que por entonces gozaba en Avila de una gran reputación de santidad. Esta religiosa ejemplar había llegado a la perfección por las vías ordinarias, e ignoraba los estados místicos y las revelaciones particulares que se daban en Teresa. De ahí que la acusara de extravagante y aun de impostora. Puede creerse que las mayores calumnias se desataron contra la pobre carmelita, que se veía abandonada hasta de su director espiritual. Júzguese por esto de lo que debió sufrir en aquellos días, envuelta en las sombras de la desesperanza y en el terror de la condenación...

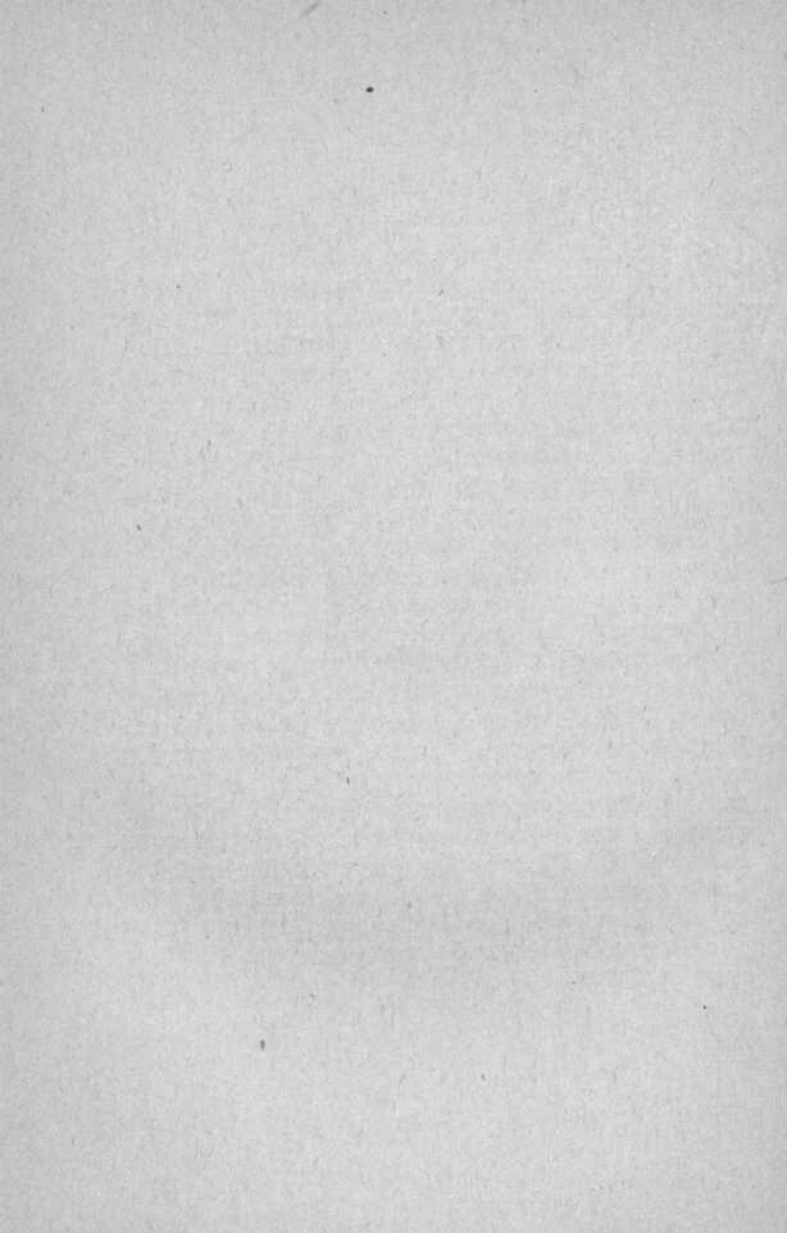
“Fuíme de la Ilesia—escribe—con esta aflicción y entréme en un oratorio, habiéndome quitado muchos días de comulgar, quitada la soledad, que era todo mi consuelo, sin tener persona con quien tratar, porque todos eran contra mí: a mí ningún consuelo me bastaba cuando pensaba era posible que tantas veces me había de hablar el demonio. Porque de que no tomaba horas de soledad para oración, en conversación me hacía el Señor recoger, y sin poderlo yo excusar, me decía lo que era servido, y, aunque me pesaba, lo había de oír. Pues estándome sola, sin tener una persona con quien descansar, ni podía rezar ni leer, sino como persona espantada de tanta tribulación y temor de si me había de engañar el demonio, toda alborotada y fatigada, sin saber qué hacer de mí (en

esta afición me vi algunas y muchas veces, aunque no me parece ninguna en tanto extremo), estuve así cuatro o cinco horas, que consuelo, ni del cielo de la tierra, no había para mí, sino que me dejó el Señor padecer, temiendo mil peligros. Pues estando en esta tan gran fatiga (aun entonces no había comenzado a tener ninguna visión), solas estas palabras bastaban para quitármela y quietarme del todo: *No hayas miedo, hija, que Yo soy, y no te desampararé; no temas.* Heme con solas estas palabras sosegada, con fortaleza, con ánimo, con seguridad, con una quietud y luz que en un punto vi mi alma hecha otra, y me parece que con todo el mundo disputaría que era Dios."

Así, todo se acabó. Súbitamente, la tempestad de tantos días se aplacó. Y Teresa tuvo la certidumbre de que el Señor estaba con ella, que le había hablado y que nunca estuvo engañada. Su alma se abrió en un anhelo de alegría y de confianza. Cayeron los pasados temores, se olvidaron pruebas y sufrimientos: "Señor mío—dice Teresa—, levántense contra mí todos los letrados, persíganme todas las cosas criadas, atormentenme los demonios, no me faltéis vos, Señor, que ya tengo experiencia de la ganancia con que sacáis a quien en solo vos confía. No entiendo estos miedos, ¡demonio!, ¡demonio!, donde podemos decir: ¡Dios!, ¡Dios!, y hacerle temblar. Sí que ya sabemos que no se puede menear si el Señor no lo permite. ¿Qué es esto? Es, sin duda, que tengo ya más miedo a los que tan grande le tienen al demonio, que a él mismo, porque él no me puede hacer nada, y estotros, en especial si son confesores, inquietan mucho, y he pasado algunos años de tan gran trabajo,

que ahora me espanto cómo lo he podido sufrir...”

No podemos dejar pasar este episodio sin algún comentario. Por el contrario, vale la pena de examinarlo en todos sus detalles. Es maravilla un resurgimiento tan rápido en un estado de postración tan grande que parecía ser incurable. Y mayor maravilla, la certeza, la adhesión inmediata de Teresa a la divina palabra, que ella no puede pronunciar sin que su corazón se abraza de ternura y se enajene en la adoración: “*¡No temas, hija, que Yo soy!*” ¡Un sueño de un minuto! ¿Ha soñado su razón firme, la humildad voluntaria de la pobre carmelita, su temor de ser engañada y de condenarse, temor que, en aquel momento, se hallaba en su período agudo? Teresa no duda. Cree en la voz misteriosa que le ha dicho: “Yo no te abandonaré, nada temas.” Está asegurada de haber oído estas palabras. ¡Se comprende su entusiasmo, el himno jubilatorio que se escapa de sus labios! ¡Qué le importan ya los doctos, los confesores, los maestros de la tierra, el mundo entero! Todo esto se halla ahora bajo sus pies: “El Señor ha visto la humildad de su sierva, y Todopoderoso ha hecho en ella grandes cosas.” Y las hará todavía mayores. En un estremecimiento de todo su ser, presente, desde ahora, su destino futuro: Teresa de Ahumada será en lo sucesivo Teresa de Jesús.



CUARTA PARTE

LAS GRANDES GRACIAS

“Me puedo equivocar completamente, pero no mentir. Por la misericordia de Dios, yo sufriría antes mil muertes: yo digo lo que oigo.”

(Castillo interior, IV, II.)

“El alma no puede en absoluto dudar que Dios está en ella y ella en Dios. Esta verdad le queda tan firme, que, aunque pasen los años sin que el Señor le conceda de nuevo esta gracia, el alma no lo olvida, ni puede dudar que la ha recibido...”

(Castillo interior, V, I.)

I

PARA DESPEJAR EL TERRENO

Antes de entrar en el detalle de esas "gracias" extraordinarias, nos importa, para la tranquilidad de nuestro espíritu y la comodidad de la exposición, despejar el terreno de todas las objeciones de que se prevalecen, desde hace más de un siglo, quienes niegan lo sobrenatural. Se trata de toda especie de sutilezas y de groserías, de simplezas y sagacidades, con la misma fuerza que las explicaciones racionalistas intentadas sobre los estados místicos. La mayor parte son absurdos; otros, reveladores de ingenio, lo bastante especiosos para perturbar los espíritus poco familiarizados con la doctrina y la espiritualidad católicas. Unos y otros son incapaces de comprender de una manera satisfactoria y completa los estados singulares, puesto que se olvidan siempre de algún elemento esencial. Son reconstrucciones o asimilaciones arbitrarias, en las que falta el elemento característico y básico, prescindiendo del cual no es posible obtener un resultado satisfactorio. Lo que nos ofrecen es una falsificación del fenómeno auténtico y original: y el misterio subsiste por completo.

Junto a muy serios y estimables estudios, que tienen al menos el mérito de ajustarse todo lo posible al hecho que desean conocer, no deteniéndose más que ante lo inexplicable, reconociéndolo lealmente por tal—al menos hasta nueva orden—, se destacan los desatinos presuntuosos y ridículos. En esta categoría colocaremos toda la literatura pseudomédica, elucubrada sobre el caso de Santa Teresa. La vulgaridad y la tontería, la bajeza de alma y de espíritu, traicionadas por la estupidez del sátiro, acaban por exasperar al valeroso explorador que se decide a echar la sonda en estos bajos fondos de la *ciencia*. Lo que más hiere de estos escritos—que no siempre están avalados por firmas mediocres—es la imprecisión de los términos. Yo no conozco—particularizando—nada más insoportable, para el lector bien equilibrado, que la fraseología desgredada y romántica de Freud y de sus discípulos; esa horrible jerga tudesca, a la vez bárbara y pedante, que pretende tapar, recurriendo al griego—un griego con espantables neologismos heleno-latinos—, las troneras de su ignorancia. Y a este propósito, me permito señalar también el contraste que ofrece el vocabulario que se llama *científico* con la teología tradicional y ortodoxa. No son solos los médicos, son nuestros filósofos universitarios quienes han tenido el cuidado de reformar la terminología de la escuela de los teólogos, tomando después actitudes de precisión ideológica y verbal... Con esto, la falta de método y de espíritu crítico y la pedantería, consistente en maniobrar con unas cuantas entidades puras, vacías de todo contenido espiritual, tenemos repetido el caso de M. Daquin, médico del Rey en el siglo XVII, mo-

vilizando los *vapores* para explicar los desfallecimientos, vértigos y melancolías de Su Majestad. Hace falta no vacilar en decirlo ni retroceder ante la ocasión de desembarazar de obstáculos el camino.

Desde luego, una porción de argumentos pueden ser considerados como sostenidos por la apologética ortodoxa. Refutaciones perentorias de numerosas teorías, momentáneamente de moda, se han hecho por elevados espíritus, desde luego más competentes que cualquier lector de Santa Teresa. Es evidente, en la actualidad, para cualquiera que se tome el trabajo de examinar seriamente la cuestión, que no es posible que volvamos a los tiempos en que se confundían los estados místicos con los casos de histerismo, de locura, de neurosis o de hipnosis. Notemos, de pasada, cómo la mayor parte de estas expresiones son conceptos vagos y mal definidos, y que en las esferas médicas nadie cree en la histeria (al menos tal como la definía Charcot) ni en la hipnosis, que pasaba por ser una manifestación de aquélla. Todas estas asimilaciones superficiales descansan sobre una confusión inicial, y es el propósito deliberado de algunos autores de considerar estos fenómenos nada más que por su aspecto externo, confundiendo los estados puramente patológicos con los estados místicos, de carácter mucho más complejo. Se prohíben a sí mismos el distinguir el verdadero del falso misticismo y el sentimiento religioso sano de sus morbos. Con este sistema, encuéntranse en un callejón sin salida. La calidad de un estado místico está en razón directa de su ortodoxia. Si no queremos tener en cuenta la calidad, a la vez intelectual y psicológica, de esos estados, ate-

niéndonos exclusivamente a las manifestaciones somáticas, una figura como la de Santa Teresa se convierte en una loca de atar. Concedamos que en la locura y la santidad los fenómenos sean idénticos, del mismo modo que los síntomas de una enfermedad son idénticos en el cretino y en el hombre de genio; pero el médico, verdadero hombre de ciencia, hará abstracción del genio y del cretinismo para estudiar y tratar la enfermedad, teniendo en cuenta que ésta no guarda relación ninguna con la calidad intelectual del paciente. Ahora bien; en los estados místicos, el aspecto psicológico tiene una gran importancia. Se podría decir que es el único que importa. No puede haber *trance* místico sin un estado psicológico concomitante.

Algunos se rinden a estas razones, y quieren tomar en cuenta el aspecto psicológico del fenómeno místico viendo lo esencial; pero rehusan el pronunciarse sobre la ortodoxia de estos fenómenos, atribuyéndoles a todos el mismo valor. No consideran las tendencias y los fines que son comunes a todos los místicos. Con lo que volvemos a colocar sobre el mismo plano a los locos, los degenerados y a los seres de superior intelectualidad. No pueden admitir que una Santa Teresa, aun en sus estados místicos, manifieste una mentalidad infinitamente más elevada que la de cualquier enfermo atacado de locura religiosa. ¿Por qué no han de concedernos que esta superioridad reside precisamente en su ortodoxia? Nos dirán entonces que la sola inteligencia de Santa Teresa es suficiente para lograr esa superioridad. Pongamos un ejemplo. Comparemos a la Santa de Avila con otra mística de parecida inteligencia, madame Guyon. De la compa-

ración sale ventajosa Santa Teresa. ¿Puede haber duda de que el factor que le da la ventaja es su ortodoxia?

Los que confunden a todos los místicos bajo una sola denominación; los que no hacen diferencia entre lo que es propiamente místico y lo que es patológico, son los mismos que hacen de la sensualidad o de la erotomanía la base de los estados místicos. Pueden calificarse de prodigiosas las manifestaciones de estos teorizantes con pretensiones científicas. ¿En qué experiencia o comprobación se apoyan? ¿En qué místico hicieron esas experiencias y recogieron sus observaciones? ¿Cómo comprobar *científicamente* que los estados de oración van acompañados de excitación o de emoción sexual? O esas palabras de *sexualidad* y *erotomanía* no quieren decir nada, o es necesario declarar, fundándonos en la experiencia más vulgar, que la menor emoción sexual es absolutamente incompatible con la emoción religiosa. Estos dos estados pueden alternar, y efectivamente alternan, en la tentación. Pero no se confunden, y es necesario escoger de entre los dos: uno u otro. Se nos replica que en este caso la emoción sexual puede ser inconsciente, lo que no está demostrado. Admitámoslo, sin embargo. Esta emoción es absolutamente incompatible con la emoción religiosa: el sujeto no tarda en percibir un cierto malestar, que bien pronto se convierte en conciencia clara del engaño. Y entonces uno de los dos estados desaparece. La sensualidad o la emoción religiosa triunfa.

Otros explican los estados de oración por la acción de lo subconsciente, o mejor, de lo *transublime*, que sería, si así puede decirse, un sub-

consciente elevado a la suprema potencia. Las palabras interiores, las revelaciones y las visiones no serían otra cosa que una brusca irrupción de nuestra entidad subconsciente en la luz de la conciencia. Por la acción de lo subconsciente, los propios deseos del místico, plasmados en formas precisas, se exteriorizarán a sus ojos, convirtiéndose en mandatos divinos. Tendría esto muchos puntos de analogía con lo que nos sucede con los sueños, que nos devuelven las imágenes, las ideas, las voliciones y las preocupaciones que tuvimos en vigilia. Solamente que mientras lo subconsciente del sueño no produce más que fantasmas incoherentes, absurdos, que no suelen dejar ninguna traza en la memoria, lo subconsciente en los estados místicos es capaz de verdaderos prodigios, cuyos efectos, sacudiendo profundamente la sensibilidad, dejarán en el espíritu rastros indelebles: "Esta actividad (1), nos dicen, debe ser *una inteligencia, un pensamiento*, un pensamiento secreto y singularmente familiar, tan íntimo y tan secreto, que no haya miedo que aparezca en la conciencia superficial; un pensamiento extraño, un *pensamiento continuado* que se extiende sobre toda la vida; un pensamiento bien disciplinado por los hábitos de la *consciencia clara, estrictamente ortodoxa* y naturalmente rica en invenciones, que fácilmente se convierten con las exigencias de una creencia y de una tradición que toda el alma acepta." Esta entidad subconsciente, que es una inteligencia, un pensamiento, un pensamiento continuado, y además estrictamente ortodoxo, no

(1) Cf. DELACROIX, *Les grands mystiques chrétiens*, página 95.

necesita hacer gran cosa para confundirse con el propio ser. Santa Teresa no ha vacilado en reconocer a Dios en sí misma. ¿Qué es lo más difícil de admitir? ¿Una subconsciencia, que es un pensamiento, una voluntad y una actividad inteligentes, en una palabra, otro yo dotado de las mismas facultades que las del yo consciente, pero elevadas a una potencia extraordinaria, que realmente forma parte del yo y en quien el yo consciente o no se reconoce? ¿O una actividad extraña y trascendental, que actúa sobre el yo consciente del mismo modo que las otras personalidades que él sabe le son exteriores y extrañas?...

Sabemos que estamos rodeados por miríadas de seres, diferentes de nosotros y de los que es infinitamente probable que sólo conozcamos y percibamos una ínfima parte. Entre estos seres, los habrá unos más poderosos que otros, y entre los más poderosos, uno que lo sea más que todos, el Ser de los seres.

Como en las precedentes, la teoría de lo subconsciente aplicada a los estados místicos, ha sido de sobra refutada, y bien claramente expuestas sus lagunas e inexactitudes. No hace falta que insistamos. Como en la locura, el histerismo, la neurosis y la hipnosis, no se da cuenta de los estados especiales, respecto de los que continúa en una ignorancia irreductible.

Antes de exponer, según la propia Santa Teresa, estos estados y fenómenos extraordinarios, será indispensable hacer tabla rasa de las pretendidas explicaciones científicas, como es necesario también desconfiar de las concesiones que ciertos católicos, para afectar liberalismo y sin ninguna necesidad, hacen a los enemigos de lo sobrenatural. Echan un velo discreto sobre las

enfermedades, las crisis y las perturbaciones fisiológicas que la Santa sufrió. Me parece que, por el contrario, es ocasión de insistir, poniendo estos hechos en plena luz. No sólo Teresa ha sido una enferma, casi durante toda su vida, con intermitencias de paroxismo y de remisión—sufrió, en particular, de enfermedades nerviosas, que hicieron de su cuerpo un instrumento de sensibilidad, delicadeza y resonancia prodigiosas—, sino *que ha querido sufrir*, sufrir continuamente, para lograr una purificación más perfecta. Pagó al precio de crisis atroces, del quebrantamiento y destrozo de su pobre envoltura humana, los estados milagrosos a que fué elevada. Si el solo trabajo de la producción intelectual es suficiente para destrozarse un organismo, si la hiperestesia de la inspiración quebranta el sistema nervioso, ¿qué no será cuando se trate de estados tan violentos y aniquilantes como el éxtasis y los arrobamientos místicos?

Es necesario proclamar muy alto que Teresa, predestinada a estados semejantes, no podía ser más que una enferma, una perpetua crucificada.

Por último, hay una tendencia a dejar en la sombra, a no estimar las “grandes gracias” de que vamos a hablar. Es cierto que las voces interiores, las revelaciones, las visiones, los éxtasis y los arrobamientos no son más que accesorios de la unión mística; lo esencial es esta unión inefable, en la que Dios es percibido, gustado y sentido. Pero es conveniente considerar que esos estados superiores, siendo para su definición, incomunicables e inexpresables, nos obligan a seguir a la Santa por un acto de fe, cuando trata de explicarlos; tenemos que abandonarla en el umbral de la oración. Por el contrario, los fenó-

menos accesorios son el lazo que nos une a ella. En cierta medida, podemos escuchar sus palabras y sus revelaciones; no podemos asociarnos a sus visiones, a sus éxtasis y arrobamientos. Por otra parte, está comprometida al más alto premio. Ve el punto de partida de su completa renovación anterior. En uno de sus relatos a San Pedro de Alcántara, dice: "Nuestro Señor me ha dado estos deseos (el de servirle y el de vivir una vida perfecta) y un aumento de virtud, desde el día en que me favoreció con esta oración de quietud y los arrobamientos. Encuentro en mí una mejoría, pues hasta entonces yo era la imperfección misma. Estos arrobamientos y estas visiones producen en mí los grandes efectos de que voy a hablar. Si hay algo bueno en mí es seguramente desde que la tengo..." Y San Pedro de Alcántara, en su aprobación, confirma en estos términos el sentimiento de la Santa: "Desde que ella tiene esas visiones, avanza cada día más, a la manera que dice Santo Tomás..." Añadamos que estos *favores* sobrenaturales ejercieron la mayor influencia en su apostolado y en sus trabajos de reforma. Sin el valor que le dieron estas gracias es probable que Teresa no tuviera nunca la audacia de lanzarse a una empresa tan peligrosa.

Se puede reconocer la importancia de estos favores en la vida y en la conducta de Santa Teresa, sin negar por esto lo esencial de los estados místicos. Su discípulo, San Juan de la Cruz, lo ha dicho acertadamente: "Estas comunicaciones tienen algo de la debilidad y de la corrupción de la sensualidad. Estos arrobamientos y transportes, que llegan algunas veces hasta dislocar los miembros, son el resultado ordinario de

comunicaciones que no son puramente espirituales. *Mas estos fenómenos no se producen en las almas perfectas*, ya purificadas por la segunda noche, es decir, por la del espíritu. En éstas, los éxtasis y las agitaciones del espíritu no tienen lugar: gozan de la libertad del espíritu, sin ningún detrimento para los sentidos..." No olvidemos que Santa Teresa había llegado a ese estado perfecto y que ese fué su estado habitual durante los últimos años de su vida.

Nada más raro. "No hay—dice el mismo Juan de la Cruz—más que un pequeño número de almas que lleguen a tan alta perfección. Se encuentra, sin embargo, algunas imprevistas; estas son, singularmente, en las que la virtud y el espíritu deben propagarse en la sucesión de sus hijos espirituales. Dios da a las cabezas de familia tesoros y grandezas en proporción con los destinos providenciales de su posteridad, según la gracia."

¡Qué perspectivas magníficas sobre el destino de nuestra Santa nos dicen las anteriores palabras! Esta virgen está designada, desde su cuna, para criar para Cristo innumerables almas y por eso se la abastece de todos los alimentos y de las reservas de fuerzas espirituales que requieren tal fecundidad.

Los fisiólogos hacen notar que los gérmenes femeninos son más ricos en sustancias nutritivas que los gérmenes masculinos, sin duda porque las funciones físicas de la madre exigen un mayor gasto de energía vital. Esta particularidad se ofrece también en el orden espiritual. Teresa va a ser colmada de gracias sobrenaturales; su alma será un depósito inagotable de alimentos espirituales; porque está predestinada a

ser madre, la posteridad habrá de llamarla, con amor y veneración, la Madre Teresa de Jesús.

He aquí que su destino se dibuja con trazos cada vez más espléndidos. No sólo Teresa se anuncia como una gran reformadora de las órdenes religiosas, como una educadora de almas por todos los caminos de las virtudes evangélicas, sino que estaba designada para abastecer de esencias divinas a una humanidad que se hundía en la materia. Quien quiera ver y reflexionar, no tendrá más remedio que reconocer cómo Teresa de Avila y su obra aparecen en el momento preciso de la historia, en que cumplen un designio providencial. El viejo mundo acaba de descubrir América. La fiebre de oro se ha apoderado de España y, poco a poco, de todas las naciones marítimas de Europa. Es el comienzo de una era de prosperidad material, hasta entonces desconocida. El éxito realmente prodigioso de haber descubierto y conquistado un nuevo mundo, con medios ínfimos y rudimentarios, de haber, por decirlo así, ensanchado el viejo universo hasta el infinito; todo esto ha engraido la confianza del hombre en sí mismo, hasta el punto de creer que podía prescindir de Dios. Es, en fin, el momento en que el protestantismo y bien pronto el racionalismo, comienzan el asalto al milenario edificio católico. El enemigo se esfuerza en secar y consumir las fuentes de la alta espiritualidad. Será esto la mutilación pedante e inteligente del dogma, el aburguesamiento y la vulgaridad de la vida, asociadas todas las influencias deprimentes a la sed de oro, al ansia de enriquecerse y de gozar—todo esto constreñido a la medida de lo humano—, que será el signo característico de la era moderna.

Es el momento en que aparece Teresa, para decir a estos gozadores e inventores de continentes: "Vosotros buscáis un nuevo mundo. Yo conozco uno que es siempre nuevo, porque es eterno. ¡Aventureros y conquistadores de las Américas!, yo intento una aventura más difícil, mas heroica que todas las vuestras. Al precio de mil sufrimientos, peores que los vuestros; al precio de una larga muerte anticipada, voy a conquistar ese mundo, siempre joven. ¡Atreveos a seguirme y veréis!... Y vosotros, los que negáis al autor de todo lo criado, yo os digo que le he visto, y que sin El, que lo sostiene, vuestro bajo mundo, donde vivís vanamente, marcha a la locura y a la ruina..."

Teresa, la iniciadora de este combate, ha acabado por triunfar. Y en la hora presente, de perturbación, casi desesperada, vivimos todavía, en gran parte, por los beneficios de su ejemplo.

Creyentes o incrédulos, cualquiera que sea la actitud que se adopte, no es posible no estar admirado de todo esto, cuando menos de lo paradójico de esta aparición de Teresa de Avila. No se puede acometer con mayor ardor la lucha contra las ideas que entrañaba la humanidad de aquel tiempo, que han vuelto a ser las de la humanidad del presente.

No menos paradójica es la aparición de las "grandes gracias" que han de transformar la vida de la Santa, orientándola hasta el apostolado con todos los peligros de la acción. Parecerá que tales favores deben ser con preferencia para las almas jóvenes, tan entusiastas como ignorantes de lo que es el mundo; pero Teresa, en la ocasión de recibir los favores decisivos, estaba muy cerca de los cincuenta años. Sus entusias-

mos están contrastados por la reflexión; su razón se ha madurado y fortificado. Ha adquirido una penosa y, algunas veces, cruel experiencia. Sabe lo que es la vida clerical y monástica. Conoce también las gentes de iglesia; las religiosas, sus compañeras; los monjes, los obispos, los confesores y los teólogos. Presiente las dificultades, las intrigas, las persecuciones a que se expone. Ha probado ya todo esto, y no ignora tampoco la acogida que le está reservada en el siglo. Tendrá que luchar contra las gentes de su ciudad natal, los individuos del Concejo y los hombres de gobierno. Durante algún tiempo, el Rey y el propio Nuncio la mirarán con desconfianza. Sin embargo, este es el momento, y a pesar de la oposición de tan formidables enemigos, va a tomar su gran resolución, determinada y afirmada por intervenciones, puede decirse que continuadas, de carácter sobrenatural. Está pronta. Armada de punta en blanco, cuerpo y alma, para el singular combate. Su inteligencia está alerta contra las ilusiones y los fantasmas de la vida interior. Su prudencia crítica está constantemente en vela. Y su pobre cuerpo, torturado y estilizado por la enfermedad, se ha convertido en el más vibrante y delicado de los instrumentos de que puede disponer el Espíritu de Dios.

Todas estas circunstancias solicitan evidentemente la reflexión. No se nos oculta que es posible oponer a la mayor parte de estos argumentos explicaciones naturales, en cierta medida plausibles. Pero esas explicaciones dejan siempre algunos puntos oscuros, cuando no dejan en la sombra cuanto es esencial. Las nuestras no se jactan de suprimir todo el misterio. Hay en esta aventura de Teresa de Avila bas-

tantes puntos luminosos; sería demasiado hermoso si todo fuera por igual, claro y resplandeciente.

II

PRESENCIAS Y VISIONES

Hemos dejado a Teresa confortada y libre de sus dudas por las misteriosas palabras: "*No hayas miedo, hija, que Yo soy.*" Pero esta seguridad no debía durar mucho. Sus enemigos no descansan. Las calumnias, las acusaciones de impostura continúan cada vez con mayor fuerza. Se la representa como una poseída, entregada a todas las sugestiones diabólicas. ¡Es el demonio quien produce en ella esos estados místicos, en los que cree ver la obra de Dios! En algunos momentos, el concierto de reprobación es tal, que su confesor, el padre Baltasar Alvarez, se asusta. El joven jesuita, cualesquiera que fuesen su autoridad de director espiritual, su reputación de ciencia y de virtud, no se siente con fuerzas para ponerse enfrente de toda una ciudad, de una verdadera coalición de devotos, de eclesiásticos y de teólogos. Teresa ve cercano el momento de que su confesor la abandone y de no encontrar quien dirija su conciencia. Es cosa grave el que le consideren como el cómplice de una demoníaca. Se concibe que el padre Baltasar Alvarez, confesor de esta escandalosa carmelita, haya temblado por sí mismo.

Los temores de éste y el tumulto promovido alrededor de la Santa han hecho temblar a ésta también. Cuando está en oración, en el momento

de recibir las revelaciones sobrenaturales, sus terrores y sus dudas se disipan; mas apenas vuelve al contacto con el mundo, cae de nuevo en sus angustias. Entonces, la desdichada suplica al Señor que le evite estas gracias, que la atormentan de tal modo y que suscitan tan sañuda persecución. Ruega a las personas piadosas y devotas que la aman y creen en su sinceridad, que unan a las suyas sus plegarias, para que Nuestro Señor la libre de estas tribulaciones. Teresa hace novenas, recurre a sus habituales intercesores, Santa Magdalena, San José, San Agustín, a los que añade otros nuevos, como San Hilario y el arcángel San Miguel. "A cabo de dos años, que andaba con toda esta oración mía, y de otras personas, para lo dicho, o que el Señor me llevase por otro camino y declarase la verdad (porque eran muy continas las hablas, que he dicho me hacía el Señor) me acaeció esto. Estando un día del glorioso San Pedro en oración, vi cabe mí, u sentí, por mejor decir, que con los ojos del cuerpo, ni del alma no vi nada, mas parecióme estaba junto cabe mi Cristo, y vía ser El el que me hablaba, a mi parecer. Yo como estaba inorantísima de que podía haber semejante visión, dióme gran temor á el principio, y no hacía sino llorar, aunque en diciéndome una palabra sola de asigurarme, quedaba, como solía, quieta y sin ningún temor. Parecíame andar siempre al lado de Jesucristo; y como no era visión imaginaria (1), no vía en

(1) Los místicos estiman tres especies de visiones, que, algunas veces, pueden reunirse en una sola visión compleja: *la visión exterior*, que es la percepción por el órgano natural de la vista de un objeto naturalmente invisible; *la visión imaginativa* o *imaginaria*, visión inte-

qué forma; mas estar siempre a mi lado derecho sentíalo muy claro, y que era testigo de todo lo que yo hacía, y que ninguna vez que me recogiese un poco, o no estuviere muy divertida, podía inorar que estaba cabe mí...”

¡He aquí, con su abrumadora sencillez, el relato de este prodigio! Cualquiera otro que no fuese la Santa hubiera ahuecado la voz, acumulado expresiones hiperbólicas y dramatizado, de manera más o menos consciente, la narración del sobrenatural suceso. Nada de eso hace Teresa, a quien, tal vez por la frecuencia de estas apariciones le causan menos extrañeza, o que, por gracia especial, las presencias de lo alto se han convertido para ella en algo familiar. Su alma purificada, se mueve, por decirlo así, naturalmente en lo sobrenatural. Insistamos en el carácter involuntario y completamente pasivo de esta visión intelectual. Lejos de provocarla, la Santa nos dice que, cumpliendo la orden terminante de sus confesores, se resiste con todas sus fuerzas. Ruega, hace novenas, para librarse de esas manifestaciones, que se consideran como ilusiones satánicas. ¿Qué más? Se arma de un crucifijo para rechazar a Jesucristo mismo. Por tanto, de bueno o de mal grado, ha de escuchar y subir a la divina Presencia. Se alegrará, sin duda, que esta larga resistencia acabó por producir una verdadera obsesión de la persona de Cristo, y que no hace falta más para explicar las visiones de la carmelita. Pero Teresa sale al paso

rior, que es una representación sensible producida por Dios, durante la vigilia o durante el sueño; la *visión intelectual*, que es el conocimiento intuitivo y sobrenatural de verdades o de cosas espirituales, o bien de cosas materiales, pero exentas de toda forma sensible.

de la objeción. Tanto por deferencia a los teólogos, no queriendo influenciar de ningún modo sus decisiones, como por desconfianza de sí misma, ella se abstiene de toda aseveración terminante. Notemos que siempre usa fórmulas condicionales: "yo entendía... a mí me parecía..." No quiere afirmar nada y discute consigo misma y con el lector más suspicaz. Pero ninguna objeción se puede hacer contra la sutilidad y justicia de su análisis, ni, sobre todo, contra el sentimiento de certeza interior por encima de todas las dudas.

¿Esta visión intelectual, es decir, sin imágenes y sin formas sensibles, no se confunde, en realidad, con el sentimiento de quietud o de unión mística, experimentado en la oración? "En este estado—dice Santa Teresa—parece entendemos nos oye por los efectos y sentimientos espirituales, que sentimos, de gran amor y feé, y otras determinaciones con ternura. Esta gran merced es de Dios, y téngalo en mucho a quien lo ha dado; porque es muy subida oración, mas no es visión, que entiéndese que está allí Dios, por los efectos que, como digo hace a el alma, que por aquel modo quiere su Majestad darse a sentir; acá vése claro, que está aquí Jesucristo, Hijo de la Virgen..."

Es a esta clara visión a la que ella apela, en definitiva, como a un criterio supremo. Le ha preguntado su confesor cómo ella ha podido saber que era Jesucristo, y Teresa responde que no sabe cómo. "Más que no podía—dice—dejar de entender que estaba cabe mí, y le vía claro, y sentía, y que el recogimiento del alma era muy mayor en oración de quietud y muy cristiana, y los efectos que eran muy otros que solía tener, y

que era cosa muy clara...” — El confesor le preguntó aún: “¿Quién dijo que era Jesucristo?— El me lo dice muchas veces, respondí yo; mas antes que me lo dijese, se imprimió en mi entendimiento que era El, y antes de esto me lo decía, y no le vía. Si una persona que yo nunca hubiese visto, sino oído nuevas de ella, me viniese a hablar estando ciega, o en gran escuridad, y me dijese quien era, creerlo hía, mas no tan determinadamente lo podría afirmar ser aquella persona, como si la hubiera visto. Acá sí, que sin verse se imprime con una noticia tan clara, que no parece se puede dudar; que quiere el Señor esté tan esculpida en el entendimiento, que no se puede dudar más, que lo que se ve, ni tanto; porque en esto algunas veces nos queda sospecha, si se nos antojó; acá aunque de presto dé esta sospecha, queda por una parte gran certidumbre, que no tiene fuerza la duda...”

Así, Teresa pasa por alternativas de duda y de certidumbre. Al principio, sorprendida y asustada por el prodigio, teme ser juguete de una ilusión. Pero en el mismo momento se siente obligada a rendirse a la evidencia. Este sentimiento de la presencia divina no puede compararse al de un ciego o al de una persona sumida en la obscuridad, al advertir otra persona a su lado. “Acá no hay nada de esto, ni se ve escuridad, sino que se representa por una noticia al alma, más clara que el sol. No digo que se vé sol, ni claridad, sino una luz, que sin ver la luz alumbraba el entendimiento; para que goce el alma tan gran bien. Tray consigo grandes bienes.”

He aquí la “visión intelectual” netamente definida, con su doble carácter de abstracción—abstracción de toda forma sensible—y de cer-

teza inmediata y absoluta; la adhesión de la inteligencia se produce inmediatamente. Teresa, ignorante de la terminología mística, no se dió cuenta inmediatamente del favor recibido. Más tarde pudo apreciar que esta visión es del orden más elevado. "Esto me lo dijo—escribe la Santa—un santo hombre y de gran espíritu, llamado fray Pedro de Alcántara..." Y, en efecto, este género de visiones abstractas parecen excluir todos los engaños de los sentidos. La Santa concierta esta visión intelectual con una manera de audición, igualmente intelectual, o, en otros términos, de voz interior, que, en definitiva, no debe ser más que otro aspecto, otra manera de considerar esta visión. Nos habló también de una especie de palabra interior. Esta palabra es distinta, se entiende claramente cada una de las que pronuncia el interlocutor invisible, ante quien el alma permanece atenta a sus revelaciones y a sus enseñanzas. El alma, si así puede decirse, escucha. Hay otra palabra, que obra mientras tanto y que procede de manera distinta. El alma no se preocupa de escuchar. Sin ningún trabajo de atención, encuentra en ella la verdad infusa, que asimila como un alimento; no tiene que hacer más que gozar: "como uno que sin deprender, ni haber trabajado nada para saber leer, ni tampoco hubiese estudiado nada, hallase toda la ciencia sabida ya en sí, sin saber cómo, ni dónde, pues aun nunca había trabajado, aun para deprender el abecé. Esta comparación postrera me declara algo de este don celestial; porque se ve el alma en un punto sabia, y tan declarado el misterio de la Santísima Trinidad, y de otras cosas muy subidas, que no hay teólogo con quien no se atreviese a disputar la

verdad de estas grandezas. Quédase tan espantada, que basta una merced de estas para trocar toda un alma..." Este lenguaje intuitivo e iluminativo es un lenguaje sin palabras, mientras que el que obraba precedentemente, formula palabras muy claras. A este verbo interior e iluminante, Santa Teresa le llama "el lenguaje del Cielo". Es éste el de que Dios se sirve para enseñar al alma, y, sin duda, el que las almas, libres de la servidumbre de los sentidos, emplean para comunicarse entre sí.

En seguida se advierte la estrecha relación que existe entre este modo de oír y la visión intelectual. En los dos casos, el entendimiento pronuncia su adhesión, tras una intuición inmediata. El alma sabe que es Cristo quien está allí, como también sabe que es El quien pronuncia aquellas palabras interiores, tan bellas y tan sabias. Lo repetiremos una vez más: estos análisis sutiles, estos razonamientos, no los hizo Teresa, sino mucho más tarde. Por el momento dominó en ella, a la vez, la sorpresa y el espanto. Creyó firmemente que su inteligencia y su alma entera debía ser una aportación de testimonio. Mas como siempre sembraron la turbación y la duda en su espíritu. Constantemente sentía miedo de engañarse. Y, sin embargo, dice, las visiones continuaron, "y el Señor me tranquilizó".

Se trata, aquí, de visiones intelectuales, que la Santa acaba de describir de manera precisa y completa. Las que se van a tratar ahora pertenecen a otro orden: son de las visiones llamadas "imaginativas" o "imaginarias", que consisten en imágenes interiores, con algunos datos sensibles. Son considerados por los teóricos de la mística como de un orden inferior. Sin duda,

por esto mismo son los que más fuertemente hieren la imaginación; y Teresa ha sido el alma más trabajada de su tiempo y de todos los tiempos. Agreguemos, por nuestra cuenta, que estas visiones imaginativas son también de las que más desconciertan al lector profano o descreído. Para seguir a la Santa por esta vía hace falta no sólo una preparación, sino toda una doctrina, sin contar disposiciones y cualidades del alma, que les falta a los no católicos y a los católicos superficiales.

Teresa, que está por encima de timideces y de ignorancias de esta índole, penetra sin preámbulo y sin la menor vacilación en lo vivo de su prodigioso sujeto. “Estando un día en oración —escribe la Santa—, quiso el Señor mostrarme solas las manos con tan grandísima hermosura, que no lo podía yo encarecer. Hízome gran temor, porque cualquier novedad me lo hace grande a los principios, de cualquiera merced sobrenatural, que el Señor me haga. Desde allí a pocos días vi también aquel divino rostro, que de el todo me parece me dejó asorta. No podía yo entender por qué el Señor se mostraba así poco a poco, pues después me había de hacer merced que yo lo viese todo, hasta después, que he entendido que me iba su Majestad llevando conforme a mi flaqueza natural.”

Por fin, el día de San Pablo, asistiendo a misa, Teresa pudo contemplar por entero la santísima Humanidad de Cristo. La vió en toda la belleza y gloria de la Resurrección; y en el relato que hace de esta aparición añade: “Mas lo mejor que supe ya lo dije, y aún no hay para qué tornarlo a decir aquí; y hacíase harto de mal, porque no se puede decir, que no sea deshacerse;

sólo digo, que aunque otra cosa no hubiese para deleitar la vista en el cielo, sino la gran hermosura de los cuerpos glorificados, es queridísima gloria; en especial ver la Humanidad de Jesucristo Señor nuestro; aun acá que se muestra su Majestad conforme a lo que puede sufrir nuestra miseria, ¿qué será adonde del todo se goza tal bien?"

Esta hermosura de los cuerpos gloriosos es tal, que el alma que los contempla queda en una turbación extraordinaria. La visión que tuvo la Santa era puramente imaginaria; es decir, una pura imagen interior y no una realidad externa, una alucinación perceptible por los sentidos. "Esta visión—dice ella—, aunque es imaginaria, nunca la vi con los ojos corporales, ni ninguna, sino con los ojos del alma."

Mas pronto sufre un desencanto, no en el momento mismo de la aparición, sino después; cuando trata de razonar sobre el extraño suceso. "Mas el Señor—dice—se dió tanta priesa a hacerme esta merced, y declarar esta verdad, que bien presto se me quitó la duda de si era antojo, y después veo muy claro mi bobería; porque, si estuviera muchos años imaginando cómo figurar cosa tan hermosa, no pudiera ni supiera, porque escede a todo lo que acá se puede imaginar, aun sola la blancura y resplandor. No es resplandor que deslumbre, sino una blancura suave, y el resplandor infuso, que da deleite grandísimo a la vista, y no la cansa, ni la claridad que se ve, para ver esta hermosura tan divina. Es una luz tan diferente de la de acá, que parece una cosa tan deslustrada la claridad del sol que vemos, en comparación de aquella claridad y luz, que se representa a la vista, que no se que-

rrían abrir los ojos después... No porque se le representa sol, ni la luz es como la del sol; parece en fin luz natural, y esta otra cosa artificial. Es luz que no tiene noche, sino que como siempre es luz, no la turba nada. En fin es de suerte, que por grande entendimiento que una persona tuviese, en todos los días de su vida podría imaginar cómo es; y pónela Dios delante tan presto, que aun no hubiera lugar para abrir los ojos, si fuera menester abrirlos; mas no hace más estar abiertos que cerrados, cuando el Señor quieré, que aunque no queramos se ve. No hay divertimiento que baste, ni hay poder resistir, ni basta inteligencia, ni cuidado para ello. Esto tengo yo bien experimentado, como diré..”

Teresa declara que no sabe cómo aquello puede suceder, y deja a su confesor y a los teólogos la tarea de explicar el modo de estas visiones. Por su parte se limitará a decir lo que ella ha *experimentado*, lo que ha visto. “Bien me parecía en algunas cosas—escribe—que era imagen lo que vía, mas por otras muchas no, sino que era el mesmo Cristo, conforme a la claridad con que era servido mostrármeme. Unas veces era tan confuso, que me parecía imagen, no como los dibujos de acá, por muy perfetos que sean, que hartos he visto buenos; porque si es imagen, es imagen viva, no hombre muerto, sino Cristo vivo; y da á entender que es hombre y Dios, no como estaba en el sepulcro, sino como salió de él después de resucitado. Y viene á veces con tan grande majestad, que no hay quien pueda dudar, sino que es el mesmo Señor de aquella posada, que parece toda deshecha el alma; se vé consumir en Cristo. ¡Oh, Jesús mío, quién pudiese dar a entender la majestad con que os mostráis! ¡Y

cuán Señor de todo el mundo y de los cielos, y de otros mil mundos, y sin cuento mundos y cielos que vos criárades!; entiende el alma, según con la majestad que os representáis, que no es nada para ser vos Señor de ello...”

¿Pero la imaginación no podrá representarse la persona de Cristo? Para descartar la vuelta a esta persistente objeción, Teresa se sirve de un ejemplo ingenioso: “Admitamos—dice—que la imaginación pudiera, hasta cierto punto, representarse a Nuestro Señor (no una imagen vulgar de Cristo, sino de Cristo vivo, en toda su gloria y majestad, tal como ella acaba de describírnoslo); sería el alma, como uno que quisiese hacer que dormía, y estáse despierto, porque no le ha venido el sueño, que él, como sí tiene necesidad o flaqueza en la cabeza, lo desea, adormécese en sí, y hace sus diligencias, y a las veces parece hace algo; mas sino es sueño de veras, no le sustentará ni dará fuerza a la cabeza, antes a las veces queda más desvanecida. Así sería en parte acá, quedar el alma desvanecida, mas no sustentada y fuerte, antes cansada y desgastada; acá no se puede encarecer la riqueza que queda, aun al cuerpo, de salud, y queda confortado.”

Durante dos años y medio aproximadamente, la Santa, según su propio testimonio, tiene, casi a la continua, visiones de ese género, visiones totales o parciales de la Humanidad de Cristo. Después añade: “Y con ver que me estaba hablando, y yo mirando aquella gran hermosura, y la suavidad con que hablaba aquellas palabras por aquella hermosísima y divina boca, y otras veces con rigor, y desear yo en extremo entender el color de sus ojos, o del tamaño que eran,

para que lo supiese decir, jamás lo he merecido ver, ni me basta procurarlo, antes se me pierde la visión del todo. Bien que algunas veces veo mirarme con piedad; mas tiene tanta fuerza esta vista, que el alma no la puede sufrir, y queda en tan subido arrobamiento, que para más gozarlo todo, pierde esta hermosa vista. Así, que aquí no hay que querer ni no querer; claro se vé quiere el Señor que no haya sino humildad y confusión, y tomar lo que nos dieren, y alabar a quien lo da."

Humildad y confusión; he aquí a lo que se reducen los sentimientos exaltados que suscita en el alma de la vidente la belleza inefable del Hombre-Dios. Repitémoslo una vez más. No hay la menor traza de sensualidad, de delectación morosa en los éxtasis, descritos de manera breve y sorprendente. Teresa ha tenido buen cuidado de especificar que la visión verdadera se conoce por su carácter de pureza y castidad absolutas. Es necesario reunir este pasaje con otro no menos significativo, donde ella nos dice que en sus primeras oraciones mentales, cuando evocaba la imagen de Cristo, en el jardín de los olivos, el rostro surcado por sudores de sangre, hubiera querido secar el piadoso sudor. No se atrevió a hacerlo, más que mentalmente, acordándose de lo grande de sus pecados.

¿Qué mujer amante ha sentido esos escrúpulos? La que nos hace esta confesión no ha llevado a los pies de Cristo más que "el corazón contrito y humillado" de que habla la Escritura. Teresa nos lo acaba de decir: "humildad y confusión; he aquí todo lo que el Señor quiere de nosotros..." Lo ha visto casi siempre en aspecto glorioso, como después de su resurrección. Alma

luminosa y alegre, se aparta instintivamente de los espectáculos de horror, lo mismo que de los lugares y de los espíritus de las tinieblas. Es siempre en estado de gloria como ella ve al Señor en la Hostia, en el momento de la comunión. Sin embargo, Teresa nos dice que en sus horas de angustia y en sus tribulaciones vió a Nuestro Señor que le mostraba sus llagas, para ayudarla en sus sufrimientos y confortarla. Se le apareció con los estigmas de la Pasión y también en cruz. "Lo he visto—dice—en el huerto, y con la corona de espinas, pocas; y llevando la cruz también algunas veces, para, como digo, necesidades mías y de otras personas; mas siempre la carne glorificada." Este último detalle es de la mayor importancia. Cuando Teresa ve a Cristo en visión imaginaria, no es un hombre de carne a quien contempla, es un cuerpo glorioso.

Estas apariciones y revelaciones fueron seguramente muy frecuentes durante los dos años y medio de que ella nos habla. Se puede afirmar que ya no cesaron y que Teresa fué por ellas favorecida durante el resto de su vida. Ha consignado un cierto número de estas gracias en su *Libro de las Relaciones*, que lo forman sencillas notas dirigidas a sus confesores o algunas personas espirituales. Reproduciremos algunas, que se distinguen por el tono, la profundidad de la emoción o de la intuición, la santa audacia de las desconcertantes afirmaciones...

"Una noche (en Sevilla, en el momento en que había sido citada por la Inquisición), recogida un poco, estaba pensando cuán presente había traído de antes a Nuestro Señor, que verdaderamente me parecía ser Dios vivo. En esto pensando me dijo y parecióme muy dentro de mí,

como al lado del corazón, por visión intelectual: *Aquí estoy, sino que quiero que veas lo poco que puedes sin Mí.* Luego me asiguré y se quitaron todos los miedos, y estando la misma noche en maytines, el mismo Señor, por visión intelectual, tan grande que casi parecía imaginaria, se me puso en los brazos a manera de como se pinta en la quinta *angustia*. Hízome temer harto esta visión, porque era muy patente y tan junta a mí, que me hizo pensar si era ilusión. Díjome: *No te espantes de esto, que con mayor unión sin comparación está mi Padre con tu ánima.* Háseme así quedado esta visión hasta agora representada. Lo que dije de Nuestro Señor, me duró más de un mes..."

He aquí otra aparición, de carácter tal vez más audaz, en su divina familiaridad: "Un día, después de comulgar, me parece clarísimamente se sentó cabe mí Nuestro Señor, y comenzóme a consolar con grandes regalos, y díjome entre otras cosas: *Vesme aquí, hija, que Yo soy; muestra tus manos;* y parecíame que me las tomaba y llegaba a su costado, y dijo: *Mira mis llagas, no estás sin Mí; pasa la brevedad de la vida.* En algunas cosas que me dijo entendí, que después que subió a los cielos, nunca bajó a la tierra, sino es en el Santísimo Sacramento, a comunicarse con naide. Díjome, que en resucitando había visto a Nuestra Señora, porque estaba ya con grande necesidad, que la pena la tenía tan traspasada, que aun no tornaba luego en sí para gozar de aquel gozo. Por aquí entendí estotro mi traspasamiento (1), bien diferente.

(1) Es esto una alusión al milagro de la Transverberación, del que se hablará muy pronto.

¿Mas cuál debía ser el de la Virgen? Que había estado mucho con ella, porque había sido menester hasta consolarla...”

¡Y esto que sobrepasa los ardores de la sed y de la embriaguez místicas!: “El día de Ramos, acabando de comulgar, quedé con gran suspensión, de manera que aun no podía pasar la Forma, y teniéndomela en la boca, verdaderamente me pareció, cuando torné un poco en mí, que toda la boca se me había hinchido de sangre; y parecíame estar también el rostro y toda yo cubierta de ella, como si entonces acabara de derramarla el Señor. Me parece estaba caliente, y era ecesiva la suavidad que entonces sentía, y díjome el Señor: *Hija, yo quiero que mi sangre te aproveche, y no hayas miedo que te falte mi misericordia. Yo la derramé con muchos dolores, y gózasla tú con gran deleite como ves; bien te pago el deleite que me hacías este día.* Esto dijo, porque ha más de treinta años que yo comulgaba este día, si podía, y procuraba aparejar mi alma para hospedar a el Señor...” ¿Se puede imaginar algo más ardiente y al mismo tiempo más audaz en la familiaridad con lo divino? ¡Hace falta ser santas (por ejemplo, Santa Catalina de Sena, antes de Santa Teresa) para tener la osadía de bañarse en la sangre eucarística! Pero esta audacia no es más que aparente. Esto que los espíritus suspicaces pueden considerar como una intemperancia de la loca imaginación, no es más que el aspecto sensible de un dogma que todo cristiano debe admitir, y del que hace una aplicación personal: “*¡He vertido esta gota de sangre por ti!*”, dice Cristo a Pascal en el famoso *Misterio de Jesús*. En realidad, cada cristiano, en particular, tiene derecho a toda la

sangre de Cristo. El pecado es común a todos; la Redención es también común a todos. Santa Teresa no reclama, pues, en este caso, ningún privilegio especial. No se aprovecha de ningún favor que se les niegue a los demás. La gracia insigne que recibe es la afirmación, o, mejor dicho, la confirmación sensible y particular de una verdad admitida y creída por todos. Este baño de sangre divina, que podría promover en un alma menos angélica que la suya una sentimentalidad y, tal vez, una sensualidad equívocas, no es para ella más que la promesa tiernísima, hecha por boca del Salvador, de su salud eterna. Quien lea atentamente, línea por línea, sus confesiones cándidas, llenas de sinceridad, las notas íntimas, a las que hemos ajustado nuestro texto todo lo posible, no encontrará una sola palabra que no respire la más casta espiritualidad. Cuando Cristo le toma una mano, acercándola a su costado, para que toque su llaga, Teresa no ve en esta acción más que el recuerdo de lo que el Señor ha sufrido por los hombres y la necesidad de que ella misma, a pesar de tantas tribulaciones, sufra todavía, siguiendo el ejemplo del Salvador. Pero estos sufrimientos no duraron siempre: *“Mira mis llagas, no estás sin Mí; pasa la brevedad de la vida.”* Y más adelante, cuando ella recibe en sus brazos el divino cuerpo, como la Virgen de la Quinta Angustia, se espanta del contacto sagrado. ¡Cómo! ¡La carne divina de Cristo tan cerca de la suya!... Pronto la palabra sublime la tranquiliza: *“No te espantes de esto, que con mayor unión sin comparación está mi Padre con tu ánima.”* Por estas solas palabras, el pensamiento de Teresa se ilumina hasta en sus intimidades más recón-

ditas: “¿Es posible, Señor, que una pecadora como yo tenga en sus brazos Vuestra carne adorable?” Y Cristo le contesta: “*La unión de mi Padre con tu alma es incomparablemente más grande.*” Es decir; puesto que tu alma está unida a mi Padre, tus manos bien pueden tocar mi santa Humanidad. Por ella tú comienzas una unión que acaba en Dios.

No es ésta, sin embargo, más que una visión entre mil, por lo menos iguales en esplendor y en significación místicos. No se crea que hay exageración en la cifra. Es muy posible que sea inferior a la realidad. Teresa ha vivido realmente en la intimidad de Cristo. A partir del momento en que estamos, durante los veinticinco últimos años de su vida, se puede decir que no ha pasado un solo día sin oír Su voz, sin que El estuviera a su lado. Es el amigo de todos los instantes, a quien confía sus penas, quien la consuela, la ayuda y la remedia. Cuenta la Santa que una noche, como no pudiera comer, a causa de los continuos vómitos que padecía, puso ante ella el pan, sin decidirse a partirlo ni a tomarlo. De pronto se le presentó el Señor, pareciéndole que partía un pedazo de pan, y aproximándosele a la boca, le decía: “Come, hija, y pasa como pudieres; pésame de lo que padeces, mas esto conviene ahora...” Cuando se lee esta escena de una divina ternura y trata uno de representársela, es imposible no recordar que Teresa es una española y una gran señora. Al sentimiento de ternura que se desprende de esta confesión, se une una especie de galantería sagrada. En aquel tiempo—y todavía hoy—, cuando un huésped español quería honrar a su invitado, tomaba delicadamente un trozo de un manjar o

una fruta y se la ofrecía... Cristo tiene toda clase de atenciones para quien muy pronto llamará su esposa. A los regalos espirituales con que la satisface, se unen presentes de joyas, cuyo brillo sólo ella percibe, sin duda porque es de la misma naturaleza de los resplandores de los cuerpos gloriosos: "Una vez, teniendo yo la cruz en la mano, que la traía en un rosario, me la tomó con la suya; y cuando me la tornó a dar, era de cuatro piedras grandes muy más preciosas que diamantes, sin comparación, porque no la hay casi a lo que se ve sobrenatural (diamante parece cosa contrahecha e imperfeta) de las piedras preciosas que se ven allá. Tenían las cinco llagas de muy linda hechura. Díjome que así la vería de qui adelante, y así me acaecía, que no vía la madera de que era, sino estas piedras, mas no lo vía naide, sino yo." Para Teresa había una especie de parentesco espiritual entre los esplendores de las gemas y los esplendores celestes. Por esto, sin duda, gustó siempre de las pedrerías. La afición femenina a las galas es, sin duda, el origen de esta predilección, que persistió en ella hasta el fin de su vida, pero transformada y sublimada. Menospreciaba las joyas y no se dignaba fijarse en ellas, sino porque le recordaban la gloria de las cosas del cielo.

Uno de sus confesores nos recuerda a este propósito la siguiente divertida anécdota: "Recibió un día en Burgos la visita de una señora recién casada, hermosa y ricamente vestida. Entre sus adornos llevaba perlas muy finas y dos o tres diamantes de gran precio, que causaban admiración. Cuando la dama, después de la visita, hubo salido, la Madre me habló en estos térmi-

nos: —Dígame, padre Pedro, ha visto vuestra paternidad a doña Fulana? —Sí, Madre. ¿Por qué me hace vuestra merced esa pregunta? —¿No os parece que es hermosa, que tiene el aire simpático y sus perlas son bonitas? —No he parado atención en todo esto; pero todo el mundo dice que es hermosa y que se compone mucho.— La Santa se sonrió, añadiendo: —¡Esos diamantes estarían mejor adornando mi Niño Jesús! Para mí, todas las cosas de la tierra me parecen muy feas.” Esta conclusión es la misma que resulta de otra anécdota, anterior a ésta, y tal vez más graciosa, que nos cuenta la Santa. Se encontraba ésta en Toledo, residiendo en casa de una gran señora, doña Luisa de la Cerda, hermana del duque de Medinaceli: “Cuando estaba con aquella señora—escribe—que he dicho, me acaeció una vez estando yo mala del corazón (porque como he dicho, le he tenido recio, aunque ya no lo es), como era de mucha caridad, hízome sacar joyas de oro y piedras, que las tenía de gran valor; en especial una de diamantes, que apreciaba mucho. Ella pensó que me alegraran; yo estaba riéndome entre mí, y haciendo lástima de ver lo que estiman los hombres, acordándome de lo que nos tiene guardado el Señor...” Sí, sin duda, la Santa menospreció piadosamente las joyas de la gran señora. ¿Pero por qué ésta pensó que le iba a proporcionar un placer mostrándoselas? Es una idea peregrina—muy femenina, por otra parte—pensar que ante las piedras preciosas Santa Teresa se sentiría aliviada de su mal de corazón... Seguramente, Luisa de la Cerda, que era persona de gran espiritualidad, sabía que las bellezas materiales no son, para las almas

místicas, sino peldaños para trepar hasta las espirituales... Todas las visiones—imaginarias o intelectuales—han tenido a Cristo por objeto. Pero no han sido las únicas que tuvo Santa Teresa. Se le manifestaron también otras divinas personas: la Virgen y los santos y aun los propios ángeles. Cada una de estas apariciones, de algún tiempo unas, más fugaces otras, fueron como un baño de gracia y de luz. Para las almas creyentes, sobresale con alta significación mística, con poesía a la vez suave y deslumbradora, la siguiente visión con que la Santa fué favorecida, siendo priora de la Encarnación y en la iglesia del mismo convento: “La víspera de San Sebastián, del primer año que vine a ser priora—nos dice—, comenzando la Salve, vi en la silla prioral, adonde está puesta Nuestra Señora, abajar con gran multitud de ángeles a la Madre de Dios, y ponerse allí: a mi parecer no vi la imagen entonces, sino esta Señora que digo. Parecióme se parecía algo a la imagen que me dió la condesa (1), aunque fué de presto el poderla determinar, por suspenderme luego mucho. Parecíame encima de las comas de las sillas, y sobre los antepechos muchos ángeles, aunque no con forma corporal, que era visión intelectual. Estuve así toda la Salve...”

Vió también aparecérsese religiosos en estado de gracia o en la misma gloria; unas veces después de muertos, otras en vida, por visión profética. Así le sucede con el padre Gracián, su discípulo amado, a quien la Santa designa, en el

(1) Este cuadro representando la Virgen fué regalado a la Santa por doña María de Velasco y Aragón, condesa de Osorno, y en la actualidad se le venera en el convento de San José, de Avila.

lenguaje convencional de su correspondencia, con el nombre de Eliseo. “Estaba—dice—una vez muy recogida encomendando a Dios a Eliseo. Entendí: *Es mi verdadero hijo, no le dejaré de ayudar*, u una palabra de esta suerte que no me acuerdo bien esto postrero. La víspera de San Lorenzo, después de comulgar, mi espíritu estaba tan distraído y turbado, que me era imposible recogerme. Sentía envidia de los que habitan en los desiertos, persuadida de que no oían ni veían nada del mundo exterior, estando exentos de esta distracción. Entonces entendí estas palabras: *Hija mía, te engañas mucho. Las tentaciones del demonio, son, por el contrario, allí más fuertes que en parte alguna. Ten paciencia. Mientras que dura la vida no podrás escapar a estas pruebas*. Reflexioné sobre estas palabras, cuando, de pronto, me vino un resurgimiento interior, acompañado de una claridad tan grande, que me creí en otro mundo. Mi espíritu se encontraba dentro de sí mismo, como en medio de un delicioso jardín. En seguida pensé en lo que dice el libro de los Cantares: *Veniat dilectus meus in hortum suum*. Vi a Eliseo. No estaba de negro, sino vestido de deslumbradora hermosura. Llevaba sobre la cabeza a modo de una guirnalda de piedras preciosas. Gran número de vírgenes iban delante, llevando palmas y entonando todas cánticos de alabanzas al Señor. No me atrevía a abrir los ojos, para no distraer la atención y que la visión desapareciera. Me parecía también un concierto de ángeles y de pajarillos. Mi ánimo gustaba de tal suavidad, bañándose en alegría. Extrañábame de no ver otro hombre y entendí: *Este ha merecido estar entre vosotras (las vírgenes) y esta fiesta es por*

haberse consagrado a mi Madre. Anda de prisa, si quieres llegar donde él está." Esta visión, de la que no podía apartarme, tan grande era la alegría de mi alma, duró más de hora y media, cosa que nunca me había sucedido con las otras visiones. Saqué de allí un amor más grande por Eliseo y le recordaba siempre con aquella belleza con que había aparecido. Tenía el temor de que aquello fuera una tentación. En todo caso, no podía ser más que una imaginación..."

Para comprender bien la mayoría de estas visiones y revelaciones es necesario tener en cuenta las circunstancias particulares en medio de las que se producían. En lo que concierne a esta última—y para explicar el amor exaltado que la Santa sentía por el discípulo de su predilección, el padre Gracián—importa recordar que este religioso, que era el agente más enérgico y más calificado de la reforma, sufría entonces una furiosa persecución de los carmelitas calzados y de toda clase de enemigos ocultos; que la reforma era, a los ojos de la Santa, algo capital, tal vez cuestión de vida o muerte para el catolicismo, amenazado por los protestantes, y, por último, que Santa Teresa jamás dejó de cultivar las amistades místicas como medio, para las almas fervorosas, de estimularse y, unidas, marchar hacia Dios.

Pero estas consideraciones históricas hacen nacer una objeción, que ha sido formulada muchas veces por los adversarios de lo sobrenatural; es que estas visiones y revelaciones, que responden tan bien a las preocupaciones *actuales* de Teresa, ¿no serán provocadas por esas mismas preocupaciones, por el deseo de encontrar una respuesta para sus dudas, aliento para

sus pruebas? Y la acompañan de esta severa condenación, que San Juan de la Cruz formula contra ciertos estados místicos: "Es una cosa sorprendente la que sucede en nuestros días. Cuando un alma tiene menos de cuatro denarios de consideración de cosas divinas y que cree haber oído una voz interior en los momentos de recogimiento, inmediatamente se considera como algo sagrado y divino y dice, sin duda alguna: "Dios me ha hablado, Dios me responde..." *Y eso no es verdad. Es ella misma la que se habla y la que se contesta, por efecto de su mismo deseo..."*

Evidente, de toda evidencia, que esta crítica no puede dirigirse a Santa Teresa, que sin cesar estuvo en guardia contra los engaños de los sentidos, las sugestiones del sentimiento y las asechanzas del Enemigo. Cuando no tuvo la seguridad de una cosa, absolutamente segura, multiplicó, ya lo hemos visto, las fórmulas dubitativas. Nos dice que *le parece* y no que esté segura. Pero hay evidencias inmediatas que Teresa no puede negar, a menos de negarse a sí misma. Evidencias que no se dan una vez sola, sino que se repiten muchas veces. Para la vidente esta certidumbre es superior a la de los sentidos, que siempre pueden ser juguete de alucinaciones. La evidencia racional, es en este caso, perfecta y constante; está confirmada por repetidas experiencias, por el testimonio concordante de los cinco sentidos espirituales, que son análogos a los cinco sentidos orgánicos. Por otra parte, estas visiones y revelaciones no son nunca voluntarias. Santa Teresa insiste en lo del carácter pasivo de estos estados. Si se esfuerza en la oración, en todas las formas de la oración, jamás

pidió las gracias. Por el contrario, y cumpliendo la orden de sus confesores, ha tratado de rechazarlas, haciendo desesperados esfuerzos para sustraerse a su acción. De modo que la Santa suscribiría de buen grado esta crítica severa de San Juan de la Cruz: "Quien quiera en nuestros días, pedir a Dios y obtener alguna visión o revelación, me parece que hará un ultraje al Señor, separando los ojos de Jesucristo. Y el Señor le responderá: "Este es mi hijo, muy amado, en quien he puesto todas mis complacencias. Escuchadlo y no busquéis nuevas enseñanzas. Porque en El y por El, he dicho y revelado y todo lo que podéis desear y pedir. Os lo he dado por hermano, por maestro, por amigo, por razón y por recompensa." Santa Teresa podría contestar que ella nunca desea nada más que esta enseñanza y esta recompensa. Todo lo que se le había dado fué a pesar suyo y por añadidura.

Estas manifestaciones sobrenaturales, con su frecuencia, su certidumbre inmediata, su carácter involuntario, se distinguen además por otra condición, que añade elementos nuevos al conocimiento, adquisiciones de los sentidos naturales, que no tienen de otro modo; así la perfección de una luz, que no siendo luz sensible la lleva a un grado de esplendor extraordinario, "una luz tan diferente de la de aquí abajo que, a pesar de todos los esfuerzos del espíritu, repetidos durante la vida entera, será imposible imaginársela como es." Es, pues, esto un nuevo don, ajeno al conocimiento sensible y racional. De igual modo esas extrañas palabras, que Teresa llama "el lenguaje del cielo"; esas palabras no pronunciadas, no distintas y que parecen ser grandes ver-

dades milagrosamente infusas. Estas intuiciones están dotadas de intensidad tan prodigiosa, revelan a la vidente misterios tales, que las palabras le faltan para describir lo que vió; sólo puede decir que en el transporte de esta visión se sintió fuera de sí y propicia al aniquilamiento. Producen, en fin, una verdadera dilatación de la inteligencia, una renovación y un enriquecimiento moral, que todos los esfuerzos de la vidente hacia la perfección no pudieron lograr y que ahora se sorprende de haber conseguido en un instante. Estos dones desconocidos son la prueba de la verdad de estas visiones, cuando todavía la atenaza la duda. Son los obsequios del Amigo desconocido, que le atestiguan a la vez la realidad de su amor y de las misteriosas visitas.

El mayor de los efectos producidos por esas gracias insignes es un acrecentamiento de amor a Dios, acrecentamiento que se manifiesta bajo una forma extraña, pero característica, y que la Santa analiza con penetración y sutileza singulares. Este nuevo estado se produjo durante las persecuciones que tuvo que sufrir desde el día siguiente de su conversión; es decir, desde que le fueron concedidas las gracias especiales. "Desde á poco tiempo comenzó su Majestad, como me lo tenía prometido, a señalar más que era El, creciendo en mí un amor tan grande de Dios, que no sabía quien me le ponía, porque era muy sobrenatural, ni yo le procuraba. Víame morir con deseo de ver a Dios, y no sabía adónde había de buscar esta vida, si no era con la muerte. Dábanme unos ímpetus grandes de este amor, que aunque no eran tan insufrideros, como los que ya otra vez he dicho, ni de tanto valor, yo

no sabía qué me hacer, porque nada me satisfacía, ni cabía en mí, sino que verdaderamente me parecía se me arrancaba el alma. ¡Oh, artificio soberano del Señor, qué industria tan delicada hacíades con vuestra esclava miserable! Ascondíades os de mí, y apretábadesme con vuestro amor, con una muerte tan sabrosa, que nunca el alma quería salir de ella. Quien no hubiere pasado estos ímpetus tan grandes, es imposible poderlo entender.”

Y más adelante precisa esta especie de dolor, que le parece una muerte anticipada. Lo compara con una herida que hiciera una flecha empapada en el jugo de una hierba venenosa: “No procura el alma que duela esta llaga de la ausencia del Señor, sino que hincan una saeta en lo más vivo de las entrañas y corazón a las veces, que no sabe el alma qué ha, ni qué quiere. Bien entiende que quiere a Dios, y que la saeta parece traía ponzoña para aborrecerse a sí por amor de este Señor, y perdería de buena gana la vida por El. No se puede encarecer, ni decir, el modo con que llaga Dios el alma, y la grandísima pena que da, que la hace no saber de sí, mas es esta pena tan sabrosa, que no hay deleite en la vida que más contento dé. Siempre querría el alma, como he dicho, estar muriendo de este mal...”

Esta muerte no tiene nada de metafórica; es real. En ciertos momentos del éxtasis, parece que es la muerte física que llega. “El dolor—dice la Santa—dá tan recio, que eso, ni nada no se puede hacer, que corta todo el cuerpo; ni pies ni brazos no puede menear; antes si está en pié se siente como una cosa transportada, que no puede, ni aun resollar (resollar), sólo da unos

gemidos, no grandes, porque no puede, mas sólo en el sentimiento..."

Importa tener muy presente las anteriores citas, por haberlas leído repetidamente y con la mayor atención, penetrados en lo posible de su sentido, para explicarse uno de los hechos más extraordinarios de la vida de Santa Teresa; el famoso milagro de la Transverberación, del que la Iglesia ha conservado su recuerdo con la fiesta que celebra el 27 de agosto de cada año. Acerca de este hecho se han dado las interpretaciones más tendenciosas y más groseramente erróneas. La literatura pseudo-médica ha visto en este caso, superficialmente expuesto, la confirmación de sus teorías. Hay también el grupo célebre de Bernini, *esa gloria* en mármol blanco, que quiere ser una traducción plástica y una ilustración del milagro, y que todavía se le puede contemplar en la iglesia de Santa María de la Victoria, en Roma. Esta escultura equívoca autoriza en cierto modo tales fantasías de interpretación y ha servido a escritores, algunos de nota, para ciertas variaciones estéticas, a propósito de la mezcla de la voluptuosidad y de la devoción.

En realidad, ¿de qué se trata en esas líneas de Santa Teresa? De una forma singular del amor a Dios, de un tal apetito de Dios, que el alma se siente morir cuando se priva de él. Este dolor que sufre la Santa lo materializa, representándolo en una flecha, que le atravesará el corazón y las entrañas, inspirándole el horror de sí misma y el deseo de perder la vida por Dios. Es un dolor a la vez espiritual y físico, porque es imposible que tan gran sufrimiento del alma no afecte también al cuerpo. Pero de

este dolor nace un placer incomprensible e inexplicable, un placer que coexiste con el dolor y que hace—son sus palabras—“que el alma quiera estar siempre muriendo de ese mal.” Así, pues, la flecha no es más que la forma sensible, por medio de la cual la Santa representa el *dolor del alma*, que siente por la ausencia de Dios.

Cuando se está penetrado de este pensamiento de Santa Teresa, se puede leer, sin asombro, la prodigiosa confesión que sigue: “Quiso el Señor, que viese aquí algunas veces esta visión; vía un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo en forma corporal; lo que no suelo ver sino por maravilla. Aunque muchas veces se me representan ángeles, es sin verlos, sino como la visión pasada, que dije primero. En esta visión quiso el Señor le viese así; no era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido, que parecía de los ángeles muy subidos, que parece todos se abrasan. Deben ser los que llaman cherubines, que los nombres no me lo dicen; más bien veo que en el cielo hay tanta diferencia de unos ángeles a otros, y de otros a otros, que no lo sabría decir. Veíale en la mano un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces, y que me llegaba a las entrañas; al sacarle me parecía las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacía dar aquellos quejidos, y tan ecesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y aun harto. Es un requiebro tan suave,

que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo a su bondad lo dé a gustar a quien pensare que miento...”

Con propósito deliberado se puede encontrar un cierto paralelismo entre el amor místico y el amor humano. Lo que se desprende de las anteriores líneas es que, a los ojos de la Santa, la persona del ángel era completamente accesoria; el enviado y el ministro del amor divino. No veía en él más que un ser resplandeciente, que pertenecía a una de las más elevadas jerarquías celestes. Señala la belleza del enviado; pero no es para éste su amor. El resultado de la herida causada por la flecha de oro ha sido “abrasarla en un gran amor a Dios”. Por otra parte, el dolor por ella sufrido es espiritual, siquiera sus consecuencias alcancen al cuerpo. Las delicias concomitantes son también espirituales y a ellas el cuerpo permanece extraño; “es un requiebro tan suave, que pasa entre el alma y Dios...”

Los que se empeñan en considerar este éxtasis de Santa Teresa como un caso fisiológico y patológico, vense obligados a desnaturalizar los textos y a forzar los hechos.

Pero la Iglesia, después de un minucioso examen, ha reconocido el milagro. Y las hijas de Santa Teresa, en la capilla de su convento de Alba de Tormes, muestran una prueba material, que es desconcertante; el corazón mismo de la Santa, con la cicatriz muy visible de la transverberación; el corazón no embalsamado, sino desecado, y conservado en una ampolla de cristal, que ocupa el centro de un suntuoso relicario. Una corona, constelada de piedras preciosas surmonta la ampolla, y en la cima del radiante

ostensorio se levanta un grupo de plata maciza: dos figuras, la de la Santa y la del ángel, conmemorando el prodigio. El orfebre, comprendiendo mejor que Bernini el pensamiento de la vidente, la representa casi vuelta de espaldas al querubín y con el rostro levantado hacia el cielo... Alrededor de esta reliquia, la imaginación corrió a carrera abierta. Las historias más novelescas y extravagantes se han inventado para explicar *científicamente* la herida, tan clara, de este corazón de carne. Llega uno a preguntarse por qué las mismas gentes que admiten la estigmatización en los místicos se resisten a admitir los estigmas internos, que podrían explicarse también de un modo científico. ¿Por qué, si, como esos señores creen, el solo pensamiento de San Francisco de Asís, intensamente aplicado a las llagas de Nuestro Señor Jesucristo, ha podido producir los cinco estigmas, ¿por qué el pensamiento de Santa Teresa, concentrado sobre la herida y el sufrimiento atroz de su propio corazón, no ha de dejar señales análogas sobre su carne? Pero todo esto está muy lejos de la demostración. Ninguna experiencia se puede hacer en lo que fué. Lo que queda, lo que se alza, ante la razón estupefacta, como un enigma y como un veto, es ese trozo de carne, marcada con un signo misterioso, que se ríe de los siglos y de la podredumbre...

Para Teresa, la realidad del milagro no ofrece ni la sombra de una duda. Y se repite varias veces: "Los días—dice—que duraba esto, andaba como embobada, no quisiera ver ni hablar, sino abrasarme con mi pena, que para mí era mayor gloria, que cuantas hay en todo lo criado..." Estos estados no son más que el preludio



de superiores gracias. A partir de este momento comienza lo que la Santa llama sus "grandes arrobamientos".

III

LOS ARROBAMIENTOS, LAS ILUMINACIONES Y LA UNIÓN MÍSTICA

Estos grandes arrobamientos, que se multiplicaron después del milagro de la Transverberación, no eran una novedad para Santa Teresa. La primera vez que oyó a una voz interior: "No quiero que hables más con hombres, sino con ángeles", estaba recitando las estrofas del *Veni Creator*. En medio del recitado fué sorprendida por un arrobamiento, oyendo en aquel momento las palabras sobrenaturales. Después, todas las visiones y revelaciones le fueron otorgadas en la oración o al comenzar el éxtasis. Cuando la Santa nos habla de las visiones imaginarias, añade: "Para mí, las visiones de esta especie están dotadas de tal poder, cuando el Señor quiere descubrir al alma una gran parte de su gloria y de su majestad, que es imposible que ningún alma lo pueda soportar, a menos que no la ayude un socorro sobrenatural, dejándola *en el arrobamiento y en el éxtasis*. Y así la visión de esta divina presencia se pierde en el goce."

Teresa no parece distinguir entre el éxtasis y el arrobamiento, al que ella llama "el vuelo del espíritu". Los considera como estados de la misma naturaleza, aunque no del mismo grado, lo que permite establecer diferencias entre ellos. El éxtasis parece ser para la Santa la unión mística.

tica con el Supremo poder, la que se distingue "por la intensidad de sus efectos y por un cierto número de otras operaciones". Es más suave que el arrobamiento. Este, por el contrario, es de extremada violencia, y se presenta de varios modos. Tan pronto se produce bajo la acción aparente de una circunstancia exterior, como sin esta causa exterior, que puede ser una frase, una palabra, un pensamiento bruscamente surgido, de improviso, en el curso de una conversación, estando el pensamiento en otra cosa, el alma súbitamente se eleva y el cuerpo queda presa de la angustia.

Veamos ahora los efectos físicos de este fenómeno extraño: "En estos arrobamientos parece no anima el alma en el cuerpo, y aún se siente muy sentido, faltan de él el calor natural; vase enfriando, aunque con grandísima suavidad y deleite. Aquí no hay remedio de resistir, que en la unión, como estamos en nuestra tierra, remedio hay; aunque con pena y fuerza resistirse puede casi siempre. Acá las más veces ningún remedio hay, sino que muchas, sin prevenir el pensamiento ni ayuda ninguna, viene un ímpetu tan acelerado y fuerte, que véis y sentís levantarse esta nube, o esta águila caudalosa y cogeros con sus alas. Y digo, que se entiende y véis os llevar, y no sabéis dónde; porque aunque es con deleite, la flaqueza de nuestro natural hace temer a los principios; y es menester ánima determinada y animosa, mucho más que para lo que queda dicho, para arriescarlo todo, venga lo que viniere, y dejarse en las manos de Dios, e ir adonde nos llevaren de grado, pues os llevan aunque os pese; y en tanto extremo, que muy muchas veces querría yo resistir, y pongo todas

mis fuerzas, en especial algunas, que es en público, y otras hartas en secreto, temiendo ser engañada. Algunas podía algo con gran quebrantamiento; como quien pelea contra un ja-yán fuerte quedaba después cansada; otras era imposible, sino que me llevaba el alma y aun casi ordinario la cabeza tras ella, sin poderla tener, y algunas todo el cuerpo, hasta levantarle...”

Esto último es lo que se llama hoy un fenómeno de levitación; caso muy raro y que, según parece, no ha sido nunca observado *científicamente*. Ciertos autores, que no han contrastado la realidad, nos dicen: Los místicos son víctimas de una ilusión. En esa tensión extrema de todo su ser, tanto físico como moral, se imaginan que son elevados, separándose de la tierra; pero no hay nada de eso. A estas aserciones basta con oponer el testimonio rotundamente categórico de Santa Teresa: “Esto ha sido pocas veces—dice—, porque como una vez fuese adonde estábamos juntas en el coro, y yendo a comulgar, estando de rodillas, dábame grandísima pena; porque me parecía cosa muy extraordinaria, y que había de haber luego mucha nota; y así mandé a las monjas (porque es ahora, después que tengo oficio de priora) no lo dijesen. Mas otras veces, como comenzaba a ver que iba a hacer el Señor lo mismo, y una estando personas principales de señoras (que era la fiesta de la vocación) en un sermón, tendíame en el suelo, y llegábanse a tenerme el cuerpo, y todavía se echaba de ver. Supliqué mucho al Señor que no quisiera ya darme más mercedes, que tuviesen muestras exteriores.”

Un poco más adelante insiste todavía sobre

la sorpresa que le producía el hecho. "Y aun yo confieso—escribe—, que gran temor me hizo, al principio grandísimo; porque ansí levantan un cuerpo de la tierra, que aunque el espíritu le lleva tras sí, y es con suavidad grande, si no se resiste, no se pierde el sentido; al menos yo estaba de manera en mí, que podía entender era llevada..."

Claro es que a esta última afirmación de la Santa se podrá contestar siempre que fué juguete de una ilusión; ¿pero cómo contradecir dos hechos materiales; que en uno de estos trances la Santa se tendía en tierra y que las monjas se veían obligadas, obedeciendo su mandato, a sujetar su cuerpo para que no se elevase? ¿Dirán entonces que se trataba de convulsiones? Sin embargo, testigos oculares, las religiosas de la Encarnación y de San José, sus mismas compañeras, han afirmado, en diferentes ocasiones, que habían visto elevarse del suelo el cuerpo de la Santa en el curso de sus éxtasis. La madre María Bautista "la vió dos veces", confirmándolo la hermana del padre Gracián, la madre María de San José. Una prima de Santa Teresa, la madre María de San Jerónimo, declaró lo mismo. Por último, el testimonio más sorprendente y categórico es el de María Pinel, en las notas sobre el convento de la Encarnación: "En el tercer locutorio, del que la Santa hizo su gabinete cuando ella fué priora (y por este motivo se la llama el locutorio de nuestra Santa Madre), en este lugar, ella y nuestro padre San Juan de la Cruz tuvieron numerosos arrobamientos. De uno de ellos fué testigo la madre Beatriz de Jesús, sobrina de la Santa, que era portera y en el momento que llegaba para solicitar alguna orden.

La Santa estaba arrodillada junto a la reja, y el Santo del otro lado, ocupando una silla, en una habitación que está unida a la portería y luego al interior de la clausura. Otra vez que ambos estaban en conversación sucedió cosa parecida y el Santo se puso en pie, para resistir aquel transporte del espíritu. Fué en esta ocasión, cuando la Santa dijo las siguientes palabras: "No se puede hablar de Dios con el padre Juan, porque en seguida entra en éxtasis y hace participar de él."

A pesar de estos detalles tan precisos (admitamos que las religiosas hayan exagerado inconscientemente), queda un hecho incontestable, y es que en el arrobamiento Santa Teresa experimenta como un aligeramiento de su cuerpo y una inexplicable sensación de ser empujada de abajo a arriba. "De pronto—dice ella—mi cuerpo se volvía tan ligero que no pesaba nada; algunas veces hasta tal punto que no sentía que mis pies tocasen la tierra." Y más adelante: "Es así que me parecía, cuando quería resistir que desde debajo de los pies me levantaban fuerzas tan grandes, que no sé cómo lo comparar."

Pero este ataque repentino no es más que el primero de una serie de manifestaciones, que Santa Teresa ha descrito minuciosamente: "Pues cuando está en el arrobamiento el cuerpo queda como muerto, sin poder nada de sí muchas veces, y como le toma se queda siempre, si sentado, si las manos abiertas, si cerradas. Porque, aunque pocas veces se pierde el sentido, algunas me ha acaecido a mí perderle del todo, pocas y poco rato; mas lo ordinario es, que se turba, y aunque no puede hacer nada de sí cuan-

to a lo exterior, no deja de entender y oír como cosa de lejos. No digo que entiende y oye, cuando está en lo subido de él (digo subido, en los tiempos que se pierden las potencias, porque están muy unidas con Dios, que entonces no ve, ni oye, ni siente, a mi parecer); mas, como dije en la oración de unión pasada, este transformamiento del alma del todo en Dios, dura poco; mas eso que dura, ninguna potencia se siente ni sabe lo que pasa allí. No debe ser para que se entienda, mientras vivimos en la tierra, al menos no lo quiere Dios, que no debemos ser capaces para ello."

Este estado y los que le preceden son en extremo dolorosos; es, dice la Santa, un verdadero martirio; pero un martirio que quisiera uno estar sufriendolo cuanto resta de vida. Muchas veces "es tan ecesivo, que el sujeto le puede mal llevar; y ansí algunas veces se me quitan todos los huesos casi, según dicen las que algunas veces se llegan a mí de las hermanas, que más lo entienden, y las canillas muy abiertas y las manos tan yertas, que yo no las puedo algunas veces juntar; y ansí me queda dolor hasta otro día en los pulsos y en el cuerpo, que me parece que me han descoyuntado". Llega un momento del ataque en el que se lanzan grandes gritos y, mientras dura, gemidos, más o menos fuertes. Los gritos tienen, a veces, algo de espantoso: "En el mundo—dice Santa Teresa—esos gritos son tan raros, que no es extraño que se les tome por señales de locura." Y llega a declarar aquí: "Si los arrobamientos son verdaderos, que queda el alma con los efetos y aprovechamiento que queda dicho; y si no son éstos, dudaría yo mucho serlos de parte de Dios, antes

temería no sean los *rabiamientos*, que dice San Vicente Ferrer...”

No tengamos el temor de confesar, porque la misma Santa Teresa lo declara, que estos fenómenos externos de arrobamiento tienen mucho de raro y a veces de repugnante, que la Santa explica como la razón de la flaqueza y debilidad humanas. Incapaz de soportar estos estados de prodigio, nuestra pobre naturaleza se trastorna hasta en aquellas manifestaciones más bajas, que son comunes a la animalidad. Por eso la Santa se sentía abochornada de estas crisis, cuando se producían en público. Hizo cuanto pudo para disimularlas, al principio hasta de las mismas religiosas; pero éstas acabaron por habituarse. Así lo afirma explícitamente su prima, la madre María de San Jerónimo: “Aunque al principio sentía gran pena por los arrobamientos delante de nosotras, acabó por resignarse. Mas para las personas de fuera, para disimular decía que le daban ataques al corazón. Y así, cuando era sorprendida delante de alguna persona extraña, pedía que le dieran algo de comer o de beber, dando a entender que era una necesidad de su enfermedad.” Se ve la importancia que la Santa concedía al temor de escandalizar al prójimo. Pronto, sin embargo, hubo de olvidar estos trastornos físicos—echando un velo sobre las miserias de la naturaleza—para no considerar más que los efectos interiores, las ventajas duraderas del arrobamiento, que estimaba de subido valor.

Pronto de estas crisis salió, redoblados su humildad y su amor a Dios: “Mal que nos pese—dice—, vemos que ha superior, y que estas mercedes son dadas de él, y que de nosotros no

podemos en nada, nada; y que imprímese mucha humildad... Muéstrase una majestad de quien puede hacer aquello, que espeluzna los cabellos, y queda un gran temor de ofender a tan gran Dios. Este envuelto en grandísimo amor, que se cõbra de nuevo, a quien vemos le tiene tan grande a un gusano tan podrido, que no parece se contenta con llevar tan de veras el alma a sí, sino que quiere el cuerpo, aun siendo tan mortal y de tierra tan sucia, como por tantas ofensas se ha hecho."

Otro efecto es éste: "También deja un desasimiento extraño—escribe la Santa—, que yo no podré decir cómo es; paréceme que puedo decir es diferente en alguna manera. Digo más, que estotras cosas de solo espíritu, porque, ya que estén, cuanto a él espíritu, son todo desasimiento de las cosas; aquí parece quiere el Señor, que el mismo cuerpo lo ponga por obra; y hácese una extrañeza nueva para con las cosas de la tierra, que es muy más penosa la vida..." No es sólo porque el místico sienta como aligerado su cuerpo por lo que experimenta ese sentimiento, sino porque el dolor ha roto y aniquilado su cuerpo. Ve entonces el revés de la tela, el engaño de la apariencia. Se convierte en un forastero del mundo, del que sabe todo es ilusorio, de la vida, perpetua engendradora del dolor. Comienza entonces, para él, una nueva prueba, una prueba terrible e inaudita, que Santa Teresa analiza y penetra hasta en sus repliegues más ocultos.

"Después de una pena—dice—que ni la podemos traer a nosotros, ni venida se puede quitar. Yo quisiera harto dar a entender esta gran pena, y creo no podré, mas diré algo si supiere... Para

la cual, como he dicho, no somos parte, sino muchas veces a deshora viene un deseo, que no sé cómo se mueve; y de este deseo, que penetra toda el alma en un punto, se comienza tanto a fatigar, que sube muy sobre sí, y de todo lo criado, y pónela Dios tan desierta de todas las cosas, que por mucho que ella trabaje, ninguna que le acompañe, le parece hay en tierra, ni ella la querría, sino morir en aquella soledad. Que la hablen, y ella se quiera hacer toda la fuerza posible a hablar, aprovecha poco; que su espíritu, aunque ella más haga no se quita de aquella soledad. Y con parecerme que está entonces lejísimo Dios, a veces comunica sus grandezas por un modo el más extraño que se puede pensar; y así no se sabe decir, ni creo lo creerá ni entenderá sino quien hubiere pasado por ello; porque no es la comunicación para consolar, sino para mostrar la razón que tiene de fatigarse, de estar ausente del bien, que en sí tiene todos los bienes. Con esta comunicación crece el deseo y el extremo de soledad en que se ve con una pena tan delgada y penetrativa, que al pie de la letra me parece se puede entonces decir (y por ventura lo dijo el real Profeta, estando en la misma soledad, sino que como a santo se la daría el Señor a sentir en más ecesiva manera): *Vigilavi et factus suncicut passer solitarius in tecto*. Consuélame ver que han sentido otras personas tan gran extremo de soledad, cuanto más tales. Así parece está el alma, no en sí, sino en el tejado o techo de sí misma, y de todo lo criado; porque aun encima de lo muy superior del alma me parece que está...”

Este horrible sentimiento de soledad, atemperado por visiones y revelaciones consoladoras,

exaspera algunas veces en tal grado—el alma se siente angustiada y abandonada—, que ella se pregunta: “¿Dónde está tu Dios? *Ubi est Deus tuus?*” Sólo puede consolarla el recuerdo de las revelaciones admirables y sobrenaturales que Dios le concedió en medio de sus angustias. Pero, algunas veces, la intensidad de su sufrimiento es tan grande que llega hasta hacerle perder la sensibilidad. Entonces son las ansias de la agonía, el trance horrible de la muerte. “Salvo que trae consigo un tan gran contento este padecer—dice la Santa—, que no sé yo a qué lo comparar. Ello es un recio martirio sabroso. Bien entiende el alma, que no quiere sino a su Dios; mas no ama cosa particular de él, sino todo junto lo quiere y no sabe lo que quiere. Digo no sabe, porque no representa nada la imaginación; ni a mi parecer, mucho tiempo de lo que está así, no obran las potencias; como en la unión y arrobamiento el gozo, así aquí la pena las suspende.”

Hay, en fin, un sufrimiento peor que todos los anteriores y es el de ciertos momentos de zozobra y desesperación, en el que sobresale el instinto de conservación, el deseo de rescatar la vida, de buscar a nuestro alrededor otra alma, un ser vivo, que nos ayude y nos detenga en la pendiente. Santa Teresa compara el alma que así se debate, en su agonía, con el reo “que tiene la soga a la garganta y se está ahogandó, que procura tomar alientos”. Pero esta lucha suprema no hace sino traicionar nuestra flaqueza. “Es el deseo que el cuerpo y alma tienen de no se apartar, es el que pide socorro para tomar huelgo (aliento), y con decirlo, y quejarse y divertirse, busca remedio para vivir muy contra la vo-

luntad del espíritu, u de lo superior del alma, que no querría salir de esta pena...”

Esta agudización del dolor místico, nos advierte Santa Teresa que no se logra en seguida. Algunos años pasaron entre su primer arrobamiento y este estado hiperagudo. Y añade: “Este camino parece más seguro porque es camino de cruz, y en sí tiene un gusto muy de valor, a mi parecer, porque no participa con el cuerpo, sino pena, y el alma es la que padece, y goza sola del gozo y contento que da este padecer. No sé yo cómo puede ser esto; mas así pasa, que a mi parecer no trocaría esta merced, que el Señor me hace (que viene de su mano, y, como he dicho, no nada adquirida de mí, porque es muy sobrenatural) por todas las que después diré...”

En el curso de este sutil y difícil análisis hay un momento en que la Santa se detiene, presa de los escrúpulos, y pregunta: “¿Está bien así? ¿Me he explicado bien?” Desespera de haber llegado. Siente que no lo ha dicho todo, que no puede decirlo todo. Sin embargo, ha dicho bastante para que podamos entrever lo que puede ser esa pena extraña. Desde luego, la sensación de la agonía y de la muerte física (el pulso se hace imperceptible) y con estas ansias del cuerpo, un sufrimiento inexplicable del alma, la sensación de que el mundo se hunde, de que no hay nada más. (¿Dónde está tu Dios? ¿*Ubi est Deus tuus?*) Todo es abolido; las imágenes, las formas, las sensaciones (se pierde el sentimiento). Es el desierto, como la Santa dice, el *último extremo de la soledad*. Y después, en este paroxismo del dolor y del abandono, un sentimiento de placer y de consuelo. Después de caer en tierra, de haber perdido la noción del sentimiento, el

alma se siente revivir en el dolor mismo, tal vez por el exceso de dolor. Se siente igual a su dolor y triunfa al contar con una ayuda que deberá ser sobrenatural, puesto que el dolor sobrepasaba nuestra capacidad de sufrimiento. El alma se consuela con las luces que, de pronto, el Señor le concede, por las revelaciones, que siendo más fuertes que el sufrimiento, le dan fuerzas para soportarlo, para merecer a Dios, cuya ausencia es la muerte.

Es, sobre todo, en "el vuelo del espíritu" cuando estas iluminaciones se le conceden al alma, con una abundancia y una claridad que colman sus deseos. El vuelo del espíritu es una especie de arrobamiento; pero "más intenso y más impetuoso". "Es de tal modo—dice Santa Teresa—que en verdad parece que separa el espíritu del cuerpo." Y haciendo alusión a ella misma, agrega: "Sin embargo, esta persona de quien yo he hablado antes no estaba muerta. Pero durante algunos instantes no sabía si su alma animaba o no a su cuerpo. Le parecía que había entrado en otra región muy distinta de la que nosotros vivimos. Allí se le reveló una luz tan diferente de la de aquí abajo, que podría pasarse toda su vida, queriendo imaginarse algo parecido, sin conseguirlo. Se encontró, además, instruída a la vez de muchas cosas, que haciendo un gran esfuerzo, durante muchos años, para imaginarlas, apenas si lo hubiera conseguido de una milésima parte..."

A la claridad de esta luz incomparable el alma descubre un país desconocido. Entrevé, durante el tiempo de un relámpago, deslumbradoras maravillas. Pero estas iluminaciones no se producen más que en el supremo momento del éxtasis.

En este momento, "Dios está de tal modo unido al alma, que ésta es una misma cosa con El. Enajenada, fuera de sí el alma, tan abismada se encuentra en la alegría de la posesión, que es incapaz de comprender los secretos que el Señor expone ante su vista. Mas cuando el Señor le place, alguna vez, librar al alma de la embriaguez en que se encuentra, para que admire en un abrir y cerrar de ojos aquellas maravillas, al volver en sí recuerda vagamente lo que ha visto. No sabrá decir nada en particular de cada una de las cosas que vió, de todo lo sobrenatural que el Señor quiso mostrarle. ¿Voy a decir por esto que tuvo una visión de imágenes? Por nada del mundo. De lo que se trata es de una visión intelectual..."

Y para hacernos comprender esta clase de visión, rápida y deslumbrante, Santa Teresa se sirve de una bella y muy femenina comparación: "Entrad—dice—en uno de esos departamentos reales o principescos, que creo se llaman un gabinete, y en donde se guarda un número considerable de cristales, de vasos de todo género, y una multitud de otros objetos dispuestos de tal modo, que, al entrar, se abarcan todos con una mirada. Un día, en casa de la duquesa de Alba, se me hizo entrar en una de esas piezas (mis superiores, importunados por las instancias de esta señora, me habían dado orden de detenerme allí, durante uno de mis viajes). Desde el umbral, quedé extrañamente sorprendida, preguntándome para qué podría servir aquel montón de curiosidades y mientras alababa al Señor que me permitía verlas, daba las gracias a la persona encargada de enseñármelas. Como estuve en aquella habitación poco tiempo y eran

muchas las cosas que había que ver, bien pronto desaparecieron de mi memoria, de suerte que no recordaba aquellos objetos, como si no los hubiera visto nunca, y siéndome imposible decir cómo eran. Pero, en conjunto, recordaba haberlos visto."

Estas visiones de conjunto no tienen nada de vago ni de confuso. Son, en la mayoría de los casos, inexplicables. Por eso la Santa llega a darnos la impresión; mediante imágenes, cuando la visión es imaginaria; simplemente por medio de palabras, cuando trata de trasladarnos algo de su emoción o de su deslumbramiento. Su visión del infierno, en particular, es algo extraordinario, no sólo por los rasgos descriptivos que parecen hijos de la imaginación del Dante, sino por la intensidad del sentimiento, y, lo diremos también, por el colorido y la significación intelectual del trozo: "Ello fué—dice—en brevísimo espacio; mas aunque yo viviere muchos años, me parece imposible olvidárseme. Parecíame la entrada a manera de un callejón muy largo y estrecho, a manera de horno muy bajo y oscuro y angosto. El suelo me parecía de una agua como lodo muy sucio y de pestilencial olor, y muchas sabandijas malas en él. Al cabo estaba una concavidad metida en una pared, a manera de una alacena, adonde me vi meter en mucho estrecho. Todo esto era deleitoso a la vista en comparación de lo que allí sentí: esto que he dicho va mal encarecido. Esto otro me parece que aun principio de encarecerse cómo es, no lo puede haber, ni se puede entender; mas sentí un fuego en el alma, que yo no puedo entender cómo poder decir de la manera que es, los dolores corporales tan incomportables, que con haberlos pasado

en esta vida gravísimos, y según dicen los médicos, los mayores que se pueden acá pasar; porque fué encogerseme todos los nervios cuando me tullí, sin otros muchos de muchas maneras, que he tenido, y aun algunos, como he dicho, causados del demonio, no es todo nada en comparación de lo que allí sentí, y ver que habían de ser fin y sin jamás cesar. Esto no es, pues, nada en comparación al agonizar del alma, un apretamiento, un ahogamiento, una aflicción tan sensible, y con tan desesperado y afligido descontento, que yo no sé como lo encarecer... El caso es, que yo no sé cómo encarezca aquel fuego interior, y aquel desesperamiento sobre tan gravísimos tormentos y dolores... Yo quedé tan espantada, y aun lo estoy ahora escribiéndolo, con que ha casi seis años, y es así, que me parece el calor natural me falta de temor." Repitámoslo una vez más. El alma tierna, el genio luminoso de Santa Teresa, repugnaban estas imágenes sombrías y horripilantes. Por el contrario, las visiones celestes fueron más frecuentes y numerosas. Tuvo intuiciones no sólo de la gloria sobrenatural y de los seres gloriosos, sino de los dogmas más profundos, de los conceptos más sutiles de la ciencia sagrada. Muchas veces se le representó el misterio de la Trinidad, maravillosamente esclarecido: "El martes después de la Ascensión, habiendo estado un rato en oración, después de comulgar con pena, porque me divertía de manera, que no podía estar en una cosa, quejábame al Señor de nuestro miserable natural. Comenzó a inflamarse mi alma, pareciéndome que claramente entendía tener presente a toda la Santísima Trinidad en *visión intelectual*, adonde entendió mi alma *por cierta manera de repre-*

sentación, como figura de la verdad, para que lo pudiere entender mi torpeza, como es Dios trino y uno."

Más tarde, relatando estas iluminaciones a uno de sus confesores, el padre Rodrigo Alvarez, ella le decía: "Las personas veo claro ser distintas, como lo vía ayer, cuando hablaba vuesa merced con el padre provincial; salvo que ni veo nada, ni oyo, como ya a vuesa merced he dicho; mas es con una certidumbre extraña, aunque no vean los ojos de el alma, y en faltando aquella presencia, se ve que falta: el cómo, yo no lo sé, mas muy bien sé, que no es imaginación; porque aunque después me deshaga para a representar, no puedo, aunque lo he probado; y así es todo lo que aquí va, a lo que yo puedo entender, que como ha tantos años, hase podido ver, para decirlo con esa determinación."

Corolario vivo de esta visión, Teresa descubre de nuevo la santa Humanidad de Jesucristo, contenida en el seno del Padre: "A la verdad —dice—yo no sabría explicar de qué manera ella es. Me pareció, solamente que, sin verla, me encontraba en presencia de la Divinidad. Mi alma quedaba tan herida de asombro, que pasaban varios días sin que pudiera volver en mí; me parecía que seguía estando delante de los ojos de la majestad-del Hijo de Dios, *pero no como la primera vez*, que ahora le veía bien. Sin embargo, por rápida que sea una visión, se graba tan profundamente en la memoria, que jamás se la puede olvidar..." Después del Verbo, Teresa vió todo lo contenido en Dios: "No vi todas sus manifestaciones en sus propias formas, y, sin embargo, entendí cuanto era con una soberana claridad... El espectáculo estuvo ante

mis ojos, pero ¿con qué luz? No sabría decirlo. Fué una visión tan sutil y tan tenue, que el entendimiento no lo sabría alcanzar. Yo misma no acierto a comprender, *en las visiones que no ofrecen al alma ninguna imagen*, lo que en ellas hay de cierto y lo que pueda haber de imaginado...” El dogma, las ideas metafísicas más elevadas y delicadas, ciertas verdades de detalle contenidas en las Sagradas Escrituras, el sentido oculto de algunos versículos, tienen para Teresa, de pronto, en la oración, en el éxtasis, una evidencia, una intensidad y una profundidad deslumbradoras. He aquí un ejemplo definitivo: “Estando un día en oración, sentí mi alma tan unida a Dios, tan confundida con El, que el mundo me pareció que desaparecía para mí. Entonces comprendí, de tal manera que no podré olvidar, este versículo del *Magnificat*: “*Et exultavit spiritus meus...*”

Esta alegría indecible, acompañada de tales iluminaciones, exaltaba en grado tan alto las potencias de su alma, que Teresa, en algunos momentos, se sentía elevada por encima de todo lo creado: “¡Qué imperio es comparable al de un alma, a quien el Señor la ha sublimado, elevándola por encima de todas las cosas del mundo, sin que sea cautiva de ninguna! ¡Ha roto sus ligaduras de otro tiempo! ¡Cómo se asombra de su ceguedad anterior!...” Y luego: “Este estado que tiene el alma elevada sobre todo lo creado, *es una especie de soberanía tan alta*, que no sé si se podrá comprenderlo, sin poseerlo...” Y la Santa termina en estos términos: “Estas verdades hacen que yo tema poco a la muerte, cuando tanto la temía en otro tiempo. Al presente me parece la cosa más natural del mundo,

para cualquiera que esté unido a Dios, porque en un momento se ve libre de su cárcel y colocada en un lugar de reposo. Para mí, hay una gran semejanza entre el éxtasis y la muerte... Dejemos a un lado los dolores de la partida, de lo que debe hacerse poco caso: para los que hayan amado de veras a Dios y despreciado las cosas de esta vida, su muerte debe ser muy dulce..."

Así queda el alma libre de todos sus temores, al mismo tiempo que de todas sus ligaduras. Desprecia la muerte como a todas las vanas contingencias de este mundo. Ella es visiblemente soberana, de una soberanía muy superior a la de todos los reyes de la tierra. Y cuando Teresa escribe estas afirmaciones soberbias, que no se comprenden más que por su profunda humildad ante Dios, piensa seguramente en el todopoderoso Felipe II, solitario e inaccesible en su Escorial, mientras que Dios busca la sociedad y el amor de los hombres, siendo en todo y para todos.

Pero este estado sublime, con sus transportes violentos, será todavía el paso para otro, más apacible y, desde luego, de suprema dignidad: el matrimonio espiritual, la unión constante con Dios, en tanto lo permite la flaqueza humana.

Todos los estados místicos que le preceden pueden ser considerados como los esponsales del alma con su Creador. Un momento llega en que la unión se hace. Teresa fué advertida por la visión siguiente: "Estando yo en la Encarnación, el segundo año que tenía el priorato, Octava de San Martín, partió la Forma el padre fray Juan de la Cruz (que me daba el Santísimo Sacramento) para otra hermana; yo pensé que no era falta de Forma, sino que me quería morti-

ficar, porque yo le había dicho, que gustaba mucho cuando eran grandes las Formas; no porque no entendía no importaba para dejar de estar entero el Señor, aunque fuese muy pequeño pedacito. Díjome su Majestad: *No hayas miedo, hija, que naide sea parte para quitarte de Mí.* Dando a entender, que no importaba. Entonces representóseme por visión imaginaria, como otras veces, muy en lo interior, y dióme su mano derecha, y díjome: *Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy. Hasta agora no lo habías merecido, de aquí adelante, no sólo como de Criador, y como de Rey, y tu Dios, mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía. Mi honra es tuya, y la tuya mía.* Hízome tanta operación esta merced, que no podía caber en mí, y quedé como desatinada, y dije al Señor—que o ensanchase mi bajeza, o no me hiciera tanta merced, porque cierto no me parecía lo podía sufrir al natural. Estuve así todo el día muy embebida. He sentido después gran provecho, y mayor confusión, y afligimiento de ver que no sirvo en nada tan grandes mercedes.”

Algún tiempo después, la Santa obtuvo una confirmación de tan señalado favor: “Estando un día—dice—en el convento de Veas, Nuestro Señor me dijo que puesto que yo era su esposa podía pedirle lo que quisiera que me lo concedería. Y en prueba de ello me dió un hermoso anillo con una piedra semejante a un amatista, con un esplendor muy distinto a los de aquí abajo y después El me lo puso en el dedo. Escribo esto, llena de confusión, viendo la bondad de Dios y, por otra parte, mi vida miserable.” Todas estas visiones, imaginarias o intelectuales, no son más que pruebas tangibles, por decirlo así, de la

unión. El matrimonio espiritual, propiamente dicho, es otra cosa: "En las otras gracias—afirma Santa Teresa—con que he dicho que Dios favorece el alma, los sentidos y las potencias son como las puertas por las que el alma entra en sus moradas... pero en la realización de ese matrimonio espiritual, el Divino Maestro procede de muy distinto modo: el Señor aparece en el centro del alma, no por una visión imaginaria, sino por una visión intelectual, todavía más delicada que las precedentes, y de la misma manera que, 'sin entrar por la puerta, se apareció a los apóstoles, cuando les dijo estas palabras: *La paz sea con vosotros*. Lo que Dios, en el centro del alma comunica a ésta, en un instante, es un gran secreto, un tan grande favor, la transporta a tan inexplicable placer, que yo no sé a qué compararlo. Lo que puedo decir, es, que Nuestro Señor quiere hacernos ver, en este instante, la grandeza de la gloria que hay en el cielo; y por este modo sublime no nos niega ninguna visión ni ningún goce espiritual. Lo que entiendo es que el espíritu del alma, como yo la llamo, se convierte en una cosa misma con Dios, que así nos hace conocer cuanto nos ama y así quiere que conozcan algunas almas, por un conocimiento experimental, hasta dónde llega su amor. Siendo su Majestad infinita, se digna unirse de tal modo con su criatura que ya no podrán separarse."

He aquí la cima de la unión mística: el sentimiento apacible y permanente de la unión íntima con Dios; sentimiento del que el alma no se distrae, ni por sus ocupaciones ni por los aspectos exteriores. Cuanto impresiona en estos estados—visiones, revelaciones, iluminaciones, éxta-

sis—de Santa Teresa es, desde luego, de carácter altamente intelectual. Por esta razón, no pueden ser comparados al psiquismo inferior del ensueño y de la alucinación. La misma Santa ha desvanecido las objeciones que han podido hacérsele, las semejanzas tendenciosas que han querido encontrarse entre estos estados y otros de carácter netamente patológico. Maravilla el vigor de su dialéctica, la prudencia, la fina penetración de su crítica. Hace notar la frecuencia, por no decir la continuidad, de sus visiones, que acaban por convertirse en fenómenos normales; pudiendo, de esta suerte, hacer repetidas observaciones. Las ha comparado, examinado y criticado en detalle; lo que justifica su tono de afirmación categórica. Sabe lo que dice, cuando así afirma. Insiste en el hecho de que sus visiones imaginarias son relativamente raras: la mayor parte pertenecen al orden intelectual, sin mezcla de elementos sensibles. Ahora bien; en la alucinación, el enfermo está ilusionado en todos sentidos. Cree en la realidad exterior de la imagen alucinatoria: la toca como la ve. Santa Teresa no tuvo jamás alucinaciones propiamente dichas, y esto es lo que hace falta poner muy de relieve. En las visiones imaginarias—la Santa lo sabe bien y no cesa de repetirlo—, la imagen es absolutamente interior y sin ninguna realidad física. Recordemos, en fin, otro criterio del que la Santa se sirvió, y que nos parece categórico: es la influencia bienhechora que alimenta y excita el éxtasis, mientras que la de la alucinación es deprimente, debilitante y estéril. Después de los éxtasis, Teresa no sólo se encuentra con el alma y la inteligencia engrandecida, desbordante de energía y de deseo de acción, sino

que ella, la perpetua enferma, no siente las molestias físicas. Después de los arrobamientos, goza de un período, más o menos largo, de relativa salud. Este acrecentamiento de su ser, la entrada en el alma de la vidente de nociones y de ideas nuevas, que parecen por completo fuera de sus medios, ajenas a sus preocupaciones, todo permite suponer la acción de una potencia exterior y superior a las que conocemos. En todo caso, para un espíritu verdaderamente crítico que haya examinado cuidadosamente los estados de Santa Teresa y de cualquier otro místico de renombre, no es posible que coloque la cuestión fuera de la realidad de una causa exterior y objetiva de dichos estados. Negar *a priori* esta cuestión, pretendiendo explicarlo todo por la subconsciencia, no es explicar nada. El yo humano no es la única realidad. ¡Cuánto más razonable es admitir que esos estados extraordinarios se deben a una causa que ignoramos y que se traducen en un lenguaje, proporcionado a nuestra inteligencia, de realidades, que ignoramos también!

En todo caso, nadie nos habrá dado, como esta mujer extraordinaria, la sensación del descubrimiento. Tanto y más que sus hermanos, *los americanos*, ha conquistado Teresa continentes desconocidos. Mejor todavía: ha penetrado en regiones cerradas a la mayor parte de los hombres y nos traído noticias que, como le ha dicho el padre Leoncio de Grandmaison, pueden compararse "a los documentos recogidos por los exploradores de tierras inaccesibles". Aun a los mismos incrédulos, nadie les ha dado en grado parecido el sentimiento de la iluminación, del deslumbramiento ante el misterio...

IV

EL IDEAL DEL ASCETA Y DEL SANTO

Solamente durante el último período de su vida, unos diez años antes de su muerte, es cuando Teresa llega a la suprema etapa del matrimonio espiritual. Poco a poco, tiene plena conciencia de los efectos de esta unión. Hábil, como siempre, para observarse y analizarse, describe menudamente estos efectos en las conclusiones de sus *Moradas*.

Por de pronto, un olvido completo de sí misma. Convertida en la esposa de Cristo, el alma no puede tener otro cuidado que el servicio del Esposo. Trabajar para su gloria será, en adelante, el objeto de su vida: "*Ocúpate de mis asuntos—dice el Señor a su sierva—. Yo me ocuparé de los tuyos.*" Y así, ella no tiene otro deseo que el de padecer y sufrir por el Señor. No aspira más que a las gracias y a los consuelos de los comienzos, a esas dulzuras que Dios concede al alma novicia para alistarla y prepararla en las vías espirituales. Sabe, mientras tanto, que la vía verdadera es la vía del dolor, el camino de la Cruz; por eso no se asusta del sufrimiento. Las persecuciones le causan gran alegría, y ruega por sus perseguidores y por sus enemigos. En medio de sus tribulaciones y de las duras pruebas, la certidumbre de estar constantemente unida a Dios le basta, y de antemano se muestra satisfecha de cuanto al Esposo le plazca ordenarle.

Ya no desea morir, sino solamente sufrir.

Consentiría en vivir muchas existencias y aun una existencia sin fin, con tal de sacrificarse, por que Dios sea más amado, más alabado, mejor servido. Absorbida por el cuidado del servicio del Señor, Teresa ya no siente sequedad ni penas interiores, puesto que Dios se halla siempre presente y de todos modos oye sus menores palabras y ve sus menores acciones. Si por casualidad pudiera olvidarles un instante, Dios llamaría muy pronto a su conciencia, excitando en la parte más sensible de su alma un vivo anhelo de amor. Los éxtasis y los arrobamientos ya son inútiles. Todos los movimientos impetuosos son en Teresa más raros cada día que pasa. Se diría que Dios la ha fortificado contra esas perturbaciones profundas, que en otro tiempo conmovían su cuerpo. Al presente, el cuerpo y el alma son capaces de soportar, sin conmoverse, los más altos favores. La unión mística ha traído a la esposa una calma, una serenidad casi inalterables. Esta paz no es absoluta, porque el alma puede ser turbada todavía por faltas veniales. De todos modos, esto no son más que desfallecimientos pasajeros; lo que caracteriza a este estado supremo en el descanso maravilloso de que el alma goza. Este reposo es, para Teresa, una verdadera novedad, de la que se había visto privada durante la mayor parte de su vida, especialmente en el período crítico que media entre 1555 y 1561; período de persecución y de combate, que coincide con las grandes gracias y los grandes arrobamientos. La hemos seguido hasta aquí. Se puede decir que en esta época Teresa no ha alcanzado todavía las cimas supremas de la perfección y que todavía le queda un largo camino que recorrer hasta conseguir la

calma absoluta del alma. Sin embargo, desde este instante la insigne carmelita tiene clara conciencia de la tarea que ha de ejecutar, tanto en el interior de su alma como fuera. Ha visto o ha vislumbrado lo que debe ser el ideal monástico: un tipo de asceta o de santo.

En el fervor superexaltado de su amor llega al desasimiento más completo, por la absoluta desilusión. Ha visto el revés de la tela. Y, desde luego, la falsedad absoluta de los valores convencionales. El mundo de los sentidos no existe a sus ojos. *"Todo es nada"*, se complace en repetir, como en los días de su infancia y de su primera juventud. Ahora dice: *"Todo es un sueño."* *"Sí—escribe—, no viven más que aquellos que viven la vida espiritual.* Estos son los que me parecen los verdaderos vivientes, mientras los que viven la vida del mundo, de tal modo me parecen muertos, que el mundo entero no presenta a mis ojos ninguna compañía. Cuanto veo me parece un sueño; todo lo que percibo por los ojos de la cara, una irrisión; por el contrario, lo que veo con los ojos del alma es cuanto deseo, y, como lo veo muy lejos, es para mí la muerte." Así, la ilusión se ha disipado, se ha rasgado el velo y el engaño dejó paso a la realidad. A la fascinación de aquí abajo ha sustituido el amor por las sublimes verdades de lo alto...

Mas para llegar a esto, un ascenso contrario a la naturaleza, una negación tan violenta como heroica, han sido necesarios. Esta negación tan difícil no puede conseguirse más que en determinadas condiciones: supresión, soledad, silencio. Vivir lejos del mundo y del ruido—lejos de lo irreal y de lo que es peor, de los malvados. De ahí la necesidad del claustro, de la separación y

de la clausura severas... Teresa ve su convento de la Encarnación, en el que encuentra todos esos defectos; ¡tantas puertas abiertas al exterior!, ¡tantos visitantes profanos! Las monjas rompen sin cesar la clausura. El monasterio es tan pobre, que la comunidad no puede mantener a todas las religiosas, y muchas de ellas se ven obligadas a residir por largo tiempo en casa de sus familiares o en las de sus amigos, economizando así los gastos de la pensión. ¿Cómo extrañarse de que en una casa abierta como ésta a todos los vientos, no sea la piedad más ferviente ni más severa la observación de la regla? Las monjas que quieren seguir una vida más perfecta son objeto de la hostilidad de las otras. Expuesta a esta malignidad solapada o a una guerra abierta, Teresa acaba por perder la paciencia. Un día concibe el proyecto de abandonar esta casa, en la que siente que todo le es hostil: "Yo quería—dice—salir del convento en que estaba y con mi dote marcharme a otro de la misma Orden. Sabía que allí la observancia era más estrecha y que se practicaban grandes austeridades. Además, me halagaba y me sonreía la esperanza de vivir desconocida. Pero mi confesor nunca quiso permitírmelo..."

Esta interdicción del confesor tiene algo de providencial. Obligando a Teresa a permanecer en la Encarnación, se fortaleció en sus proyectos de reforma. Para vivir la vida absolutamente cristiana, hace falta llegar hasta el extremo de la vida ascética, y, por consiguiente, restaurar o instaurar ésta en todo su rigor. No es esto una idea caprichosa de una monja hipnotizada por pueriles minucias de devoción: es el cuidado de manifestar ante los ojos del mundo el ideal

de la renunciación cristiana, en todo su esplendor y con toda su lógica intransigencia. Es la verdad de las verdades que importa proclamar y alumbrar de una luz persuasiva. El mundo es un sueño: la única verdad es el eterno Amor. Para hacerlo saber al mundo, es necesario separarse de él, recogerse en la contemplación de la verdadera vida: sufrir, amar el dolor, que es lo que el mundo no ama, por encima de todo. ¡Surge, pues, la necesidad de volver a la regla estricta! ¡Necesidad de la clausura, de las rejas, de los velos, de las disciplinas! Comprendido esto, no parecerá extraño el aparato de defensa que rodea a los carmelitas, sobre todo a algunos viejos carmelitas españoles. Esas rejas espesas, verdaderos barrotes de mazmorras, erizadas de largas puntas, no son para detener a hipotéticos raptos de los don Juanes disfrazados, sino para herir las imaginaciones, obligando al caminante frívolo a reflexionar; es para significar el retraimiento del asceta y de la vida religiosa, su hostilidad contra un mundo ilusorio y depravado. La desnudez de los muros, la austeridad, la pobreza en todo, simboliza el desierto del mundo, este desierto que obliga al alma a volver hacia lo Único.

¡Es necesario, pues, separarse del mundo! Y he aquí la maravillosa paradoja: separarse, para ser más por la oración y por el amor. El alma que recibió la revelación de quién es la Verdad y el Amor, arde en deseos de recoger los beneficios de ese conocimiento, de hacer partícipes de ellos a las pobres almas extraviadas. Así, el amor divino, este amor tan alto que parece perderse en las nubes, descenderá caritativamente sobre el mundo.

Sobre todo en la época de los grandes arrojamientos, de que acabamos de hablar, Santa Teresa arde en deseos de abandonar su convento, no para hacer públicos los grandes favores que recibe (nos lo ha dicho repetidamente: que está fastidiada por el ruido que promueve su nombre; que quisiera vivir desconocida), sino para anunciar las verdades de que ha tenido una rápida e irresistible iluminación, y al mismo tiempo para propagar la noción del verdadero Bien. Sueña con todos los que menosprecian o niegan este Bien, con los que obscurecen o disminuyen sus verdades—con los malos cristianos, con los malos religiosos, que con su conducta desmienten la doctrina y son escándalo del mundo; con los herejes, los luteranos y los calvinistas, que en aquel momento preparaban la ruina de la religión de Cristo, comenzando por despojarla de su ideal de perfección monástica, mutilándola en su ascenso y en sus dogmas—; piensa en los pobres indios de América, de quien sus hermanos le hablan en sus cartas, y que viven en una gran miseria de cuerpo y de alma; en los musulmanes, que preparan un nuevo asalto contra la cristiandad. Vencidos los moros, son los turcos los que avanzan, amenazando con sus galeras las ciudades y las provincias marítimas de España... Quisiera salir de su convento, partir, como en otra ocasión lo hiciera con su hermano Agustín, para emprender una cruzada a través del mundo. Quisiera predicar a los tibios, a los herejes, a los infieles; enseñarles lo que es la verdad y el bien, el camino de salud, la sola verdad que importa; pero es una mujer, una pobre monja enclaustrada. Debe vivir encerrada, solitaria y desconocida... Sin embargo, ¡algo

se puede hacer con lo que tiene! Sacará al menos de su estado cuanto éste puede producir de fervor espiritual y de apostolado. ¡Será una religiosa perfecta, formará religiosas perfectas! El número importa poco. Todo depende de la calidad de las almas. Para nada sirven doscientas carmelitas reunidas como las de la Encarnación si la mayor parte de ellas son medianías sin virtud: "Una sola alma perfecta—dice la Santa—vale más que una multitud de almas vulgares." No serán más que un grupo escogido, pero servirán como modelo de absoluto renunciamiento y de las más grandes virtudes cristianas. Rogarán por los herejes, por todos los enemigos de la fe, por la Iglesia, especialmente por los doctores y predicadores encargados de instruir al rebaño. Los predicadores no serán otra cosa que los intérpretes de las verdades reveladas a las almas solitarias y contemplativas; los misioneros de estas almas santas. Los conventos, reservados de la virtud y de la verdad; también fortalezas bien cerradas y erizadas de defensas, para luchar contra el error y el mal...

Pero todo esto no se conseguirá sino después de un largo y cruel esfuerzo; de un necesario trabajo de reforma y organización. La monja contemplativa se siente atormentada por el deseo de acción. Está impaciente por lanzarse. Busca, acecha la ocasión: muy pronto ha de encontrarla.

QUINTA PARTE

LA ACCIÓN TERESIANA

“¿Qué sería del mundo si no fuese
por los religiosos?”

(*Vida.* XXXII.)

I

EL GRAN PELIGRO PARA EL CATOLICISMO

Teresa está devorada por un inmenso deseo de acción y, sobre todo, de huir del convento de la Encarnación, en el que se siente contrariada en las aspiraciones más íntimas de su alma y sus deseos de apostolado. La contemplación no satisface al alma mística: necesita ésta comunicar el objeto de su contemplación. El mundo sobrenatural del que ella ha entrevisto la deslumbradora realidad, del que ha podido, hasta cierto punto, gustar las delicias, es necesario que enseñe su camino a los que lo ignoran, a quien se crean demasiado lejos de él. La oración acaba en caridad. El contemplativo es un apóstol, un mensajero de lo alto. Esta necesidad de acción y de proselitismo se deja sentir en todo tiempo en las almas iluminadas por Dios. Pero en la época en que vivió Santa Teresa, el apostolado debió aparecer como una necesidad imperiosa, como una obligación inmediata y particular. Jamás estuvo la Iglesia ante tan gran peligro. El enemigo estaba dentro y fuera.

Debilitada por sus propios vicios, por la ignorancia y la inmoralidad, tanto de sus clérigos como de sus monjas, por abusos inveterados y

escandalosos, parecía obstinarse en su corrupción. No quería curarse de sus males. De un lado, las inquietudes infinitas, los retrasos del Concilio de Trento en tomar la iniciativa de una reforma en las costumbres y en la disciplina, eran, sin duda, un grave peligro. Pero lo peor estaba fuera. Sobre todas las fronteras, al Norte y al Sur, al Este y Oeste, del lado de Alemania y de los países escandinavos, por la parte de Flandes y de Inglaterra, como por el lado de los países bárbaros, una guerra sin piedad se había declarado al catolicismo. El Islam y el protestantismo amenazaban con encerrarle y acabarían por derrotarle.

Preocupados únicamente con las luchas entre católicos y protestantes, nuestros historiadores olvidan que en el siglo XVI el Islam se había convertido de nuevo en un peligro terrible para la cristiandad y para la Europa occidental. Los turcos habían reconstituido el Imperio de Oriente, formando una gran potencia musulmana hegemónica. Los corsarios tenían aterrorizadas las dos orillas del Mediterráneo, y esta piratería, organizada en grande, bajo una sola bandera, por renegados italianos y griegos, había alcanzado un rápido y prodigioso desarrollo. Una verdadera marina había sido creada y puesta al servicio de Turquía y del Islam por el espíritu inventivo de los cristianos y de los europeos, es decir, por la traición, la concupiscencia, la ligereza o la ceguera de los nuestros. Porque es necesario que no pase esta ocasión sin repetirlo: el turco, como el árabe, jamás inventó nada. Sus ejércitos, su marina, su diplomacia, sus artes, el material de la civilización, todo fué puesto en sus manos por los *rumies*, los Krupuli, los Piali,

los Mohamed, los Dragut, los Barbarroja, los Iluch-Alí—todos renegados italianos o levantinos—, hicieron de las flotas turcas y berberiscas una amenaza para el comercio y aun para la existencia misma de la cristiandad. Gracias a estas flotas, los otomanos pudieron reconquistar la isla de Chipre de manos de los venecianos. Hubo un momento en que estuvieron a punto de apoderarse de Malta, y si Don Juan de Austria no los hubiera detenido en Lepanto, España e Italia quedarán otra vez en poder del Islam. Pero estas victorias de los cristianos no dieron más que resultados inestables y siempre precarios. Túnez fué bien pronto tomado a los españoles; Argel, librado de la vigilancia del fuerte del Emperador; Orán, reducido a una situación de las más críticas.

Especialmente en el interior de la Península, el peligro islámico era tremendo y continuado. Esto es lo que los críticos modernos no comprenden. Admitamos que la barbarie y el fanatismo fueran idénticos en los moros y en los españoles, lo que no es cierto: el español era en aquel momento el representante de la civilización, y era necesario que uno de los dos bandos cediese al otro su lugar. Recordemos al efecto que, después de la toma de Granada por los Reyes Católicos, los moros continuaron durante un siglo habitando en España, sobre todo en las provincias meridionales. Mas también los había en Castilla y en todas partes. La traición moraba en el corazón del país, y los musulmanes mantenían relaciones, más o menos clandestinas, con sus hermanos de Africa, buscando la ocasión propicia para apoderarse de las ciudades o de las regiones en que se hallaban en mayoría. Por eso

no se comprenden las lamentaciones de los historiadores occidentales, que deploran la expulsión violenta y aun la exterminación de los moros españoles; era ésta para España una cuestión vital. Y nada más necio que creer en un descenso de la cultura o en un entorpecimiento para la civilización en el hecho de que estos africanos volvieran a su barbarie natal. Lejos de traer la civilización a España—¡y qué civilización, Dios mío!—, fueron ellos, estas hordas famélicas, venidas de las montañas del Atlas y engrosadas por una multitud de aventureros levantinos y orientales, quienes recogieron en Andalucía los restos de la civilización latina expirante, que pudieron reanimar un momento con la ayuda y el genio del pueblo vencido, en cuyo hogar se habían instalado como parásitos. El día que fueron separados de la latinidad se acabaron sus artes y sus ciencias, que no eran más que un plagio grosero de la ciencia y del pensamiento grecolatinos. En Marruecos han sido los moros andaluces quienes lo han hecho todo. Desde que Marruecos se separó de Andalucía, ya nada se hizo allí de original. No se explica el humillante error de los nuestros, de atribuirles una civilización de la que no han sido más que estériles usufructuarios. Lo diremos una vez más, puesto que el prejuicio contrario no quiere capitular: los moros no trajeron a España ni métodos de cultura, ni procedimientos de irrigación, ni acequias, ni norias, ni termas: todo esto era conocido en España, desde la época romana y aun de la cartaginesa. Si los católicos del tiempo de Carlos V y de Felipe II se encarnizaron cerrando o destruyendo los baños moros, no fué por amor a la suciedad, sino porque estos baños eran los luga-

res de reunión de los musulmanes falsamente conversos, donde, lejos de toda vigilancia, se entregaban a las abluciones rituales prescritas por el Alcorán.

En realidad, la historia de la dominación de los moros en España no es más que un largo y monótono tejido de horrores y de atrocidades. Los españoles pudieron ser crueles en la represión; pero tenían delante a un enemigo salvaje y maestro en el arte de refinar innoblemente su venganza. Evidentemente que nada les excusa de haber sido también, a su vez, poco nobles. Sin embargo, tenían ante sí a los aliados de sus peores enemigos—enemigos sin cesar al acecho y prontos a valerse del menor desfallecimiento, para intentar poner la planta en el país—, y el español acababa de reconquistar su patria con la unidad nacional.

Sin duda, los moros de Africa no podían gran cosa sin los turcos, y los turcos, entregados a sus propias fuerzas, sin los socorros de los organizadores y de los jefes europeos, no podían ir muy lejos. A pesar de esto, los corsarios berberiscos eran siempre capaces de llevar la perturbación y la ruina a las provincias meridionales y orientales de España, donde las poblaciones, integradas casi en absoluto por moriscos, ávidos de reconquistar su libertad, los aclamarían como a sus libertadores. Para éstos no había obstáculos. Durante siglos habían *razziado* y destruído las costas españolas, como las de Sicilia, las de Calabria, de Liguria y de Provenza. Ninguna seguridad ofrecían estos parajes; siendo terrenos de fácil acceso por el mar, los habitantes de estas ciudades y de los pequeños puertos costeros, y aun de las plazas fuertes, estaban siempre ame-

nazados de cautividad. La audacia de estos piratas era inaudita; llegaban a vender a los españoles, como esclavos, los cautivos que hicieran en sus propias costas. Hay en la vida de San Luis Bertrán un episodio que da una idea exacta de los peligros de la vecindad del mar, en aquella época.

El santo, a la sazón maestro de novicios, se encontraba en el convento de dominicos de Valencia. De pronto se esparció por la ciudad el rumor de que unas galeras berberiscas habían anclado en el Grao, el puerto de Valencia. "El objeto de los corsarios—nos dice el biógrafo del santo—era proponer a los valencianos la libertad, mediante rescate, de numerosos cristianos capturados por los corsarios en las costas de España. Esperando que se reuniera la cantidad pedida, el capitán pirata, rodeado de su guardia, tuvo la insolencia de pasearse por las calles de la ciudad. Los valencianos tuvieron que sufrir esta humillación. Sin duda las autoridades temieron que si se molestaba a los corsarios, corrieran peligro las vidas de los cautivos encerrados en las galeras. Era un día de fiesta religiosa y todo el mundo se indignó por la provocación y sobre todo por el aspecto que tenía de ultraje a la religión. San Luis, más que nadie, lo lamentaba... Esta misma tarde, los novicios gozaban de asueto en el jardín del convento, y el santo les había dirigido algunas palabras a propósito de la fiesta del día, cuando, súbitamente, presa de santa cólera, exclamó: —¡Cómo contenerse, hijos míos! ¡Cuando pienso que los enemigos de Cristo, después de lo que han hecho a los cristianos, han tenido la osadía hoy de pavonearse por las calles de la ciudad, y en este momento se alejan satisfechos de su triunfo! ¡A

nosotros, hijos míos, nos corresponde arreglar esto! Caigamos de rodillas al lado del mar y recitemos con fervor un salmo contra los moros!— Sobrexcitados los novicios por las ardientes palabras de su maestro, cayeron de rodillas, recitando el salmo con San Luis. Momentos después las galeras turcas se hicieron a la vela y a poco una tempestad de espantosa violencia las envolvía, haciéndolas desaparecer.”

Me entusiasma este santo enérgico que, ante un desorden escandaloso, no le importa recurrir a los aliados más violentos para poner las cosas en su lugar. Esta vez, milagrosamente, ha tenido bastante con un salmo. Pero en tiempos ordinarios, buenas tropas de atalaya y un cordón de obras de defensa, han hecho falta para tener a raya al enemigo. En el momento que estos acontecimientos suceden en Valencia, las gentes recuerdan todavía el pánico que hubo en la ciudad algunos años antes, al saberse la noticia de que el famoso Barbarroja, sostenido por los turcos, movilizaba en el puerto de Argel una flota para invadir el Mediodía de España. Se comprende que Felipe II deseara acabar con este enemigo insoportable. Cuando los moros andaluces se sublevaron en las montañas de la Alpujarra, decidió reunir un verdadero ejército, bajo el mando de su propio hermano, Don Juan de Austria, con el propósito de acabar con los revoltosos para siempre. De una parte y de otra se hicieron atrocidades sin cuento, y ante tal desbordamiento de brutalidad y de maldad humanos, acabaron por perder la noción de lo justo y de lo injusto, confundiéndose estos dos enemigos, empeñados en torturarse y destruirse, en igual reprobación.

El ruido de estas represalias sangrientas, de estas matanzas y deportaciones, se propagaría sin duda hasta la apacible Avila, donde, muy probablemente, habría todavía moros, o al menos moriscos. Cuando Santa Teresa era una niña los había seguramente en la vecindad, cuando con su hermano Rodrigo quiso ir a evangelizar infieles y a ofrecerse para el martirio. Al final de su vida, en una carta dirigida a una carmelita de Sevilla, habla por última vez de los musulmanes. Le decía, en aquel momento, que los moriscos de Andalucía habían tomado las armas para un levantamiento general: "Me han dicho—escribe—que los moriscos de esas tierras querían tomar por asalto a Sevilla..." Y añadía en un tono mitad en broma, mitad en serio: "Tenéis una buena ocasión de ser mártires. Procurad aseguráros de estos dichos y decid a la madre superiora que nos lo escriba."

De cualquier modo que sea, lo que demuestra es la gravedad de la amenaza islámica, que había adquirido una importancia capital. Teresa sabe lo que es el moro, que los musulmanes fanáticos no conocen más que la fuerza, pero que siempre se les puede oponer una fuerza superior. Después de las últimas expulsiones están fuera de España, con el mar entre ellos y la cristiandad, al menos la cristiandad occidental. Por el contrario, los protestantes están sobre todas las fronteras de la monarquía. Y si no penetran siempre, materialmente, se insinúan, sin ruido, con sus libros y con sus ideas. Hace falta combatir al espíritu con el espíritu. Teresa lo escribe en estos mismos términos en sus exhor-

taciones a las religiosas. "Es del brazo eclesiástico y no del brazo secular de donde nos deben venir los socorros."

Estos enemigos sutiles, impalpables, omnipresentes, son su preocupación por encima de todo. Para resistir a la invasión protestante, Teresa es reformadora y fundadora de conventos. Lo repite y lo afirma de la manera más categórica en el *Camino de perfección*, después de haberlo dicho antes en su autobiografía. "Habiendo sabido en este mismo tiempo (el de la fundación del convento de San José de Avila) los daños de Francia de estos luteranos, y cuándo iba en crecimiento esta desventurada seta, fatiguéme mucho, y como si yo pudiera algo, u fuera algo, lloraba con el Señor, y le suplicaba remediase tanto mal. Paréceme que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que vía perder. Y como me vi mujer y ruin, y imposibilitada de aprovechar en nada en el servicio del Señor, que toda mi ansia era, y aun es, que pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que esos fuesen buenos; y así determiné hacer eso poquito que yo puedo y es en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar estas poquitas que están aquí (las monjas de San José), hiciesen lo mesmo. Para que todas ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia y predicadores y letrados que la defienden, ayudásemos en lo que pudiéramos a este Señor mío, que tan apretado le train..." Y más adelante añade: "Digo, que viendo yo tan grandes males, que fuerzas humanas no bastan a atajar este fuego de estos hereges, que vá tan adelante, hame que es menester necesario para la Iglesia de Dios un ejercito esco-

gido, para quebrantar el esfuerzo de la heregía y detener sus avances.”

Este ejército escogido será el Carmelo reformado. El origen de su reforma es “un indecible dolor a la vista de tantas almas que se pierden y, en particular, de esos desgraciados luteranos, a quien el bautismo había hecho miembros de la Iglesia.” Teresa sentía un gran deseo: salvar, regenerar el mayor número posible de almas. Veía el peligro en que la herejía había puesto a la Iglesia. No solamente había cercenado el catolicismo, hiriéndole en su dogma y en su moral, sino que lo vaciaba, poco a poco, de su contenido sobrenatural. Lo emplebeyecía y achicaba, devolviéndolo al primitivo estado de la vida laica, al suprimir las órdenes religiosas. Y desde luego negaban el dogma de la presencia de Jesucristo en el Santísimo Sacramento. “La obra dilecta de Dios para con nosotros—dice la Santa—es objeto del odio de esos hereges...” Al negarla, parecen poner límites al poder de Dios. Ante la timidez del racionalismo protestante ya se había manifestado el asombro de Pascal: “¡Qué tontería!—escribe el autor de los *Pensamientos*—. ¿Si Jesucristo es Dios, qué inconveniente hay en ello?” Consecuentes con este irrealismo, los protestantes, después de haber negado la realidad substancial de Cristo en la Hostia, prohíben el culto a las imágenes—de todas las imágenes—; es decir, todo lo que recuerda la Humanidad de Cristo, como si Jesús no hubiera sido más que un espíritu puro; llevándoles esto a negar el Misterio de la Encarnación, a olvidar que el Hijo del Hombre tuvo un cuerpo semejante al nuestro y que vivió nuestra vida... Cien veces Santa Teresa insiste en la necesidad del

culto a la Santa Humanidad y sobre la utilidad de las imágenes. Los católicos que tienen miedo de materializar su pensamiento, al meditar sobre la Humanidad de Cristo, concluyen por caer en el error de los protestantes. "¡Merecen compasión—dice Teresa—esos desgraciados, que, por su culpa se privan de un bien tan grande! Se hacen traición, y demuestran que no aman al divino Maestro. Si le amaran se estremecerían de alegría al contemplar su retrato, del mismo modo, que aquí abajo, los ojos se sienten complacidos al ver el retrato de una persona querida..."

Tal vez pudiera argumentarse que, en el momento de la oración, el alma debe despojarse de todo lo sensible, elevándose igualmente por encima de la Humanidad de Cristo, que, a partir de un determinado momento se convertirá en un verdadero obstáculo para el perfecto recogimiento del alma. A esto, la priora de San José, dirigiéndose a sus religiosas, contesta sin titubear: "Creedme, hijas mías, es dañoso colocar así la Santísima Humanidad de Nuestro Señor en el rango de los obstáculos. Por este medio, el demonio podría llegar hasta hacernos perder la devoción al Santísimo Sacramento."

Por otra parte, al proscribir las reliquias de los santos y la veneración de estas reliquias, los protestantes atacan a los cuerpos santificados por el Espíritu Santo, y, de lo parecido a lo inmediato, amenazan el dogma de la resurrección de la carne. Tampoco aceptan la idea de la santidad. Destruyendo la vida monástica, se ataca a las condiciones de la misma santidad. Sin duda, fuera del claustro, hubo siempre santos, pero practicando un asceto análogo al de los enclaustrados. Por esta guerra contra los monjes y las

religiosas, los herejes destruyen el ideal completo de la perfección cristiana: castidad, pobreza, obediencia. La dignidad eminente de la virginidad es desconocida, lo mismo que la eficacia de las maceraciones y de las disciplinas, lo que Santa Teresa llama: "El inefable tesoro escondido en el sufrimiento." Quemando los monasterios, los protestantes se ceban en el propósito de hacer imposible un tipo superior de humanidad, por no decir el más perfecto en el orden humano. Es un sueño, en efecto, lo que debe ser el monje completo, en el largo y heroico trabajo que le conduzca, poco a poco, a la perfección; dueño de sus sentidos y dueño de sí mismo. (Comparados con el ideal del monje, los demás hombres están mal preparados, no han recibido la verdadera educación, la que transforma completamente la naturaleza y la hace apta para influir en sí misma.) Con esta educación del alma, educación de una variedad de sentimientos, desconocidos para la generalidad de las gentes, desde las más tiernas y delicadas, hasta las más intensas y sublimes, se logra que el espíritu, gracias a esos métodos, puede penetrar en regiones intelectuales, cerradas para los demás hombres. En resumen: el monje perfecto es la obra maestra de la humanidad. Por eso Santa Teresa repite estas palabras, que dice haber recogido de labios de Jesucristo: "¿Qué sería del mundo, si no fuese por los religiosos?" Porque ante los ojos del mundo, no parece posible, que el esfuerzo sobrehumano de unos cuantos, que dan a los hombres el ejemplo de despreciar todo aquello por lo que ellos se odian y se matan, tenga como único ideal, un más allá que las gentes no aciertan a comprender. Así, esforzándose

para mantener el cristianismo integral, Teresa ha trabajado, al mismo tiempo, en el sentido más humano. El catolicismo de su tiempo, guiado por el mismo espíritu que la animaba, alentado también por su pensamiento y por su ejemplo, salvó los principios de la vieja civilización latina. Por el culto a la Humanidad de Cristo y la veneración de las imágenes ha conservado la superioridad secular de las artes plásticas. Los países católicos quedaron siendo el hogar de pintores, escultores y arquitectos. Por la confesión auricular y la costumbre del examen de conciencia, se ha enseñado a los escritores profanos el análisis psicológico y, por la importancia que se atribuye a los casos de conciencia y a los conflictos interiores, tiene el drama nueva fuente de inspiración. Los pueblos protestantes suelen ser malos psicólogos y medianos dramaturgos. Por el último, por la parte que el catolicismo concede a lo sobrenatural, se ha conseguido elevar el nivel del mundo occidental por encima de las bajas prácticas de la vida material. Ha contribuido también a hacer la vida más noble, más bella, más elevada...

Seguramente Santa Teresa se preocupó de estos aspectos, que, desde luego, nunca tuvo en menos. Nadie como ella ha defendido que la belleza es un reflejo de Dios y, desde luego, un medio para elevarse hasta El. En una de sus cartas, dirigida a la priora de las Carmelitas de Sevilla, le dice que desde las ventanas del convento se distraerá viendo las galeras empavesadas en el Guadalquivir: "¿Habéis pensado lo que es vivir en un monasterio desde el que se puede ver esas galeras de que me habláis? Las hermanas de Castilla os envidian; porque eso es

un gran auxilio para alabar al Señor." Pequeño detalle, sin duda, pero que dice mucho de la sensibilidad de la Santa; la vista de un hermoso navío, como la de un hermoso paisaje, le produce un estado propicio a la oración... Con estos antecedentes es imposible que para Teresa no fuera motivo de terror la noticia de las atrocidades y destrucciones salvajes que las guerras religiosas de la época multiplicaban en Francia y en Alemania. El protestantismo, que incendiaba catedrales y conventos, que destruía relicarios e imágenes de los santos, debía aparecersele como un retorno afrentoso a la barbarie. Adivinaba ya, con su sentido profético, lo que iba a ser la sociedad presente. Cada día más materializada y apartada de lo sobrenatural. Sometida a los cuidados mecánicos de la industria, el hombre, esclavo de las máquinas y del Estado, no ha sabido sino entregarse, sin defensa, a una baja demagogia, explotada por un puñado de bribones, que se destrozan en el frenesí de sus concupiscencias desenfrenadas!...

Ir contra todo esto era el trabajo más urgente, la empresa que no consentía aplazamientos. Teresa, al volver de sus éxtasis, veía esta necesidad con luz deslumbradora. Sentíase abrasada por un incoercible ardor de apostolado. Quiso interesar al mismo Rey (que, a partir de este momento, no tardará en comprenderla) en la obra capital de su reforma. La Santa escribe: "Siento por decir a los que gobiernan estas verdades saludables, un celo que me mata." En esto no admite vacilación, ni que sus religiosas, importunadas por malos devotos, consagren sus oraciones a pedir por la resolución favorable de un pleito o por otra bagatela parecida. "¡Y

mientras—exclama—estáse ardiendo el mundo; quieren tornar a sentenciar a Cristo, como dicen, pues le levantan mil testimonios, y quieren poner su Iglesia por el suelo. ¿Y hemos de gastar tiempo en cosas que por ventura, si Dios se las diese, teníamos un alma menos en el cielo? No, hermanas mías; no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia. Por cierto, que si no es por corresponder a la flaqueza humana, que se consuelan en que las ayuden en todo, que holgaría se entendiese que no son estas cosas las que han de suplicar a Dios en San Josef.”

¿Qué hacer, pues, en la grave coyuntura? ¿Cómo luchar contra la invasión? Es necesario mezclarse con el siglo más directamente, más íntimamente, de lo que podrían hacerlo las órdenes religiosas. ¿Seguir en eso a los protestantes, que se laicisaban hasta el último extremo? Ya la Compañía de Jesús lo había intentado. Esta nueva orden religiosa, con el fin de actuar más eficazmente sobre los laicos, se asemejó en lo que pudo al clero secular. Pero una carmelita, a menos de renegar del espíritu propio de su institución, no podía llegar hasta eso... ¡Pues bien! Ya que la carmelita no podía actuar fuera, como el jesuíta, trabajará desde dentro. Sus armas serán la oración, la plegaria intensa y perseverante y sobre todo consciente de las necesidades de la Iglesia. Se rogará no solamente por la salud de las almas—de todas las almas—, sino, además, por la eficacia de la predicación, el aumento de la virtud en los clérigos y en los religiosos; de la ciencia, en los doctos. “Yo siempre—dice la Santa—he querido a los hombres eminentes en doctrina...” Con el

fin de orar mejor, de orar en el recogimiento y el silencio, de evitar las idas y venidas y las ocasiones de distracción, se observará estrictamente la clausura, y la comunidad habrá de ser muy poco numerosa: trece religiosas, lo más, contando con la priora. Se hará con todo cuidado la recluta de cada comunidad, y, en lo posible, sólo se admitirá personal escogido: "Quiero mejor—dice Teresa—algunas religiosas de espíritu distinguido que un número grande de medianías." Siendo corto el número se vivirá sin la preocupación de la defensa, y, en todo caso, con la mayor pobreza. El ideal sería vivir de limosnas, como San Francisco de Asís y los hermanos mendicantes. Con esto se evitarán los inconvenientes de la dote, y de una dote siempre insuficiente. Pero la reformadora hubo de luchar no poco, como tendremos ocasión de ver, para hacer aceptar la idea evangélica, no sólo con los poderes seculares, sino con las autoridades eclesiásticas. Se aproximó, sin embargo, todo lo posible a este ideal de pobreza. La orden habitará en casas humildes, donde haya no más que lo indispensable, huyendo del fausto de algunos monasterios: "Guardaos, hijas mías—dice la Santa—de levantar esas casas soberbias. Os lo pido por el amor de Dios y por la preciosa sangre de su Hijo. Si se llegara a eso, mi voz, de acuerdo con mi conciencia, pediría que se hundieran el mismo día que se acabaran. Sería muy malo, hijas mías, contruir grandes casas con los bienes de los pobres. Yo ruego al Señor que nos preserve de esto. Nuestras casas deben ser pequeñas y deben respirar pobreza... Los que construyen grandes edificios tendrán, sin duda, sus razones para hacerlo, y sin duda les guía una

santa intención; mas para trece pobres religiosas cualquier rinconcito es suficiente...”

Y con el buen humor habitual en la Santa concluye: “Tened siempre presente en la imaginación la idea de que todo ha de acabar el día del Juicio... ¿Será conveniente entonces que la casa de trece pobres religiosas produzca tanto estrépito al derrumbarse? Los verdaderos pobres no deben hacerlo; deben ser gentes de poco ruido, si ellas quieren mover a compasión.”

Allí, en la pobreza y el retraimiento, se trabajará silenciosamente para alcanzar las gracias de la oración. La vida no será más que una continuada plegaria y una larga penitencia. No entraremos ahora en el detalle de la regla impuesta a sus religiosas por Santa Teresa. No es la más severa de las impuestas a las órdenes monásticas, pero sí lo bastante rigurosa para que en los umbrales del claustro se detengan, indecisas, las almas más decididas y mejor preparadas. No es esto decir que se olvide cuanto es humanitario y razonable. La mística, desasida de todo interés de los sentidos, no olvida que tenemos una envoltura humana. Cuidadosamente se preocupa de la salud de sus religiosas y prescinde de las excesivas maceraciones que pueda enfermarlas. Deben ser fuertes para la oración; es necesario serlo para rogar y para sufrir. No deben tener miedo a las penitencias corporales; pero el buen sentido de la fundadora se opone a las austeridades exageradas. Por ejemplo, la Santa reprende duramente a su hermano Lorenzo, que, sintiendo una devoción exaltada en los últimos años de su vida, se disciplinaba con encarnizamiento. Combatía el abuso que hacía el penitente de cilicios y disciplinas: “Dios—le de-

cía—quiere mejor el fuego de vuestra caridad que el de vuestra penitencia...” Lo mismo le sucedía con sus religiosas. Si alguna estaba enferma, atacada de desvanecimiento, turbada por visiones o alucinaciones, que la religiosa creía ser apariciones celestes, inmediatamente Santa Teresa la hacía cambiar de régimen alimenticio, y sin vacilación romper el ayuno, haciéndola comer carne. Si persistía el mal, la enviaba al campo para que se distrajera. Lo esencial era mantener la salud y el buen humor. Una religiosa debe ser alegre. Santa Teresa abominaba de los melancólicos. Para ella la melancolía era un defecto redhibitorio y no auguraba nada bueno de una novicia atacada del mismo. Por eso proporciona a las religiosas toda clase de distracciones: música y canto, improvisación de villancicos y de cánticos espirituales, procesiones con trajes, al son de flautas y tamboriles, los días de fiestas señaladas. Se recomienda, además, la lectura de buenos libros. “Nada hay más eficaz—dice—para sostener la meditación.”

Lo esencial, a sus ojos, es el cuidado de las almas. Las almas han sido creadas libres por Dios. Tienen por ello el derecho de pertenecerse y de disponer de sí mismas. Esta libertad de las almas es la esencia del cristianismo y excita contra ella los odios de todos los enemigos del individuo y de la libertad, quienes defienden doctrinas de opresión y de muerte, que hacen del hombre un instrumento al servicio de la sociedad o del Estado. Las carmelitas descalzas serán libres en sus almas y en sus conciencias: tendrán el derecho de elegir su confesor, fuera de la orden de los carmelitas o en cualquiera otra orden monástica. La Santa recordaba lo

que ella había sufrido por la incomprensión u hostilidad de algunos de sus confesores, y no quería someter a esta prueba cruel a las jóvenes novicias del Carmelo.

Por último, la más preciosa de las prerrogativas del alma es el derecho a la soledad: *O beata solitudo!* Recordaba también la Santa lo que había sufrido con la promiscuidad reinante en la Encarnación, cuando ella entró, y quería que sus carmelitas pudieran aislarse y vivir como eremitas en el seno de la comunidad. Esta prescripción de la fundadora se ha observado fielmente por sus hijas espirituales. En una regla llevada a Francia por los carmelitas españoles y que se llama *El papel de exacción*, redactado verosímilmente durante los primeros años del siglo XVII, se leen estas recomendaciones, dirigidas a las religiosas: "Deberán saber que en esta Orden han hecho profesión no solamente de ser religiosas, sino también de ser eremitas, a imitación de los antiguos Padres del desierto, que vivían en comunidad, como nosotros lo hacemos. Esto es lo que nuestra Santa Madre, Santa Teresa, dice con expresivas palabras en el *Camino de Perfección*, y ellas nos enseñan que lo que las carmelitas deben siempre desear es el estar solas con él Solo..."

¡Estar solas con él Solo! Es un ideal que apenas se realiza en las supremas etapas de la oración. Aunque la Santa admite en principio que todas las criaturas son llamadas a los más altos favores místicos, se ve obligada a reconocer que no sucede así en la práctica. "¡No importa! —dice—. Quienes no se eleven a tan altas moradas no deben desanimarse: en todos los estados se puede servir a Dios", y lo mismo por las obras

de caridad que por el trabajo manual. Por eso las contemplativas no están dispensadas del trabajo que debían tener en la vida activa. La Santa repitió muchas veces que María estaba obligada a trabajar lo mismo que Marta, y daba el ejemplo hilando y guisando.

Humilde con los humildes, hacía ver también la dignidad de su condición. También en su lugar las religiosas trabajan en la obra de perfección de que depende la salud del mundo. Porque este mundo material no es posible ni soportable, sino a condición de estar suspendido en un mundo de caridad que a la vez la niega y la exalta.

II

SANTA TERESA Y FELIPE II

No bastaba con exponer ante los ojos del mundo este supremo ideal de vida monástica, ni era suficiente haber concebido los planes de reforma y de fundación: el alma inquieta y ávida de apostolado no podía descansar más que en la realización, lo más pronta y completa que fuera posible. Lo que, sin duda, no era cosa fácil.

La carmelita había, desde luego, anunciado a sus confidentes y a algunos religiosos amigos su intención de fundar un convento sin renta alguna y en donde, como en los primeros tiempos del Carmelo, se viviera de la caridad pública. La Santa declara que ignoraba que el precepto de absoluta pobreza figurase en la regla primitiva de los carmelitas, y probablemente nadie se acordaba de esta circunstancia, ni quería acor-

darse; de esta suerte, la vuelta a la antigua costumbre pareció una audaz y aun dañosa novedad. La reforma, por la austeridad de la disciplina, por la clausura más severa, por la reducción del número de las religiosas a una pequeña cifra, se separaba por completo de la Orden carmelitana, que había acabado por adoptar una regla mitigada y en cuyos conventos, por lo visto, había un exceso de religiosas.

Se desató por esto contra la Santa y sus colaboradores una tempestad de odio y de malas pasiones, de la que no tenemos idea aproximada. Sus antiguas compañeras, las religiosas de la Encarnación, gritaron escandalizadas: la fundación de Teresa de Ahumada era una afrenta para ellas. Cualquiera pensaría que el monasterio estaba tan corrompido, que era indispensable la reforma para que pudiera salvarse. Teresa, según ellas, era una orgullosa, una ambiciosa, a menos que no fuera una loca, una iluminada. Se trató nada menos que de denunciarla a la Inquisición. Por otra parte, al Concejo de Avila le inquietaba la fundación, dentro de sus murallas, de una nueva comunidad que pretendía vivir de limosnas. ¡Como si ya no hubiera bastantes pobres a quien socorrer, aparte las monjas mendicantes establecidas en la ciudad! Estas, a su vez, no podían ver con buenos ojos otras religiosas enclaustradas que, en competencia, les disputarían regalos y limosnas. Así sucedió más tarde en Sevilla, donde las franciscanas hicieron una guerra encarnizada a las carmelitas, sin titubear en acudir a los peores medios, para impedir que ocuparan la casa que acababan de comprar misteriosamente... Teresa dudó en un principio si debía ocuparse en desarmar tales

hostilidades y prevenciones. Los teólogos consultados por ella—los mismos que le eran más devotos, como el padre Pedro Ibáñez, dominico del convento de Santo Tomás—se mostraron opuestos a la fundación de un convento sin rentas. No se obstinó la Santa en este extremo de la pobreza absoluta. Lo esencial, a sus ojos, era la fundación de un convento reformado, que quería establecer en Avila, bajo la advocación de San José. Acabó por atraer a su proyecto, no solamente a algunos dominicos y jesuítas, sino al provincial de los carmelitas. ¿Cómo resistir a las instancias apremiantes de Teresa? Lo que pedía era una orden expresa del cielo. Continuamente tenía éxtasis y revelaciones que le señalaban este camino. Cristo mismo hablaba por su boca. Así supo interesar en su causa a dos austeros y piadosos personajes que a la sazón tenían en España una gran reputación de santidad: el dominico fray Luis Bertrán y el franciscano fray Pedro de Alcántara. El primero, consultado por Teresa, no le contestó sino al cabo de tres meses, sin duda después de maduro examen de la cuestión y de haber recibido, a este respecto, comunicaciones sobrenaturales. De su monasterio de Valencia escribió a la carmelita de la Encarnación las siguientes líneas:

“Madre Teresa, he recibido vuestra carta. Y, como el negocio sobre el que me pedís mi opinión, toca tan de cerca al servicio del Señor, he querido recomendarlo a El, en mis pobres oraciones y sacrificios, y ésta ha sido la causa por qué he tardado en contestaros. Ahora os digo, en nombre del Señor, que tengáis valor para esa empresa, que El os ayudará y os favorecerá. Y os doy la seguridad de su parte, que no pasa-

rán cincuenta años sin que vuestra Orden sea una de las más ilustres de la Iglesia de Dios. Que El os tenga en su santa guarda. *Fray Luis Bertrán.*"

La predicción del dominico de Valencia se realizó al pie de la letra, y los Bolandistas nos aseguran que en el proceso de canonización de San Luis Bertrán se tuvo en cuenta esta carta, como testimonio de su espíritu profético.

San Pedro Alcántara escribió otra carta, no menos bella, a la futura Santa Teresa. Decía: "El Espíritu Santo, llena el alma de Vuestra Gracia. Me extraña que se someta a la opinión de los doctos una cosa que no es de su incumbencia. Si se tratara de procesos o de casos de conciencia, sería bueno tomar la opinión de juristas o de teólogos. Mas cuando se trata de vida perfecta, no tenéis que tratar sino con los que la viven... Y en lo que concierne a los consejos evangélicos, no tenéis que consultar si es bueno o malo el seguirlos. ¡Si Vuestra Gracia quiere seguir el consejo de Cristo de alcanzar la perfección más grande en materia de pobreza, qué hacerle!..." Según parece, San Pedro de Alcántara escribía lo siguiente a la cabeza de sus cartas dirigidas a la Santa: "¡A la magnífica y muy religiosa señora, doña Teresa de Ahumada, a quien Nuestro Señor quiera hacer una Santa!"

Así, animada y sostenida por hombres de ciencia y de virtud, ella se lanza intrépidamente a su empresa, teniendo enfrente a los clérigos y a las religiosas, lo mismo que al Concejo y al pueblo entero de su ciudad natal. Antes había obtenido para su fundación un breve pontificio, autorizándola. En seguida compró, clandestinamente, una casita, para instalar a doce religiosas, la

que logró reparar y amueblar sin que llamara la atención de la pequeña ciudad suspicaz y chismosa. Al efecto, encontró dinero, cómplices y apoyo. Fué una lucha larga y que toma bajo su pluma, cuando la Santa la cuenta, una ternura casi épica. Revela un valor, una obstinación y sobre todo unas condiciones de organizadora verdaderamente extraordinarias, en una mujer de cincuenta años, que había pasado su vida en la contemplación. Estas luchas se repitieron en cada una de las fundaciones sucesivas. Se consumió, hasta la víspera de su muerte, en este tráfigo de negociaciones y de dinero, en las demandas continuadas cerca de las autoridades eclesiásticas y seculares, en una resistencia encarnizada y casi heroica frente a las intrigas y los malos tratos de las viejas carmelitas, trajinando, enferma y moribunda, por los infames caminos de la época, ocupándose en todo y en los más pequeños detalles: del avituallamiento de sus monasterios, de la llegada del arroz, de las legumbres y del pescado; de los muleteros, carreteros y cosarios que iban y venían de uno a otro convento. La cuestión de los acarreos tiene gran importancia en sus cartas. Un gran estrépito de carretas, de galeras y de tartanas acompaña sus gloriosos proyectos de reforma. Con ellos, condenada a constantes y molestos viajes, entretiene una correspondencia que la ocupa de continuo la mayor parte de sus noches. Finalmente triunfa, pero con su postrer aliento: ya no le queda sino morir...

Al fin de su vida había fundado dieciocho monasterios, dispersos a través de las dos Castillas y de Andalucía. Bien pronto sus carmelitas eran enjambre en Francia y en el resto de Europa.

La predicción de San Luis Bertrán se realizaba. Pero especialmente en Francia, en la primera mitad del siglo XVII, las conquistas del espíritu teresiano fueron numerosas y profundas. San Francisco de Sales, el cardenal de Bérulle, los propios solitarios de Port-Royal, se dejaron conquistar: fué, como se ha dicho, una verdadera invasión mística. Se puede afirmar, sin exageración, que el misticismo se puso entonces de moda, una moda un poco mundana. Pero junto a excesos alguna vez ridículos o escandalosos, alcanzó resultados serios, duraderos y en verdad dignos de admiración. Familias enteras se entregaron, gracias a los escritos teresianos, a la práctica de la oración. Después del padre o de la madre, que daban el ejemplo, los hijos y las hijas, envidiándose unos a otros, entraban en un convento. Fué algo único y maravilloso esta acción póstuma y perseverante sobre los espíritus y las almas. Teresa realmente incorporó a la religión a los hombres de su tiempo.

La demostración tal vez más grande de su influencia es el caso extraordinario, extraño—que hiere vivamente la imaginación y que excita al mismo tiempo el pensamiento—, de su grande y famoso contemporáneo: Felipe II, de siniestra reputación.

¿Se puede considerar a este enigmático y sombrío personaje como a un discípulo de Santa Teresa? Sí, sin duda, en una cierta medida. Mas no es necesario ir demasiado lejos. Hay entre estas dos naturalezas muchas diferencias y muy fundamentales para que pretendamos acordarlas. El amor, la caridad ardiente que en Teresa se desborda, falta en Felipe. Y, por otra parte, por análogo que sea su papel en la obra con-

tra la Reforma, es evidente que no se concertaron para una acción común. Se ha tratado de establecer una inteligencia directa entre estos dos grandes adversarios de la herejía protestante, y algunos historiadores han creído poder demostrar que hubo en El Escorial una entrevista del terrible autócrata con la humilde carmelita. Magnífico cuadro de historia, enfrentar a la Santa y al hombre en quien la literatura romántica no vió más que al torturador y al verdugo, pálida figura sin otra luz que la producida por las hogueras de la Inquisición... ¡Pero es necesario lamentarlo! El fragmento de carta, en que se pretende fundamentar el hecho histórico, es apócrifo. Esas líneas, más que sospechosas, debieron ser escritas por Santa Teresa a una de sus amigas, doña Inés Nieto, mujer de don Juan de Albornoz, secretario del duque de Alba, para contarle, con algo de vanidosa satisfacción, su pretendido encuentro con el Rey.

He aquí el tenor de este fragmento: "Que vuestra gracia, doña Inés, se haga cargo lo que podría sentir una mujercita, como yo, al verse en presencia de tan gran monarca. Yo estaba turbada cuando comencé a hablarle, porque sus ojos perspicaces—esos ojos que os penetran hasta el alma—estaban fijos en mí y parecía me herían como flechas. Esto hizo que yo bajase los míos y le expusiera mi petición con brevedad. Cuando hube terminado de exponerle el asunto, alcé de nuevo mis ojos hacia su rostro, que encontré cambiado. Su mirada era más dulce y tranquila. Me dijo entonces si deseaba algo más. Le contesté que eso era todo lo que tenía que pedirle. Entonces me contestó: "Vé en paz! Todo se arreglará conforme a tus deseos"; lo

que fué para mí de gran consuelo. Me arrodillé para darle gracias por tan gran favor; pero me ordenó que me levantara, y haciendo a la pobrecita religiosa que yo soy, su indigna sierva, una tal gentil reverencia, como jamás he visto otra, me tendió su mano, que yo besé. Y salí de allí, llena de júbilo y alabando a su Divina Majestad por el bien que el César había prometido hacerme...”

¡Pues bien, no! Esa vulgaridad no puede ser de Santa Teresa. Uno de los teresianistas más eminentes y competentes, el padre Silverio, el editor reciente de las obras de la gran mística, es de la misma opinión. En apoyo de la misma da, en otras, la razón del estilo. Se podrían añadir no pocas, con relación a la historia y al carácter de la Santa.

¿Es verosímil que el Rey, que se tenía por galante y que no dejaba de besar la mano de cualquier clérigo, se la tendiera a una mujer, una religiosa, priora de un convento, que ya en esta época estaba en opinión de santidad? Pero hay más: todas esas fórmulas de adulación y de reverencia, un poco servil a la vista de los poderosos, está en contradicción con todo lo que la Santa escribió sobre la materia. En su autobiografía, vitupera repetidamente la fraseología cortesana, las fórmulas de cortesía sin medida de que se sirve en la correspondencia—a tal punto que el propio Felipe II se creyó en el deber de corregir este abuso por una pragmática especial—y se indigna contra la etiqueta de la Corte, que hace tan difícil acercarse a los reyes de la tierra, cuando el Rey del Cielo se da a todo el mundo. En esta España refinada del siglo XVI, hasta las gentes del pueblo exigían,

como los grandes señores, una cortesía complicada y florida. Santa Teresa, bromeando, le pregunta a una de sus corresponsales si debe tratar de Vuestra Señoría al maestro carretero que hace los encargos del convento. Un espíritu tan despreocupado, tan libre de la influencia de los poderosos y un poco revolucionario, nos parece incapaz de haber hablado del Rey de la manera que aparece en la carta en cuestión. Quien desee saber lo que la Santa pensaba de las grandezas del mundo, que lea este pasaje en que nos cuenta su obligada estancia en Toledo, en el palacio de doña Luisa de la Cerda, la hermana del duque de Medinaceli:

“Nuestro Señor—dice ella—velaba por mí, y, durante mi estancia en casa de esta señora, El me colmó de gracias extraordinarias: El me me concedió una admirable libertad de espíritu y *un profundo desprecio por todas esas grandezas de la tierra*. Cuando más imponentes parecían a la vista, mejor descubría yo que no eran nada. Así, hablando cada día con aquellas señoras de nacimiento tan ilustre, que hubiera podido tener el honor de servir las, yo me sentía *también libre, como si hubiera sido un igual...*”

Y, más adelante, siempre a propósito de esta hospitalidad principesca, añade: “En verdad que yo estaba en un soberano error al desear ser una gran señora y decía desde el fondo de mi corazón: ¡Dios me libre! Es cierto, para mí, una de las mentiras del mundo el de distinguir con el nombre de “Señor” y de “Dueño” a estas personas que son esclavas de tantas maneras...”

Después de las anteriores declaraciones, es muy difícil admitir como auténtica esa carta, en

que la Santa se muestra enajenada por haber besado la mano del Rey, obteniendo de éste una reverencia; algo de madame de Sévigné, desatinada por haber bailado con Luix XIV.

Pero no es menos cierto que Teresa deseó ver al Rey, hablarle detenidamente y con el corazón en la mano, como suele decirse. Hay en el monasterio de El Escorial una tradición, y según ella, Santa Teresa fué recibida por Felipe II, en el otoño de 1577 o en la primavera de 1578. Desde luego, desde el momento que ella comenzó su obra de fundadora y reformadora, tuvo constantemente puestos los ojos en el Rey. Quería interesarlo en el progreso de su obra, tenerlo por aliado en su lucha contra las monjas enemigas de la reforma y contra la herejía protestante. Quien repase la autobiografía y la correspondencia de la Santa, verá que constantemente sueña con "ese santo rey", que así le nombra. No le preocupaba hablar a este hombre duro y tremendo, como lo hacía a sus religiosas y a su director espiritual. Teresa a nada tenía miedo: "Cuando se ha visto—escribe—la verdad en esta divina luz del éxtasis, no se teme perder ni la vida ni el honor por el amor de Dios. ¡Qué preciosa disposición en los monarcas que más estrechamente sujetos a defender el honor de Dios, deben para la piedad marchar a la cabeza de sus pueblos! Por adelantar un paso en defensa de la fe, por proporcionar un rayo de luz a esos desdichados herejes, estarán prontos a sacrificar reinos... ¡Oh Dios mío! ¡Por qué no me habéis dado los medios para proclamar muy alto estas verdades! Viendo mi impotencia, me vuelvo hacia vos, Señor, y os conjuro para que remediéis tantos males. Ya lo sabeis, Señor, vos que sondeais

mi corazón; de buena gana renunciara a todos los favores con que Vuestra Majestad me ha colmado, para colocarlos sobre la cabeza de los reyes. Entonces, estoy segura, no podrían consentir tantas cosas como ahora autorizan. ¡Oh Dios mío! ¡Iluminarles para que comprendan sus deberes!...”

Este pasaje es singularmente instructivo. Prueba que Santa Teresa, como Santa Catalina de Sena, en el caso de poder, se hubiera mezclado en política, en la medida en que la política, evidentemente, confina con la religión. Pero nuestra Santa no pudo manifestarse en ese cuidado, y si Felipe II la hubiese querido la tuviera por consejera.

Al menos, el Rey se ocupó de la religiosa. Después de un momento de vacilación y tal vez de escándalo, este hombre, a quien se llamaba “el Rey prudente”, y que no se decidía, sino tras una minuciosa y larga, y algunas veces rastrea, información, acabó por intervenir en su favor. La sostuvo contra las gentes de Avila, contra las carmelitas de la Encarnación y contra el propio Nuncio. ¿Adivinó que las doctrinas de la obra teresiana iban a conseguir en el mundo entero, y en el siglo siguiente, una positiva influencia sobre la Iglesia y sobre el desenvolvimiento de las ideas y de las costumbres? Sería mucho pedir a un gobernante que se ocupara de estas cosas y de prever el porvenir a tan larga distancia. Lo que es seguro es que Felipe II comprendió la importancia y la oportunidad de esta reforma del Carmelo, lo mismo que su grandeza y saludables efectos en las almas. Sintió reforzado su gusto por el ascetismo y el pensamiento y la acción espiritual de Santa Te-

resa acabaron de conquistarlo. Durante los últimos años de la su vida, el Rey tuvo el mismo confesor que la Santa; el padre Diego de Yepes, que fué más tarde obispo de Osuna y que escribió un libro sobre la vida, las virtudes y los milagros de la gran carmelita. Sin duda, por instigación de este religioso, el monarca hizo reunir, después de la muerte de la Santa, los manuscritos de sus obras, que fueron depositados en la biblioteca de El Escorial. Allí se puede admirar todavía, a través del cristal de una vitrina, algunas páginas de su hermosa y firme escritura, junto a una pequeña caja que contiene su tintero y los útiles para escribir que empleaba Santa Teresa. Mas estos menudos detalles y estas coincidencias nada significarían sin lo esencial, que es el pensamiento teresiano impuesto a Felipe II. La gran renovadora del ascetismo cristiano en esta época, en España, es Santa Teresa; no hubo otra. Felipe II sabía con todo detalle, porque así se lo manifestara la Santa, lo que ésta quería hacer, lo que quería reformar en los conventos de su orden. El Rey se declaró partidario de la reforma; él mismo quiso someterse a su regla, en lo que consentía su posición social y aun sometió a los monjes jerónimos de El Escorial, no porque les impusiera la regla teresiana, sino porque les obligó a seguir, con el mayor rigor, su propia regla. Especialmente durante el último período de su vida, Felipe II tuvo la obsesión del ideal ascético de la Santa e intentó realizarlo en el trono. Es éste el más brillante testimonio que podemos presentar en favor de la acción de Santa Teresa.

Es éste uno de los más extraordinarios y curiosos de la Historia; este Rey, que es el árbi-

tro de Europa y de la Cristiandad; que posee reinos y continentes, en cuya enumeración se pierde el aliento; que gusta la embriaguez del poder absoluto, no quiere, sin embargo, ser más que un monje, aspirando, como San Luis, a ser santo, llevando tan lejos su deseo que la Iglesia ha habido un momento que pensó en canonizarlo.

Es verdad que a los hombres de hoy les sorprende y aun les escandaliza que haya podido haber alguien que pensara en hacer un santo de Felipe II. Hay, efectivamente, contra éste apariencias fastidiosas y es muy difícil hoy, juzgar su conducta. Acomodarla a la medida de nuestras ideas y de nuestros prejuicios es no entenderla. No hay, seguramente, dos morales y Felipe II era demasiado buen cristiano para admitir lo contrario. Solamente las circunstancias eran tales que le obligaban, no a escoger entre el bien y el mal, sino a optar por el mal menor. Dos o tres días antes de su muerte, "el rey confesó que jamás había cometido ninguna injusticia durante su vida, al menos a sabiendas. Si, por casualidad cometió alguna, no pudo ser más que por ignorancia, o por engaño de sus consejeros. Sus intenciones habían sido de una perfecta rectitud, y no habían tenido otra aspiración que el bien..." Pero es necesario no olvidar que vivió en una de las épocas más terribles que el mundo ha conocido. En medio de las bestias feroces de su siglo, Felipe II aparece casi como un sentimental, como un sabio que tiene horror a la violencia, que no recurre a ella más que en el último extremo; que, en circunstancias difíciles, prefiere la astucia a la fuerza; que constantemente se muestra cuidadoso de economizar, no

sólo el dinero de sus súbditos, sino también sus vidas, y—aunque esto nos parezca paradójico—los suplicios...

He aquí una anécdota que, durante una de sus permanencias en El Escorial, entretuvo la malignidad de los monjes, y que, uno de ellos, el padre Jerónimo de Sepúlveda, autor de una crónica de las más serias y curiosas, nos cuenta piadosa y minuciosamente. Se me permitirá citarla porque es una prueba entre mil, del poco caso que entonces se hacía de la vida humana, y porque demuestra también que en materia de suplicios, un Papa no se estimaba en menos que el Rey de España.

“En aquel tiempo—escribe Sepúlveda—sucedió que en Roma se amotinaron los españoles y la causa fué el haber sido condenado a muerte injustamente el doctor Navarro. Era éste sobrino del gran doctor Navarro, el que escribió la *Summa de los casos de conciencia*, obra tan práctica y extendida. Era un joven de grandes esperanzas y de gran saber: un santo. Pretendía un beneficio en la curia romana, como tantos otros. El Papa Sixto V le quería y estimaba mucho, porque era hombre letrado y de grandes virtudes y, además, por ser el sobrino de persona tan eminente... Pues bien, un día, hallándose en la calle el doctor Navarro, vió que el Papa salía del Vaticano y que se dirigía a las afueras seguido de un gran cortejo. Quiso entonces acompañar también a Su Santidad, que le distinguía con su favor, y como el pobre hombre ignoraba la etiqueta propia de tales casos, escogiendo el camino más corto, intentó romper las filas de los alabarderos para unirse al cortejo del Santo Padre. Si más pronto lo intenta, más

pronto uno de los alabarderos le da tan fuerte golpe con la alabarda en la cabeza, que le derribó en tierra como muerto... Cuando el pobre doctor Navarro volvió en sí sólo pensó en marchar a su alojamiento para curarse de su herida.

"No tardó mucho y cuando, ya restablecido, se paseaba un día por las calles de Roma, vió al alabardero que le había herido. Le siguió. Penetró tras él en una iglesia, donde el alabardero se puso de rodillas para oír misa. El doctor Navarro buscó entonces un bastón y como no lo encontrara, se apoderó de un hisopo, de los que se emplean para esparcir el agua bendita. Lo ocultó bajo el manto y de esta guisa se acercó al alabardero que se disponía a oír la misa: —"¡Eh, bellaco!—le dijo Navarro—. Por muy "desvergonzado que seáis, recordaréis que el "otro día, queriendo yo acompañar al Papa, "atravesando las filas de los alabarderos, vos "me disteis un golpe de alabarda tal que quedé "en tierra medio muerto. ¿Os parece bien?... "¡Pues, para que otra vez sepáis cómo se debe "tratar à un honorable eclesiástico como yo, "tomad!..."

"Sacó entonces el hisopo y le dió con él en la cabeza, tan fuerte y tan de prisa, que más parecía instrumento para sacudir que para dar agua bendita. Fué la paliza delante de todo el mundo y sin que el alabardero pudiera defenderse. No le quedó otro recurso que lamentarse ante el Papa de que el doctor Navarro le había acometido en la iglesia, mientras que estaba oyendo misa y delante de todo el mundo...

"El Papa, que era hombre colérico, se dejó arrastrar por un furor violento y ordenó que

colgaran a Navarro. Al conocerse en Roma la noticia de que el Papa había dado la orden de colgar al doctor Navarro, la ciudad se alborotó. Y no hubo cardenal, ni personaje de condición, que no fuera a suplicar al Papa dulcificara el castigo impuesto a Navarro. A todos el Pontífice, presa de furor, sólo contestaba: "¡Que lo cuelguen!" En vano, los embajadores de los príncipes cristianos hicieron la misma tentativa: obtuvieron idéntico resultado...

"Se le sacó de la prisión para llevarle a la horca. Nadie hubo en Roma, hombre o mujer, que no llorara ante el espectáculo tristísimo. Pero a Navarro lo colgaron, a pesar de todas las súplicas, y fué para todos motivo de gran aflicción ver balancearse, como si se tratara de un malhechor, el cuerpo de un presbítero dotado de tan bellas prendas... Sucedió que, pocos días después, vacaron algunos beneficios simples y al despachar con el Papa su secretario hubo de decirle: "Santísimo Padre, los beneficios simples que han vacado, ¿a quién los concede Vuestra Santidad?" Contestando el Papa: "Uno de ellos será para Navarro. ¿No?" A lo que el secretario hubo de replicar: "Santísimo Padre; no hace quince días que Vuestra Santidad lo hizo colgar..." El Papa entonces se echó a llorar, diciendo: "¡Ah, desdichado! ¡Pobre desdichado!" De donde se deduce que, cuando el Papa ordenó tal castigo, no era dueño de sí, ni estaba en su completo juicio, porque la cólera lo cegaba..."

El padre Sepúlveda, que cuenta esta historia, no amaba a Sixto V; desde luego se advierte. También excusa muy débilmente al Pontífice por sus cóleras furibundas, que le hacían perder el juicio. Para explicar severidad tan cruel

es necesario recordar que, en esta época, los españoles, por su soberbia, sus pretensiones y sus brutalidades, se habían hecho insoportables en Roma. Procedían como en país conquistado, robaban, asesinaban, incendiaban, sometida la ciudad a sangre y fuego. Se imponía un castigo ejemplar. Por otra parte, Felipe II, por conducto de su embajador en Roma, había amenazado a Sixto V con convocar un concilio nacional para deponerlo, si persistía en su intención de reconciliar con la Iglesia católica a Enrique IV de Francia, el antiguo hugonote. Se comprende que, en estos momentos, el Papa no se sintiera muy inclinado hacia los españoles.

De todos modos, Felipe II jamás cometió crueldades inútiles, al menos que no estuvieran justificadas en su conciencia por la razón de Estado o por la obligación—para el Rey, superior a todo lo demás—de defender los intereses de la Iglesia.

No se comprenderá esta conducta y se la juzgará mal, si no se quiere considerar lo que el Rey quiso ser con toda su alma y por el imperativo de su conciencia: el mantenedor del catolicismo, frente a las fuerzas disolventes que le amenazaban entonces: el Islam, de una parte; el protestantismo, de otra. Se le ha juzgado mal, aun en la misma Francia, que en esta época el interés francés, siendo también católico, era enemigo de España. En el siglo siguiente, con Richelieu, Mazarino y Luis XIV esta enemistad no hizo sino acrecentarse. Después, la hostilidad ha cesado en los siglos XVIII y XIX, al triunfar en Europa la opinión protestante. Los historiadores protestantes y la mentalidad protestante impusieron su manera de ver; así, después de

doscientos años no hemos comprendido mejor a Felipe II y la España católica del siglo XVI. Todavía hoy, los prejuicios más inicuos y absurdos desfiguran a nuestros ojos la fisonomía de este hombre, que fué un gran Rey y un gran cristiano.

El mismo tenía una elevada idea de su papel. Se consideraba como el verdadero lugarteniente de Dios en la tierra, una especie de Papa, encargado de lo temporal. El otro Papa, el de Roma, cuando las querellas por intereses, por disentimientos o malas inteligencias pasajeras no los separaban, acababa por reconocer el mérito extraordinario de la empresa que se había impuesto el monarca español. Al conocer la noticia de su muerte, Clemente VIII, que se encontraba a la sazón en Ferrara, pronunció, en consistorio público, una alocución, en la que dijo que "toda la vida del Rey no había sido más que una guerra perpetua contra los herejes y que, en recompensa de este esfuerzo y también de sus virtudes heroicas, *creía que este Rey gozaría de Dios; porque después de los santos canonizados, no conocía a nadie a quien se pudiera comparar...*" Este defensor de la ortodoxia vigilaba sobre la misma Roma, censurando toda concesión de la Corte pontificia a los voceros de la reforma protestante, mostrando su irritación contra cualquier compromiso o complacencia. Acabamos de ver que llevó su intransigencia y su audacia hasta el punto de amenazar a Sixto V con hacerlo deponer, porque el Santo Padre aparecía a sus ojos como sospechoso de pactar con los hugonotes de Francia.

Pero si se le pueden discutir sus tendencias y los resultados de su política religiosa, y aun de

su política general, es necesario inclinarse ante la nobleza y la austeridad prodigiosa de su vida. El ideal ascético, a que Santa Teresa daba en aquel mismo momento un gran prestigio, lo realizaba al pie de la letra. Fué un monje coronado. El padre Sepúlveda, en su crónica de El Escorial, insiste en que el Rey, en el Real Monasterio de San Lorenzo, no quiso ser más que un simple religioso como los demás. “Es una cosa —dice Sepúlveda— que confunde, que tan gran Príncipe no tenga otro placer ni otro contento que el de encontrarse con sus monjes en su casa de San Lorenzo, y que el salir sea para él la muerte y un gran tormento. Y, sin el gran deseo que él tiene de emplearse en el gobierno de sus reinos y de sus Estados, él no saldría de aquí...”

Frecuentemente, el Rey comía en el refectorio con los religiosos, asistía a sus oficios y a sus procesiones, teniendo su sitio en el coro; un sitio, que os muestran todavía, con una puercecita oculta, por la que podía entrar y salir casi sin ser visto.

El bueno y malicioso Sepúlveda no escasea sus elogios a este Príncipe bondadoso, que vive —dice él— “pared por medio” de sus monjes. Cuando iba a morir, pidió que se celebraran por él los mismos sufragios que por un religioso. No quería prácticas externas; quería ser en todo un monje ejemplar. Exigía que el servicio de Dios fuese perfecto en su monasterio de San Lorenzo, no admitiendo ni la más ligera omisión ni en la observancia de la regla, ni en los detalles de la liturgia. Se jactaba de tener en la punta de los dedos el ritual, haciendo observaciones sobre esta materia, no sólo a los religiosos, sino a la propia Roma. Algunas veces, en el coro, in-

terrumpía el oficio divino para hacer notar al prior que se había saltado un versículo. De este modo se entregaba por completo a la vida espiritual, siendo un hombre de oración. “Nuestro fundador—escribe el padre Sigüenza, uno de los historiadores de El Escorial—se ejercitaba mucho en la oración vocal y en la mental. Durante toda su vida practicó estos ejercicios. Nosotros le veíamos y le oíamos, a horas extraordinarias, por la mañana y por la tarde, lo mismo que a las altas horas de la noche. Los que estaban más cerca del Rey, podrían certificar que éste empleaba en este santo ejercicio muchas horas del día, guardando las costumbres religiosas más austeras...”

Este hombre, de tan alta condición social, practicaba la humildad como un monje. Y, sin duda, pensaba, como su nieto Luis XIV, que la humildad pertenece a los reyes, puesto que estando por encima de los demás hombres, más que ninguno están obligados a humillarse. Los jerónimos de El Escorial admiraban su sencillez, cuando él llegaba, por las mañanas, a oír la primera misa en la capilla; la humilde capilla provisional que se levantó, mientras se construía la soberbia basílica y el panteón real.

“Llegaba algunas veces del Pardo—dice el padre Sigüenza—con cuatro o cinco caballeros, cuando más, y apeándose del caballo en la casa del cura, se sentaba en una banqueta de tres pies, hecha rústicamente del tronco de un árbol: yo le vi muchas veces, cuando iba a oír misa a la capilla. Para adecentar algo el asiento lo cubrían con un pañuelo francés, que pertenecía a Almaguer, el condestable, tan viejo, que se deshilachaba y que se podía ver a su través.

Así era como el Rey oía la misa, y podía oirla efectivamente, porque el local era tan estrecho que el hermano Antonio de Villacastín, que servía de acólito, al arrodillarse, tropezaba con los pies de Su Majestad. Este siervo de Dios me juraba llorando, que, continuamente, al levantar los ojos a hurtadillas, veía correr las lágrimas de los ojos del Rey; tan grandes eran su piedad y su ternura, como la alegría de verse en tal pobreza..”

Además, el mismo padre Sigüenza nos recuerda este otro rasgo de humildad de Felipe II: “Sucedió (fué esto en la vigilia de San Pedro) que los hermanos instalaron una campanita para llamarse mutuamente y señalar las horas de coro. Las primeras veces que la hicieron sonar fué en los mitines de esta fiesta, en medio de la noche, a la hora de prima. El Rey, que se había apeado en la pobre vivienda del cura y que estaba sentado en el tronco de árbol que he dicho, al oír la campana, preguntó a Miguel de Antona, que le acompañaba, qué significaba aquel sonido. Antona contestó que la campana era del convento y que llamaba a maitines. Inmediatamente, el Rey, con su acompañante, se dirigió a la capilla, hizo sus oraciones y cuando fué a sentarse se encontró que la banquetta donde lo hacía ordinariamente la ocupaba un labrador. El Rey, modestamente, se sentó en el lugar que quedaba desocupado del banco y un buen rato permanecieron uno junto al otro: el monarca y el labriego.”

Pero, sobre todo, en la pequeña cámara de El Escorial, verdadera celda de monje, es donde mejor se revela el propósito de pobreza, de humildad y de renunciamiento. Ningún lujo, a ex-

cepción de algunas imágenes piadosas, obra de artistas de renombre, lo que demuestra el depurado gusto artístico de Felipe II. La alcoba en que murió tenía una pequeña ventana, a través de la cual y desde su lecho el Rey podía asistir al Santo Sacrificio. En cambio, había cerrado todas las aberturas sobre el mundo, que no le interesaba. ¡Para él, en lo sucesivo ya no habría más que esta ventana abierta sobre la realidad única: la Sagrada Forma! El signo y la prenda de su redención. Así terminaba, por este acto de suprema fe, una vida que apenas fué otra cosa que una prolongada adoración al Santo Sacramento.

Los libros encontrados en esta celda son casi todos libros de piedad, libros de mística, perteneciente a la escuela teresiana o con ella relacionada. Y, desde luego, las obras de la misma Santa Teresa; la primera edición, publicada en Salamanca en 1588. Además, *El desprecio del mundo*, de Fray Luis de Granada, las obras completas de este último, *El Arte de servir a Dios*, por Fray Rodrigo de Solís, agustino; las obras del bienaventurado Juan de Avila... Felipe II tenía una vida interior muy intensa, alimentada a la vez por la lectura y la meditación.

Lo más emocionante de esta larga vida, laboriosa y sin alegría, fueron sus últimos momentos. Felipe II murió, verdaderamente, como un santo. La última prueba fué atroz para este grande de la tierra; murió en la podredumbre, en una espantosa y nauseabunda descomposición de todo su cuerpo. Literalmente, un nuevo Job en el estercolero. Esta cruel agonía, prolongada durante mucho, y motivo de repugnancia para cuantos rodeaban al Rey, era para éste ocasión

para demostrar su valor y una resignación admirables... Alma verdaderamente augusta la de Felipe II, no se acobardaba ante ideas, sentimientos y sensaciones, que harían desvanecerse de horror, de espanto, a las mezquinas almas de nuestros días.

Cuando se inició la gangrena en Madrid, los médicos se opusieron a que el Rey pasara, según su costumbre, una temporada en El Escorial. Sus familiares se arrojaron a sus pies para disuadirle de un viaje que podía serle fatal, por las fatigas del traslado, la humedad del lugar, y, en términos prudentes, por el estado de su salud. Sabía el Rey que iba a morir, y sólo contestó: "La casa de San Lorenzo es el lugar de mi sepultura; nadie me llevará con más honores que yo mismo..." Y partió, llevando sus despojos a la tumba, que estaba preparada.

El viaje fué atroz. Como el Rey no podía sufrir las sacudidas de la carroza, fué trasladado en un sillón, conducido por lacayos que se relevaban. Varios días se invirtieron en recorrer, a pie, las ocho o diez leguas que separan a Madrid de El Escorial, por caminos pésimos, envueltos en nubes de polvo y bajo los ardores del sol.

A su llegada, se acostó, para no levantarse más, no pudiendo moverse, pues sufría un verdadero martirio cuando trataba de cambiar de postura. Se amortajaba en su propia inmundicia. ¡Espectáculo espantoso y repugnante! El Rey mandó entonces llamar al maestro de obras de El Escorial, Francisco de Mora, y le dijo:

—¿Recordáis que hace catorce años os hice guardar un trozo de madera, de la que sirvió para labrar la cruz del altar mayor?

—Señor—respondió Mora—, recuerdo muy bien que Vuestra Majestad me hizo guardar esa madera.

—Pues bien, id a buscarla donde la hayáis guardado, y con esa madera me haréis un féretro...

Esta caja, construída con la misma madera que sirvió para la cruz, era como un símbolo de todos los sufrimientos que acompañaron al Rey durante su vida y aquellos, peores que todos, que le atormentaban entonces. Cuantos acompañaban al Soberano en aquel trance así lo entendieron.

Francisco de Mora se puso a buscar la madera de que le habló el Soberano por todo el convento y acabó por encontrarla a la puerta del refectorio de los pobres; sobre ella se sentaban los mendigos, aguardando que les llamaran para comer, y muchos hacían de ella su mesa.

Bien pronto, el féretro terminado fué llevado a la cámara real, viéndolo el Rey con la mayor firmeza de alma, como si el suplicio físico de la innoble descomposición no fuera bastante, y quisiera añadirle el socorro moral de aquel espectáculo. Fué para él una expiación suprema, una expiación refinada, que se inflingía voluntariamente. En seguida recibió los últimos sacramentos y después de la Extrema Unción, hizo llamar a su hijo, el futuro Felipe III, y le dijo delante de todo el mundo:

“—¿Para qué pensáis que os he hecho llamar? Para que asistáis a este Santo Sacramento y no estéis en la ignorancia, como yo lo estuve, por no haber visto en mi vida administrar a nadie y no haber asistido a la muerte de mi padre. Por último, para que consideréis que ma-

ñana estaréis en el estado en que yo me encuentro...”

Hizo a su hijo algunas recomendaciones, relativas a la obediencia a la Iglesia y a sus deberes de cabeza de familia y añadió:

“—Os dejo estas dos disciplinas y este crucifijo que pertenecieron al Emperador Carlos V, mi padre. Este crucifijo le ha visto morir y me verá morir también a mí. Os lo dejaré para que con vos suceda lo mismo. También os dejo estas dos disciplinas. Esta, que es la más ensangrentada, es la del Emperador, mi padre, con la que se flagelaba. Era mejor que yo y está más usada que la mía. Esta otra, menos manchada de sangre, es la mía. Me he servido poco de ella. Os la dejo como la mejor herencia...”

Y después de haberle dicho muchas otras cosas buenas y santas, le dió su bendición, entregándole un papel, con los preceptos y consejos de San Luis, rey de Francia, a su hijo (1).

Yo no sé si esto es una manera regia de morir; pero sí que es una muerte de singular grandeza y que lleva hasta el último grado todos los caracteres de la piedad española. No se puede ser católico de manera más íntegra y valiente. ¡Desde luego, que no es éste un catolicismo para jovencitas, para gentes de mundo o para estetas! Este Rey no tuvo miedo de ser el verdugo de su cuerpo, y, como dijo Santa Teresa, supo buscar también “el inefable tesoro oculto en el sufrimiento”.

Del mismo modo que su política, este terrible

(1) Para todo este relato hemos seguido, paso a paso, las crónicas de Sepúlveda, que si no fué testigo ocular, fué con toda precisión informado por quienes presenciaron los hechos.

ascetismo de Felipe II se prestaba a la crítica. Se puede contestar que él realizó su idea de santidad, porque muchas cosas tristemente humanas se hallan mezcladas con preocupaciones espirituales. Pero no hay ni una sola de sus obras de la cual no se pueda decir esto: que la realizó maravillosamente. Felipe II quiso traducir su pensamiento de Rey y de cristiano en una obra celosa y obstinadamente perseguida durante treinta años, en la que hizo colaborar, con un pueblo de artistas y de obreros, a todas las naciones sometidas a su imperio, las del viejo lo mismo que las del nuevo mundo. Esta obra en que puso sus pensamientos dilectos, sus complacencias, la fe toda de su alma, que de cualquier modo era la forma visible y tangible de la idea católica y monárquica, como la concebían entonces los espíritus escogidos, el suyo especialmente, como era El Escorial... El Escorial es la expresión en granito del pensamiento real. Versalles, a su lado, no es más que una fantasía individual, que peca de frívola. Sobre todo, Versalles no expresa más que la Francia monárquica del siglo XVII. El Escorial es más sólido y más profundo; representa la monarquía católica de todos los tiempos. No tiene edad ni forma particular. Es impersonal y abstracto, como los monumentos hieráticos del antiguo Egipto.

Los hombres modernos, sobre todo los del siglo último, no han podido comprender El Escorial. No comprenden el catolicismo—no le conocen—, ¿cómo van a comprender El Escorial? Dominados por prejuicios de toda especie, suggestionados por los recuerdos de la Inquisición, no ven en ese enorme y espléndido palacio sino un

calabozo siniestro, donde todo es lúgubre, deprimente, penitencial, obra de un maníaco de imaginación sombría y cruel. Influenciado, a pesar suyo, por tales prevenciones, Teófilo Gautier, que tenía una mirada justa, llega hasta a negar la belleza del paisaje de El Escorial. ¡De ese paisaje magnífico!... Barrés, más justo, más cerca de la verdad, no quiso ver allí más que una admirable composición para una meditación sobre la muerte. Es aquel monasterio, según él, un decorado pascaliano, un panteón que parece escaparse hacia el cielo. Pero El Escorial es, por otros aspectos, muy terreno. Ese aspecto fúnebre se funde en otros muchos, y no se le puede destacar sin falsear la visión de conjunto.

En realidad, El Escorial es un mundo que vale la pena de recorrer en toda su extensión y en todas sus partes diversas. Es también un jero-glífico que pide ser descifrado y que propone al espíritu los enigmas y las interpretaciones más diversos.

Conviene también interrogar al fundador sobre sus intenciones. ¿Qué quiso hacer al construir ese extraño y extraordinario edificio? Felipe II nos informa con soberana precisión. El Escorial es un monumento elevado para la mayor gloria de Dios y con el fin de darle gracias, por haber preservado a España de la herejía protestante y de haberle dado la victoria a sus ejércitos. La primera de esas victorias fué la de San Quintín, el día de la fiesta del glorioso mártir San Lorenzo. El Escorial no es solamente un palacio: es una iglesia consagrada a Dios, bajo la advocación de San Lorenzo. Y subsidiariamente es un monumento triunfal, destinado a conmemorar las victorias de los españoles. Es

además un monasterio, un convento ejemplar, donde el servicio divino se hace con toda la perfección posible y donde los religiosos, después de haber alabado a Dios y cumplido con las obligaciones prescritas por la regla, no tienen otro empleo que rogar por el alma del Rey, por las de sus predecesores y sucesores. El Escorial es una misa perpetua por los muertos; he aquí el fondo del pensamiento de Felipe.

De esa consecuencia se derivan sus minuciosas recomendaciones para cuanto se refiere a los oficios fúnebres, aniversarios y misas de conmemoración o de *réquiem*, responsos y misa de vísperas. No solamente se dicen innumerables misas por Felipe y los suyos, sino también por su devoción y reverencia por el Santísimo Sacramento. Dos monjes debían estar constantemente arrodillados ante el Sagrario y rogar a Dios por el descanso del alma del Rey y de sus difuntos. Era esa una oración perpetua, para la cual se necesitaban 64 religiosos, a razón de dos horas diarias y cuatro días de descanso. Quien reflexione en esta súplica de todos los instantes, con fe ardiente, podrá comprender el ansioso deseo de salvación que supone. Es ésta una cuestión trágica: la de la salvación de un alma augusta, cargada de miles de deberes, que escapan a la mayoría de las almas. ¡Henos aquí, lejos de las variaciones literarias, sobre el pensamiento de la muerte!

Ese anhelo de salvación eterna explica el monasterio de El Escorial como lugar de sepultura regia. ¿En dónde muertos ilustres y miserables encontrarían más oraciones, que en un monasterio fundado únicamente para rogar a Dios por su intención? ¿Dónde reposarán más tran-

quilamente, que en la tumba donde cada día se ofrece el Santo Sacrificio, precisamente por su descanso? Servicio de Dios, servicio de los muertos; para ellos fueron reunidos cien monjes y se elevó ese monasterio colosal. Pero el fundador estaba muy penetrado de la idea cristiana de caridad, para pretender absorber únicamente en su beneficio y en el de los suyos la actividad y el pensamiento de cien monjes. Esos religiosos cultivarán el espíritu, al mismo tiempo que asegurarán el servicio divino, con una exactitud y un celo ejemplares. El Escorial será un centro de estudios: una verdadera universidad, seminario, museo, biblioteca. Resumirá el esfuerzo artístico e intelectual de toda una época; será una *Summa*, como la filosofía de Santo Tomás. Y al mismo tiempo también una casa de caridad, una hostería, un hospital, una enfermería, un dispensario, una farmacia, un lugar donde se vestirá a los pobres, un granero donde encontrarán reservas de víveres en tiempos de hambre. Así, El Escorial ilustra la idea cristiana en todos sus aspectos; y desde las alturas de la teología, la filosofía, las letras, las artes; desde las alturas del alma y del espíritu, desciende hasta las necesidades de los cuerpos. El mendigo tiene allí sitio y encuentra donde confortarse, como los príncipes del arte, del pensamiento y de la ciencia; como los príncipes de la tierra, que no reivindicán sino un pequeño rincón, a la sombra de Dios.

Y al mismo tiempo, El Escorial es la ilustración en granito de la idea monárquica absoluta: es Dios que reina, que manda; es Dios vencedor que triunfa al fin: *Christus regnat, Christus imperat, Christus vincit...* El Rey no es sino el

mandatario del único Monarca. Por eso, en el enorme edificio, todo converge hacia el centro, hacia la cúpula, imagen de la bóveda celeste, fondo del trono de la Divina Majestad. Y en ese santuario, en las capillas y en los altares innumerables, todo conduce la mirada hacia el gran muro ingente del retablo que detiene la vista, que la sujeta con violencia y rigidez inexorables, como en la muralla del misterio. Es Dios quien reina aquí. A lo largo de las filas de celdas y departamentos, de patios, de kilómetros de claustros, de galerías y comedores, todo conduce a El. Nada tiene otra razón de ser que la de servirle. El mundo entero concurre con todos sus monjes prosternados en una perpetua oración: cada región de la tierra ha dado lo más precioso de ella para embellecer este palacio. El Escorial es un símbolo de la monarquía universal.

Si Santa Teresa le visitó como la tradición quiere, tal vez en su recuerdo escribiera su *Castillo del alma*. Sin duda los escritores místicos anteriores dieron motivo para la alegoría, pero sin la forma especial que ella supo imponerle. No es el castillo de la Edad Media, el castillo feudal, con sus torreones encerrados en estrecho recinto. Es el castillo macizo, tallado en un solo bloque de cristal o de diamante; "ese inmenso castillo en el centro del cual se encuentra el palacio del Rey, rodeado de una multitud de diversas moradas", se parece extrañamente al ascético palacio de Felipe II.

Están aquí la austeridad y la desnudez espléndidas. Es la morada del puro Espíritu. Nada de vanos ornamentos. Este puro Espíritu se manifiesta por la sola irradiación de sus atributos.

Piensa, construye, es el eterno geómetra. Nada más que con líneas crea maravillas. El Escorial es una geometría concluyente, que quiere prestar al dogma su peso y su solidez, y al mismo tiempo es una arquitectura intelectual, despojada en todo lo posible del elemento sensible para conducir seguro el pensamiento hacia el ser abstracto, participando de su esplendor, si se considera con atención la fachada, encuadrada por los *parterres* de boj rectilíneos, y que domina la terraza y el estanque, la inmensa superficie desnuda, la fuga impetuosa de las líneas, sin detalle alguno decorativo, de una belleza extraordinaria y sin par. La idea de lo perfecto se apodera del espíritu, de la cosa única y acabada que existe, por decirlo así, en sí y para sí. Una voluntad escrupulosa, anhelante de grandiosidad y de nobleza, ha querido que todo sea perfecto: los materiales, las formas, las obras de arte, las ceremonias, los santos, las propias almas. ¡Servir a Dios! ¡Alabar a Dios!... *¡Que Dios sea enaltecido!* Eso es lo que El Escorial parece gritar por las innumerables ventanas de sus muros y por todas las campanas de sus torres; y a eso se reduce, en suma, el ascetismo riguroso y alegre de Santa Teresa.

Cuando ella nos dice: "Considerad, os lo ruego, el espectáculo de ese castillo resplandeciente, de esa perla oriental, ese árbol de la vida plantado en medio de las aguas de la vida, que es Dios...", no sé si ella piensa como yo, insensiblemente, en El Escorial. Ese color de perla es el del monasterio cuando se encontraba todavía en su blancura primitiva. Los antiguos cuadros le representan un gran palacio blanco y oro, dorado por las mil pepitas amarillas de su gra-

nito, iluminado por todas las bolas de oro que resplandecían sobre sus cúpulas y el ápice de sus torres. Hoy sus piedras han adquirido un tinte gris y malva, y las bolas de oro, fundidas por el incendio, no han sido reemplazadas. Pero el monasterio tiene siempre sus bellos árboles y sus aguas corrientes. El es siempre el árbol de la vida plantado en medio de las aguas. Los depósitos de El Escorial, situados un poco más arriba que el monasterio, en un repliegue de la montaña, grandes superficies de ébano donde se reflejan macizos y sombras de verdura, exhalan a la hora del crepúsculo una poesía y una melancolía inexplicables. El monasterio, colocado en medio de su huerta, de sus jardines, tiene un aspecto riente de oasis en la inmensa extensión de la estepa castellana. Felipe II quiso que sus monjes y él mismo pudieran rogar a Dios en un sitio agradable, donde hay en abundancia todas las cosas buenas y útiles para la vida: aire saludable, umbrías, jardines, estanques con peces, vergeles con frutas y legumbres. Minuciosamente buscó el sitio de su monasterio, y sólo después de meditaciones y comparaciones se decidió por El Escorial. Tomó consejo—dice el padre Sigüenza—de diversas personas, cuya opinión era valiosa en tal materia, de filósofos, médicos y arquitectos. Se ve bien, en efecto, que profundas razones filosóficas determinaron a Felipe II a decidirse por el sitio de El Escorial. Pero hay también razones de utilidad y agradables, y por encima de todas, la grandeza y el estilo del extraordinario paisaje. Cuando, desde las ventanas de las celdas, los monjes, para los cuales fué hecho el monasterio, contemplan el paisaje de la estepa y el vasto horizonte de las

montañas, pensarán que no hay mayor felicidad que la de servir y alabar a Dios en un sitio semejante...

La emoción más grande que se puede recibir es la de llegar por la mañana desde Avila, con el pensamiento todavía lleno de Santa Teresa. Al salir de las sombras, en medio de las durezas y asperidades rocosas, se ve desde el tren una aparición virginal y casi milagrosa: la famosa basílica, blanca y como purificada por la luz naciente. El enorme monasterio de Felipe II, como mansión aérea, argentada, con sus flechas y cúpulas, semejante a procesión que avanza, en medio de sus cruces y banderas, con rumor lejano de cánticos. Entonces, en ese momento, ante el penitencial edificio, transfigurado por la luz celeste, surge el sentimiento de que el ensueño ascético del fundador de El Escorial coincidió con el ensueño seráfico de la carmelita de Avila...

III

MÁS ALLÁ DE LA TUMBA

La acción espiritual—y sobrenatural—de Santa Teresa no podía cesar con su vida terrena. Después de la muerte de la Santa, su influencia no hizo más que extenderse y acrecentarse. Se ha hecho notar de manera especial todo lo que el siglo XVII francés debió a su iniciativa: la difusión increíble y rápida de la mística, el gusto por la oración, por el ascetismo y la vida eremítica.

Pero no es sólo un pensamiento y un ejemplo: es también su cuerpo el que continúa ac-

tuando. Los fenómenos singulares que la poseyeron durante su vida dejaron lugar a otros no menos extraños, que persistieron durante largo tiempo después de su muerte. A los estados místicos sucedieron estados físicos tan por completo inexplicables, que es necesario calificarlos de milagrosos. La corrupción y el olor de santidad no son hechos excesivamente raros. Los cadáveres de gran número de santos presentaron estas condiciones. Pero parece que en ninguno de esos bienaventurados tales singularidades se hicieran notar mucho ni fuera su duración excepcional. La Santa pareció presentir el milagro, y escribió, justificándolo de antemano, lo siguiente: "Es así, por este camino, como el Señor honra los cuerpos que tuvieron almas justas..." Escribió esto a propósito de una de sus sobrinas, Leonor de Cepeda, religiosa en la Encarnación, quien, después de una vida angelical, murió santamente durante la octava del Corpus. En el momento en que sus compañeras transportaban al coro el cadáver para el oficio de difuntos, Teresa vió a algunos ángeles ayudando a las religiosas a llevar el féretro. La iglesia estaba cubierta de flores para la procesión del Santísimo, que se aplazó por el entierro. Así, la pompa fúnebre tomó caracteres de triunfo: las rosas y las azucenas esparcidas por todas partes, los ángeles sosteniendo el cadáver y el Señor en la custodia, honraban a la sierva. Así se explica la frase de la Santa: "Es así, por este camino, como el Señor honra los cuerpos que tuvieron almas justas." Su cuerpo fué también prodigiosamente honrado.

La Santa murió en el mes de octubre del año 1582, a la edad de sesenta y siete, sin que estu-

viese más enferma que de ordinario. Se sabe que su vida no había sido más que una prolongada enfermedad. Las últimas cartas parecen dar a entender que se encontraba mejor en aquellos postreros meses. Pero estaba al cabo de sus fuerzas, agotada, consumida por las enfermedades y por los trances místicos, por sus trabajos de fundadora y también por las crueles luchas que hubo de sostener durante más de veinte años.

El último año de su vida se distinguió por el aumento de las pruebas. Es la época de su última fundación, la del carmelo de Burgos, que fué tal vez la más penosa de todas, suscitando contra ella hostilidades, como no las había vuelto a tener después de las fundaciones de Avila, Toledo y Sevilla. La víspera de su muerte se podría decir que la Santa no tenía más que un deseo: el de descansar para siempre entre sus hijas queridas del monasterio de San José, en su ciudad natal, entre las buenas gentes de Avila, que habían acabado por amarla y venerarla, como a su gloria más grande. Pero se la solicitaba para emprender una nueva fundación, la del convento de Burgos, para la que se le ofrecía una casa ya dispuesta; así, al menos, lo aseguraba una piadosa persona, una viuda, doña Catalina de Toloza, que años después debía ingresar en la Orden del Carmelo, seguida de sus siete hijos, dos varones y cinco hembras. A pesar de todas estas seguridades, la Madre Teresa dudaba. Preveía las dificultades que la aguardaban, lo mismo por parte de las autoridades eclesiásticas que por los consejeros municipales. El arzobispo de Burgos, excitado por uno de sus vicarios generales, no tardó en declarársele hostil. "Madre Te-

resa—decía a la reformadora—, aquí no tenemos ninguna necesidad de reformarnos.” No sabía qué resolución tomar cuando, como siempre, las intervenciones sobrenaturales precipitaron su decisión. Entendió que el Señor le decía estas palabras: “¿Qué temes? ¿Cuándo te he faltado? ¡Yo soy siempre el mismo!...” Entonces resolvió el viaje, a pesar de todo: de la oposición probable de los hombres, de la inclemencia de la estación, de la furia de los elementos. Era el rigor del invierno, un invierno singularmente frío y lluvioso. Se habían desbordado los ríos, y los caminos, cubiertos de agua, estaban impracticables. A cada instante, perdida la pista, los vehículos se hundían en lagos de fango. Los puentes también estaban sumergidos. Veinte veces, Teresa y las monjas que la acompañaban estuvieron a punto de ahogarse. Llegó a Burgos en un estado que daba compasión: escupía sangre y el reuma impedía sus movimientos. Durante algún tiempo tuvo paralizada la lengua.

Como sospechaba, las autoridades de la ciudad, los regidores, algunos vecinos y aun el mismo arzobispo se oponían a su proyecto. Se les causaron a ella y a las religiosas que la acompañaban mil vejaciones. Se las hizo abandonar el local donde a su llegada se habían hospedado, y, en espera de la autorización problemática del arzobispo, tuvieron que instalarse en el hospital de la Concepción, en un granero abierto a todos los vientos. Semejante albergue no era el más adecuado para que la Santa curara sus dolencias. Aparte sus vómitos habituales y sus esputos de sangre, tenía una llaga en la garganta que hacía muy dolorosa la deglución de los alimentos. Se esforzaba en soportar todo esto con alegría y

buen humor. “Un día—nos cuenta una de sus compañeras, la madre Ana de San Bartolomé—tenía la garganta tan seca, que, según dijo, de buena gana comería naranjas dulces. Aquel mismo día una señora se las envió. Al verlas, las tomó, y, ocultándolas en la manga de su hábito, dijo que bajaba al hospital para ver a un enfermo que se quejaba mucho. Lo hizo como lo dijo, repartiendo todas las naranjas entre los pobres, y cuando, al volver nosotras, la reprendimos por haberlas repartido, nos contestó: “¡Las quería mejor para ellos que para mí! ¡Vengo muy satisfecha de verlos contentos!...” Otra vez el regalo fué de limones. Al verlos dijo: “¡Bendito sea Dios, que me envía algo que poder dar a mis queridos pobres!” En otra ocasión, cuando le curaban las postemas a un hombre, daba tan terribles gritos que eran un suplicio para los otros enfermos. Llena de piedad, la Santa Madre bajó al hospital, y el pobre hombre, al verla, se calló. Entonces la Santa le dijo: “¿Hijo mío, por qué gritáis de ese modo? ¿No podéis soportar vuestro mal, por el amor de Dios?...” El hombre contestó: “¡Es como si me arrancaran el alma!” La Santa Madre permaneció un momento a su lado. El hombre se calló, diciendo que no sentía ningún dolor. Y desde entonces, cuando le curaban, no se le oyó gritar. Así los pobres pedían a la enfermera que los visitase a menudo la santa mujer. “Sólo el verla—decían—nos hace bien y nos alivia los sufrimientos.” Cuando Teresa abandonó el hospital fué un día de desolación para los enfermos...

Por último, después de tantos esfuerzos y tantas luchas, el arzobispo cedió: el nuevo monasterio fué fundado.

La pobre anciana creía tener derecho al descanso: marchar a Avila, reunirse con sus religiosas de San José, fué siempre su deseo más caro. Tampoco pudo tener este supremo consuelo. Sus superiores la ordenaron que volviera a Alba de Tormes, al lado de la duquesa, que quería verla y darle albergue en su palacio. Teresa tenía reputación de Santa. Su presencia se consideraba como una bendición para una ciudad y para un hogar. Viva se la disputaban, como se disputaron los despojos de su cuerpo, después de muerta. Por muy santa que ella fuese y a pesar del respeto que se le tenía, Teresa no pudo declinar la invitación de una tan poderosa dama como la duquesa de Alba. Un deseo de ésta era para ella una orden. Después de una corta estancia en Palencia, durante la última quincena de septiembre, partió para Alba de Tormes. El día 20, a la caída de la tarde, llegó tan quebrantada por la fatiga, tan enferma, que hubo de acostarse en seguida. Se levantó al día siguiente, visitó la casa, oyendo misa y comulgando, como todos los días. El día de San Miguel tuvo una copiosa hemorragia y se acostó para no levantar más. Presentía que iba a morir: el 4 de octubre, fiesta de San Francisco de Asís, hacia las nueve de la noche, rindió el último suspiro. Fué una muerte sencilla, sin ruido, casi inadvertida, contrastando con el brillo de los favores y prodigios que la visitaron en vida. La víspera, después de haber recibido el Viático, pronunció, entre otras, estas palabras:

“¡Señor mío, es el tiempo de partir!... ¡Que sea para bien! ¡Y que Vuestra voluntad se cumpla!”

Tal es, al menos, la versión de la madre Ana

de San Bartolomé. Pero hay otras versiones, porque un cierto número de religiosas la asistieron en sus últimos momentos. Entre los testimonios aportados al proceso de beatificación y de canonización de la Santa anotaremos aquí éste de la madre María de San Francisco. Esta religiosa se hallaba presente cuando la Madre Teresa recibió el Viático. Le oyó decir lo siguiente:

“¡Señor y Esposo mío, la hora tan deseada ha llegado! Es el tiempo de vernos, amado Señor mío. Es el tiempo de partir... ¿Será para mi felicidad? ¿Que se cumpla vuestra voluntad! ¡Ha llegado para mí la hora de salir de este destierro y para mi alma el gozar de Vos, lo que tanto he deseado!” Estas supremas palabras, atribuidas a la Santa nos parecen, digámoslo, un poco afectadas; tienen algo de literariamente compuestas. Pero reflejan el pensamiento de la Santa; y este último grito de amor: “¡Es el tiempo de vernos, amado Señor mío!”, ha salido ciertamente de su corazón, de su corazón ardiente, de su corazón transverberado, por la espera crucificante y deliciosa del Esposo. Hacía largo tiempo que ella sentíalo a su lado, oía sus palabras y le tardaba ver que se alzaban los velos que le ocultaban el Divino Rostro...

En seguida de haber recibido la Extrema Unción, se acostó sobre un lado, teniendo un crucifijo entre las manos. “Como se representa a la Magdalena”, nos dice la madre María de San Francisco. Detalle altamente significativo. Ni aun en el vértigo de la agonía la abandonan los pensamientos directrices de su vida. Santa María Magdalena había sido una de sus grandes devociones. Hasta el final quiso ser la penitente y

la amante de Cristo. Teresa queda así, se inmoviliza en aquella postura. Entonces su semblante se embellece. La expresión es viva, extraordinariamente animada. Queda en éxtasis. "Se ve—dice la madre María de San Francisco—que ella habla con un Interlocutor misterioso. Su rostro cambia de expresión por momentos, se ilumina como si presenciara el espectáculo de no se sabe qué maravillas. Después deja escapar dos o tres débiles gemidos, y tras ellos el último suspiro... Su belleza aumenta todavía. Desaparecen las arrugas de la anciana, herida por la edad y extenuada por la enfermedad. Su rostro es una brasa, como el sol poniente... Su cuerpo queda flexible, suave; su carne tierna y fresca, como la carne de un niño..."

¡He aquí algo extraordinario y realmente prodigioso! Seguramente no se habrá repetido: esta flexibilidad de los miembros, esas carnes incorruptas, ese olor suave, no son fenómenos únicos y particulares de Santa Teresa. Estos son, si se nos permite decirlo así, vulgaridades de la santidad. De buen grado hay que reconocer que los testimonios aducidos están sujetos a caución: que las carmelitas de Alba de Tormes, en el momento de la muerte de la Santa, hayan percibido que exhalaba su cadáver un olor exquisito, pero indefinible (unas afirmaban que el olor recordaba el perfume de las azucenas, otras el del jazmín, la violeta o el trébol), podrá contradirse, que estaban alucinadas y que el prodigio era por ellas esperado y deseado. Se puede sospechar igualmente del testimonio del padre Gracián, que, habiendo abierto el féretro nueve meses después de la muerte de la Santa, hizo constatar que el cadáver desprendía ese mismo perfu-

me indefinible, hasta el punto que las piedras de la sepultura estaban impregnadas y habían comunicado este olor a una capa de paja, sobre la que se arrojaron los escombros al abrir el sepulcro. No obstante, el padre Gracián era el discípulo querido de la Santa. La profesaba un amor filial: sus afirmaciones parecieran sospechosas. Pero ¿cómo contestar a las alegaciones ingenuas y precisas del padre Ribera, que muchos años después de la muerte pudo tocar el brazo incorrupto de la Santa, el brazo separado del cuerpo y depositado en el convento de San José, de Avila?... “La primera vez—dice el padre Ribera—que lo tuve en mis manos era antes de comer, y mis manos se habían penetrado del perfume que exhalaba; de tal modo quedé enajenado, que no quería lavarme antes de sentarme a la mesa para conservar el perfume. Me decidí a lavarme y el perfume persistió. Después de haberme acostado seguían mis manos despidiendo el mismo olor. *Me duró cerca de quince días...*”

La incorruptibilidad de ese cuerpo, que despedía tal perfume, es algo particularmente perturbador. El proceso verbal del padre Gracián, que abrió el féretro cerca de un año después del enterramiento, da los sorprendentes detalles que siguen: “Descubrimos el santo cuerpo, del que emanaban una fragancia y un olor muy suaves, y lo encontramos intacto: los senos erguidos, como si estuviera viva; la sangre caliente, como si acabara de expirar. Aunque el rostro y las manos estaban ennegrecidos por el contacto con la cal que le arrojaron al enterrarla, el resto del cuerpo conservaba un bello color...” Por encima de esto se ha levantado una novela, que

pretende demostrar que la desgraciada Santa, presa de un ataque de catalepsia, fué enterrada viva, pues ya había sufrido otro ataque igual a la edad de veintidós años, después de la primera enfermedad grande que padeció. Pero ¿qué pensar de una catalepsia que dura siglos, según vamos a ver, y que resiste también mutilaciones, como son la ablación de un pie y de un brazo? Porque el sepulcro fué abierto varias veces, con largos intervalos: en 1583, en 1586, en 1603 —después de un siglo y medio más tarde, en 1750—; por último, en 1760. El proceso verbal de 1616 se expresa en estos términos: “Encontramos este cuerpo purísimo, que fué el templo del Espíritu Santo, no solamente incorrupto, sino exhalando una fragancia y un olor que llenaron del perfume más suave el convento y la iglesia...” En 1750, la misma afirmación: “El cuerpo está incorrupto. La piel, la carne y los huesos se conservan. Lo más admirable es que el brazo está flexible como en vida...”

Todos estos fenómenos materiales, tan extraordinarios casos, nada son comparados con el milagro casi continuado que fué la vida de Santa Teresa, y con el permanente milagro que son siempre sus escritos.

Entre ellos, su *Vida* es una obra maestra, sin par, porque es el más directo, el más inmediato de los hechos por ella relatados, y, según la Santa, del fondo de su corazón. También es en ella la acción, inmediata e irresistible. Podríamos citar una multitud de ejemplos. He aquí uno, particularmente curioso: en el proceso de canonización, durante el período depositorio, un contemporáneo atestigua el efecto prodigioso que este libro ejerció sobre un religioso, su confe-

sor. Este contemporáneo es precisamente Francisco de Mora, el maestro de obras de El Escorial, a quien Felipe II encargó su féretro. Había prestado a este religioso uno de los primeros ejemplares impresos de la *Vida de Santa Teresa*, y algunos días después, al entrar en la celda del referido monje, le encontró entregado a una exaltación casi lírica: “¡Ah! ¿Qué libro es éste? —dijo a Mora—. De todos los libros que yo he leído en mi vida, a saber: las *Santas Escrituras*, *Santo Tomás* y otras muchas vidas de santos, ninguno me ha emocionado como éste; de tal modo, que si yo no fuera religioso, después de haberlo leído, yo profesaría en seguida...”

Es cierto que se pueden encontrar místicos de carácter más puro y de mayor altura intelectual que Santa Teresa—por ejemplo, su discípulo San Juan de la Cruz—, pero ninguno, sin duda, más emocionante. Su candor, su sinceridad, su entusiasmo siempre pronto a manifestarse, esa llama ardiente de caridad, ese don de amor, sensibilidad tan rica y tan vibrante, le abren inmediatamente todos los corazones. Describe la Santa singulares estados de alma, infinitamente sutiles y complejos, raros sobre todo; y fuera de estos estados de alma surgen las regiones puramente subjetivas, y nos habla de realidades desconocidas y trascendentales, con un sentido tan agudo de la realidad, con realismo tan sabio, tan atemperado por el buen sentido, tan razonable, que los mismos adversarios de lo sobrenatural se sienten perplejos ante las cuestiones por Teresa planteadas. Estas cuestiones, ya lo hemos visto, es imposible resolverlas científicamente. Las explicaciones que se intentaron hasta ahora, o tergiversan los hechos descritos

por la mística escritora, o apartan del debate los puntos esenciales. Que no se precipiten a refutarla, que no se jacten de haberlo conseguido. Cuando se la lee de nuevo, después de los ataques al detalle de sus descripciones y de sus análisis, se ve que ella se defiende palmo a palmo. Y entonces, ¿cómo razonar sobre hechos que se escapan a la experimentación científica ordinaria? Teresa puede contestar siempre a quienes pretenden reconstruir científicamente sus estados místicos: "¡No es nada de eso; para hablar es necesario haberlos experimentado como yo!"

Lo que choca en ella, aparte esta sensibilidad prodigiosa y singular, es su vigorosa inteligencia, una inteligencia expresión de lo concreto, que se refiere únicamente a lo que ve, menos capaz de dialéctica que de intuición; una inteligencia, que no se detiene más que ante la necesidad de trascender de sí misma, de anularse en cierto modo para adaptarse a un estado superior del intelecto.

Y todas estas superiores cualidades se funden y se armonizan en un carácter supremo e inexplicable, que es el de la santidad; el estado de privilegio de un ser que comunica con un mundo situado fuera de nuestros medios, que, por su sola existencia, es una viviente y perpetua revelación; la de la irresistible acción de la santidad sobre las masas, la fascinación, el impulso que ejerce sobre ellas y también su influencia dominadora sobre las almas.

Los escritos de Santa Teresa, después de haber gozado durante cerca de un siglo de una reputación y de una voga casi sin precedentes, fueron poco a poco volviendo a la sombra discreta de los claustros, a medida que descendía en el

mundo el sentimiento de lo sobrenatural. Es de desear que hoy encuentren de nuevo el favor de que ellos gozaron, y sobre todo que encuentren espíritus mejor preparados para comprenderlos. La Iglesia jamás tuvo más cuidado para rodearse y embellecerse por los santos que más se distinguieron por el pensamiento y por el espíritu. En el siglo actual está desprovista de la mayor parte de las prerrogativas, que en otro tiempo le aseguraban un fácil prestigio sobre las multitudes. No tiene riqueza material, no dispone de lo escogido de las carreras privilegiadas, no ejerce el monopolio de la Beneficencia y de la asistencia públicas, ni del poder temporal que ocupaba en la edificación y decoración de sus palacios y de sus iglesias a un pueblo de albañiles, de obreros y de artistas. ¡Que le quede al menos a los ojos del mundo, no sólo el ser depositaria de toda verdad y de toda belleza, sino la guardadora de las más altas disciplinas intelectuales!

FIN

APÉNDICE

I

Para comodidad del lector vamos a dar algunas indicaciones bibliográficas, las que consideramos esenciales:

I. TEXTOS DE SANTA TERESA, *en español*: *Los libros de la Madre Teresa de Jesús*, fundadora de los monasterios de monjas y frailes carmelitas descalços de la primera regla... En Salamanca, por Guillelmo Foguel. MDLXXXVIII.

— La más moderna de las ediciones españolas y que tiene autoridad: *Obras de Santa Teresa de Jesús*, editadas y anotadas por el P. Silverio de Santa Teresa. Tipografía de "El Monte Carmelo", 1915-1919. Se han publicado 6 volúmenes.

II. TRADUCCIONES FRANCESAS:

— *Oeuvres de Sainte Thérèse*, traducción por el P. Marcelo Bonix, de la Compañía de Jesús. París, LECOFFRE, 1861, 6 vol.

— *Oeuvres complètes de Sainte Thérèse de Jésus*, nueva traducción por los carmelitas del primer Monasterio de París, con la colaboración de Monseñor Manuel María Polit, Obispo de Cuenca. 6 vol. en 8.º París. BEAUCHERNE ET C.º, 1907-1910.

III. BIOGRAFÍAS:

— P. Francisco de Ribera:

La vita de la Madre Teresa de Jesús, funda-

dora de las Descalças y descalças carmelitas, compuesta por el P. Doctor Francisco de Ribera, de la Compañía de Jesús. Salamanca, Pedro Lasso, 1590.

— Traducción francesa por el P. Marcelo Bonix, de la Compañía de Jesús: *La vie de Sainte Thérèse*, por el P. Francisco de Ribera. París, LECOFFRE, 1864, 2 vol.

— Los Bolandistas, *Acta sanctorum*, t. VII. Bruselas, 1843.

— *L'histoire de Sainte Thérèse*, por una carmelita de Caen, 2 vol. en 8.º París, RÉTAUX, 1882.

— *Sainte Thérèse, sa vie, son oeuvre et sa doctrine*. Ediciones de *La Vie Spirituelle*. Saint Maximin (Var).

— *Sainte Thérèse* (Colección de la *Vie des Saints*), por Enrique Joly. París. LECOFFRE.

IV. ESTUDIOS RECIENTES:

— *L'Amour divin*: Ensayo sobre las fuentes de Santa Teresa, por G. Etchegoyen (Bibliothèque de L'Ecole des Hautes Etudes Hispaniques). 1923.

— *Sainte Thérèse écrivain*, sus ambientes, sus facultades, su obra, por el abate Rodolfo Hornaert. DESCLÉE. París, 1922.

II

NOTA SOBRE EL ECCE HOMO Y EL CRISTO ATADO A LA COLUMNA

¿Fué la vista de un *Ecce Homo* o de un Cristo atado a la columna lo que determinó la conversión de Santa Teresa? Dada la predilección que ella demostró siempre por esta imagen de Cris-

to atado a la columna, he pensado que fué ésta la causa ocasional de aquella gran conmoción moral que dió por resultado la conversión. Parece que esta idea es contraria a las tradiciones del monasterio de la Encarnación. He aquí lo que escribe a este respecto el Muy Reverendo Padre Cristóbal de la Virgen del Carmen, actual prior del convento de los Carmelitas descalzos de Avila:

“Avila, 1.º de julio de 1926.

... Las dudas que me sometéis son dos:

1.ª La imagen del *Ecce Homo* que se venera en el convento de la Encarnación y delante de la cual, según se dice, Santa Teresa pronunció su voto de perfección en 1560 (voto renovado en 1565, bajo una nueva forma), ¿es la misma imagen que se encontraba accidentalmente en el oratorio del convento y delante de la que Santa Teresa se sintió tan profundamente emocionada que vertió amargas lágrimas por sus pecados, como cuenta ella misma en el capítulo IX de su vida? A ésta contesto que, según la tradición y los manuscritos que se conservan por la comunidad, *parece que es la misma*. En efecto, esos documentos afirman que la imagen en cuestión se encontraba en la enfermería del convento, y que desde allí se la trasladó al oratorio, para una fiesta religiosa que se preparaba. Por eso la Santa la encontró en este lugar (en el oratorio). Vuelta a la enfermería, la imagen permaneció allí hasta la época en que fué derribada, al mismo tiempo que el oratorio, la primera celda ocupada por la Santa, con otras dependencias del convento, para edificar la capilla de la Transverberación, que tiene acceso por la iglesia.

A continuación se levantó otro oratorio, y en éste se conserva actualmente la imagen del *Ecce Homo*. El hecho de que esta escultura no sea de gran valor artístico no impide que su vista impresionara a la Santa y que ella sintiera un gran dolor y un gran arrepentimiento de sus pecados, porque las impresiones de ese género dependen más bien de las disposiciones interiores del sujeto y de la gracia que Dios pone en los corazones, que de la perfección estética de una imagen.

2.^a La segunda duda que usted me propone es la siguiente: ¿La Santa tuvo alguna vez una visión imaginaria de Cristo atado a la columna?

A esto contesto que, según todas las informaciones relativas al asunto, la Santa tuvo una visión imaginaria de Cristo atado a la columna mientras ella conversaba con un caballero en el locutorio del convento de la Encarnación, alrededor de 1540. En su autobiografía (cap. VII, núm. 6), la Santa dice que Nuestro Señor se le apareció y que ella lo vió con los ojos del alma (*visión imaginaria*). Y, aunque ella no dice bajo qué forma lo vió, todos sus biógrafos, algunos sus contemporáneos, afirman que lo vió "atado a la columna". Por ejemplo, don Diego de Yépes, biógrafo y confesor de la Santa: "Ella tuvo, según dice, esta visión en la portería del convento, estando en conversación con esa persona de que nos habla. Entonces Nuestro Señor se le apareció atado a la columna y muy llagado, particularmente un brazo, en donde cerca del codo tenía arrancado un trozo de carne. Después, la Santa Madre hizo pintar esa visión en un ermitorio del convento que fundó: San José de Avila..." Yo no puedo más que rendirme ante

tales afirmaciones. No obstante, tengo mis dudas respecto al lugar donde Santa Teresa encontró de improviso esta imagen del *Ecce Homo*. Nos dicen que fué en el oratorio del convento. Me inclino a creer que fué en su oratorio particular: me parece que de este modo el encuentro tuvo algo de más íntimo, de más personal, y la Santa quedó más conmovida que si el hecho se hubiera producido en un lugar abierto a todos. El padre Cristóbal me contesta: "He tratado de este asunto con las religiosas de la Encarnación, y después de haberles expuesto varias razones, estoy convencido de que la afirmación del padre Ribera (en la cual yo me apoyo) no tiene razón de ser. En efecto, nunca las religiosas de la Encarnación tuvieron oratorio particular. No hay motivo para suponer que Santa Teresa fuese una excepción. Ella se distinguió siempre por su sumisión a la regla común, la cual no autorizaba los oratorios particulares. El mismo texto de la Santa no permite deducir que el hecho tuviera lugar en un oratorio privado..." Yo declaro que me es difícil conciliar estas conclusiones con otros textos, con uno al menos, de la propia Santa. Dice, en efecto, en el capítulo III de su *Vida*: "... Me veía todavía joven..., retirada de pronto en la soledad para rogar y hacer largas lecturas. Quería hablar de Dios, hacer pintar de él numerosas imágenes, tener un oratorio y procurar en él cosas que hiciesen devoción."

Por otra parte, María Pinel, en un documento reproducido por el padre Silverio (*Obras de Santa Teresa*, t. II, pág. 113), habla expresamente del oratorio de Santa Teresa: "Cuando por la noche, *en su oratorio*, ella hacía su examen de conciencia..." Por último, el célebre historiador

del Carmelo, el padre Jerónimo de San José, que escribió en los comienzos del siglo XVII y que interroga a las religiosas contemporáneas de la Santa, confirma el hecho en un pasaje igualmente citado por el padre Silverio (*Obras de Santa Teresa*, t. II, pág. 122): "Ella tuvo dos celdas en su monasterio. Antes de ser priora pasó veintisiete años en una de ellas; en la otra pasó los tres años de su priorato, siendo descalza. La primera se dividía en dos departamentos, uno en el bajo y el otro en alto. En el bajo tenía su oratorio; en una hornacina se encontraron algunas imágenes y encima una inscripción que decía: *Non intres in iudicium cum servo tuo, Domine...!*

Parece, pues, demostrado que Santa Teresa tenía en el convento de la Encarnación un oratorio particular. Y en este oratorio, o en el oratorio común a todas las religiosas, encontró una imagen representando al Señor atado a la columna, o al *Ecce Homo*; el detalle no es indiferente, como acabamos de decir. Si el encuentro tuvo lugar en el oratorio privado de la Santa, pudo pasar a sus ojos como una gracia especial. En todo caso, lo que es indudable es que la vista de la imagen fué para ella un suceso fortuito, imprevisto. Se había depositado accidentalmente la estatua en este lugar, y—estuviera la Santa advertida o no—esta imagen así colocada fué para ella un espectáculo insólito, que la hirió vivamente. Si fué en su oratorio particular donde el suceso se produjo, es decir, en una estrecha celda, donde la pudo contemplar muy de cerca, se concibe que la impresión fuera todavía más fuerte.

Lo difícil de explicar es por qué se depositó esta imagen en el oratorio privado de una reli-

giosa, *en espera de una fiesta que se preparaba*. Pero la misma dificultad subsiste, si se la supone en el oratorio de la comunidad. Era en la iglesia del convento donde la imagen debió ser colocada, puesto que en la iglesia se iba a celebrar la fiesta. Si se supone que se trataba de un *paso*, de una imagen movable que debía figurar en una procesión, es cándido suponer que se la habría emplazado en el oratorio de Santa Teresa, en espera de la hora de la procesión; tan cándido como suponerla colocada en el oratorio común.

Pero lo mismo si fué en el oratorio común, pieza probablemente mucho más exigua que una iglesia, o una sala de la enfermería, la Santa vió la imagen mucho más cerca que cuando estaba en su lugar habitual. Y esto me parece el punto capital."

III

SOBRE LOS DIRECTORES DE SANTA TERESA

Los tuvo de todas clases: laicos y religiosos, regulares y seculares. Puede decirse que las tres grandes órdenes religiosas de su tiempo—franciscanos, dominicos y jesuítas—colaboraron en su formación espiritual; las dos últimas sobre todo. Los jesuítas le enseñaron la disciplina interior; los dominicos iluminaron la ortodoxia de sus estados místicos. Es ésta la verdad en conjunto; pero sería inexacto creer que las dos grandes órdenes religiosas se habían repartido rigurosamente los papeles en la dirección de Santa Teresa. En realidad, los jesuítas, como los do-

minicos, tuvieron sobre ella una influencia de orden intelectual o, más exactamente, teológica, del mismo modo que los dominicos tuvieron igualmente sobre ella, y muy probablemente antes que los jesuítas, una influencia de orden moral.

Ella misma, en su primera relación al padre Rodrigo Alvarez (1575), tuvo cuidado de enumerar sus principales directores, tanto jesuítas como dominicos, y se ve que la Santa ha consultado a unos y otros, sobre todo en calidad de teólogos, al menos a partir del momento en que tuvo las visiones.—Por los jesuítas, los padres Araoz, comisario de la Compañía; Francisco de Borja, Gil González, Baltasar Alvarez, Salazar, Santander, Ripalda, Pablo Hernández y Ordóñez; por los dominicos, los padres Vicente Barón, Domingo Báñez, Chaves, Ibáñez, García de Toledo, Bartolomé de Medina, Felipe de Menezes, Salinas, Diego de Yanguas...

IV

SOBRE LA ENTREVISTA DE SANTA TERESA Y FELIPE II

La carta de Santa Teresa acerca de su entrevista con Felipe II—que me parece apócrifa—se publicó en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, t. LXVI, pág. 440, año 1915, mayo.

El R. P. Julián Zarco Cuevas, que ha tenido a bien copiarme el texto, me escribe a este propósito: "Le he oído al padre Silverio de Santa Teresa, carmelita descalzo, y sin duda el mejor informado actualmente, de todo lo que se refie-

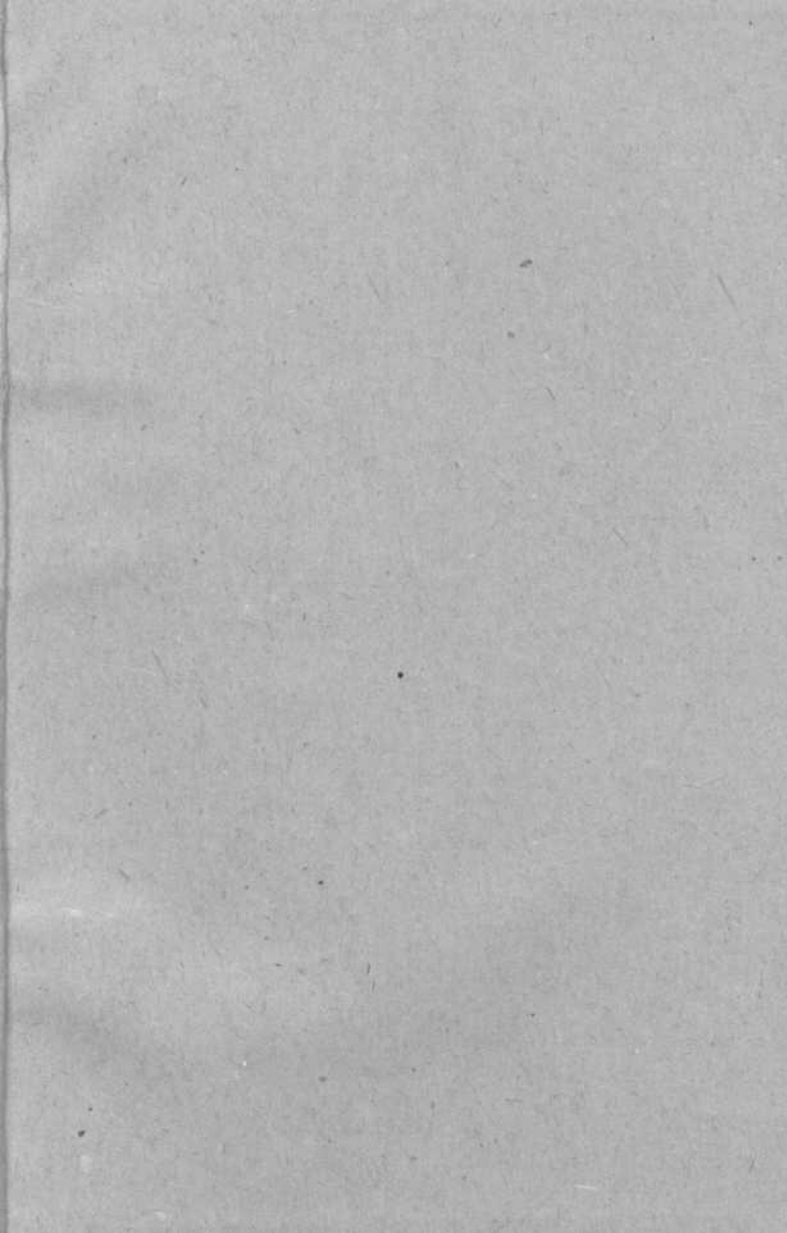
re a Santa Teresa, declarar que esa carta le parece apócrifa. Pero las razones que él me da, fundadas únicamente sobre consideraciones internas de estilo, no me han parecido bastante convincentes. En primer lugar, la letra me parece, sin ninguna duda, auténtica. El papel, examinado por D. Ramón Menéndez y Pidal, lo reconoce como el usado en el siglo XVI. Y las palabras atribuidas a Felipe II están en un todo conformes con la actitud del Rey en sus audiencias. Todos los testimonios concuerdan, en efecto, para afirmar que Felipe II fué en sus recepciones el monarca más afable y elegante de su tiempo y también el más cortés; siempre tranquilo y sosegado, escuchaba con paciencia cuanto se le exponía..."

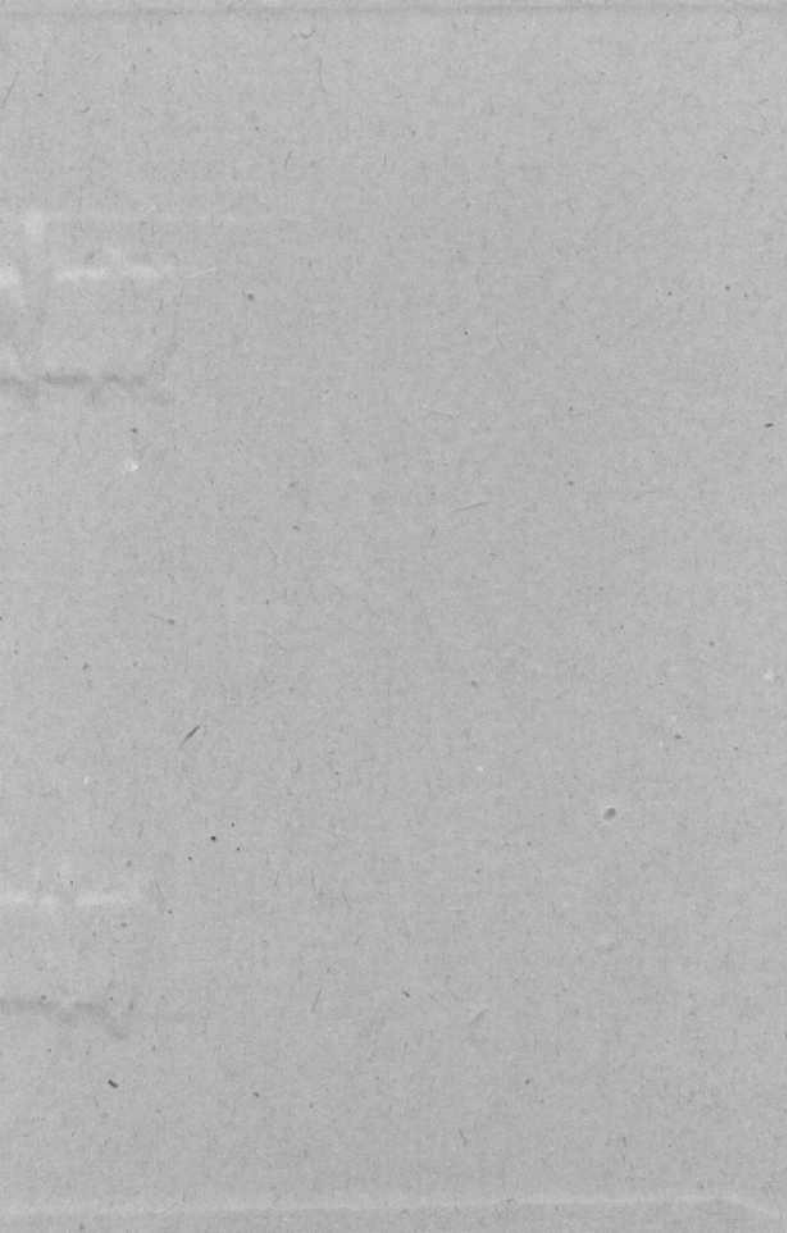
Cualquiera que sea la autoridad del padre Julián Zarco Cuevas, declaro que la opinión del padre Silverio me parece la más verosímil, por las razones que expuse anteriormente.

Pero, de todos modos, parece demostrado que Santa Teresa fué recibida por Felipe II, en El Escorial, según una antigua tradición. Rotondo, en su *Historia del Real Monasterio de San Lorenzo*, Madrid, 1863, afirma que esta entrevista tuvo lugar en mayo de 1578. Pero, según el marqués de San Juan de Piedras Albas, teresiano eminente, fué entre el 11 y el 17 de diciembre del año 1577.

INDICE

	<u>Páginas.</u>
PRÓLOGO.....	5
PRIMERA PARTE.—La vocación.....	21
SEGUNDA PARTE.—El difícil camino de la perfección.....	77
TERCERA PARTE.—La conversión.....	139
CUARTA PARTE.—Las grandes gracias.....	195
QUINTA PARTE.—La acción teresiana.....	269
APÉNDICE.....	335





BERTRAND

SANTA

TERESA

DS 13659